

Benjamin Black

Venganza

Traducción
Nuria Barrios



Lectulandia

Los Delahaye y los Clancy comparten una historia de alianza y ambición que pasa de padres a hijos. Y ahora, también de muerte y preguntas sin respuesta: ¿Por qué Victor Delahaye iba a necesitar a un testigo para suicidarse?

El doctor Quirke y su amigo el inspector Hackett interrogan a los miembros de ambas familias: Mona Delahaye, la joven y embriagadora viuda; James y Jonas Delahaye, los desconcertantes hijos gemelos; Jack Clancy, el mujeriego socio, y su hijo Davy. Sin embargo, cuando una nueva muerte — aún más sorprendente que la primera— los golpea a todos, resulta obvio que algún terrible secreto está en juego.

Lectulandia

Benjamin Black

Venganza

ePub r1.0

dacordase 06.10.13

Título original: *Vengeance*
Benjamin Black, 2012
Traducción: Nuria Barrios

Editor digital: dacordase
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

I

Davy Clancy no era un buen marinero; de hecho, temía el mar en secreto. Pero allí estaba aquella hermosa mañana de verano, a punto de zarpar en un barco que más le parecía un juguete grande y complicado. Según decían todos, era un día perfecto para estar en el agua. No decían que fuese un día perfecto para estar en un barco o para salir a navegar. No, decían: «Un día perfecto para estar en el agua», como si fuese una consigna. Y todos eran tan joviales y dinámicos, con aquellas sonrisas engréidas y pagadas de sí mismas que daban dentera. Al contrario que él, aquellos hombres de piel atezada sabían lo que hacían. Ataviados con gorras de mar, pantalones cortos caquis y jerséis informes, jugaban a ser viejos lobos de mar. Y sus curtidas y vociferantes esposas, lobas de mar, pensó Davy con lúgubre humor. Él no pertenecía a aquel ambiente, con aquellos hombres de indolente pericia. No era uno de ellos. Lo sabía y ellos también lo sabían y, por más que redoblaran su cordialidad, Davy entendía qué significaba aquella mirada en sus ojos, aquel brillo de condescendiente desdén.

Era junio. A pesar de que había llovido todos los días durante la primera semana de vacaciones, la mañana se había levantado cálida y soleada, sin una pizca de viento. La marea estaba alta y el agua tenía un aspecto hinchado y perezoso, y en la superficie aceitosa brillaban listas de color zafiro, rosa y azul petróleo. Davy intentó no pensar en lo que había debajo, peces de inmensos ojos abriéndose camino en la lóbrega oscuridad y criaturas con pinzas correteando en el fondo, luchando a cámara lenta, devorándose unas a otras. Victor Delahaye había llevado el jeep hasta la parte delantera de la casa y juntos habían traqueteado en silencio durante dieciséis kilómetros por la carretera de montaña que descendía a la bahía de Slievemore. Salir a navegar era lo último que Davy deseaba, pero le había resultado imposible negarse.

—Puedes hacerme de tripulación —le había dicho Delahaye la noche anterior en el bar de Sweeney.

Por alguna razón, todos habían reído. Todos, menos el propio Delahaye y su esposa, que había clavado sus ojos en Davy con aquella sonrisa suya, aunque sin decir una palabra. Y ahora ahí estaba él, a punto de aventurarse en contra de su voluntad en aquel mar de apariencia inofensiva y alarmantemente tranquilo.

La relación de los Clancy y los Delahaye se remontaba tan lejos como se pudiera recordar. Samuel Delahaye y Philip Clancy se habían asociado a finales del siglo diecinueve para transportar carbón en barcos desde Gales. Más tarde, Samuel Delahaye se dio cuenta del potencial de los coches de motor, y los socios abrieron

uno de los primeros grandes talleres del país, contratando a mecánicos de Inglaterra, Francia e Italia. El negocio prosperó. Aunque los fundadores eran socios a partes iguales, todo el mundo supo desde el principio que Samuel Delahaye era el jefe y Phil Clancy simplemente su director. Phil —el pobre Phil, como la gente solía decir— no tenía una personalidad fuerte y había aceptado sin protestar ser el subalterno. En la actualidad, el hijo de Samuel, Victor, estaba al mando de la empresa, y el hijo de Phil Clancy, Jack, era su socio y, sin embargo, todo continuaba igual que en los viejos tiempos, con Delahaye al mando y Clancy de segundo de a bordo. Pero, a diferencia de su padre, a Jack Clancy le disgustaba su posición subordinada. Le disgustaba profundamente, aunque se esforzaba en ocultar su insatisfacción y casi siempre lo conseguía.

Se sobrentendía que un Clancy no podía decir no a un Delahaye. Por eso Davy Clancy se había limitado a sonreír y encogerse de hombros cuando, la noche anterior en Sweeney, Victor Delahaye, que iba camino de pillar una buena borrachera, se inclinó sobre la mesa y con expresión torcida le invitó a navegar en el *Quicksilver*. Davy no sabía nada de barcos, pero todo el mundo se rió y alguien le dio unos golpecitos en el hombro. ¿Qué podía hacer sino decir que sí, gracias, por supuesto, y enterrar a continuación la nariz en el vaso?

—Muy bien, te recogeré a las nueve —dijo Delahaye, enseñando los dientes en una amplia sonrisa, y, a continuación, se alejó hacia la barra.

Y fue entonces cuando la mujer de Delahaye le miró y curvó sus delgados labios en una sonrisa burlona.

Las dos familias pasaban juntas las vacaciones de verano, según una tradición que se remontaba a los tiempos de Phil y Samuel. Davy no comprendía por qué sus padres la seguían manteniendo. El viejo Phil chocheaba y vivía en una residencia y Samuel Delahaye estaba postrado en una silla de ruedas, y por más que el padre de Davy y Victor Delahaye pretendieran ser amigos, era un secreto a voces que sus relaciones eran pésimas. Por si fuera poco, Mona Delahaye, la joven esposa de Victor —la segunda, ya que la primera había fallecido—, apenas dirigía la palabra a la sufrida madre de Davy. A pesar de ello, verano tras verano todo el grupo se instalaba el mes de junio en Ashgrove, la casona de piedra que los Delahaye poseían en la ladera trasera de la colina de Slievemore, a media pendiente. La construcción tenía diez o doce dormitorios, más que suficientes para acomodar a Victor Delahaye, su esposa y sus hijos gemelos, Jonas y James, que ya eran mayores. Así como a la hermana soltera de Victor, Marguerite, a quien todos llamaban Maggie, y a los tres Clancy. Aquel año había un invitado más, la novia de Jonas Delahaye, Tanya Somers. Tanya, que estudiaba en el Trinity College, resultaba tan seductora y provocativa con su bañador negro que, excepto su novio y Jack Clancy, por supuesto, los demás hombres del grupo apenas se atrevían a mirarla. Una situación que añadía más

tensión si cabe al ambiente ya tenso de la casa.

El pequeño puerto estaba rebosante de barcos aquella mañana y las voces de los propietarios resonaban fuertes y claras sobre la superficie inmóvil del mar entre el golpeteo de las cuerdas y el tintineo de los accesorios metálicos. Victor Delahaye era el comodoro del Club de Vela Slievemore esa temporada y a cada paso era saludado calurosamente, pero él apenas contestaba. Parecía preocupado y sus espesas cejas negras se fruncían en una profunda línea vertical. Davy pensó que tendría resaca. Delahaye llevaba sandalias, pantalones blancos, una camiseta de algodón azul marino y la juvenil gorra azul de marinero que había comprado en un viaje de negocios a Grecia. Tenía un rostro moreno de facciones marcadas que lucía con aplomo la cuarentena. Mientras caminaba dócilmente tras Delahaye, Davy estaba seguro de que los demás sabían que él sólo era un marinero de agua dulce sin remedio.

El *Quicksilver* estaba atracado al final del pantalán de piedra, con las velas plegadas. Lejos de parecer un juguete, de cerca tenía las amenazadoras líneas bruñidas de un gigantesco pez espada blanco. Delahaye saltó con agilidad a la cubierta, pero Davy titubeó. En una ocasión, un profesor de ciencia le había comentado que basta el empuje de una mano en el casco para mover un navío tan grande como un trasatlántico. Harkins se llamaba, un miembro de los Hermanos Cristianos que había sido trasladado por acosar a los niños de primaria. Sus palabras, destinadas a impresionarle, habían producido el efecto contrario: la imagen de un objeto tan inmenso rendido a la fuerza de una mano infantil le había aterrorizado. Delahaye ya estaba soltando la cuerda de amarre del bolardo. Tan pronto como Davy puso un pie en la cubierta, el barco se balanceó un instante y sus tripas se encogieron. El contraste entre la pétrea solidez del pantalán y la torpe estabilidad del barco le revolvió el estómago. Con aire sombrío, anticipó que iba a marearse y se imaginó con la cabeza sobre la borda, entre arcadas y vómitos, mientras Delahaye permanecía de pie a su lado con las manos en las caderas y aquella sonrisa suya, fría y cruel, que dejaba al aire sus dientes.

Aunque Davy se había preguntado cómo iban a navegar sin viento, Delahaye se dirigió a la parte trasera, ¡la popa!, y encendió un motor fueraborda. Que aquel barco tuviera un motor le pareció a Davy una especie de trampa y se animó un poco. Pero entonces el barco hizo una guiñada para salir del embarcadero y realizó una cerrada curva sobre el agua aceitosa y Davy tuvo que sujetarse al raíl para no caerse al suelo. Con el timón entre las manos, la gorra sobre los ojos y su recia mandíbula cuadrada, Delahaye parecía Gregory Peck en el papel del capitán Ahab. Una vez más, Davy se preguntó qué hacía deslizándose hacia el inmenso y desolado horizonte a bordo de aquel barco, que le había resultado gigantesco amarrado al embarcadero y que ahora le provocaba tanta inseguridad como si fuera una balsa de madera. Pensó que tal vez sabía la respuesta, y esperó equivocarse.

La velocidad le sorprendió. En escasos minutos se habían alejado del cabo y entrado en mar abierto. Delahaye estaba inmerso en el trabajo: apagando el motor, desplegando las velas, tensando los cables y amarrando las cuerdas a los accesorios metálicos de la cubierta. La brisa era buena y la superficie del mar estallaba en danzantes puntos blancos. Davy se sentó en un banco en la parte de atrás —¡la popa, la popa!—, intentando quitarse de en medio. Aunque para Delahaye era como si no existiera. Un pájaro negro de largo pico pasó volando en veloz línea recta unos treinta centímetros sobre la superficie del mar. ¿Adónde se dirigía con tanta urgencia, tanta decisión? Las grandes velas se estremecían y chocaban entre sí hasta que el viento repentinamente las llenó y de un solo golpe el barco dio un salto hacia delante, levantando su frente puntiaguda —¡la proa, la proa es su nombre!— como si fuera a volar. Davy cerró los ojos, pero al hacerlo se mareó y los abrió de nuevo y fijó su mirada lastimera en el horizonte bamboleante. Todo se tensaba hacia delante, el mástil y las velas tirantes como la cabeza curvada de una ballesta y el agua golpeando y lamiendo los tablones. No debían de ir a más de veinticinco o treinta kilómetros por hora —¿o eran nudos?—, pero tenía la sensación de navegar a una velocidad vertiginosa, volando sobre las pequeñas olas, sin apenas rozar la superficie. Sus manos aferraban el banco con tanta fuerza que los dedos empezaron a dolerle.

Una vez que todo estaba en funcionamiento, Delahaye pasó junto a él en dirección a la parte trasera del barco, y Davy sintió su olor: sal, sudor, loción para el afeitado y algo más, algo intenso, agrio, amargo. Se sentó ante el timón y Davy se giró en su asiento hacia él. La visera de la gorra ocultaba los ojos de Delahaye. ¿Qué estaría pensando? Davy sintió miedo no sólo por el mar.

¿Qué sentido tenía navegar? Davy lo desconocía y nunca le había interesado averiguarlo. Para los Delahaye navegar, moverse en los barcos, era tan natural como andar. Los gemelos Delahaye, Jonas y James, eran avezados regatistas y tenían trofeos para mostrarlo. Habían formado parte de la tripulación del barco de algún millonario en una Copa América. Hasta su tía Maggie era una experta navegante. El padre de Davy había intentado interesar a su hijo, y él se había esforzado, pero no había servido de nada: no podía superar su aversión a aquel reino misterioso y traicionero cuyo principal objetivo era, en lo que a él concernía, arrastrarle al fondo y ahogarle.

—¿Estás bien? —gruñó Delahaye, sobresaltándole.

Él asintió, intentando sonreír. Aunque los ojos de Delahaye continuaban ocultos bajo la visera de la gorra, sabía que le estaba observando. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué?

Davy miró hacia atrás: la tierra era una línea oscura e informe. ¿Adónde se dirigían? El horizonte estaba vacío. Se dirigían hacia el sur, no avistarían tierra hasta... ¿Hasta dónde? ¿España? Sin duda existía algún tipo de marcador, una boya o

algo similar, para avisarles de que debían girar y volver. Pero seguían avanzando y en cada kilómetro —¿cada milla náutica?— el mar se hacía más profundo. Imaginó la plataforma costera cayendo de forma inexorable en el silencio y la extrema oscuridad. Cerró de nuevo los ojos y de nuevo se sintió mareado.

Delahaye decía algo sobre la madre de Davy:

—¿La has visto esta mañana antes de que nos fuéramos?

Davy no supo qué contestar. Parecía una pregunta con trampa, pero ¿cuál podía ser la trampa?

—Sí —dijo con cautela—, sí, la vi. Me preparó el desayuno.

Con náuseas, recordó las lonchas de bacon, el pan frito, la yema del huevo resbalando por el plato. Sus ojos se cerraron solos. Su mente voló.

—Bien, eso está bien —dijo Delahaye.

Davy aguardó, pero el tema de su madre parecía haberse agotado. Volvió a mirar hacia atrás, a la línea cada vez más delgada de tierra. ¿Debía sugerir que regresaran? ¿Debía decir que había quedado con alguien? Eran las diez y media. Podía decir que tenía una cita, que había quedado a las once y media. Pero esa excusa le pareció poco plausible. Con todo, no podían seguir avanzando de aquella manera hacia el horizonte desnudo. ¿O sí?

—¿Hablas con tu padre? —le preguntó Delahaye repentinamente—. ¿Él y tú... charláis?

Una vez más, Davy se sintió confuso. ¿Qué nuevo tema era ése y adónde quería llegar?

—De vez en cuando nos tomamos una pinta juntos —dijo.

Delahaye hizo una mueca desdeñosa:

—Lo que quiero decir es si tú *hablas* con él. ¿Le cuentas de tu vida: qué haces, qué planes tienes...? Ese tipo de cosas.

—No, la verdad es que no —a pesar de la fresca brisa en su rostro, Davy había empezado a sudar; sentía la humedad en sus muñecas y entre sus escápulas—. Mi viejo y yo no somos... —se interrumpió, sin saber qué decir.

Delahaye asentía, lenta y reflexivamente.

—No, en realidad, padres e hijos no hablan, ¿verdad? Yo no hablo con los chicos, con los gemelos, no mucho en cualquier caso. Lo hacía cuando eran pequeños, pero ahora... —con la mano que no sujetaba el timón rebuscó la cajetilla de Churchman en un bolsillo del pantalón y se puso un pitillo entre los labios, aunque no lo encendió. Davy deseaba ver sus ojos, si bien percibía su centelleo bajo la visera de la gorra, le era imposible adivinar su expresión—. Mi padre, en su época, tampoco hablaba mucho conmigo. Y ahora no hablamos absolutamente nada —Delahaye soltó una áspera risa.

Dos pájaros blancos se zambullían en busca de peces. Ascendían muy alto

haciendo tirabuzones y, entonces, con un rápido aleteo, se giraban, plegaban las alas y se lanzaban en picado, salpicando apenas cuando entraban en el agua.

Davy levantó el brazo de manera ostensible para consultar su reloj.

—Me pregunto si tal vez... —empezó, pero Delahaye, sin escucharle, le interrumpió.

—Mi padre tenía una inmensa confianza en sí mismo. Confianza en sí mismo y lealtad. Solía decir: «Un hombre no vale gran cosa si no confía en sí mismo y no vale nada si los demás no pueden confiar en él» —cogió el cigarrillo apagado de su boca y lo hizo girar entre los dedos—. En una ocasión me llevó de paseo en coche. Yo tenía... No sé, ¿seis, siete años? Era pequeño, en cualquier caso. Entonces vivíamos en Rathfarnham. Atravesamos la ciudad y seguimos hasta Phibsborough, o Cabra, o algún lugar cercano. Detuvo el coche delante de una tienda que había en la esquina de una calle y me envió a que me comprara un helado. Creo que nunca había estado solo en una tienda —se había inclinado sobre el timón, parecía relajado y sonreía levemente mientras recordaba—. En fin, me dio el dinero y allá fui a comprar un corte. ¿Sabes a qué me refiero? ¿Un corte helado? Cuando salí, él no estaba. Se había ido. No estaban ni mi padre ni el coche, nada.

Calló. En el silencio sólo se escuchaban el golpeteo de las olas contra la proa y los chillidos de las aves marinas.

—¿Qué hiciste? —preguntó Davy, expectante.

De nuevo Delahaye parecía no oírlo. Lanzó el cigarrillo hacia atrás por encima de su hombro y la estela espumosa lo tragó.

—Tuve una sensación extraña, aún me acuerdo, como si mi estómago se hubiera descolgado mientras el corazón me latía con fuerza. Debí de permanecer fuera de la tienda mucho rato, como si hubiera echado raíces, porque lo siguiente que recuerdo es el helado goteando sobre los dedos de mis pies, que asomaban por las sandalias. Todavía puedo ver la esquina, el bordillo pintado en segmentos blancos y negros y la ferretería al otro lado de la calle. Lo más raro es que no lloré. Entré en la tienda y le dije al tendero que mi papá se había ido sin mí. El tendero fue a la trastienda y regresó con su esposa, una mujer grande y gorda en delantal. Me sentaron en el mostrador, imagino que para verme bien y comprobar si estaba contándoles mentirijillas. La mujer recogió lo que me quedaba del helado y me limpió las manos con un trapo húmedo y el tendero me dio un caramelo con azúcar de cebada. Yo me daba cuenta de cómo se miraban el uno al otro, sin saber qué hacer. Aún recuerdo el sabor de aquel caramelo —se rió mientras movía la cabeza.

Davy fue a hablar, pero la voz no le salió y tuvo que carraspear para aclararse la garganta:

—¿Qué sucedió? Quiero decir, ¿volvió a buscarte?

Delahaye se encogió de hombros:

—Claro. A mí me pareció que habían pasado horas, pero imagino que no debieron de ser más de diez o quince minutos.

—¿Dónde había estado? ¿Adónde había ido?

—A la vuelta de la esquina. Se llevó al tendero aparte para hablar con él y le dio una libra. La mujer le miró como si fuera a escupirle, antes de darse la vuelta y regresar a la trastienda con un portazo. Y nos volvimos a casa. Ven, coge el timón.

Se levantó e intercambiaron puestos. El timón estaba caliente y húmedo allí donde Delahaye lo había sujetado. También las palmas de Davy estaban húmedas. Seguía sudando, aunque al mismo tiempo, sin otra prenda que la camisa, tenía frío y deseó haber llevado un cortavientos. De nuevo le asombró lo absurdo que era estar allí, deslizándose sobre Dios sabe cuántas brazas de profundidad. ¡Y pensar que la gente navegaba por diversión y recreo!

Delahaye estaba recogiendo las velas, había empezado con la pequeña que se encontraba delante para seguir con la más grande.

—Confianza en uno mismo, ¿ves? Una lección de confianza en uno mismo —dijo—. «Has sacado un caramelo de esta historia, ¿no es cierto?», fue todo lo que me dijo mi padre. «Y apuesto a que la mujer se ha volcado contigo. Y no has llorado». Eso era lo más importante, que yo no hubiera llorado.

Había plegado con destreza la vela grande y la estaba atando al travesaño horizontal del mástil con una cuerda desteñida por la sal. El barco, al aminorar la velocidad, vaciló como si estuviera confundido, hundió la nariz y se retrepó con una especie de suspiro, hundiéndose ligeramente en el agua y, durante un segundo o dos, perdieron el sentido de la orientación y el mar alrededor de ellos pareció girar alocado sobre su eje. El repentino silencio despertó un zumbido en las orejas de Davy. Delahaye se secó las manos en los pantalones, tomó asiento en un gran cofre de roble, dispuesto longitudinalmente en medio de la cubierta, y se recostó contra el mástil. De repente, parecía fatigado. Se levantó la gorra para refrescarse la cabeza y luego se la volvió a encasquetar, pero esta vez no ocultó los ojos.

—Lo que no entendí entonces y aún sigo sin entender es dónde queda la lealtad en la lección que me dieron —miró a Davy con una extraña e inquisitiva candidez—. ¿Tú qué piensas?

Davy apretó todavía más los dedos en torno al timón.

—¿Acerca de qué?

—De la lealtad. Eres un Clancy, debes saber qué significa la lealtad, ¿no? O, al menos, su ausencia —sus ojos tenían un llamativo color gris, como lajas de sílex. Incapaz de sostener su mirada, Davy apartó la vista—. Vamos, Davy, déjame escuchar lo que piensas sobre ese tema tan importante —dijo Delahaye con suavidad, con un tono casi halagüeño.

—No sé qué decir —contestó Davy—. No sé qué esperas que diga.

Delahaye permaneció en silencio durante un largo momento y luego asintió con la cabeza, como si acabara de confirmar algo. Se levantó del arcón de madera, alzó la pesada tapa y rebuscó en el interior hasta sacar un bulto envuelto descuidadamente en un trapo sucio de aceite. Parecía estar hundido en sus pensamientos, mientras sopesaba el objeto en la mano.

—Ya no se valora la lealtad. La lealtad. El honor. Lo que antes se llamaba decencia. Todo eso ha desaparecido.

Comenzó a abrir el trapo y Davy se escuchó decir o más bien exclamar algo como *¡Guau!* Miró alrededor con cara de espanto, como si, incluso allí, en mar abierto, hubiera un lugar donde refugiarse. Y, al mismo tiempo, no podía evitar sentir unas extrañas ganas de reír.

—Sí —dijo Delahaye como si leyera sus pensamientos y compartiera su desesperada excitación—, es jodidamente feo, ¿verdad? Un Webley, Mark... —acercó el revólver a los ojos y escrutó con esfuerzo el armazón tras el cilindro—, Mark VI. Papá se lo compró a un tipo durante la guerra civil, eso creo —miró de soslayo a Davy con una media sonrisa—. Sí, funciona, lo he probado.

Se sentó de nuevo con el revólver colgando en las manos, entre sus rodillas. Era un artefacto de apariencia absurda, grande y pesado y de unos treinta centímetros de longitud, con un cañón biselado y un percutor que sobresalía como una lengua de plata. Había un ligero mar de fondo y el barco se balanceaba suavemente de un lado a otro y el sonido de las pequeñas olas contra el casco recordaba un alegre murmullo. Davy miró al cielo en busca de orientación, pero en el cielo no había una sola nube. El barco no parecía moverse, como si estuviera anclado, pero imaginó que debían de estar a la deriva, a merced de la marea y la brisa, y que sólo parecía inmóvil porque no había nada con que contrastar el movimiento. Le asombró lo tranquilo que se sentía, casi sereno. Como si hubiera participado en una carrera, en un maratón durante tanto tiempo que hubiera olvidado que estaba corriendo y sólo ahora, cuando todo se había detenido, lo recordara. ¿Por qué no estaba asustado? ¿Por qué no estaba aterrorizado?

—Si hubiera tiendas por aquí, te habría mandado a comprar un helado —dijo Delahaye, y riendo giró el revólver, puso el cañón contra su pecho y apretó el gatillo.

Lo que más impactó a Davy fue la enorme cantidad de sangre, eso y el vivo color rojo de ésta, un color que le recordó las arañas o insectos o lo que fueran las diminutas motas escarlatas que se arrastraban por los rosales del jardín de su abuelo y que tanto le fascinaban cuando era pequeño. La sangre tenía un ligero olor, especiado y un tanto dulce. En el lado izquierdo del pecho de Delahaye, la bala había dejado un agujero negro, con un borde irregular del color de las frambuesas aplastadas. La sangre había empapado con rapidez la parte inferior de la camiseta azul de algodón y

el regazo de los pantalones blancos, había goteado entre sus piernas y había formado un charco en la cubierta, del que salía un riachuelo. Davy consiguió extraer el paquete de Churchman del bolsillo del pantalón de Delahaye. No sabía por qué, pero le pareció importante que los cigarrillos no se mancharan de sangre. Consultó su reloj, como si saber la hora fuera asimismo importante.

El disparo había lanzado a Delahaye hacia atrás, tumbándolo con una expresión de asombro en la cara. En el primer instante, Davy pensó que el barco iba a volcar, tal era la violencia con que se movía de un lado a otro. Pudo ver cómo los dos se hundían juntos, y de pie atravesaban la deslumbrante luz, las sombras, hasta entrar finalmente en la negrura abisal.

Lo peor era que Delahaye no estaba muerto. Lo estaría pronto, eso era seguro — Davy nunca había visto morir a nadie, pero sabía que Delahaye estaba a punto de palmar—. De momento resollaba, como un niño que ha dejado de llorar e intenta recuperar el aliento. Gimió una vez y pareció querer decir algo. Por suerte, tenía los ojos cerrados. Se había resbalado del arcón y estaba sentado en un extraño ángulo. El revólver había caído entre sus piernas y la empuñadura estaba en el charco de sangre sobre la cubierta.

Davy se inclinó hacia delante, sujetándose con una mano a la como-se-llamara, a la borda. *Odiaba* los barcos, los *odiaba*. Sujetó el revólver por el cañón y lo lanzó fuera del barco tan lejos como pudo; cayó en el agua con un cómico *plaf*. El joven se sentó y en ese mismo instante se dio cuenta de que no debería haberlo arrojado. ¿Pensarían que él había matado a Delahaye? ¿Y qué si lo pensaban? Maldijo una y otra vez mientras se golpeaba la rodilla con el puño.

Miró alrededor, escrutando el mar. No se veía ningún barco. ¿Qué debía hacer? En medio de la cubierta había un charco de agua hacia el que se dirigía el delgado arroyuelo de sangre. El agua se estremecía y balanceaba al compás de las pequeñas olas que golpeaban el casco. No era un charco grande, pero ¿y si no era agua de lluvia sino agua de mar procedente de una grieta? En las películas, las grietas que se abren en los cascos de los barcos se ensanchan en segundos y el mar irrumpe expulsando a los marineros y haciendo que sus literas floten hasta tocar el techo. Tal vez Delahaye había perforado un agujero en el fondo, un agujerito que se haría más y más grande.

Davy observó al hombre moribundo. Su rostro tenía el color gris azulado de la masilla, y una fina capa de sudor cubría su frente y el labio superior. Su respiración se había hecho más lenta. Miró su reloj y le sorprendió comprobar que ni siquiera habían pasado tres minutos desde que Delahaye había disparado la pistola. ¡Tres minutos! Davy se sentía como si estuviera flotando encima del barco y observara lo que allí abajo ocurría: Delahaye caído, los dos charcos —el de sangre y el de agua—, y él mismo, aterrorizado y acurrucado en la popa, aferrándose a los laterales del barco. Le asaltó la idea de que también él iba a morir, perdido en el mar en un barco

zozobranante.

Un avión apareció en el sur con dirección al norte, hacia Dublín. Davy saltó y movió los brazos frenéticamente. El barco empezó a balancearse con violencia y, sintiéndose como un imbécil y mareado, volvió a sentarse. El avión estaba demasiado alto, nadie lo vería e, incluso si alguien lo veía, pensaría que era un pescador medio idiota saludando a los turistas que pasaban.

Observó el motor fueraborda. No tenía ni idea de cómo encenderlo. ¿Necesitaría una llave de contacto? Se volvió hacia Delahaye y le escuchó tragar. ¿Tendría estómago suficiente para rebuscar otra vez en aquellos pantalones empapados de sangre? Gateó hasta él y tanteó con los dedos el exterior de los bolsillos. No palpó ninguna llave. Tal vez Delahaye la había arrojado al mar. «Una lección de confianza en uno mismo». Volvió a sentarse en el banco. El sol ya estaba alto y le atizaba en la coronilla, podía sentir las gotas de sudor deslizándose por su cabeza como insectos. Recordó de nuevo aquellos ácaros color sangre en el jardín del abuelo Clancy.

Delahaye abrió los ojos al cielo y, deslumbrado, frunció el ceño. Gruñó y forcejeó como si intentara incorporarse, masculló una hilera de palabras incomprensibles en un tono que parecía irritado y entonces se desplomó en silencio y murió.

A Marguerite Delahaye no le gustaba la mujer de su hermano. Había intentado que le gustara, lo había intentado una y otra vez, pero en vano. Eso la perturbaba, ya que Marguerite —o Maggie, como todos la llamaban, aunque ella lo odiara— era noble de naturaleza y deseaba pensar bien de todo el mundo. No obstante, le resultaba difícil tener buena opinión de Mona. Y no es que a Mona le importara. Según parecía, no había muchas cosas que le preocuparan. Ella era lo que la madre ya fallecida de Maggie habría llamado una excéntrica. A pesar de ello, Maggie seguía intentándolo. Después de todo, Mona era su cuñada y era su deber no cejar en ese esfuerzo, aunque en el fondo de su corazón sabía que no lo conseguiría. En el fondo de su corazón también sospechaba que al propio Victor le resultaba difícil. La amaba, era evidente —la amaba demasiado, para disgusto de Maggie—, pero tenía el convencimiento de que es posible estar enamorado de una persona sin que la misma te agrade. Como Mona le disgustaba, Maggie tenía que esforzarse aún más para ser amable con ella. Mona aceptaba la amabilidad de Maggie como aceptaba todos los gestos de amabilidad y respeto: con indiferencia o, como mucho, con divertido desinterés.

La señora Hartigan había dispuesto sobre la mesa del recibidor un jarrón de cristal con guisantes de olor y su delicioso aroma se extendía por la casa, incluso por los dormitorios y por la gran cocina de piedra situada al final del pasillo, tras la puerta tapizada de verde. Maggie bajaba de su habitación y se detuvo unos instantes para admirar las flores, colocadas bajo la suave luz que venía del montante en abanico de la puerta de entrada. Las tiras de plomo del montante seccionaban la luz y la recomponían en una figura resplandeciente y compleja, como la jaula de un pájaro.

Maggie adoraba Ashgrove. Año tras año desde que podía recordar, acudía con su familia. El edificio ya era viejo cuando ella era una niña, pero Maggie tenía la secreta convicción de que la casa la acompañaba en el transcurrir del tiempo y envejecía al mismo ritmo que ella, su visitante favorito. El resto del año, cuando no estaba allí, echaba de menos el viejo hogar, de la misma manera que echaría de menos un perro amado o incluso a un amigo. Era una pena que siempre hubiera tanta gente en la casa. Ella siempre se aseguraba de llegar uno o dos días antes que los demás y de abandonar la casa uno o dos días después de que todos se hubieran ido. Encontrarse sola era una bendición. Le gustaba especialmente permanecer despierta en la cama por la mañana temprano, mientras el sol dibujaba franjas sobre su colcha y alrededor de ella la casa se estiraba y crujía bajo la luz del nuevo día. La soledad era su bálsamo. Nunca se había casado. Había tenido propuestas, pero había decidido vivir

su propia vida, de acuerdo a sus deseos y normas, sin la interferencia de un marido.

Había permanecido casi toda la tarde en su habitación leyendo, o intentando leer, sentada en su sillón favorito, de un verde ya desvaído. La ventana daba a un rincón apartado del jardín y, de vez en cuando, Maggie cerraba el libro —Agatha Christie, bastante aburrido—, marcando el lugar de la lectura con el pulgar, y contemplaba cómo jugaban los mirlos y los conejos allí donde acababa el césped. Dos o tres conejos se aventuraban a salir de la hierba alta que crecía bajo los árboles, los pájaros descendían velozmente hacia ellos y los conejos se apresuraban a retroceder en busca de refugio. Aquel pequeño juego se repetía una y otra vez. Aunque Maggie imaginaba que no se trataba de un juego, prefería pensar que lo era.

Había retrasado todo lo posible el momento de abandonar el santuario de su habitación. Su padre se había levantado de mal humor y había hecho un comentario para molestar deliberadamente a la señora Hartigan y el conflicto duraría por lo menos hasta la hora del té. Hacía tres años su padre había sufrido una apoplejía que le había recluso en una silla de ruedas y, como se aburría, era propenso a rencorosos ataques de mal genio. Si bien nunca, ni siquiera en la mejor época de su vida, había sido un hombre de carácter apacible. Le gustaba fastidiar a los demás, enemistar a unos con otros. Aquella tarde le había tocado a la señora Hartigan sufrir su lengua afilada. Satisfecho tras encender aquel incendio, el anciano se había sentado cerca para calentarse las manos. La señora Hartigan trabajaba como gobernanta durante las semanas que las dos familias residían allí y el resto del año estaba encargada de cuidar de la casa. Tenía un carácter susceptible, sí, y se ofendía con facilidad. Maggie sospechaba que se consideraba demasiado buena para trabajar de sirvienta. Y, por supuesto, siempre le tocaba a ella calmar los ánimos encrespados. De pie en el vestíbulo, mientras admiraba las flores, Maggie sonrió: cuando se enfadaba, la señora Hartigan parecía una vieja gallina gorda e irritable con las plumas erizadas.

Samuel Delahaye se encontraba en el salón, como siempre se había denominado al cuarto de estar principal, escuchando un programa en el transistor. Había detenido la silla de ruedas junto al aparador donde estaba la radio con su centelleante ojo verde, y presionaba la oreja contra la rejilla del altavoz, pues uno de sus pasatiempos era fingir que era duro de oído. Se trataba de un hombre grande, de hombros anchos y pecho poderoso, con una melena plateada peinada hacia atrás. Maggie estaba convencida de que intentaba parecerse a William Butler Yeats, y desde luego era tan vanidoso como lo fue sin duda el poeta. Tan pronto como entró en la habitación y cerró la puerta, antes de que dijera una sola palabra, él agitó la mano con irritación en su dirección como si Maggie estuviera causando un alboroto que interfería con su disfrute del programa, que por lo visto trataba sobre las abejas. Ni siquiera la miró.

Maggie suspiró. Su cuñada estaba sentada en el sofá beis frente a la chimenea, hojeando una revista de moda. En la mesita baja situada frente al sofá había un vaso

alto y empañado de gin-tonic, con cubitos de hielo y una rodaja de limón. En el fondo de la habitación, las puertas cristaleras que daban al césped estaban abiertas y al final de la pradera se alzaba la hilera de fresnos que daba nombre a la casa: Ashgrove, es decir, Fresneda.

Maggie se aproximó y Mona alzó los ojos de la revista.

—Pensábamos que nos habías dejado y habías vuelto a casa. ¿Dónde te habías escondido? —dijo Mona con languidez.

La piel de Mona parecía pálida porcelana en contraste con su cabellera, de un color bronce pulido. Sus ojos eran violetas y se achinaban en las esquinas. El único defecto que Maggie encontraba en su belleza era la boca, una afilada línea escarlata que le daba un aire de niña caprichosa y enrabieta.

—Bueno, estaba entretenida con mis cosas —contestó.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Podéis poner fin a ese alboroto y dejarme escuchar? —gritó el padre desde el otro extremo de la sala.

Ninguna de las dos mujeres le prestó la más mínima atención.

—¿Se le ha pasado ya el enfado a la señora? —preguntó Maggie en voz baja a su cuñada. Mona se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? Esa vieja bruja no me habla —contestó y volvió a hojear la revista, deteniéndose tan sólo para leer con atención los anuncios.

Maggie tomó asiento en el lado más alejado del sofá.

—Desearía que no la provocara. Si se marchara, estaríamos perdidos —dijo.

Mona lanzó una pequeña carcajada.

—No hay peligro de que eso ocurra. Aquí lo tiene muy fácil.

—Yo creo que trabaja mucho —dijo Maggie con suavidad mientras quitaba una pelusa del dobladillo de su falda—. Es una casa muy grande y sólo están ella y la chica que viene a ayudar los fines de semana.

Sin contestar, Mona se inclinó hacia delante para coger su vaso. Maggie observó cómo bebía, con la mirada perdida. Realmente era una criatura muy bella para ser contemplada. Aún no había cumplido los treinta, lo que significaba que era, como mínimo, unos dieciséis años más joven que su marido. A Maggie siempre le había intrigado que Mona aceptara casarse con Victor. Él era un hombre apuesto, aunque su físico se había apagado algo con los años, y era rico y generoso, pero Maggie nunca hubiera pensado que fuera el tipo de hombre que le iba a Mona, como ella diría. Para Maggie, el tipo de hombre que le iba a Mona había de ser tan desconsiderado y cruel como ella. Maggie se sintió culpable al pensarlo e incluso se ruborizó ligeramente, aunque sólo era un pensamiento y nadie lo había escuchado.

«El baile de los zánganos —decía la voz de la radio— es interpretado como una señal mediante la cual las abejas que regresan indican a sus compañeras dónde se encuentran las fuentes más ricas de polen en las proximidades de la colmena. Las

abejas recorren distancias tan grandes como...»

En aquel momento sonó el teléfono que había sobre la mesa del vestíbulo.

Una semana de lluvia había dejado el suelo empapado, pero eso no impidió que Blue Lightning, de tres años, procedente de la cuadra del fallecido Dick Jewell, y con apuestas en su contra de siete a dos, ganara con facilidad ante la sorpresa general, ya que era sabido que le gustaba la pista dura. Sorprendió a todos menos a Jack Clancy. Recogió sus ganancias del corredor de apuestas de Slievemore y se dirigió a Walsh, justo a la vuelta, para pagar una ronda. Sabía que los parroquianos despreciarían su generosidad —«¿Quién se cree que es? ¿Un tipo importante?»—, pero aceptarían la invitación. Su desprecio no le molestaba. Por el contrario, le agradaba contemplar sus miradas resentidas mientras murmuraban tras sus pintas.

La esposa del dueño del pub, una mujerona pelirroja de ojos verdes, echaba una mano los días de carrera. Jack estaba persuadido de que tenía algo de sangre gitana. La miraba trabajar, sentado junto a la puerta. Desde allí veía, al mismo tiempo, a la mujer y su reflejo en el espejo que colgaba inclinado detrás del mostrador. Ella llevaba un vestido de verano sin mangas y, cada vez que alzaba el brazo pecos para tirar una pinta, él contemplaba el cerco de sudor y la húmeda sombra cobriza en el hueco de la axila. Se llamaba Sadie.

La mujer le recordaba a la novia de Jonas Delahaye. Y no porque Sadie se pareciera a Tanya Somers lo más mínimo. La imagen de Tanya en su bañador negro le hizo sentir una punzada de dolor en la base de la lengua. Era obvio que no tenía ninguna posibilidad. Aunque eso era algo que nunca se podía asegurar. Le doblaba la edad, pero a algunas jóvenes les gustan los hombres mayores. A Mona Delahaye, sin ir más lejos. Habría problemas si se insinuaba a la engreída novia de Jonas y le descubrían. Jonas, ese cachorro malcriado. Sabía que Jonas y Tanya dormían juntos. Tenían dormitorios separados, pero aquello era sólo para cubrir las apariencias y no escandalizar a la vieja matrona Hartigan. Jack sabía con certeza que en cuanto las luces se apagaban, Jonas se colaba en aquel dormitorio como una flecha. Victor Delahaye se enorgullecía de su talante liberal y moderno, ahora que su padre estaba achacoso y él ya no se encontraba bajo su bota. La hermana de Victor era diferente: cada vez que Tanya se paseaba por la casa, Maggie fruncía la boca como si estuviera saboreando un caramelo agrio.

¿Y Davy? Jack era consciente de que su hijo ya tenía edad para ser su rival en asuntos de faldas. Y eso lo inquietaba. Davy era un joven atractivo, Jack había visto cómo lo miraban las mujeres, incluso Mona Delahaye. ¿Qué sucedería si Davy intentaba conquistar a Tanya Somers? Era una posibilidad que Jack se negaba a considerar. Un conflicto semejante entre las dos familias sería desastroso, especialmente en aquel momento, cuando todos los planes para el futuro de la

compañía pendían de un hilo.

Los hermanos Delahaye —altos, rubios, de ojos azules— eran como dos guisantes en una vaina. Qué extraño debía de ser tener un gemelo, tener una copia de ti siempre alrededor. No era la primera vez que lo pensaba. A Jonas y a James no parecía importarles; de hecho, siempre estaban juntos. ¿Qué pensaría James de Tanya Somers? ¿Sentiría rencor o celos hacia ella por haberse interpuesto entre él y su hermano? ¿Sentiría celos de su hermano por tenerla a ella? Y en cuanto a Tanya, ¿era capaz de distinguir a uno de otro? Si Jonas y James decidían intercambiar papeles una noche y James se colaba en la cama de ella, ¿sería Tanya capaz de reconocerlo? Y si los gemelos decidían meterse juntos en la cama con Tanya, ¿sería capaz de rechazarlos? Durante las semanas anteriores se había entretenido, en más de una ocasión, imaginando a los dos muchachones rubios en la cama con Tanya en el centro. Le provocaba una mezcla de excitación, envidia y dulce pesar. Él tenía cuarenta y siete años, y lo odiaba.

Hizo una seña a Sadie para pedirle otro Red Rum jamaicano. Le tendió un billete de diez chelines y ella, cuando le trajo el cambio, le sonrió de una forma peculiar, con los labios apretados y arqueando una ceja. No supo cómo interpretarlo. O bien le estaba diciendo que sabía de qué iba y que no se molestara en intentarlo, o lo contrario, que le gustaba y estaba dispuesta a escuchar cualquier proposición que le hiciera. Si se trataba de lo último, allí sería imposible. Ya había cometido ese error hacía años con la esposa de un tratante de ganado en Crosshaven, también pelirroja, por casualidad. Los tres animales que el tratante tenía por hijos le habían propinado tal paliza que aún le dolían los huesos de los hombros y de la espalda cuando se nublaba el tiempo. Pero seguro que Sadie subía alguna vez a la ciudad a comprar o a lo que fuera. Antes de marcharse, le daría su número de teléfono.

Apareció un conocido del club náutico y Jack le invitó a una copa y durante un rato hablaron de barcos. A Jack le encantaba estar en el pub a esa hora las tardes de verano, adoraba el sonido de la charla tranquila y el fuerte olor a whisky, adoraba el dorado color metálico de la luz que entraba por la puerta abierta y que iluminaba las perezosas volutas de humo de los cigarrillos en la penumbra. Estar allí significaba no estar en Ashgrove, y eso en sí mismo era un placer. Y además estaba Sadie y las posibilidades que se abrían con ella.

El conocido del club náutico se llamaba Grogan, era un abogado de Cork y un plomo, como Jack recordó demasiado tarde. Habían navegado juntos aquel año en la regata de Slievemore y Grogan, a bordo de su *Sirena*, se había llevado la Copa del Comodoro. Le estaba contando algo sobre un barco con dos hombres que había sido encontrado a la deriva en la bahía de Slievemore. Había oído la noticia en la radio, en el informativo de las seis. Jack no apartaba los ojos de Sadie, contemplaba apreciativamente cómo el vestido se tensaba en su pecho cuando ella tiraba del

mango del grifo de la cerveza hacia atrás y luego hacia abajo en un arco lento y esforzado. Sí, ya no tenía duda, le iba a proponer que tomaran una copa juntos cuando fuera a Dublín. ¿Qué tenía que perder?

—Parece que uno de los hombres estaba muerto. El asunto huele mal —dijo Grogan.

Sylvia Clancy conducía el enorme coche por la carretera elevada junto al pueblo de Rosscarbery. Siempre que volvía de Cork le gustaba tomar el camino de la costa, pero hoy no tenía ojos para el paisaje, pues estaba preocupada. Aunque eso no era raro. El estado normal de Silvia era estar preocupada. ¿Cómo podía ser de otra manera, casada con Jack Clancy y con un hijo como Davy Clancy? Pero hoy su preocupación giraba en torno a la fiesta que Mona Delahaye celebraría el próximo sábado por la noche. A Mona le encantaban las fiestas. Hacía tres años había dado la primera Fiesta de Ashgrove, y *dar* era la palabra adecuada, pues había sido un golpe en todos los sentidos. Desde entonces la celebración se había convertido en un acontecimiento anual y en la comidilla del condado, por no decir de la mitad del país.

Sylvia daba por supuesto que quienes organizan fiestas lo hacen para que sus invitados se diviertan y regresen felices a sus casas. Pero el objetivo de Mona era a todas luces el contrario. Ella también deseaba que todo el mundo lo pasara bien, pero tenía un concepto particular de lo que significaba pasarlo bien. No soportaba que la gente charlara con sus bebidas en la mano. Su idea de una fiesta eran discusiones, insultos, retos, peleas e incluso puñetazos. Y si las cosas no sucedían como ella había planeado —es decir, si el ambiente era agradable y tranquilo—, no dudaba en hacer lo posible para torcerlas. Mona tenía un don para la provocación. Encizaba sin parecerlo: una sonrisa aquí, una palabra amable allá, una pregunta, una información, un consejo. Avanzaba por la sala y a su paso surgían rencillas que para nada se dirían conectadas con ella, si bien ella había servido de mecha. Y cuando llegaba al otro extremo de la sala, se giraba y contemplaba su obra con placer, con una intensa mirada y la delgada boca curvada en una media sonrisa.

No obstante, Sylvia sentía simpatía hacia Mona. Mona, en el fondo, era una cría y tenía la avidez y la picardía incurable de los niños. Pasara lo que pasase, Mona deseaba ser el centro y, si no lo conseguía, amargaba la vida a los demás. Era su forma de ser. Sylvia sospechaba que Mona, al igual que ella, sentía en su interior que había caído en la familia equivocada. Los Delahaye eran un clan formidable, como también los Clancy lo eran a su manera, y entrar a formar parte de ellos a través del matrimonio significaba ser devorada, o casi. ¿Podía acusarse a la pobre Mona de hacerse valer de la única forma que sabía? Hacer daño era su declaración de independencia y por eso ella y su suegro, el viejo Samuel Delahaye, congeniaban tan bien, si podía aplicarse la palabra *congeniar* a cualquiera de esas dos porfiadas,

desconsideradas y maliciosas criaturas.

Sylvia conducía el Mercedes de los Delahaye, ya que Jack había cogido el viejo Humber para ir a las carreras. Estaba nerviosa y también algo excitada, pues aquel enorme coche la asustaba, con su parte delantera arrogantemente cuadrada y aquel distintivo en el capó que le recordaba la mirilla de un arma de fuego. Pero tenía que aceptar que, por mucho que la asustase, resultaba excitante estar al mando de una máquina tan poderosa. Había ido a Cork para ver a un nuevo osteópata —un arreglahuesos, como los llamaban allí— que le había recomendado la señora Hartigan. La mujer lo ponía por las nubes y aseguraba que hacía milagros, pero si Sylvia había acudido a la consulta era tan sólo por ser amable con la gobernanta, de quien lo mejor que se podía decir es que era una pesada. Sylvia sufría de la espalda. Nadie había podido descubrir el origen de su terrible dolor crónico, y aquel hombre no había resultado ser mejor que los demás, a pesar de su verborrea sobre rigidez articular, discos aplastados y cartílagos, especialmente sobre los cartílagos o lo que demonios fuera aquello. A Sylvia le había parecido un tipo ridículo e ignorante. Pero los rayos de sol se filtraban a través de los árboles que se extendían a lo largo del camino y en los campos la brisa acariciaba el trigo y la cebada, meciéndolos, y hacía una tarde tan hermosa que Sylvia se sintió animada a pesar de los trompicones impacientes del motor y del dolor en las lumbares que, estaba segura, el arreglahuesos sólo había empeorado.

Sylvia era inglesa. Este hecho se había convertido con el tiempo en su rasgo más distintivo, para los demás tanto como para ella. A pesar de que ya llevaba más de media vida en Irlanda. No importaba. Los demás repararían en su esencia inglesa hasta el día que muriera. No mostraban resentimiento ni prejuicios hacia ella, más bien parecían admirar su valor y su buen carácter por vivir con ellos sin amilanarse. La reacción general al hecho de que ella fuera inglesa solía ser una especie de divertida fascinación. La miraban con expresión perpleja y con una media sonrisa le decían:

—Es inglesa, ¿no?

Como si aquello fuera algo extraordinario, similar a ser piloto de carreras o explorador en la jungla. Sylvia suscitaba siempre la curiosidad ajena, pero no le molestaba. Probablemente de alguna manera percibían la vida interior que ella aún mantenía: apacible, razonable, tolerante e irónica, es decir, inglesa o lo que ella pensaba que significaba ser inglés; la esencia inglesa tal como la recordaba.

Igual que estaba convencida de que Mona no debería haberse casado con Victor Delahaye, sabía que ella tampoco debería haberse casado con Jack Clancy. Amaba a Jack, significara aquello lo que significase después de tantos años. Al principio, cuando eran jóvenes, lo adoraba. Jamás había conocido... No, jamás pensó que pudiera existir alguien como Jack: encantador, peligroso, con esa apostura misteriosa

y esa jovialidad destructiva que a ella le resultaron irresistibles tan pronto como lo vio. Ahora comprendía que ese encanto, el peligro, la apostura endemoniada, aquel humor corrosivo e impío sobre todo, eran precisamente lo que debería haberle puesto en guardia.

Sylvia era más alta que él, le sacaba unos seis o siete centímetros. A Jack eso no parecía haberle preocupado nunca y tan sólo hacía bromas al respecto. Sin embargo, ella era muy consciente de la disparidad, pero no por ella, sino por él. Durante sus primeros meses como pareja, ideó una postura para cuando estuviera a su lado: la barbilla baja, la pierna izquierda ligeramente retrasada y la rodilla derecha levemente flexionada. Aunque aquella pose apenas disminuía su altura, al menos indicaba que ella era la encargada de equilibrar la diferencia y que, por tanto, era ella quien sufría la humillación al no ser capaz de conseguirlo. El problema no era que Jack fuese muy bajo, sino que ella era demasiado alta.

Disminuyó la velocidad y giró para entrar en la verja de Ashgrove.

Su cabeza, tan dispersa como siempre, regresó a la horrible perspectiva de la fiesta de Mona. El año anterior, Davy se había enzarzado en una pelea con el hijo de un dignatario local y le había arrancado parte de la oreja de un mordisco. Aunque ella pensaba que el otro chaval era un chulo y se había llevado lo que se merecía, meterse en peleas y morder a la gente no era el comportamiento que hubiera esperado de un hijo suyo. Pero muchos aspectos de su vida no habían resultado ser como esperaba. Davy se parecía bastante al potente coche que ahora conducía, difícilmente controlable, decidido y siempre dispuesto a actuar sin escuchar razones. Y en aquel mismo instante irrumpió en su mente, decidida a no ser acallada de nuevo, la auténtica preocupación que ocultaba su ansiedad por la fiesta. Se trataba de aquella chica, la Somers. Tanya Somers llevaba escrita encima la palabra *peligro*. A Sylvia siempre le había asombrado que los hombres no se dieran cuenta de lo calculadoras que eran las chicas como Tanya, de cómo todos sus gestos estaban medidos y sopesados, tal vez no de manera consciente, pero sí instintivamente. ¿Qué pasaría si Davy intentaba quitársela a Jonas Delahaye? ¿Y si... y si otro lo intentaba? ¿Y si...?

Detuvo el coche en la gravilla, delante de la casa. Sentada tras el volante, con expresión alarmada y la mirada fija en el parabrisas, pensaba en todas las posibilidades de cataclismo que representaba Tanya Somers cuando escuchó lo que parecía un llanto en el interior de la casa. Abrió la puerta, puso un pie en la grava y se detuvo para escuchar. Sí, no había duda, alguien estaba llorando, una mujer. El sonido procedía de una de las ventanas abiertas del piso superior: sollozos entrecortados y entre ellos una especie de quejumbroso lamento. Maggie. Era Maggie quien estaba llorando: eran los mismos jadeos irregulares que tenía cuando sufría un ataque de asma. ¿Por qué estaba abierta de par en par la puerta delantera? ¿Y de quién era aquel coche negro aparcado junto a los laburnos? Algo había ocurrido, algo terrible sin

duda. El primer pensamiento de Sylvia fue: «Davy». El segundo fue: «Jack».

El superintendente Wallace había pensado que lo mejor era acudir en persona a Ashgrove para dar la noticia. Y no es que él dispusiera de mucho tiempo para aquella gente, que se instalaba en la casa en verano, durante varias semanas, y luego dejaba el lugar vacío y sin uso. En su opinión, era una extraña humillación que una gran mansión como aquella, que había albergado a caballeros y a sus esposas durante siglos, quedase reducida a una villa de vacaciones para una panda de gentuza adinerada de Dublín. El comisario era un hombre moderado, pero en el fondo de su corazón se trataba de un esnob intransigente. A pesar de que sus orígenes eran humildes y de que se esforzaba por ser flexible y tolerante en la mayor parte de los asuntos, desaprobaba sin concesiones la nueva Irlanda, como así la llamaban, surgida en la década posterior a la guerra. Y los Clancy y los Delahaye, que deberían cuidar de su buen nombre, eran los representantes típicos de aquella realidad.

No le había sorprendido lo sucedido aquella tarde. Le había intrigado, eso sí, pero no sorprendido. La costra de la civilización era muy delgada y frágil. Había vivido de joven la guerra de Independencia y la posterior guerra civil y había visto cosas —muchachos degollados, prósperas casas quemadas, la tierra sin cultivar— que chocaban con las enseñanzas de los sacerdotes y las creencias de la generación anterior. Ahora el país estaba en paz y, sin embargo, en un día soleado y caluroso de verano dos hombres habían salido a navegar y uno de ellos había regresado muerto, con un disparo en el pecho y caído en un charco de sangre. El asunto tenía mala pinta.

Tras comunicar las terribles noticias, no sabía qué más hacer. Todos habían desaparecido en distintas direcciones de la casa, y le habían dejado en el vestíbulo con la gorra entre las manos. Desde el piso de arriba le llegaba el llanto de la señorita Delahaye —ella era la mejor de todo el grupo, una buena mujer con un corazón de oro—, pero en algún lugar cercano una voz metálica parecía dar una conferencia. Tras un momento con la boca descolgada, el viejo Delahaye había girado la silla de ruedas y se había lanzado a toda velocidad en el vestíbulo hasta desaparecer por el fondo de la casa. La esposa del muerto —su viuda, ya— también se había evaporado. Era, pensó el comisario, como si él hubiera llevado consigo la peste, lo que no dejaba de ser cierto.

A su espalda resonaron unos pasos rápidos y, al volverse, vio a una mujer alta que se apresuraba hacia él. Al principio, el superintendente no reconoció la silueta en movimiento contra la luz del sol que entraba por la puerta. Entonces ella habló e inmediatamente supo que era la esposa de Clancy.

—Dígamelo —dijo en tono urgente, casi en un susurro, los dedos aferrando la manga de su uniforme—. *Dígamelo.*

Se lo contó. Mientras hablaba, ella asentía con la cabeza, los ojos fijos en sus

labios, como si intentara percibir la forma de las palabras que sus oídos se resistían a creer.

—Un barco pesquero de arrastre que venía de Castletownbere divisó un barco a la deriva y lo condujo a tierra. El pobre hombre llevaba tiempo muerto —dijo el superintendente.

—Y mi hijo, ¿dónde está? ¿Cómo está?

—Lo llevaron al hospital Bon Secours de Cork. Creen que sufre una ligera insolación. Se pondrá bien —contestó el comisario.

—¡Dios mío! ¡Cork! Acabo de venir de allí —exclamó ella, deslizando su mirada a un lado, perdida en el vacío.

Parecía tan asombrada por aquella pequeña coincidencia que, por un instante, él creyó que iba a romper a reír.

—Tengo que volver —murmuró Sylvia.

Se dio la vuelta, mientras se palpaba los bolsillos de su ancha chaqueta en busca de las llaves del coche, pero él la sujetó del codo y le dijo que se tranquilizara, que una ambulancia traería a casa a su hijo desde Cork, que probablemente ya estaban en camino. Ella asintió.

—Y dice que el señor Delahaye está muerto —dijo con expresión perpleja, mientras intentaba asimilarlo.

—Sí, señora. De un disparo.

Ella lo contempló de nuevo con la misma ansiedad del principio.

—Pero ¿quién le disparó?

—Bueno, señora, ésa es la cuestión.

Al comisario le gustaba la voz de ella, su suavidad, su gentileza. Nunca había sentido animosidad hacia los ingleses, aunque los Black and Tans^[1] habían asesinado a un tío suyo, si bien sólo era un tío político. Ella se giró y caminó lentamente hasta la silla de respaldo recto que había junto a la mesa del vestíbulo y tomó asiento con las manos unidas sobre el regazo. El comisario había notado algo extraño y de repente se dio cuenta de qué se trataba: no llevaba bolso. Él creía que las mujeres no iban a ningún sitio sin su bolso. Su pelo era rubio, o quizá más gris que rubio, y estaba recogido en un moño del que habían escapado algunos mechones rebeldes. Pensó que aquél era el máximo desaliño que esa mujer se permitiría, pues no parecía la clase de persona que se mesa los cabellos.

En el piso de arriba, la señorita Delahaye seguía llorando, pero su llanto era menos desconsolado y los sollozos habían dado paso a los hipos.

El superintendente escuchó un sonido de ruedas a su espalda y al girarse vio reaparecer al viejo Delahaye desde el fondo de la casa. Avanzaba sobre las losas blancas y negras del vestíbulo con una destreza y una velocidad sorprendentes. Sin mirar ni al comisario ni a la mujer sentada a la mesa, torció hacia la izquierda, estiró

una pierna y de una patada abrió la puerta del salón y se deslizó dentro. La puerta se cerró suavemente tras él con un suspiro. Sylvia Clancy se levantó y lo siguió, y el comisario, no sabiendo qué otra cosa hacer, la siguió a su vez.

Mona Delahaye estaba sentada en el sofá beis frente a la chimenea. Llevaba un vestido de verano de seda verde oscura. Estaba inclinada hacia delante con las manos enlazadas sobre sus rodillas cruzadas y la cabeza ligeramente ladeada, como si estuviera escuchando algún débil sonido muy lejano. Samuel Delahaye, en su silla de ruedas, se encontraba ante las puertas cristaleras abiertas, la barbilla hundida en el pecho mientras miraba con furia el jardín. Al comisario le vino a la cabeza la absurda idea de que quizá aquellas dos personas no habían comprendido lo que les había dicho y estaban esperando una aclaración, una explicación. Esperando a que alguien se lo explicara todo de nuevo de una forma más comprensible.

Sylvia Clancy se aproximó al sofá y se sentó junto a Mona. Intentó cogerle una mano, pero Mona no descruzó las suyas y ni siquiera la miró.

—Imagino que ahora tendremos que cancelar la fiesta —dijo Mona con voz suave y reflexiva.

La señora Clancy y el superintendente decidieron obviar el comentario y actuar como si no lo hubiera dicho. Era evidente que la joven estaba sufriendo un shock. En la ventana, Samuel Delahaye soltó un extraño ronquido que bien podría haber sido una carcajada.

¿Era la sirena de una ambulancia lo que se oía a lo lejos?

El superintendente, desde detrás del sofá, se dirigió en voz queda a Sylvia Clancy.

—Señora, debo marcharme ya.

—Sí —contestó la mujer sin mirarle.

—Ahora vendrán otras personas. Harán preguntas y ese tipo de cosas —insistió él y aguardó, pero nadie dijo nada más. Tosió delicadamente en su puño, dio la vuelta y caminó hacia la puerta como si pisara cáscaras de huevo. En el vestíbulo sacó un pañuelo, se quitó la gorra y lo pasó por la brillante visera. Al final del vestíbulo, en la penumbra apareció un pálido rostro y al instante desapareció. La gobernanta... ¿Cómo se llamaba? ¿Hennigan? No, Hartigan. Se puso la gorra y se dirigió a su coche.

El joven guardia que lo había conducido hasta allí —tampoco recordaba su nombre— abandonó el volante, caminó con presteza hacia el lado del pasajero, abrió la puerta y se cuadró. El asiento de cuero estaba caliente allí donde el sol le había dado.

—Bien. Vámonos —dijo el superintendente con un sombrío suspiro.

El guardia encendió el motor y metió las marchas de tal manera que las ruedas traseras patinaron en la gravilla.

En el salón, Samuel Delahaye se alejó en su silla de ruedas de la puerta cristalera

y se aproximó a las mujeres sentadas en el sofá.

—Muy bonito... —comenzó a decir mientras miraba con furia a Sylvia, pero tuvo que detenerse para toser con violencia y luego comenzó de nuevo—. Muy bonito lo que ha conseguido el imbécil de tu hijo.

El inspector Hackett pensó con melancolía cuánto le hubiera gustado hacer una excursión a Cork. Le gustaba mucho la ciudad, y la costa de la zona era encantadora, especialmente en esa época del año. Su mujer y él habían pasado una semana en Skibbereen durante un verano y les había entusiasmado y prometieron regresar, aunque nunca lo hicieron. Pero habían traído el cadáver de Victor Delahaye a Dublín a primera hora de la mañana y las dos familias estaban en camino, así que no había ninguna necesidad de viajar hasta allí. Habló por teléfono con el estirado de Wallace, que le informó de que los forenses de Anglesea Street estaban examinando el barco y le dijo que le enviaría el informe tan pronto como lo tuviera. No, no habían encontrado ningún arma: el joven que estaba con Delahaye había dicho que la arrojó al mar. Aseguró que no, que no era suya —él no tenía armas—, sino de Delahaye; que Delahaye la tenía en el barco, envuelta en un trapo y escondida en un arcón.

—¿Le cree? —preguntó el inspector. Estaba reclinado en su silla con las botas sobre la mesa mientras se hurgaba los dientes con una cerilla. La dentadura postiza, más bien.

Wallace resopló indignado y dijo que sí, que le creía. Hackett asintió con la cabeza. Wallace podía ser pomposo y engreído, y lo era sin duda, pero no un completo idiota.

Se trataba de un asunto delicado, pensó Hackett mientras arrojaba la cerilla chupeteada al cenicero que había sobre la mesa. Los Delahaye eran una familia importante y era previsible que le iban a causar un buen dolor de cabeza. Lo primero que desearían sería echar tierra sobre el asunto. Sus empleados llamarían a los periódicos y los periódicos le llamarían a él. ¿Qué se supone que debía decir? Si se trataba de un suicidio, no querrían oírlo, ya que los periódicos no informan de los suicidios. Y si no se trataba de un suicidio, tampoco querrían oírlo, dado quién era el muerto y quién debía de haberlo matado. Un escándalo de la alta sociedad era una noticia muy apetecible, pero los Delahaye tenían mucho poder en la ciudad. Hackett cruzó los pies. ¿Qué diablos habría ocurrido? No sucedía todos los días que un hombre saliera a navegar con el hijo de su socio y tan pronto como dejara de divisarse la costa sacase una pistola y se apuntara. ¿O tal vez era el joven quien lo había hecho a pesar de la corazonada de John-Joe Wallace? ¿Qué escándalo sería mayor?

Pasó las dos horas siguientes en el teléfono, hablando con todos los contactos imaginables para recabar la máxima información posible sobre Delahaye & Clancy

Ltd.: su valor bursátil, su estado financiero, su posición en el mundo empresarial. Se enteró de muchas cosas sin interés y de unas cuantas interesantes. Algo estaba sucediendo en la compañía, algunos cambios, alguna reestructuración. ¿Una reorganización empresarial, una lucha de poder, un golpe de mano en la junta directiva? Nadie sabía los detalles, pero varios contactos insistieron en que algo se movía. ¿Se hallaba en un bache la compañía? No. ¿Estaba saneada su economía? Sí. ¿Había tenido algún problema de salud Victor? No, que alguien supiera. Hackett colgó el teléfono y miró la pared frente a él: un calendario del centro comercial Clery del año anterior, una foto enmarcada de De Valera con sombrero de copa, una mancha rojiza en el lugar donde la víspera había aplastado una moscarda con el matamoscas. Las horas pasadas en el teléfono le habían dejado un zumbido en los oídos. Aquella era la parte del trabajo policial que más odiaba: la sensación de ceguera al principio de un caso, de dar tumbos en la niebla, de que nada conectara con nada. Se sentía como un mono con un coco en la mano, pero sin una piedra con que partirlo.

Decidió buscar a Quirke para hablar con él.

Lo encontró en McGonagle. Quirke estaba en la barra, en su sitio habitual, con un vaso de Jameson junto al codo y la espalda apoyada en una columna de la que colgaba un estrecho espejo.

—Veo que está almorzando —dijo con tono mordaz el inspector mientras se sentaba en una banqueta junto a él.

Ya habían dado las dos y al aproximarse la Hora Santa los parroquianos se apresuraban a pedir las últimas bebidas antes del cierre a las dos y media. Quirke miró alrededor con pose reflexiva.

—¿Cuántas veces diría usted que hemos estado en este pub, inspector? —dijo.

Hackett soltó una carcajada.

—¿Quiere decir: juntos o por separado? De una u otra forma, demasiadas, sin duda —se quitó el sombrero y lo colocó sobre una de sus rodillas.

—Conozco a un tipo, un funcionario, que tiene dos sombreros: uno para ponerse y el otro para dejar en la oficina —dijo Quirke con la vista fija en el sombrero del detective—. Si alguien llama cuando está en el pub, su secretaria dice: «Debe de encontrarse en el edificio porque su sombrero está en el perchero».

—¿Es un funcionario? Así va el país.

—Es cierto, menuda panda de gandules y mezquinos. ¿Qué quiere beber?

—Un vaso de agua.

—Por supuesto, está de servicio.

Ambos rieron esta vez.

Fue Hackett quien ahora echó un vistazo alrededor. Quería comprobar cómo era la iluminación. Su mujer llevaba meses dándole la lata para que pusiera nuevos

puntos de luz en el salón y él estaba barajando ideas. La iluminación era un asunto complejo. Una bombilla colgando en medio de un techo, por mucha pantalla que le pusieras, daba a una habitación el aspecto de una celda. «Claro, eso a ti te parecerá perfecto», había dicho May con sarcasmo. Pero las lámparas de pie eran un tostón, para sacarles provecho había que reunirse en torno a ellas igual que si fuesen paraguas. En McGonagle habían resuelto el problema colocando las bombillas en hilera y muy cerca del techo. Las polvorientas pantallas eran de cristal color ámbar y se ondulaban en el extremo como pequeñas cofias. Tal vez era eso lo que necesitaba su salón, media docena de bombillas instaladas en puntos estratégicos del techo: sobre la mesa, sobre el aparador de la radio... Aunque sin las cofias de cristal, pues ya podía imaginar lo que May diría sobre ellas.

—Déjeme adivinar el motivo de su presencia —dijo Quirke.

Vestía un traje cruzado de doble botonadura, como era habitual en él. El inspector sospechaba que disponía de tres o cuatro trajes idénticos. Empezaba a tener un aire de encargado de funeraria, aunque ése debía de ser uno de los riesgos laborales implícitos en la profesión de patólogo forense. Además, había cogido peso, los anchos hombros, antes tan musculosos, se habían reblandecido y la carne hinchada tiraba del canesú de la chaqueta. A su espalda, el espejo reflejaba el cogote rebosante sobre el cuello de la camisa. Se estaba descuidando, necesitaba una mujer para ponerse en forma de nuevo.

—¿Tiene algo que contarme? —preguntó el inspector.

Quirke apuró lo que quedaba de su Jameson y alzó el vaso vacío hacia el camarero.

—Imagino que se refiere a un ilustre cadáver.

—Eso es, uno que llegó esta mañana desde Cork.

El camarero, un hombretón de rostro amable, colocó un nuevo whisky ante Quirke.

—Vaya terminando, doctor, estamos a punto de cerrar —le dijo, amable.

—Gracias, Michael. Ah, el inspector tomará un vaso de agua. ¿Cree que nos dará tiempo? —contestó Quirke.

El camarero le miró con guasa, se dirigió al fregadero, llenó un vaso del grifo y lo colocó sobre un posavasos de cartón delante de Hackett. Quirke saboreó su nuevo whisky. El inspector y él miraban de frente a las hileras de botellas colocadas tras el mostrador.

—Bueno, ¿qué ha encontrado? —dijo Hackett.

—Un revólver, un arma de peso. Un solo disparo. La bala erró el corazón y perforó el bazo, lo que provocó una hemorragia; punzó la base del pulmón izquierdo, lo que condujo a un neumotórax a tensión, lo que condujo a un paro cardiorrespiratorio, lo que condujo a lo-que-ya-sabe —con una sonrisa sombría,

Quirke alzó el vaso parodiando un brindis—: Adiós, mundo cruel.

—¿Diría usted que él fue el autor del disparo? Quiero decir, ¿es eso lo que parece?

Quirke lo pensó un instante.

—Sí, eso parece. Probablemente, permaneció con vida unos cinco minutos después del disparo. Sólo estaban los dos en el barco. No debió de ser un espectáculo muy atractivo: un hombre caído ante ti perdiendo litros de sangre mientras el agujero abierto por la bala en el pecho absorbe aire como si fuese una segunda boca. Creo que si el joven, como se llame, le hubiera pegado el tiro habría disparado de nuevo para rematarle. ¿No se ha encontrado el arma?

—El joven se llama Clancy. Dice que la arrojó al mar.

—Es lo que uno haría.

—Si uno fuese el autor del disparo. Pero si fue el otro quien se pegó el tiro, ¿por qué iba a quitársela cuando estaba agonizando y arrojarla lejos?

—¿Por pánico?

El inspector giraba lentamente la base de su vaso sobre el posavasos.

—¿Se ha preguntado alguna vez qué causa esa turbiedad del agua? ¿Es debido a como-se-llame..., al cloro? ¿O es simplemente el resultado del montón de pequeñas burbujas que se crean en el agua en su paso por la tubería hasta salir del grifo?

Quirke sonrió.

—Inspector, tiene usted una mente indagadora —dijo.

El camarero se aproximó e hizo girar con destreza un penique en el mostrador ante ellos.

—Es la hora, caballeros; por favor, ya es la hora.

Los rayos oblicuos del sol de la tarde iluminaban la calle y el aire, teñido de gris por el humo de los coches y el polvo en suspensión. Los dos hombres marchaban en agradable silencio en dirección al Banco de Irlanda, en College Green. Olía a café tostado, a azúcar quemado del puesto de algodón de azúcar en la esquina de Dame Street y a estiércol de caballo. Un Clydesdale, un hermoso ejemplar de tiro que estaba uncido a un carromato verde de la Oficina de Correos y amarrado junto al establecimiento de Switzer, había soltado un montón de humeantes terrones sobre el pavimento. A Quirke le asombró, y no era la primera vez, que el inspector y él no tuvieran otro tema de conversación que no fuera muerte y autopsias, crímenes y criminales, asesinatos y móviles. ¿Qué sabía cada uno de la vida del otro? Apenas nada. Y, sin embargo, llevaban a su espalda muchos años de historia en común. No podía evitar que aquello le resultara ligeramente descorazonador.

—¿Conoce a los Delahaye y a los Clancy? —preguntó Hackett.

El inspector creía que Quirke se movía en un amplio círculo de conocidos y que

mantenía una estrecha relación con personalidades de los niveles más encumbrados de la sociedad. Hacía ya tiempo que Quirke había renunciado a hacerle cambiar de idea.

—Supongo que he coincidido con Delahaye —dijo.

—Su esposa es joven. La número dos.

—¿Qué pasó con la número uno?

—Murió hace cuatro o cinco años. Tuvieron dos hijos, gemelos, ya son mayores.

Habían llegado al final de Grafton Street y Quirke entró en Kapp & Peterson para comprar un paquete de tabaco Senior Service. Hackett le esperó fuera. Quirke le ofreció un cigarrillo y, fumando, continuaron el paseo. Las calles estaban rebosantes de gente aquel soleado día de verano.

—Mona Delahaye —murmuró Hackett con tono distraído mientras miraba por encima de la verja el reloj azul del Trinity College—. Así se llama la viuda.

Quirke suspiró antes de soltar una carcajada.

—De acuerdo, le acompañaré —dijo en tono resignado.

El inspector se volvió hacia él simulando sorpresa.

—¿De verdad lo hará? —otro acuerdo tácito entre ellos era que Quirke tenía un pico de oro y podía fácilmente entablar conversación con la alta burguesía, que, por el contrario, miraría con desprecio a Hackett, se reiría de él y le mentiría—. Sería ciertamente una gran ayuda. Vive en Northumberland Road, en un gran edificio de ladrillo rojo.

Quirke suspiró de nuevo.

—¿A qué hora?

—Les dije que estaría allí a las cinco.

—¿Y cómo explicaremos mi presencia?

Hackett soltó un risueño resoplido.

—Le presentaré como doctor Watson.

—Muy gracioso. Nos vemos a las cinco —replicó Quirke antes de alejarse.

Quirke llegó a la cita temprano. Había cogido un taxi y esperó a Hackett en la acera, bajo la ancha copa sombreada de un haya. Hackett fue a pie desde su oficina en Pearse Street. Le gustaba caminar y ahora, por su antigüedad en el Cuerpo, disponía de tiempo para concederse ese pequeño placer cada vez que le apetecía. Había tomado el camino de sirga que bordeaba el canal desde Grand Canal Dock y había girado a la izquierda en Lower Mount Street para salir a Northumberland Road. Aquella zona acomodada de la ciudad era espaciosa y agradable, pero él se sentía un hombre de campo y añoraba la campiña y los grandes cielos de las tierras del interior donde había pasado su infancia. Poseía un terreno en el sur de Roscommon y soñaba con construir allí una casa donde retirarse cuando se jubilara. Mantenía ese plan en

secreto, pues aún no había encontrado el momento adecuado para contárselo a May. A ella le encantaba la ciudad y Hackett sabía que todas las reparaciones y mejoras que le había empujado a hacer en la casa estaban encaminadas a atarles para siempre a Dublín. No obstante, él deseaba perder de vista aquella ciudad tan pronto como se jubilara: Dublín tenía demasiadas connotaciones negativas para él. No, definitivamente no quería pasar allí sus últimos años.

Quirke estaba apoyado en la verja, con el sombrero ladeado sobre el ojo izquierdo y sus pies, tan incongruentemente pequeños, cruzados. Al inspector le intrigaba la vida de Quirke, qué hacía por las noches, qué tipo de gente veía los fines de semana... Era un hombre extraño y solitario. Había salido con una actriz... ¿Cómo se llamaba? ¿Galloway? Sin olvidar, desde luego, a la francesa que había huido a Francia no hacía tanto y que jamás regresaría.

—La viuda... —arrancó Quirke—. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

—Mona. La señora Mona Delahaye.

—La señora Número Dos.

El edificio de ladrillo rojo era grande y sin especial atractivo, con altas ventanas. Recorrieron el sendero de grava del jardín y ascendieron los escalones que conducían a la puerta principal. En la aldaba había un crespón negro. El suceso había aparecido en los vespertinos —«Muerte de un prominente hombre de negocios», «La misteriosa muerte de Delahaye»— y el comisario había telefoneado a Hackett. El inspector ordenó al sargento de recepción que dijera que había salido y que era imposible ponerse en contacto con él. No le apetecía hablar con el Comisario Brannigan y, además, no tenía nada que decirle.

Presionó el timbre.

La criada era una joven de rostro pecoso y poco refinado y una mata de rizos de color óxido. Cuando Hackett se identificó, les sonrió con una jovialidad que desentonaba con el crespón negro de la puerta. Los hizo pasar y los guió por el vestíbulo bamboleando sus caderas, libres de corsé. El salón estaba en la parte de atrás de la casa y tenía un ventanal que daba al jardín. La almizclada fragancia de un jarrón de rosas, sobre un aparador, se mezclaba con el aroma más intenso de un perfume caro.

Mona Delahaye se hallaba de pie junto a la ventana, mirando el jardín soleado en lo que a Quirke le pareció una estudiada pose. Vestía una camisa de seda verde sobre una falda negra hasta la pantorrilla. Se demoró un instante antes de volverse hacia ellos con una tensa expresión en sus brillantes ojos orientales. Su lustroso pelo castaño, peinado hacia atrás, destellaba como si aquella rica cabellera estuviera habitada por luciérnagas. Los dos hombres se quedaron sin palabras, absortos en la contemplación de aquella belleza meticulosamente ataviada y maquillada. Fue el inspector quien al fin salió de su ensimismamiento. Se aclaró la garganta antes de

hablar.

—Señora Delahaye, siento molestarla. Le presento al doctor Quirke.

Hackett se había quitado el sombrero y, sin saber qué hacer con él, lo llevó a su espalda y, sujetándolo por el ala, lo hizo girar entre los dedos. Quirke notó que los brillos de su habitual traje azul en los codos y las rodillas eran más intensos que nunca. No quería pensar qué aspecto tendría la culera de los pantalones.

La señora Delahaye se aproximó. Sin prestar atención al inspector, su mirada, ingenua y tranquila, recorrió a Quirke de arriba abajo. Le tendió su pálida y lánguida mano para que la estrechara y prolongó el momento más de lo que la ocasión requería.

—Un doctor, ya veo —dijo, aunque no quedó claro qué era exactamente lo que veía.

Se acercó al aparador y cogió un cigarrillo de una caja de madreperla y lo encendió con un mechero de plata labrada del tamaño de una bola de billar. Dejando tras de sí un rastro de humo, se dirigió al sofá situado frente a la ventana. Bajo la seda de su camisa, el leve movimiento de las estrechas escápulas le hizo pensar a Quirke en dos alas plegadas. Se sentó, cruzó las piernas y despegó una hebra de tabaco de su labio inferior.

¿Haría esa mujer el más mínimo movimiento sin calcular antes el efecto que causaría? No parecía hallarse desesperada de dolor. Pero Quirke percibía en ella algo que no estaba relacionado con la muerte de su marido, algo esencial, una mezcla de preocupación, de inseguridad y de vigilancia. Los niños malcriados tenían esa misma mirada, como si supieran que todos los mimos y las caricias podían cesar en cualquier instante sin la más mínima señal de aviso.

Detrás de ella, en la pared, colgaba un cuadro abstracto de Mainie Jellett en un ostentoso marco dorado. La joven miró a los dos hombres con sus grandes ojos violetas.

—¿Ya han averiguado qué sucedió en el barco? ¿Estoy en lo cierto al pensar que fue un desgraciado accidente?

Quirke y el inspector eran conscientes de lo grotescos que parecían ante ella. Quirke se sentía como un purasangre de ínfima categoría que estaba siendo evaluado por un comprador no muy convencido.

—De eso precisamente queríamos hablar con usted, señora Delahaye —contestó el inspector, sin dejar de girar el sombrero a su espalda.

Agarró una silla y, entre crujidos de sus botas sobre la tarima, se aproximó a la mujer. Tomó asiento frente al sofá y puso el sombrero remilgadamente en su regazo.

—De hecho, esperábamos que pudiera ayudarnos a aclarar lo que en verdad sucedió —añadió con su sonrisa más amable y seductora.

La mujer separó la vista de él para mirar a Quirke, que permanecía en el mismo

sitio con una mano dentro de un bolsillo de la chaqueta y el sombrero en la otra.

—Pero *usted* no es policía, ¿verdad? —dijo frunciendo el ceño, perpleja.

—No, soy patólogo —respondió Quirke.

—¿Y eso es lo mismo que médico forense? —preguntó Mona Delahaye con aquella expresión perpleja, seguramente ensayada.

Sonriendo, Quirke negó con la cabeza.

—No, en realidad no. Esta mañana, yo he... he realizado la autopsia de su marido.

Ella atendía a sus palabras con los ojos muy abiertos, pero inexpresivos. De hecho, daba la sensación de que en cualquier momento cerraría los párpados y caería dormida, igual que un gato.

—Parece que él... Bueno, parece que se pegó un tiro. Lo siento —dijo Quirke.

—Eso ya lo sé... Quiero decir, sé que sufrió un disparo. Eso me dijeron.

La mujer miró alrededor en busca de un cenicero. Quirke cogió uno del aparador y ella lo colocó sobre su rodilla y dejó caer un dedo de ceniza. Él retrocedió unos pasos y tomó asiento en el ancho brazo del sofá. Aunque la habitación era enorme, se sentía desproporcionado respecto a todo lo que había en ella y eso le daba una sensación de mareo, casi de vértigo. La belleza de Mona Delahaye parecía impregnar la estancia, densa y dulce como el perfume de las rosas.

Hackett cambió el rumbo de la conversación.

—Dígame, señora Delahaye, ¿el negocio de su marido marchaba bien?

Mona Delahaye abrió aún más los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir si existía algún problema financiero —contestó el inspector, removiéndose en su silla.

Los ojos de Quirke se desplazaron de la mujer al inspector, y de nuevo a la mujer. Inclined hacia delante, Mona escrutaba el rostro de Hackett.

—No lo sé —dijo con sencillez—. ¿Cómo voy a saberlo? Victor nunca me hablaba de esas cosas. Verá —y se inclinó más hacia él—, Victor y yo no nos conocíamos mucho, por lo menos en ese aspecto. Nunca hablábamos de su trabajo ni de ningún asunto serio. Eso se lo guardaba para él.

La mujer se detuvo, bajó la vista al suelo y cuando alzó los ojos se dirigió a Quirke, aquel hombretón de negro que la observaba sentado en el brazo del sofá.

—Cuando nos casamos, hace tres años, hacía sólo dos que había fallecido la esposa de Victor, Lisa, su primera esposa. Yo creo que no se dio cuenta de lo que hacía, quiero decir al casarse conmigo —tenía el aire honesto de una colegiala que explicara que, por alguna anomalía, no le habían enseñado a dividir por números de varias cifras o a analizar una oración. Quirke nunca había visto una mezcla tan llamativa de espontaneidad y cálculo—. Llevo pensándolo desde ayer, desde que nos

dieron la noticia. Imagino que debe de sonar muy raro oírme decir que él no sabía lo que hacía cuando nos casamos, pero mi marido me dio siempre esa sensación. Como si fuera un sonámbulo.

Hubo un silencio. En algún punto distante de la casa alguien silbaba. Probablemente la criada pelirroja, pensó Quirke.

—¿Significa eso que quizá estaba descuidando el negocio? —preguntó el inspector.

Mona Delahaye le miró fijamente y rió mientras negaba con la cabeza.

—No, eso es imposible, él nunca habría descuidado el negocio. Era muy bueno en lo que hacía —trazó un amplio gesto con el cigarrillo en torno a la habitación señalando su lujo, las pinturas, la acolchada tranquilidad—. Como puede ver, era rico.

Parecía hablar de alguien que no conociera personalmente, sino tan sólo de oídas, el ausente propietario de todos aquellos refinados objetos.

Del vestíbulo llegaban voces. Mona Delahaye se apresuró a apagar su cigarrillo como si temiera ser sorprendida fumando. La puerta se abrió y la rubia cabeza de un joven asomó.

—Ah, disculpen —dijo, al ver a Quirke y al inspector.

Entró, seguido de otro joven que era su doble exacto. Ambos eran altos y delgados, con rostros alargados y ligeramente equinos. Tenían los ojos azules y un brillante cabello rubio que casi parecía plateado. Podrían haber pasado por una pareja de maniqués de escaparate increíblemente realistas. Iban de blanco de la cabeza a los pies, enfundados en playeras, y traían con ellos un aire de hierba caldeada por el sol, bates de béisbol y un sonido de aplausos flotando sobre un cuidado y segado césped.

—Usted debe de ser policía —dijo el joven avanzando hacia Quirke con la mano extendida—. Soy Jonas Delahaye y éste es mi hermano, James.

Quirke estrechó la mano del joven y se presentó.

—Es un médico forense —intervino Mona Delahaye, pero sus hijastros la ignoraron.

—Soy patólogo —aclaró Quirke a los gemelos—. Éste es el inspector Hackett.

Jonas Delahaye echó un rápido vistazo a Hackett y se volvió hacia Quirke para observarle esta vez con un claro y casi amistoso interés.

—Doctor Quirke, creo que conozco a su hija.

El comentario desconcertó por un momento a Quirke.

—Ah, Phoebe, sí, claro —dijo casi disculpándose. Nunca había escuchado a su hija mencionar a Jonas Delahaye, o por lo menos no lo recordaba. Aunque también era cierto que no prestaba mucha atención a lo que le contaban los demás.

—Por lo menos, conozco a un amigo de ella... Creo que es su ayudante, David Sinclair.

—Ah, sí —profirió de nuevo Quirke, mientras movía la cabeza, incómodo por la actitud casi avasalladora del joven—, David es mi ayudante. ¿De qué lo conoce?

Como si no lo hubiera oído, Jonas ignoró la pregunta mientras observaba el rostro de Quirke con gesto indolente. Su hermano se había acercado a la mesa en el centro de la habitación. Sobre ella había un plato de peltre con manzanas. Cogió una y le dio un bocado y en la estancia resonó el crujiente mordisco. Comparado con su sonriente hermano, tenía una actitud lejana y algo hostil. Estaba claro que Jonas era el gemelo dominante en la pareja. Ninguno de ellos había hecho el más mínimo gesto hacia su madrastra, que había vuelto el rostro hacia el soleado jardín.

Jonas se dejó caer en un sillón y colgó una pierna sobre uno de los lados.

—¿Qué ha pasado con mi padre? —su mirada fue de Quirke al inspector y de nuevo a Quirke.

—Su padre murió de una herida de bala. Parece que se pegó un tiro —dijo Hackett.

—No lo creo —replicó Jonas con expresión desdeñosa, y se dirigió a Quirke—: Davy Clancy también estaba en el barco. ¿Han hablado con él? Debe de saber lo que pasó.

Apoyado en la mesa, James Delahaye los observaba mientras comía su manzana. Mona Delahaye suspiró y reclinó la cabeza en el sofá con los ojos cerrados. Quirke tuvo la súbita sensación de estar en un escenario, como si cada uno de ellos —los gemelos, la mujer en el sofá, el inspector y él— hubiera sido colocado en esa posición por un director y estuviera esperando a que éste le diera paso.

El inspector Hackett se dirigió a Jonas Delahaye, despatarrado en el sillón.

—¿Tiene alguna sospecha —levantó la vista hacia James—, cualquiera de ustedes tiene alguna sospecha de por qué su padre pudo querer pegarse un tiro?

Jonas se encogió de hombros y movió las comisuras de la boca hacia abajo. Su hermano dio un último bocado a la manzana y, mirando a su madrastra, se rió.

—Supongo que un alma caritativa diría que estaban claramente bajo los efectos traumáticos del shock sufrido —dijo Hackett.

Quirke y él habían emprendido el camino de vuelta y se dirigían al canal por Northumberland Road. Aún brillaba el sol, pero las sombras vespertinas empezaban a alargarse. La luz crepuscular parecía concentrarse en el follaje de las hayas que se sucedían a intervalos en la acera. La asombrosa reacción de los gemelos Delahaye a la muerte de su padre, su despegada despreocupación era el tema de conversación de los dos hombres.

—No parece que estén destrozados. Y ella tampoco —Hackett miró de reojo a Quirke—. ¿Usted qué piensa?

Quirke permaneció en silencio mientras seguía caminando con la vista fija en la

puntera de sus zapatos.

Sylvia Clancy temía a su marido y a su hijo. Durante mucho tiempo se había negado a aceptar esa realidad, pero así era. No se sentía amenazada por ellos ni tampoco creía que fuesen a hacerle daño físicamente. Lo que más le asustaba era su capacidad para hacerse daño a sí mismos; para dañar sus vidas y la de ella; para contaminar —aunque no le gustara esa palabra, era la adecuada— el pequeño mundo que la familia compartía. Ninguno de ellos era malo y probablemente ambos la querían, aunque a su manera, que en nada coincidía con la manera en que ella los quería. Siempre había sentido que ellos estaban a su cargo. Eran sus cargas. Tenía que protegerlos del mundo y, sobre todo, de sí mismos. Sabía lo extraño que aquello sonaría si su marido lo escuchara, pero tenía mucho cuidado en no mostrar el más mínimo indicio de cómo se sentía y qué pensaba. A pesar de ello, se preguntaba si ellos sabrían qué pensaba y cómo se sentía, si lo sabrían sin saberlo, de aquella manera tan típica de los irlandeses.

Estaba al tanto de las infidelidades de su marido. Se sentía inevitablemente herida cada vez que descubría una nueva, y lo descubierta representaba, casi seguro, una mínima fracción del número real, pero había llegado a aceptar esas aventuras extramatrimoniales como parte de su vida, una parte inalterable como el dolor de espalda que sufría. Su espalda era probablemente la causa principal de que Jack le fuese infiel. Debía de ser duro estar casado con una mujer que se estremecía y contenía la respiración cada vez que la abrazaba. Resultaba difícil culparle de buscar consuelo y alivio en otros brazos. Aunque sí le culpaba, sí. Lo aceptaba, pero le culpaba, no podía evitarlo. Él debería haberla ayudado a que aceptara sus caprichos, debería al menos haberlo intentado. Pero era demasiado impaciente para eso.

Jack se dejaba llevar por la impaciencia, siempre había sido así; la impaciencia y el horrible resentimiento que la acompañaba. Recordaba la ocasión, hacía ya muchos años, en que descubrió en él esos rasgos. Una noche, tras una fiesta en casa de los Delahaye, Jack le había arrancado de las manos la llave del coche y había salido bajo la lluvia con aquella expresión en el rostro, la boca torcida y los ojos llameantes. ¿Qué había dicho ella para causar esa furia? Algo sobre Victor y Lisa, sobre la buena pareja que hacían y lo felices que se les veía juntos. ¿Había sentido Jack celos de Victor? ¿Deseaba a Lisa? Tal vez habían tenido una aventura... Tal vez ésa fue la razón de su furia aquella noche. Sí, tal vez Lisa y Jack habían sido amantes. A Sylvia le asombraba la indiferencia con que sopesaba dicha posibilidad.

No obstante, esas especulaciones la agotaban. A menudo deseaba desaparecer,

irse sin decir nada a nadie. ¿La echarían de menos su marido y su hijo? Cerró los ojos. Si tan sólo pudiera vaciar su cabeza, adormecer su cerebro, eliminar sus pensamientos. Sería una forma de desaparecer.

¡Qué hermosa era la luz del sol aquella tarde! ¡Qué inofensiva!

Mientras subía las escaleras, se había detenido un instante en el rellano para mirar por el ventanal. Se veía Howth Head a lo lejos, al otro lado de la bahía. Abajo, en el jardín, las flores de las peonías se desprendían, arrastradas por su propio peso. Había intentado enderezarlas, pero habían vuelto a caer, como si desearan que sus cabezas colgaran, como si fuese así como se sentían mejor. Qué extraño resultaba pensar en las flores en esos días, se dijo Sylvia. Pero la vida, la vida cotidiana no se detiene ni siquiera por un muerto.

Las flores no eran lo único que requería atención. La vieja casona, situada en uno de los barrios más exclusivos de Dun Laoghaire, daba señales de años de negligencia. A Jack no le interesaba la casa. ¿Por qué iba a interesarle? Apenas pasaba tiempo allí. Nunca se había acostumbrado al hecho de estar casado —«estar atado», diría más bien él, pensó Sylvia— y siempre encontraba una excusa para no estar en casa. Pero así era Jack, lo tomabas o lo dejabas.

Subió el último tramo de escalones. Había exprimido seis grandes naranjas Outspan y había vertido el zumo en una jarra, que ahora llevaba junto a un vaso y una servilleta en una bandeja de madera. Davy estaba en cama, aún convaleciente del daño sufrido por las horas pasadas en aquel barco sin protección solar. ¿Quién hubiera imaginado que el sol fuese tan fuerte en junio? Al entrar en el dormitorio, sintió el olor tibio de la pobre carne quemada. Davy estaba despatarrado en la cama y había arrojado la sábana a un lado. Llevaba sólo los pantalones del pijama y un antifaz negro, cuya existencia en la casa ella desconocía. Incapaz de saber si estaba dormido o despierto, permaneció de pie a su lado, escuchándole respirar. Las ampollas de los brazos habían estallado y el puente de la nariz comenzaba a pelarse. Permanecer allí de esa manera le hizo sentir un repentino pudor y decidió dejar el zumo de naranja en la mesilla de noche y marcharse de puntillas. Pero él despertó, se quitó la máscara y, entre toses, se sentó en la cama a duras penas, guiñando los ojos, y se cubrió con la sábana hasta las rodillas.

Sylvia cayó en la cuenta de que era la misma bandeja en la que solía llevarle su vaso de leche por las noches cuando era niño. ¡Qué rápido había pasado el tiempo!

Davy tenía veinticuatro años, pero parecía más joven o, por lo menos, a ella se lo parecía. Era probable que las madres siempre pensarán que sus hijos nunca se harán mayores. Ese verano estaba trabajando como almacenista en el taller que Delahaye & Clancy tenía en Ringsend. Parecía gustarle y, según le había dicho Jack, era concienzudo en el trabajo, algo que les había sorprendido tanto a Jack como a ella. Sylvia imaginaba que estaba intentando impresionarles. Davy le había confiado sus

planes de estudiar para ser mecánico y conseguir un trabajo fijo, aunque no en Delahaye & Clancy. Aún no se lo había dicho a su padre y tampoco ella había dicho una palabra al respecto. Jack se pondría furioso, pero no existía ninguna posibilidad de discutir el tema: Davy era tan testarudo como él y no permitiría que le dieran órdenes ni dejaría que le engatusaran, sino que haría su santa voluntad. Ella le había preguntado en qué pretendía trabajar si no continuaba sus estudios en la universidad, pero él no había contestado.

—Te he traído zumo de naranja —le mostró la jarra y el vaso—. Acabo de hacerlo.

Sentado en la cama, con el cuerpo inclinado hacia delante y los brazos sobre las rodillas, Davy parecía exhausto. Tenía una piel muy blanca, herencia de su madre, y por eso se había quemado de aquella manera. Los ojos de Sylvia contemplaron el mechón rebelde que se alzaba en su coronilla y recordó cómo, cuando era un niño, tenía que humedecer el peine bajo el grifo para devolver aquel rizo recalcitrante a su sitio. ¿Era un error mantener vivo el pasado? Debía tratarle como a un adulto, en lugar de recordar una y otra vez cómo era todo cuando aún era un crío.

—¿Cómo te encuentras? —sin enderezarse, él se encogió de hombros—. Bébete el zumo, lo que puedas. Te refrescará.

Vertió el zumo en el vaso y le dio unos golpecitos con él en el hombro. Con un escalofrío, Davy sujetó el vaso y bebió, pero tuvo que detenerse a toser y luego dio un nuevo sorbo.

—Está bueno. Gracias —dijo.

Ella se sentó a su lado en la cama. Él no la había mirado desde que había entrado en la habitación.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó de nuevo.

—Noto cómo huelo —dijo él—. Es más, noto cómo huele mi piel quemada. Como si frieran un cerdo.

Ella sonrió y él también, aunque con tristeza y sin levantar los ojos hacia su madre. Acabó el zumo y le tendió el vaso. Sylvia le preguntó si le apetecía más, pero él negó con la cabeza mientras se frotaba la base de la nariz con un dedo. De nada servía que se esforzara en ignorar esos pequeños detalles que le devolvían a la infancia de su hijo: cómo estaba sentado en la cama, cómo se frotaba la nariz, aquel rizo rebelde en su coronilla... El niño seguía allí, en el interior de aquel cuerpo juvenil. Sucedió lo mismo con todos los hombres que ella conocía, fuesen parientes o no: regresaban a su infancia cada vez que se sentían enfermos o tristes o tenían problemas.

—Ha llamado un policía. Un inspector. Quiere hablar contigo. Le dije que no te encontrabas bien, que estabas durmiendo —Davy permaneció en silencio, con la cabeza gacha y el labio inferior avanzado. Sus dedos apresaron un hilo suelto de la

costura de la sábana. Sylvia recordaba muy bien aquella actitud: las cejas oscuras fruncidas, el labio hacia fuera, el cuello hundido entre los hombros—. ¿Qué vas a contarle? Quiero decir, ¿qué vas a decir? *Háblame*, por favor. Cuéntame qué ocurrió.

—Ya te lo he contado —contestó Davy con un leve gemido en la voz—. No tengo nada más que decir —tiró del hilo con violencia mientras metía el labio inferior y tensaba la boca.

Aquel enfurruñamiento, aquel resentimiento eran idénticos a los de su padre, pensó Sylvia.

—¿Por qué no me lo cuentas de nuevo? ¿Qué... qué te dijo?

—No dijo nada.

—Algo tuvo que decir.

Un barco partía del puerto de Dun Laoghaire: escucharon la sirena, su ulular estremecedor en la calmada tarde de verano. Hacía ya mucho tiempo, Davy tenía cuatro o cinco años, estaban en la cubierta de un barco que los llevaba a Holyhead cuando la sirena irrumpió igual que ahora, como si fuese la Trompeta del Juicio Final, y su Davy se asustó tanto al escuchar el pavoroso sonido que rompió a llorar aferrado a sus piernas y con la cabeza enterrada en su falda. En aquel tiempo estaban muy próximos el uno al otro, mucho.

—Me contó una historia de cuando era niño y su viejo le llevó de paseo en coche y le dio dinero para comprar un helado y, mientras él estaba en la tienda, se marchó —dijo Davy.

—¿Se marchó?

—Y le dejó allí. Para enseñarle a defenderse solo, a tener confianza en sí mismo, algo así... No me acuerdo.

Sylvia apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Sí, no me cabe duda, es el tipo de cosas que el viejo Sam Delahaye haría. ¿Y qué más?

—¿Que *qué* más? —su voz sonó lastimera de nuevo.

—¿Eso fue todo lo que te dijo Victor? ¿Qué sucedió entonces?

—Lo que sucedió entonces —contestó Davy con sarcasmo, imitándola mientras movía la cabeza— fue que sacó la pistola, una cosa gigantesca que parecía uno de esos revólveres de seis tiros que llevan los vaqueros, se encañonó el pecho y disparó.

Ahora fue ella quien empezó a tirar de los hilos de la sábana.

—¿Crees que... crees que ésa era su intención...?

—¡Por Dios, mamá!

—¿... que no se trataba de una simple broma o de algo así y salió mal?

Davy soltó una amarga carcajada.

—Menuda broma.

—A veces era tan... raro. No sabías por dónde iba a salir.

—Ésa era su intención, no hay duda ninguna —dijo Davy.

—Pero ¿por qué? —preguntó Sylvia casi gritando.

Su hijo cerró los ojos y dejó escapar un teatral suspiro de exasperación y hartazgo.

—Ya te lo he dicho. *No-lo-sé*.

«Pero ¿por qué te eligió como testigo? ¿Por qué a ti?» Eso hubiera querido preguntar Sylvia.

—Algo terrible debía de pasarle —dijo.

Davy resopló.

—Sí, eso mismo pienso yo. No te disparas un tiro al corazón a menos que haya algo que no va bien, nada bien.

A ella no le molestó el sarcasmo ni la burla, pues estaba acostumbrada, pero hubiera deseado que él levantara la vista y la mirara derecho a los ojos, aunque sólo fuese una vez, y le dijera de nuevo que no sabía por qué Victor Delahaye —Victor, entre todas las personas posibles— le había invitado a navegar en su barco para que le viese quitarse la vida.

—¿Qué quieres que le diga al detective si llama otra vez... *cuando llame otra vez?*

Él no contestó, ocupado en mirar alrededor con el ceño fruncido.

—Dame mi ropa. Quiero levantarme.

Jack Clancy marchaba a paso ligero por el paseo marítimo de Sandycove cuando escuchó la sirena del barco a su espalda. El sonido le llevó a sus días de colegio, ya muy lejanos. ¿Por qué? En aquellos tiempos había una campana, aunque más parecía una alarma, que se disparaba al final de la hora de la comida para que los chavales regresaran a clase. Recordó la presión en el diafragma y a Donovan y como-se-llamara-el-otro-chico aguardándole, en la oscuridad del pasillo, delante de los servicios. La habían tomado con él porque era pequeño. Le tiraban del pelo y le pellizcaban. Un día le bajaron los pantalones y se quedaron allí señalándole y riéndose. Él se vengó de Donovan, se chivó de que era él quien había robado los palos de hurley del almacén y los había vendido. ¡Qué extraño! Hacía años que no pensaba en aquella época. ¿Por qué ahora? Seguramente porque había demasiadas cosas en las que no quería pensar. Estaba en un buen aprieto, no tenía duda.

«Dun Laoghaire, antes conocido como Kingstown, no es un mero puerto, sino un lugar de asilo, así llamado porque fue construido para dar refugio a los barcos mercantes que durante siglos habían sido azotados por los temporales del levante y forzados a permanecer en la bahía, incapaces de remontar la desembocadura del Liffey, pues no conseguían navegar contra el viento, etcétera, etcétera». Su mente se esforzaba en recitar el viejo relato que antes sabía de memoria. Su padre había sido

un apasionado del mar y había intentado enseñarle la historia del puerto, los hechos y los mitos. Pero él había sido un mal estudiante. «Un inútil y un derrochador —decía su padre—. Vino, mujeres y canciones son lo único que ambiciona Jack». Sin embargo de la lucidez del viejo cabrón no quedaba nada y con ella habían desaparecido todos sus conocimientos. El viejo había pasado su vida arrastrándose ante los Delahaye, ¿y adónde le había llevado eso? A permanecer postrado, primero boca abajo ante aquella pandilla y ahora, boca arriba, perdida la cabeza, inerme, inútil hasta para morir.

Otranto Place. ¡Qué nombre tan curioso! La tarde era cálida y aún quedaban bañistas en la cala, en la arena y sobre las rocas. Había mucha gente. Familias que vivían en los pisos de Sean McDermott Street y de Summerhill y llegaban desde la ciudad en tren: las mujeres eran gordas, los hombres flacos, y los niños delgaduchos y blancos como larvas. Sobre la playa se alzaba la torre Martello. Su aspecto siempre le había parecido muy cómico: era gruesa y achaparrada como si en su origen hubiera sido alta hasta que la bala de uno de los cañones de Napoleón la hubiera descabezado.

Jack giró en Sandycove Avenue. La casa parecía más pequeña de lo que era en realidad. Tenía una sola planta, como si también hubiera sido descabezada, y tan sólo dejaba ver la puerta de entrada con una ventana a cada lado y el tejado a dos aguas. Pero se extendía en horizontal hacia la parte trasera y había unas escaleras que descendían a una habitación acristalada donde, en verano, daba el sol todo el día. Lo sabía porque era él quien había encontrado la casa y quien había dado la señal, aunque ese hecho hubiera sido olvidado de manera oportuna. Las mujeres tendían a dar por descontadas esas cosas.

Jack golpeó la puerta suavemente con los nudillos: toc-toc-toc, toc-toc. La vieja contraseña. Quizá ella no estuviera en casa. Se llamaba Bella. Así se hacía llamar; su verdadero nombre era... ¿Cómo? ¿Anne? ¿Angela? No se acordaba. Era una artista: cielos azules sobre campos de amapolas y traviesas muchachas con el pecho desnudo y flores en el pelo recostadas en la hierba.

Golpeó de nuevo la puerta y aguardó.

«Dun Laoghaire, antes llamado Kingstown».

Otranto Place.

Problemas.

La puerta se abrió.

—Bueno, bueno. Hola, extraño —dijo ella, con una mano en el marco de la puerta y la otra en la cadera.

Vestía unas mallas, sandalias y un chal de lana blanco sujeto sobre uno de los hombros, como la túnica de un senador romano. El cabello, rubio teñido, estaba recogido sobre la cabeza con lo que a Jack le parecieron dos agujas de tejer de madera. Le llamaron la atención las gafas que, atadas a una cadena, colgaban sobre su

pecho. Era la primera vez que las veía. Unas finas patas de gallo cercaban su ojos. Sí, había pasado mucho tiempo.

—Hola, Bella.

Con la cabeza ladeada, ella le miraba con curiosidad. ¿Habría oído lo que había pasado en Cork?

—Pasa, iba a darme un baño —le dijo.

Cuando Hackett llegó a Nelson Terrace, la propia señora Clancy le abrió la puerta. Le cogió el sombrero, lo colgó del perchero y lo guió por la casa hasta la cocina, situada en la parte de atrás. El joven Clancy estaba sentado a la mesa, con una taza de té delante. Más que bajo, al inspector le pareció compacto, con hombros de jugador de rugby y una cabeza cuadrada bien definida. Llevaba el cabello pelirrojo cortado a cepillo, como era la moda. Hackett podía imaginarse perfectamente a una chica pasando la palma de la mano por aquella cabeza erizada y estremeciéndose bajo el vestido. Aparentaba ser poco más que un niño. Desde luego, no parecía un asesino.

La señora Clancy le ofreció una taza de té. El detective dijo que no por educación y lo lamentó al instante. La mujer era alta y mantenía una actitud envarada, como si alguien le hubiera dicho algo ofensivo y ella se hubiera replegado indignada.

—Es un asunto espantoso, inspector —dijo.

Su acento era tan inglés como su aspecto, con la cara huesuda y alargada, el pelo recogido pulcramente detrás y la expresión amistosa pero distante.

—Muy cierto, señora. Espantoso —contestó.

Ambos dirigieron sus miradas hacia el joven que estaba sentado a la mesa. Él no levantó los ojos. Era un niño de mamá, pero con un fondo peleón, pensó Hackett.

—¿Cómo se encuentra? Parece que viene de la guerra —le dijo el inspector.

Davy Clancy suspiró con impaciencia.

—Estoy bien. Me he quemado un poco.

—¡Un poco! ¡Debería verle los brazos, inspector! —exclamó su madre, que pareció sobresaltarse ante su repentina vehemencia.

Con gesto instintivo, Davy se cerró los puños de la camisa blanca como si su madre fuese a enrollarle las mangas para mostrarle las ampollas al policía.

—El sol puede ser terrible, sobre todo cuando te encuentras en el agua. Yo pienso que no hay nada más dañino que el reflejo del sol —asintió Hackett, enarcando las cejas mientras descansaba una mano en el respaldo de una silla.

—Desde luego —contestó ella—, desde luego. Por favor, siéntese.

La silla crujió ligeramente cuando se sentó, como si protestara por su peso. Hackett se inclinó hacia delante y colocó las manos cruzadas sobre la mesa. Permaneció en silencio unos instantes, no con una intención deliberada, sino porque no sabía muy bien cómo arrancar. Podía sentir cómo se tensaba la atmósfera. Era muy

difícil medir el sentimiento de culpa de una persona. Había gente inocente que, antes de que la primera pregunta hubiera sido formulada, comenzaba a balbucear explicaciones y dar excusas. Y luego estaban los duros, aquellos que cinco minutos antes se habían limpiado la sangre de las manos, que permanecían calmados, sin inmutarse y sin decir ni pío hasta que los provocabas.

—¿Tiene la más mínima idea de por qué el señor Delahaye hizo lo que hizo? —preguntó mientras contemplaba el remolino en la coronilla inclinada del joven.

Sin alzar la cabeza, Davy Clancy la movió de un lado a otro.

—No, ya me lo imaginaba —dijo en tono resignado Hackett.

A su espalda, la señora Clancy habló.

—Dile —profirió en tono ansioso y apesadumbrado—, dile lo que me contaste.

Davy levantó finalmente el rostro y la miró con expresión perpleja, como si no supiera a qué se refería.

—La historia que me contaste de cómo el viejo Delahaye le llevó de paseo en coche y lo abandonó —dijo su madre.

El rostro de Davy se ensombreció.

—Es una tontería —dijo.

—Cuéntaselo de todas maneras. El inspector querrá enterarse de todo lo posible —replicó su madre con presteza. Su tono era ahora seco e imperioso.

Davy se encogió de hombros y, obligado a esa tarea fastidiosa, procedió a contar, con tono hastiado, la historia del padre de Victor Delahaye, del joven Victor y del helado. Hackett asentía, con el rosado labio inferior avanzado, mientras lo escuchaba.

—¿Y le explicó cuál era la finalidad de esa historia? —le preguntó a Davy, cuando éste terminó—. ¿Había una moraleja? —le sonrió dejando al aire su gastada dentadura postiza.

Davy clavó los ojos en el interior de su taza.

—Dijo que su padre le dijo que era para enseñarle a tener confianza en sí mismo. Y cuando se puso la pistola contra el pecho lo repitió: «Una lección de confianza en uno mismo».

—Ya —Hackett se inclinó un poco más sobre la mesa—. ¿Y usted qué cree que quería decir con eso?

Davy alzó los hombros.

—No lo sé. Tal vez estaba haciendo conmigo lo que su padre hizo con él.

—¿Y por qué cree que haría algo así?

—Ya se lo he dicho... No lo sé.

El detective asintió con la cabeza.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que dijo? ¿Sólo eso?

Sin alzar los ojos de la taza, Davy negó con la cabeza. Parecía un crío amonestado por el director del colegio. Dijo algo, pero en un murmullo, y Hackett tuvo que

pedirle que lo repitiera.

—¿Qué más podría haber dicho? —gruñó el joven y levantó el rostro. Sus ojos brillaban furiosos—. ¿Había algo más que decir?

Se hizo el silencio hasta que el inspector preguntó de nuevo.

—¿Qué sensación le dio el señor Delahaye? ¿Le pareció que estaba nervioso?

—No me pareció nada. Hablaba muy poco. Conmigo, además, apenas hablaba.

Hackett tuvo la sensación de que el chico —no podía evitar verle como un niño— mentía, al menos por omisión. Por su actitud evasiva estaba claro que sabía más de lo que estaba dispuesto a contar. ¿Qué habría pasado en realidad en aquel barco en mar abierto y bajo el sol? Intentó imaginar las velas plegadas, la súbita calma, el chapoteo del agua contra la quilla, los chillidos de las aves marinas, el hombre hablando y el disparo, un sonido sin estruendo parecido al chasquido de la madera al romperse en dos.

—Mi hijo está muy afectado, inspector. Ha vivido una experiencia terrible —dijo la señora Clancy.

El chico —el joven— miró a su madre con la boca torcida de furia.

—Tal vez estaba nervioso. No lo sé. Debía de estarlo... Iba a pegarse un tiro, ¿no? —le dijo a Hackett.

Davy alejó de sí la taza y, levantándose, se encaminó a la ventana con las manos hundidas en los bolsillos traseros del pantalón. Se quedó mirando el jardín.

—¿Podría aventurar una hipótesis de por qué le eligió precisamente a usted para ir con él? —preguntó Hackett en tono coloquial.

—Ya se lo he dicho antes. No sé por qué hizo nada: por qué salió a navegar, por qué me llevó a mí, por qué se pegó un tiro. *No lo sé* —dijo Davy sin darse la vuelta.

Hackett se giró en la silla para mirar a Sylvia Clancy. Ella sostuvo su mirada, se encogió ligeramente de hombros con gesto angustiado e impotente y desvió la vista.

En el jardín la última luz de la tarde poseía un hermoso y delicado matiz de oro viejo.

—¿No es maravilloso que los días sean tan largos en esta época del año? —murmuró Bella.

Estaban tumbados en la habitación acristalada que daba al jardín, ella tendida en el hueco que formaba el brazo de Jack y él despatarrado, con una mano tras la cabeza. Bella había extendido el chal blanco sobre ellos; el resto de su ropa estaba tirada en el suelo mezclada con la de él. Jack se moría de ganas por un cigarrillo, pero no quería moverse para no interrumpir ese descanso que tanto había ansiado. Era como si la mujer desnuda y él estuvieran sujetando algo, una delicada estructura hecha de aire y luz, que se quebraría al más mínimo gesto. Intentó recordar dónde había conocido a Bella. ¿Había sido en una fiesta en Pembroke Street, en el piso del abogado como-se-

llamara, la noche que dos tipos que trabajaban en el departamento de Aduanas e Impuestos trajeron una caja confiscada de licores y todos se emborracharon de una forma salvaje y salieron a la calle a bailar? Recordaba a Bella recostada contra la pared y las manos detrás, balanceándose mientras le miraba con aquellos ojos ahumados. ¿O no era ella, sino otra chica distinta con ganas de divertirse?

—Un penique por tus pensamientos —dijo Bella, mientras sus dedos recorrían el vello canoso de su pecho.

—Estaba recordando la primera vez que te vi —contestó él.

—Ah, sí, fue en la inauguración de la galería Ritchie Hendriks. Me dijiste que te gustaban los lóbulos de mis orejas —le pellizco el pezón derecho—. Siempre tan seductor, aparentando valorar aquello en lo que nadie se fijaría nunca. Los lóbulos de las orejas, no se te podía haber ocurrido otra cosa... No eran precisamente lóbulos de orejas lo que tú buscabas.

¿De qué inauguración hablaba? No recordaba nada de eso, ni siquiera estaba seguro de haber estado alguna vez en la galería Ritchie Hendriks. Tal vez ella también le estaba confundiendo con otra persona. Sintió una repentina y dulce punzada por el pasado perdido, por todas las posibilidades desaparecidas que nunca más surgirían ante él. Masajeó la mórbida carne del flanco de la mujer, justo debajo de sus costillas, pero ella escapó de sus manos riendo y haciendo contorsiones y le dijo que se detuviera, que ya sabía que tenía muchas cosquillas. Él la dejó ir y se levantó, aunque se inclinó acto seguido y buscó su chaqueta por el suelo para coger los cigarrillos del bolsillo. Encendió uno y se dirigió al ventanal y allí permaneció desnudo, fumando y con los ojos entrecerrados por la luz.

—Déjame adivinar por qué has venido —dijo ella.

Él giró la cabeza para verla: estaba recostada en la *chaise-longue* con el chal sobre el regazo. Sus pechos, más flácidos de lo que recordaba, resbalaban hacia los lados y los pezones parecían contemplarlo con una mirada encantadoramente estrábica. Seguía siendo una mujer hermosa y a él le entristeció ver las señales de su envejecimiento.

—Haz un intento: ¿por qué he venido? —dijo él.

—Por como-se-llame, por tu socio, Delahaye.

—Así que ya lo sabes.

Ella se rió.

—Estaba en todos los periódicos —se dio la vuelta para tumbarse boca abajo y el chal se deslizó al suelo. Ella movió insinuante el trasero—. ¿Qué sucedió? Los periódicos decían que fue un accidente. ¿Es verdad?

Él se volvió hacia la ventana y el descuidado jardín. Aquella maraña de rosas tenía un aire siniestro, pensó, como zarzas en un cuento de hadas.

—Tienes convólvulo —dijo.

—Tengo *¿qué?*

—Correhuela. Esa enredadera con flores blancas. Matará al resto de las plantas si no haces que la arranquen.

Ella soltó una risa.

—Jack Clancy, el horticultor —dijo.

Se puso en pie y se aproximó a él. Rodeó con el chal su cintura para hacer una falda improvisada. Él sintió su olor a perfume, a sudor y a carne tibia. La mujer le cogió el cigarrillo de entre los dedos, aspiró una calada y se lo devolvió mientras expulsaba el humo al techo.

—¿No quieres hablar de eso? —le dijo.

—¿Hablar de qué? —contestó él sin apartar los ojos del convólvulo.

—Vale, no te enfurruñes —la mujer sacó del batiburrillo de ropa sus bragas, su camisa y sus mallas negras y se vistió—. Se suicidó, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre que se trata de un suicidio los periódicos dan la noticia de una forma peculiar. Salta a la vista. ¿Por qué lo hizo? ¿Estaba enfermo?

—No, que yo supiera.

—¿La empresa tiene problemas?

Él soltó una risita.

—Al contrario. El negocio va mejor que nunca.

Ella contemplaba su espalda, todavía tenía un buen culo, aunque más flaco de lo que ella recordaba.

—No pareces precisamente destrozado.

—¿De verdad? —dijo él, girándose.

Ella continuó mirándolo mientras se colocaba el chal en torno a los hombros y lo sujetaba en una esquina con un imperdible.

—Sabes por qué lo hizo, ¿verdad? —no era una pregunta—. Lo sabes pero no lo dices —se aproximó a él y le tocó el rostro con un dedo. Jack se volvió hacia ella con la mirada perdida—. Estás metido en un lío, ¿no es cierto? Puedes contármelo, soy una tumba, ya lo sabes.

Jack le dio la espalda y miró al jardín.

—Deberías hacer que echaran un vistazo a ese convólvulo. Si arraiga, es un asesino.

Bella subió las escaleras y él la escuchó trastear en la cocina, abrir cajones y armarios. Se vistió y, al ponerse la ropa, sintió que se echaba encima los problemas que se había quitado unas horas antes cuando Bella le rodeó con sus brazos y le habló apasionadamente al oído. ¿Cuándo había estado allí la última vez? ¿Hacía dos años? ¿Tres? Bella siempre había sido una persona de trato muy fácil. Aparecías, te abrías los brazos, te acostabas con ella, te vestías y te marchabas. Ni una sola vez, en todas

las ocasiones que él se había levantado para irse, le había preguntado si volvería. Quizá debería haberse casado con una mujer así.

Ella regresó con una botella de Chianti envuelta en una funda de paja y dos copas. Sujetaba la botella como si fuera la Estatua de la Libertad.

—Tómame una copa antes de irte —le dijo.

Se acomodaron de nuevo en la *chaise-longue*, aunque sentados esta vez y mirando el ventanal. El sol había desaparecido del jardín, pero un brillo de bronce flotaba en el aire, aterciopelando los rosales y tiñendo de ámbar las blancas flores del convólculo. Jack encendió otro cigarrillo. El vino tenía un sabor amargo. Notaba un vacío tras el esternón, como si le hubieran horadado el pecho para extirparle los órganos. No era miedo exactamente lo que sentía, sino un terror sofocado y denso. Algo que escapaba de sus manos iba a suceder.

—¿Y cómo se encuentra Lady Sylvia? Imagino que tan divina como siempre —Bella parodió un acento remilgado.

Él bebió sin decir nada. No le importó que se burlara de su mujer. Aunque supuso que hubiera debido importarle. En general era muy protector con Sylvia. Ella se había comportado muy bien con él, junto a él y, a su manera, él se sentía agradecido. No pudo evitar imaginar su reacción si lo hubiera escuchado: se habría alejado de él y lo miraría con expresión ensimismada mientras fruncía el ceño como si hubiera perdido algo y estuviera intentando recordar dónde lo dejó. «¿Agradecido, cariño? Permíteme decirte que tienes una curiosa manera de mostrarlo». Era cierto. Estaba en deuda con ella, lo sabía, pero también sabía que de momento no tenía ninguna intención de saldarla, todavía no, no mientras le ardiera dentro ese fuego; no mientras tuviera a Bella y a otras como ella, discretas, fáciles, tolerantes. Cerró los ojos un segundo. Dentro de sí sabía que eso se había terminado, que el vivir despreocupado ya era pasado. Se había acabado la diversión; a partir de ese momento todo sería complejo, enrevesado, irresoluble. Media hora antes, mientras yacía en los brazos de Bella, se había relajado tanto que había sentido deseos de llorar.

—Supongo que ahora serás el jefe —dijo Bella.

—¿Eso crees? —una sonrisa maliciosa se dibujó en su cara y ella percibió el fognazo de travesura que recordaba de los viejos tiempos, aquel aire de chico que ha conseguido su primer beso y quiere más.

—¿No es lo que siempre has deseado? —ella le devolvió la sonrisa.

Sintió la cálida presión de la cadera de la mujer contra su pierna y vio en sus ojos un punto desenfocado de regocijo. Bella no aguantaba la bebida y eso siempre le había divertido. Antes de que pasara un instante, estaría de nuevo besándole y acariciándole. Intentó ponerse en pie, pero ella le retuvo sujetándole del codo con una mano.

—No te vayas —le dijo.

—Tengo que irme. Me esperan.

Pero no se movió. No deseaba volver a casa, no deseaba ver a Sylvia, no deseaba enfrentarse a sus ojos mientras le miraba ansiosa, emotiva, indagadora. ¿Cuánto sabía? ¿Cuánto adivinaba? Llevaba todo el año persuadido de que ella sabía que estaba metido en algo. No confiaba en él, nunca había confiado; era difícil esperar que lo hiciera. Tampoco Jack confiaba ya en sí mismo.

—¿Cómo está la viuda? ¿Cómo se llama? ¿Mónica? —preguntó Bella.

—Mona.

—Él le doblaba la edad, ¿no?

—Sí, ella es joven.

Él sintió un ligero estremecimiento en el muslo de la mujer, que se desplazó hacia delante en la chaise-longue para girar y mirarle con atención al rostro.

—Jack, espero que no hayas sido un chico malo, que no hayas metido ahí la manita para robar una manzana, como sueles hacer —dijo con suavidad.

—¡Por Dios santo! —exclamó él.

Bella meneó la cabeza mientras chasqueaba suavemente la lengua: ta-ta-ta-ta.

—Ay, mi pequeño Jack, ahora entiendo por qué has aparecido de repente en mi puerta. No sería la primera vez que acudes a Bella en busca de consuelo cuando el Lebrél del Cielo² te pisa los talones. O más bien, un marido furioso.

—Cállate, Bella. Siempre piensas en lo mismo —Jack suspiró con aire de cansancio.

—Sí —Bella le apresó la entrepierna—, no como tú, según parece.

Jack alejó bruscamente su mano y le tendió la copa. Ella tanteó en el suelo hasta encontrar la botella y le sirvió de nuevo.

—Espero que no se te haya pasado por la cabeza hacer una lámpara con eso —Jack señaló con la barbilla la botella abultada dentro de su camisa de paja.

—¿Esa idea tienes de mí?

—Ah, claro, había olvidado que eres una artista —lamentó que su comentario sonase tan amargo.

—Bueno, bueno, parece que hoy estamos tensos —Bella se acomodó en el sofá, con la copa entre las manos y apoyándola en el pecho—. ¿Tanto apreciabas a tu difunto socio?

Él bebió un trago de vino, mientras miraba al frente con expresión preocupada.

—David estaba en el barco con él —dijo.

—¿Quién?

—Mi hijo, Davy.

Ella le miró fijamente.

—¡Dios mío! ¿Por qué estaba allí?

—Le pidió que le acompañara... Victor se lo pidió a Davy. La noche anterior

estábamos en un pub y le invitó. Davy odia el mar, pero aun así fue.

—¡Dios mío! —repitió Bella, pero esta vez bajó la voz y su tono era perplejo—. ¿Le vio... Le vio hacerlo? ¿Vio cómo se pegaba el tiro?

Jack observó la última burbuja que parecía apretarse con ansia contra el borde de la copa.

—Sí, lo vio.

—Pero... Pero ¿por qué?

—¿Por qué se llevó a Davy? No lo sé. Tal vez para vengarse de mí.

—¿Por qué?

La burbuja de vino estalló.

—No lo sé.

Ella observaba con atención el perfil del hombre.

—Creo que sí lo sabes. Me parece que me estás mintiendo —su voz sonaba repentinamente sobria.

Él se tapó los ojos con una mano, mientras se masajeaba las sienes con el corazón y el pulgar.

—Había un problema en el trabajo. En el negocio.

—¿Qué clase de problema?

Él apartó la mano de su rostro y se giró hacia la ventana. Bella percibió el pequeño latido en su mandíbula. Todavía era un hombre atractivo, con aquella cabeza pequeña y bien dibujada, la nariz poderosa, los labios gruesos con ese gesto al mismo tiempo divertido y malicioso. Antes había en él una secreta debilidad, una furtiva vulnerabilidad. Pero aquella indefensión juvenil había desaparecido y lo que había aparecido en su lugar no era fuerza, sino dureza. Bella dejó su vaso en el suelo, junto a la botella de vino. No debería beber a esas horas de la tarde, se le subía inmediatamente a la cabeza. No era un buen momento para achisparse: una chica debía estar siempre en guardia cuando Jack Clancy andaba cerca.

—Era incapaz de delegar. Nunca podía ceder —con expresión distante, Jack hablaba consigo mismo—. Siempre tenía que ser el mandamás y ser reconocido como tal por todos los que le rodeaban. Eso lo heredó de su padre, desde luego, el Viejo Ironsides. Menudo par: despóticos y despiadados y, encima, pretendiendo que los demás les tratáramos como auténticos caballeros de la vieja escuela. Ellos, que habrían matado a su madre por un céntimo.

Bella sintió el impulso de presionar con un dedo aquel latido en la mandíbula para detenerlo.

—¿Lo sabías? —le preguntó.

—¿El qué?

—¿Sabías lo que iba a hacer?

—No, ¿cómo iba a saberlo? ¿Crees que habría permitido que Davy fuera con él

de haberlo sabido? ¿Crees que habría puesto en peligro la vida de mi propio hijo?

Bella cogió la copa del suelo. ¿De qué servía permanecer sobria?

—Cuéntame qué sucedía en el negocio. ¿Estabas haciendo chanchullos con los libros de cuentas?

Él no dijo nada y luego rompió a reír con aspereza.

—¿Chanchullos con los libros? ¡Por Dios bendito, Bella!

—Entonces ¿cuál es ese «problema» que tanto te preocupa?

Jack se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Nada. Olvida lo que te he dicho.

—¿Descubrió tu socio, Delahaye, lo que pasaba? ¿Averiguó en qué estabas metido, fuera lo que fuese?

—¿En lo que «estaba metido»? ¿Como si yo fuera el chico de los recados robando el dinero del té? —él movió la cabeza como si le hubiera hecho gracia. Luego, con aire fatigado, se recostó en la chaise-longue—. No sabes lo que es esto, el darle vueltas a algo en tu cabeza sin cesar. No duermo, sólo permanezco tumbado pensando.

Ella aguardó a que siguiera, pero Jack cerró los ojos y calló. Respiraba como si tuviera fiebre o estuviera dormido con una pesadilla. A Bella le daba lástima, pero también miedo. En realidad, no deseaba saber a qué le daba vueltas. Era mejor no conocer ciertas cosas, sobre todo cuando se trataba de Jack Clancy. Aunque había pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron, su resentimiento y su ira contenida le resultaban tan familiares como si hubiera sido ayer. Jack era una persona peligrosa. No era violento ni amenazador, pero ello no impedía que fuera peligroso. Por eso en el pasado había dejado que desapareciera; era demasiado intenso para ella. Sin mirarlo, se puso en pie. Quería que se fuera. Había traído con él algo que sólo ahora ella percibía; como si un animal se hubiera deslizado dentro de la casa tras Jack, se hubiera ocultado y ahora se preparara para saltar sobre ella. Se sintió vulnerable de repente. Fuera lo que fuese lo que a él le atormentaba, era contagioso.

—Voy a cambiarme. Tengo que salir —dijo.

—¿Adónde?

—Por ahí.

—Una cita.

—Eso es. Una cita.

Era mentira, pero no importaba porque él ya no la escuchaba. Un denso y sombrío resplandor entraba por la ventana, como siempre sucedía a esa hora del día. Ella sintió un escalofrío. Aquella extraña luz caía sobre el rostro de Jack como una fosforescencia. «¿Qué has hecho, Jack? ¿Qué hiciste que llevó a tu socio a pegarse un tiro?»

Quirke no tenía cumpleaños. Había sido huérfano —suponía que aún lo era, aunque le resultara extraño pensarlo— y su certificado de nacimiento, si existió, había desaparecido. No conocer su fecha de nacimiento, y por tanto no tener un día especial para celebrar ese rito anual, no le molestaba. Sabía su edad con más o menos exactitud, aunque desconocía cómo la sabía. Alguien, en algún momento muy lejano cuando él era un niño, debió de decírsela y la cifra quedó grabada en su cerebro, a pesar de que no recordaba ni el momento en que se la dijeron ni que se la hubieran dicho. Pero allí estaba, un número sobre el que ir sumando, tan vacío de sentido como los demás y carente de significado para él. Cada año, el primero de enero, quitaba mentalmente el calendario viejo de un imaginario muro interior y alzaba una copa por sí mismo en un irónico brindis. Le divertía, especialmente cuando estaba borracho, imaginar su lápida y la menguada inscripción sobre la misma: un vacío, un guión y una fecha. Por supuesto, podían datar sus reliquias para inscribir un posible año de nacimiento, pero la cifra no sería segura: quienquiera que le dijera su edad en el pasado podía haber mentido o haberse equivocado.

Phoebe insistía en que debía tener un cumpleaños y cada año escogía una fecha distinta para sorprenderle. Ese año había elegido un día de junio porque era verano y brillaba el sol. Ella y su novio, David Sinclair, que además era el ayudante de Quirke, le invitaron a cenar en el hotel Shelbourne. Phoebe había reservado su mesa favorita, junto a la ventana, en la esquina izquierda, que daba a los árboles del parque St. Stephen's Green, al otro lado de la calle. Era una tarde bochornosa, con los cielos cubiertos, pero Quirke vestía su habitual traje negro con la chaqueta completamente abotonada y con los puños de la camisa blanca asomando por las mangas. A Phoebe le habría gustado que él se pusiera en sus manos para mejorar su aspecto y comprarle un buen traje de tweed de tres piezas en Brown Thomas y un par de camisas que no fueran blancas. Y no es que Quirke no se gastara dinero en ropa —el traje que llevaba era italiano y sus zapatos estaban hechos a mano—, pero por alguna razón siempre tenía un aspecto *polvoriento*. No sucio ni arrugado, ni siquiera desaliñado; más bien como si hubiera permanecido mucho tiempo en un sitio y sobre él se hubiese formado una finísima capa de sedimentos. El regalo de Phoebe era una corbata de seda de un verde brillante. Se disculpó por ser tan convencional, pero Quirke le dijo que no, que era muy elegante. La sacó de su envoltorio de celofán y la aproximó a la luz de la ventana y, al hacerla girar a un lado y a otro, imaginó una serpiente esmeralda y pensó en Mona Delahaye. Además, añadió, necesitaba una corbata desde hacía

mucho tiempo, ya que la mayoría de las que tenía estaban viejas y salpicadas de manchas de grasa. Sinclair le había comprado *Autobiographies*, de Yeats, en la nueva y atractiva edición de Macmillan con su elegante cubierta color crema. Para ocultar su emoción, Quirke lo abrió y lo miró con detenimiento, y así permaneció, con la cabeza inclinada, durante tanto tiempo que Phoebe tuvo que quitarle el libro de entre las manos.

Pidieron lenguado de Dover y una botella de Sancerre, que tenía un aspecto interesante aunque era casi transparente. Quirke era muy quisquilloso en cuanto al vino. Su hija se dio cuenta de que se esforzaba en beber despacio, y le hubiera gustado decirle que lo agradecía, ya que cuando Quirke bebía podía ponerse difícil, especialmente en ocasiones como los cumpleaños y otras supuestas celebraciones. Pero Phoebe no dijo nada, tan sólo le llenó el vaso de agua hasta el borde y le pasó la cesta con los panecillos. Sentía lástima por él. Le veía perdido en aquella situación extraña, aguantando con una sonrisa la forzada jovialidad que ninguno de los tres parecía capaz de mantener. Debía de resultarle difícil pasar del trabajo a hacer vida social, y la presencia de David probablemente lo hacía aún más difícil. Pero también David debía hacer el mismo esfuerzo. Qué extraño tenía que resultarles a ambos estar ahora con ella tras pasar todo el día con cadáveres, celebrando un cumpleaños inventado con vino de un elegante color áureo, el aroma de la comida y el brillo destellante de aquella corbata que, repentinamente, resultaba siniestra.

—Ayer estuve con alguien que te conoce —Quirke miró a Sinclair por encima del borde de su copa.

—Ah, ¿sí? —dijo Sinclair con expresión precavida.

—Un joven llamado Delahaye. Jonas Delahaye.

Por un momento, Sinclair estuvo tentado de negar conocer a nadie con ese nombre, ante el temor de ser víctima de una broma de Quirke, que tenía un extraño sentido del humor.

—Ah, sí —dijo de manera inexpresiva esta vez.

Phoebe miraba a uno y a otro con vivo interés. Disfrutaba al verlos juntos, aunque no podía evitar un leve sentimiento de culpa. Le recordaban dos perros muy nerviosos y, al mismo tiempo, excesivamente bien adiestrados. Quirke sería un bóxer negro, si existían bóxers negros, y David un terrier de pura raza, distante, cauteloso y dispuesto a enseñar los colmillos si era necesario. David siempre se mostraba comedido cuando estaba con Quirke y a Phoebe le intrigaba cómo harían para trabajar juntos. Pero el Salón Saddle en el Shelbourne era lo más ajeno posible al departamento de Patología Forense del hospital de la Sagrada Familia. O eso había imaginado hasta ese momento Phoebe, que miró sin demasiada convicción el pescado a medio comer en su plato.

—Delahaye. ¿De qué me suena ese nombre? —preguntó Phoebe.

—El padre... murió —respondió Quirke.

Phoebe frunció el ceño.

—Sí, claro, apareció en la prensa. ¿Qué sucedió?

—Se pegó un tiro.

Phoebe se echó ligeramente hacia atrás en su silla.

—Los periódicos no dijeron eso.

Quirke se encogió de hombros.

—Claro que no. Nuestros audaces suministradores de la verdad en la prensa no informan sobre los suicidios.

Sinclair limpiaba las espinas del pescado con minuciosa meticulosidad.

—¿Cómo se encuentra Jonas? —preguntó.

—Muy tranquilo —contestó Quirke con sequedad—. Tanto él como su hermano están muy enteros y tranquilos.

Quirke se dirigió a Phoebe:

—Son gemelos, Jonas y... ¿Cómo se llama el otro? ¿James? ¿Los conoces? Son dos réplicas exactas —se dirigió esta vez a Sinclair—. ¿Conoces a los dos?

—Sí, es difícil que no sea así, siempre están juntos. Los veo de vez en cuando en el Trinity... Juegan al críquet. También al tenis, a nivel profesional. He jugado con Jonas en una ocasión —pesaroso, movió la cabeza—. Nunca más.

—Sí, me acuerdo. Te dio una buena paliza —dijo Phoebe.

Sinclair la miró adusto, pero Phoebe le acarició el dorso de la mano con una sonrisa.

—¿Trabajan..., trabajaban para su padre? —preguntó Quirke.

Sinclair asintió.

—Eso creo. Uno se dedica al transporte de mercancías por mar y el otro al transporte por carretera. Pero no me preguntes quién hace qué. Probablemente se intercambian los puestos sin que nadie se dé cuenta. De hecho, dudo que realmente *trabajen*. No es su estilo.

Quirke contempló los árboles que se alzaban al otro lado de la calle. Los últimos destellos cobrizos del sol de la tarde acariciaban sus copas. No podía quitarse a los gemelos Delahaye de la cabeza desde que los conoció. Sus modales tranquilos, informales y algo insolentes le habían fascinado y también un tanto irritado. No era el comportamiento propio de unos hijos en estado de shock por la muerte repentina de su padre, como Hackett había sugerido caritativamente. Quirke tenía conocimiento sobre el shock. En su trabajo, a lo largo de los años, había tratado a mucha gente con diversos grados de angustia. En algunos casos, era cierto, los familiares del fallecido, en especial los hijos, mostraban en los días posteriores a la muerte una actitud insensible e indiferente, que no era sino bravuconería combinada con desamparo. El dolor desconcertaba, sobre todo a los más jóvenes. En el caso de los gemelos

Delahaye, no veía desconcierto, no veía desamparo.

Phoebe había estado observando a Quirke; conocía aquella expresión de concentración y leve enojo, como si estuviera intentando rascarse una picazón interna y no lo consiguiera.

—¿Se sabe por qué se mató su padre? ¿O crees que no se trata de un suicidio?

Quirke apartó la vista de la ventana y giró la cabeza hacia ella.

—¿Por qué lo preguntas?

Sinclair alzó la botella de vino, pero Phoebe cubrió su copa con una mano y negó con la cabeza. A Sinclair le faltaba un dedo de la mano izquierda, resultado de su intervención el año anterior en uno de los intentos más calamitosos de Quirke de aliviar aquella comezón.

—Te lo pregunto porque veo que hay algo en el asunto que te interesa. ¿De qué se trata? —preguntó Phoebe.

Quirke dejó el cuchillo y el tenedor y sonrió mientras se retrepaba en la silla.

—Me conoces demasiado bien.

La relación entre ambos había sido muy difícil; Quirke había rechazado durante muchos años que Phoebe fuera su hija, y había dejado que la criaran su cuñado y su esposa. Tan sólo recientemente Phoebe había permitido que llegaran a una especie de armisticio. Lo quería y creía que de hecho era por todos sus defectos, todas sus faltas. Y pensaba que, a su manera vacilante y torpe, él también la quería. Así lo había decidido. Era lo mejor a lo que podía aspirar, lo mejor que podía hacer. Quirke no prodigaba sus emociones.

—Me huele a que andas ya medio metido —le dijo Phoebe.

Él apartó la vista y se concentró en su comida.

—No me gusta dejar preguntas sin contestar —dijo.

—Eres tú el primero que las plantea —replicó con viveza su hija.

Como si fuese un árbitro, David Sinclair se interpuso entre ambos con delicadeza para llenar las copas. Phoebe no cubrió la suya en esta ocasión y cuando la alzó vio cómo le temblaba ligeramente la mano. La enojaba la rapidez con que su padre y ella llegaban al borde de la pelea.

—Lo lógico sería que tu amigo, el inspector Hackett, hiciera las preguntas y llevara la investigación —remachó Phoebe.

En silencio, Quirke terminó lo que quedaba de los guisantes y el puré de patatas. Miró de reojo a David Sinclair. Un tipo peculiar ese Sinclair. Trabajaban juntos desde hacía cinco o seis años, pero sabía de él tan poco como al principio. ¿Qué relación tenía con Phoebe? Salían desde hacía algo más de un año, pero ¿qué significaba salir juntos hoy en día? Contempló las largas y pálidas manos de su hija, su cabeza morena inclinada sobre el plato, su chaqueta torera, el camafeo, el encaje blanco que siempre llevaba en el cuello. Había algo antiguo en ella que a Quirke le gustaba, pero que

quizá irritara a un novio. Aunque Sinclair no era precisamente un calavera. Tal vez congeniaban mejor de lo que podía parecer. En ese caso, ¿cómo era de seria su relación? ¿Se acostaban juntos? La idea le sobresaltó.

Ya no sabía cómo era el juego entre los jóvenes. En su época las reglas eran rígidas: meter mano, pero por encima del sujetador; acariciar la piel de los muslos que dejaban al aire las medias, pero no más arriba; besar con lengua sólo en ocasiones muy especiales. ¿Cómo habrían vivido las chicas ese asedio? ¿Lo habrían encontrado halagüeño, divertido, molesto? ¿Les habría parecido humillante? Miró de reojo a Phoebe en un arranque de afecto. Sus sentimientos hacia ella eran un nudo inextricable de confusión, duda y desconcierto.

—Imagino que se encontraba en un apuro —ambos le miraron perplejos—. Delahaye.

—Seguro, la gente no se mata porque sí —dijo Phoebe mientras contemplaba el destello de la luz en el fondo de su copa de vino.

—A veces lo hacen —replicó Sinclair—. A veces no hay un motivo claro. Simplemente lo hacen, en un arrebató. Cuando yo era pequeño, un primo mío se ahorcó una mañana en el hueco de la escalera mientras mi tía estaba haciendo la compra. Acababa de conseguir una plaza en la universidad para estudiar Medicina.

—Pobre madre —murmuró Phoebe.

—Sí, fue ella quien lo encontró al volver de la compra. Mi tía Lotte. Casi se muere de pena.

Se hizo un denso silencio. Quirke observó cómo su hija acariciaba levemente la mano mutilada de Sinclair en un gesto de compasión.

—Victor Delahaye no parecía el tipo de hombre que se deja llevar por sus arrebatos —dijo.

Al acabar la cena, Quirke quiso hacerse cargo de la cuenta, a pesar de la negativa de los otros dos, hasta que Phoebe le quitó la factura de las manos y se la pasó a Sinclair. El joven sacó su cartera, mientras Phoebe abría su monedero.

—No te preocupes, vamos a medias —le dijo a su padre.

A la cabeza de Quirke vino la imagen lejana de la madre de Phoebe y él peleando en esa misma mesa acerca de... ¿qué era? Miró los árboles a través de la ventana, intentando recordar.

Al abandonar el hotel, Phoebe y Sinclair cruzaron la puerta giratoria, pero él se quedó un instante atrás para permitir que entrara alguien. Era Isabel Galloway. Vestía un ajustado traje azul y un sombrero pastillero ladeado de forma muy vistosa sobre el cabello. Ambos se quedaron clavados en el suelo, mirándose.

—¡Dios mío! —murmuró Isabel, pero pronto se recompuso—. ¡Quirke! ¡Qué buen aspecto tienes! —exclamó con viveza, sin separar los brazos de los flancos, como si fuesen dos puntales para no venirse abajo.

Quirke sonrió nervioso.

—Isabel, ¿cómo te encuentras? Estás... —no le salían las palabras.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Isabel.

—Tan inspirado como siempre —pero tan pronto como lo había dicho, se le ensombreció el rostro, como enojada consigo misma, bajó los ojos y se alejó de él rápidamente por el vestíbulo del hotel. Él permaneció quieto y luego se introdujo en uno de los compartimentos de la puerta giratoria mientras escuchaba aquel taconeo familiar sobre el suelo de mármol.

Phoebe y Sinclair le esperaban en la acera. La última luz del día brillaba verde y crepuscular sobre los árboles.

—¿Ésa no era...? —comenzó Phoebe, pero calló al ver la expresión de Quirke.

Quirke se dio cuenta de que había olvidado su libro de Yeats en el antepecho de la ventana, junto a la mesa donde habían cenado. Murmurando, les dio la espalda y regresó. La pesada puerta giratoria lo engulló.

Rose Griffin mantenía un estoico punto de vista sobre la vida y las desgracias que acarrea a quienes ella, en su lánguido y nasal acento sureño, describía como «nosotros, las pobres y desvalidas criaturas del Señor». Y no porque ella creyera o dejara de creer en Dios. No se permitía divagar sobre temas que estuvieran más allá de este mundo. El mundo en sí ya era bastante enigmático. No toleraba a los quejicas, pues no se ganaba nada quejándose, a no ser que quien se quejara disfrutara de la compasión ajena. Tanto por naturaleza como por principios, ella no sentía compasión por nadie. En su opinión, compadecer a una persona era rebajarla. Sabía que su actitud podía dar una imagen dura de ella, pero no le importaba. Ella *era* dura, ¿qué tenía eso de malo? Ya había demasiada blandenguería, demasiadas emociones cálidas y pusilánimes. En eso coincidía con Quirke, como le había señalado en una ocasión: ambos poseían un corazón frío y un espíritu caliente.

Descubrir que su amiga Marguerite Delahaye era una llorona asombró a Rose. Nunca lo hubiera pensado de Maggie, a quien siempre había considerado, bajo su respetable capa de solterona, tan dura como ella. Era media tarde y estaban tomando el té en el cuarto de estar de la inmensa y alargada casa que Rose tenía en Ailesbury Road. Hacía un día espléndido y la luz se derramaba generosa sobre las mujeres, sentadas ante una mesita en la ventana mirador que daba al jardín delantero y a la tranquila calle. Intentando ignorar los gimoteos de Maggie, Rose contemplaba la grácil espiral de vapor que escapaba del pico de la tetera, las rosas pintadas en las delicadas tazas de porcelana, el profundo brillo de la antigua cubertería de plata. No comprendía por qué la gente prestaba tan poca atención a los pequeños, pero esenciales, placeres de la vida. Por ejemplo, aquel cuchillo: una delicada y vieja pieza de plata de Georgia con su hoja adelgazada por el uso y un mango sólido y pesado en

la mano igual que un lingote. Verlo te hacía pensar en las personas que lo habrían usado a lo largo de los años, todas desaparecidas mientras ella seguía allí.

—Lo siento, es que no consigo hacerme a la idea de que Victor está... No me creo que haya muerto —Maggie se secó la nariz enrojecida con un delicado y absurdo pañuelito con un ribete de encaje.

—Sí, querida, lo comprendo —dijo Rose con cariño.

¿Lo comprendía? Sentía cierta solidaridad, pues ella también había sufrido pérdidas, pero no estaba segura de comprenderlo. Maggie se comportaba como si hubiera perdido a un marido, o incluso a un amante, pero no a un hermano. Rose también tenía hermanos, aunque en raras ocasiones pensaba en ellos y durante largos períodos de tiempo los olvidaba completamente. ¿Alguna vez se había interesado lo suficiente por sus hermanos como para que la pérdida de uno de ellos la redujera a esa especie de extravagante duelo que sufría su amiga? No parecía ser el caso.

—Sí, debe de ser difícil aceptar una muerte tan repentina —calló durante un momento—. ¿Están seguros de que se trata de...? Quiero decir, ¿están convencidos de que fue él quien apretó el gatillo?

Maggie asintió y un súbito sollozo estremeció sus hombros.

Cuando se enteró de la muerte de Victor Delahaye, Rose se sorprendió, pero luego su reacción cambió. Quitarse la vida era el tipo de idiotez que los hombres cometían y la manera en que aquél lo había hecho —el barco, el mar desierto, el revólver y el joven Clancy como testigo— era melodramática y estudiada. Victor, desde luego, tenía una gran opinión de sí mismo. Ella no lo conocía muy bien, habían coincidido en unas cuantas ocasiones en actos sociales, pero le había tomado la medida inmediatamente. Vano, pomposo, sin sentido del humor. Victor Delahaye cultivaba una absurda visión de sí mismo como una figura del Renacimiento, un gran príncipe mercader heredero de una dinastía y padre a su vez de príncipes gemelos que perpetuarían y embellecerían las augustas tradiciones familiares. Pero en cada uno de esos hombres convencidos de su importancia se ocultaba un niño tembloroso, aterrorizado de ser descubierto y arrastrado por las orejas, mientras se retorció y gimoteaba. Rose sabía de lo que hablaba: su primer marido, el difunto Josh Crawford, había sido uno de esos grandes hombres.

En cualquier caso, lo sucedido era un enigma. ¿Qué había ocurrido para que Victor Delahaye saltara de su pedestal? Algo debía de haberlo herido donde más le dolía: en su orgullo o en su bolsillo, o quizá en ambos. No, tenía que ser su orgullo: él no se hubiera quitado la vida por dinero. Algo había dañado seriamente su confianza en sí mismo. La imagen de Mona Delahaye pasó por la cabeza de Rose, la delgada boca escarlata con las comisuras alzadas en una sonrisa.

Entre hipidos, Maggie continuaba hablando de su hermano, contando lo maravilloso que había sido: un marido fiel, un padre entregado, un hermano cariñoso.

En una palabra, un santo. Rose contuvo un suspiro de impaciencia. Los muertos siempre se llevaban más elogios de los que merecían, y sólo por el hecho de estar muertos.

—Vamos, Maggie, cariño, tranquilízate... Piensa en tu asma —le dijo.

Le intrigaba qué sucedería con el negocio de los Delahaye. Era dudoso que su socio, comoquiera que se llamase, se hiciera con el mando. Aunque la compañía se llamara Delahaye & Clancy, todo el mundo sabía quién la dirigía. Tampoco parecía probable que los gemelos Delahaye tomaran las riendas, al menos no de inmediato. Estaban demasiado ocupados con sus propias correrías en la ciudad. Aquellos chavales tenían su fama. Ciertamente, se la habían ganado.

Los Delahaye eran protestantes, por supuesto, mientras que los Clancy eran católicos. Esa diferencia lo significaba todo en aquel país. Ella ya llevaba muchos años viviendo allí; Josh Crawford era más irlandés que norteamericano y, tras su muerte, Rose se había vuelto a casar con un hombre que era nativo cien por cien. Sin embargo, había muchas cosas del país que aún no comprendía y que probablemente nunca comprendería, por mucho que lo intentara. Por ejemplo, el temor de la gente a los curas siempre le sorprendía, al igual que, en el otro extremo, su veneración hacia los protestantes. El número de protestantes era pequeño, pero bastaba que uno de ellos hablara, con ese acento cortante y pesado, para que los católicos se quitaran el sombrero y se atusaran el pelo y otras bobadas semejantes. Aquello le fascinaba y, de una manera tonta, también le agradaba. Era como si, al vivir aquí, hubiera retrocedido en el tiempo hasta una sociedad civilizada y, a la vez, primitiva —como Bizancio, digamos, o alguna civilización similar—, donde la gente vivía esclavizada bajo el gobierno de una secreta casta aristocrática cuyo poder era tan grande que sus miembros podían permanecer en la sombra y sólo de tanto en tanto se manifestaban públicamente mediante ciertos gestos, no oficiales pero sutiles. Sí, así era como Rose se sentía: igual que un antropólogo que hubiera sido transportado por arte de magia en el tiempo a un mundo arcaico de misterios y extrañas leyes, extraños rituales y tabúes.

Escuchó el sonido de la puerta delantera al abrirse y, tras un momento, cerrarse con suavidad. Debía de ser Malachy, podía sentir el carácter tranquilo y retraído de su marido incluso a través de las paredes. Le llamó con una voz tan aguda que hasta Maggie se sobresaltó. La cabeza de Malachy asomó por la puerta con esa sonrisa tan suya, vaga y levemente preocupada. Era un hombre alto con una cabeza estrecha. Vestía un traje de tweed y una pajarita. Tras el brillo opaco de sus gafas se veían sus ojos pálidos y un tanto acuosos.

—Oh, no te quedes ahí —exclamó Rose con divertida exasperación—. Entra y siéntate con nosotras a tomar el té; es estupendo, la variedad que te gusta, Lapsang Souchong, con ese olor al viejo Catay.

Mal entró, cerró la puerta tras él y se aproximó a ellas con una sonrisa intranquila congelada en el rostro y con un chirrido acompañando cada uno de sus pasos sobre la tarima. Rose sospechó que no recordaba quién era la invitada; las personas desconocidas siempre le inquietaban.

—Seguro que recuerdas a Marguerite Delahaye, mi amiga Maggie —dijo muy alto.

—Ah, sí —replicó Mal aliviado y su sonrisa se ensanchó—. ¿Cómo está, señorita Delahaye?

Acercó una silla y tomó asiento. Sólo entonces se dio cuenta de que Maggie tenía los ojos enrojecidos y la nariz brillante. Una leve expresión de alarma apareció en su rostro y con timidez se llevó la mano a la oreja izquierda para palpar el audífono color carne.

—Maggie ha sufrido la pérdida de un familiar —dijo Rose, pronunciando con tanta claridad cada palabra que no podía evitar sonar autoritaria e incluso un poco enojada—. Su hermano.

—¡Dios santo, claro! —exclamó rápidamente Mal, medio incorporándose pero manteniendo la espalda y las piernas en la misma posición que si estuviera sentado. Rose pensó, y no era la primera vez, lo encantadoramente absurdo que era aquel hombre.

—Por supuesto. Su..., el señor Delahaye..., su hermano —Mal volvió a acomodarse—. La acompaño en el sentimiento.

Su actitud parecía sincera y no mera convención, y Maggie rompió a llorar de nuevo. Rose alzó los ojos al techo.

—Es muy triste —dijo con cierta brusquedad—, una auténtica tragedia.

Mal se sirvió una taza de té, y un aroma a paja y humo escapó de la tetera. Sus movimientos eran elaboradamente lentos, como si fuese un topo, y a Rose, como siempre que contemplaba a Mal, le suscitó un exasperado afecto. Mal había trabajado como ginecólogo en el hospital de la Sagrada Familia, pero ya estaba jubilado. Rose desconocía en qué ocupaba su tiempo durante el día. Salía de la casa por la mañana, a veces muy temprano, y regresaba a primera hora de la tarde con una expresión ligeramente avergonzada. En sus primeros tiempos juntos, ella le preguntaba qué había estado haciendo, sin otra intención que charlar. Pero una expresión ratonil de alarma aparecía en el rostro de Mal, que se apresuraba a contestar que había dado un paseo o que se había encontrado con un conocido. Ella nunca le creyó. Se lo imaginaba más bien plantado durante horas en una esquina, como un desventurado, dejando pasar el tiempo con la mirada perdida, sin fijarse en nadie y sin que nadie se fijara en él, ignorado por quienes pasaban a su lado como si se tratara de una boca de riego o un árbol que hubiera crecido durante la noche. Todavía le sorprendía haberse casado con él. No lo lamentaba ni era infeliz, pero resultaba evidente hasta para ella

que formaban una extraña pareja, disfrutando juntos del otoño de sus vidas.

Mal le preguntó a Maggie si le apetecía otra taza de té, pero ella dijo que no, se irguió en la silla, echó hacia atrás los hombros, metió el pañuelito empapado en su bolso y con un enérgico chasquido lo cerró. Igual que un cisne, enderezó su largo cuello y elevó la cabeza, empujando hacia arriba la nariz y su pequeña barbilla puntiaguda. Su cabello, ya canoso, estaba despeinado y parecía una madeja de lana de acero. O un nido abandonado.

—Me gustaría preguntarle, doctor Griffin... Me gustaría preguntarle... —se detuvo y clavó los ojos en sus dedos, que aferraban el borde del bolso sobre su regazo. Empezó de nuevo—: ¿Usted cree que él..., cree que mi hermano... sufrió?

Malachy frunció el entrecejo. Si había algo que le interesara eran las cuestiones médicas, pero Rose comprendió que se debatía entre su deseo de comentar los posibles detalles del suicidio de Victor Delahaye y su reparo ante la presencia de un familiar del muerto.

—Depende de adónde apuntara... Adónde se dirigiera la bala —Malachy cruzó las manos y se sentó en el borde de la silla—. Si el tiro perfora el corazón, lo primero que la persona experimenta es lo que nosotros llamamos el período prodromal, que es muy breve y se parece a la sensación previa al desmayo, con mareo y náuseas, y acto seguido se produce un síncope neurocardiogénico. Disculpe... Son tecnicismos, ya lo sé. La presión sanguínea de la mayor parte de las personas que se desmayan se recupera tumbándolas, pero en el caso del que hablamos eso es imposible pues el mecanismo de bombeo ha sido destruido. Después de un disparo así, la persona no tarda en colapsarse y se desangra... hasta morir exangüe. Hay víctimas de ataques que dicen que no se dieron cuenta de que habían sido apuñaladas o de que habían recibido un disparo hasta que vieron la sangre. Y entonces...

—Lo que quiere decir es que tu hermano debió de morir al instante —dijo Rose con firmeza y, volviéndose a su marido, le hizo un gesto con los ojos—. ¿No es así, Malachy?

Mal se retrepó en la silla y dejó escapar un suave y largo suspiro, que recordaba el sonido de un pequeño balón deshinchándose muy despacio.

—Sí —contestó mansamente—, eso es justo lo que quería decir, que debió de morir en el instante... —y añadió en voz más queda— o casi.

Maggie le observó con una mirada lastimera. Rose adivinó que se esforzaba en creerle, pero sin conseguirlo.

—No logro quitármelo de la cabeza —dijo con voz temblorosa—. Me lo imagino agonizando, lamentando lo que ha hecho pero sabiendo que ya es demasiado tarde —aferraba el bolso en su regazo con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos—. Imagino que cuando alguien decide hacer algo así no piensa en cómo será, el dolor que le provocará. Imagino que su desesperación es tan grande que tan sólo... —cerró

los ojos y dos gruesos lagrimones escaparon de sus párpados y resbalaron por su rostro. Malachy miró alarmado a su mujer y Rose extendió el brazo y colocó su mano sobre las manos entrelazadas de Maggie.

—Querida, para, por favor, lo único que consigues es atormentarte —le dijo.

—Ya lo sé —contestó Maggie, asintiendo como una cría, con la barbilla hundida en el pecho y un río de lágrimas escapando de sus ojos, cerrados con fuerza—. Pero no puedo evitarlo... No consigo parar de imaginármelo en el barco, colocándose la pistola en el pecho y... —sollozó, mientras le temblaba su hinchado labio inferior y las lágrimas le resbalaban por el rostro. Su respiración empezaba a sonar ronca y Rose temió que le diera un ataque de asma. Su primer marido había muerto de un enfisema y recordaba los horribles jadeos y pitos que emitía en la última etapa.

—Malachy, ¿por qué no buscas algo para darle a Maggie? —él la miró con ojos desorbitados y ella le sonrió con paciencia—. ¿Un brandy tal vez? ¿Brandy o algo parecido?

—No —se apresuró a decir Maggie, de nuevo como si fuese una niña a la que hubieran amenazado con aceite de ricino—. Me encuentro bien, de verdad.

Mal se levantó sin hacer ruido y se marchó de la habitación, cerrando la puerta con tanta suavidad que ni siquiera sonó *clic*.

—¿Cuándo se celebrará el funeral? —preguntó Rose. Ya estaba aburrida y deseaba que su amiga terminara su té y se marchara.

—Mañana. No sé si seré capaz de resistirlo —dijo Maggie.

—Sí, lo serás —afirmó Rose con brusquedad y, para suavizar la dureza de su tono, sonrió.

Se hizo un silencio. Como si quisiera acentuarlo, la sombra de una nube atravesó el jardín y la luz de la habitación disminuyó durante unos instantes, igual que si alguien hubiera apagado el interruptor. Rose intentó recordar cuándo había visto a Victor Delahaye la última vez. ¿Había sido en la recepción que dio la embajada el año anterior, relacionada con alguna carrera de barcos o algo similar, quizá la Copa América? Por alguna razón habían acudido Malachy y ella, aunque Rose nunca había estado en un barco que fuera más pequeño que el *Queen Mary*. Recordó que Quirke también se encontraba en aquella recepción... ¿Qué hacía él allí sino dar buena cuenta del bourbon del embajador?

En un momento de la recepción, Rose se encontró en un pequeño grupo de personas entre las que estaban Victor Delahaye y la muñequita de su esposa. Junto a una ventana, Delahaye impartía una charla sobre algo referente al protocolo náutico. A Rose le había parecido un asno, allí de pie pontificando sobre mareas, corrientes y nudos y Dios sabe qué más, vestido con un blazer azul marino, pantalones grises y unos mocasines que brillaban como si fuesen de caoba. Era un hombre atractivo, pero de una forma que resultaba impostada, con aquel perfil marcado y su elegante pelo

canoso peinado hacia atrás. A su lado, su esposa parecía aburrirse tanto como la propia Rose. Debía de ser unos quince años más joven que su marido, quizá incluso veinte, calculó Rose. ¿Cómo se llamaba? Mona. Mona Delahaye. Le iba bien el nombre. Ojos felinos, una boca mezquina. ¿Habría sido ella la razón por la que Delahaye cargó la pistola y zarpó para no regresar jamás? Rose había conocido a hombres mejores y más sensibles que Victor Delahaye a quienes sus mujeres habían destrozado. Aquello era frecuente en el lugar de donde ella venía. El noble código del Sur.

—Lo siento, creo que he echado a Malachy —dijo Maggie con tono apesadumbrado. Rose le lanzó una mirada. No se había dado cuenta de lo pesada que podía ser su amiga. Para empezar, ¿cómo se habían hecho amigas?

Rose no aceptaba amigos a la ligera o sin pensárselo detenidamente. Las dos mujeres se habían conocido en una de las entidades benéficas que apoyaba el difunto primer marido de Rose, el Glentalbot Trust, que tenía su sede en una vieja casa llena de corrientes en las montañas Wicklow. Rose estaba en el consejo de administración del Trust, al igual que Marguerite Delahaye, que había sustituido a la primera esposa de Victor Delahaye cuando falleció. Rose apenas había prestado atención a Maggie, el símbolo protestante del consejo, hasta una reunión urgente, tristemente famosa, en la que Rose pidió la dimisión del director de la Glentalbot House, un borracho incompetente. Para sorpresa de todos, Maggie la apoyó y entre ambas derrotaron a los partidarios del director y lograron lo que pedían. Tras la reunión, Rose envió a su chófer solo de vuelta a casa y subió al viejo y ruidoso Morris Oxford de Maggie. En el camino a la ciudad, se detuvieron en un hotel en Enniskerry y se bebieron una botella de vino para celebrar su victoria. Aquel día Rose creyó adivinar, bajo los correctos y remilgados modales de Maggie, el duro y frío brillo del acero. Al verla ahora hundida en un mar de pena y autocompasión, se preguntó si no se habría equivocado entonces y sólo había visto en Maggie lo que quiso ver, un reflejo de su propia y acerada dureza.

Como si hubiera adivinado las desencantadas cavilaciones de Rose, Maggie se levantó y dijo que debía irse. Se aproximó al espejo sobre la chimenea y al verse profirió un débil grito de consternación; sacó una polvera del bolso y con ligeros golpecitos se empolvó las mejillas y los laterales de la nariz inflamada, sin gran resultado. Rose se giró para contemplarla y, antes incluso de que supiera que iba a decirlo, preguntó:

—¿De verdad no sabes por qué lo hizo?

Maggie se detuvo y permaneció muy quieta frente al espejo, con la borla de maquillaje suspendida en el aire.

—Rose, hay cosas que no me permito pensar. Todavía no.

Rose observó la cara demacrada de su amiga reflejada en el espejo. Había algo en

Maggie, algo ligera pero definitivamente extraño. Como si sufriera un estrabismo emocional. Cuando te miraba, sentías que no era a ti a quien miraba. Tenía reacciones extrañas, tics extraños. Hacía pausas súbitas, se quedaba paralizada y durante cinco o diez segundos permanecía con la mirada perdida y la expresión afligida, como si estuviera contemplando horrores. De repente, parpadeaba, se estremecía y estaba normal de nuevo, o tan normal como podía. Pobre Maggie. Debería haberse casado. Pero ¿quién se habría casado con ella?

Malachy regresó con una botella polvorienta en la que se veía un resto de brandy de cerezas.

—Lo siento, es lo único que he encontrado —dijo.

Las dos mujeres se quedaron mirándolo.

Jack Clancy se detuvo al final de Bow Street para aspirar el hedor caliente y ácido de la cebada fermentada, que escapaba de los muros combados de la destilería Jameson's. Siempre le había divertido que el viejo Samuel Delahaye, abstemio e impulsor entusiasta de la liga antialcohólica, hubiera elegido un edificio tan próximo a la destilería como sede de las oficinas de Delahaye & Clancy. Tampoco parecía probable que la proximidad del convento de los Capuchinos, en la esquina de Church Street, hubiera sido de su gusto. Samuel era un unionista de los de antes, descendiente de una familia originaria de las negras colinas de Antrim, y los católicos no eran de su agrado, aunque hubiera elegido a uno, el padre de Jack, como socio. Aquello le parecía a Jack ahora inmensamente lejano, como si hubiera sucedido hacía cientos de años, cuando de hecho sólo había transcurrido una generación.

Reanudó su lento paseo sobre los adoquines. Era una calle extraña, siempre lo había sido, tan tranquila y recoleta, con ese silencio peculiar, denso y, sin embargo, con eco. Debía de ser por la altura de los muros que flanqueaban la angosta calle. Probablemente también los adoquines sofocaban los sonidos. Cuando era niño y su padre lo llevaba a la oficina, el sonido de sus pasos en esa calle por donde ahora caminaba le aterrorizaba. Pero ¿cuándo le había llevado su padre al trabajo? Y ¿por qué? No hubiera querido tenerle pegado a sus talones en la oficina, por no hablar de su temor a lo que diría Samuel Delahaye, ya que al viejo Samuel, el Patrón Mayor, no le gustaban los niños. Y, sin embargo, Jack tenía un recuerdo vívido de su padre y él caminando de la mano por esa calle: el hombre encorvado, apenas en la treintena pero con la salud ya deteriorada, y él con pantalones cortos y una gorra de visera con un botón en la parte superior. ¿Había sucedido en realidad o era una fantasía?

Se detuvo ante una casona de ladrillo frente a Duck Lane. Era cuadrada y algo achaparrada, de tamaño mediano, con dos ventanas a cada lado de la puerta y cinco más arriba, en la planta superior. Los ladrillos, de un pálido marrón, estaban moteados de amarillo, como si los hubieran amasado con mantequilla. Tenían un

aspecto cálido bajo el sol de la tarde. La puerta de entrada, chata como el edificio, tenía un pesado aldabón negro y un montante de cristal con el nombre de la empresa pintado en discretas letras doradas:

Delahaye & Clancy Ltd.
Importación Exportación

Se dio cuenta, con asombro, de cuánto le gustaba aquella casona con su aspecto cuadrado y sólido. Como si fuese un viejo amigo a quien hubiese descuidado durante largo tiempo y que ahora diese un paso adelante tímidamente para ofrecerle... ¿Ofrecerle qué? ¿Seguridad? ¿Perdón? ¿Refugio? Pensó en los que estaban dentro. Hacía sólo unos días él había sido uno de ellos, un hombre en la oficina, trabajando en silencio. Pero ahora aquello le parecía algo que había soñado, otra vida, vulgar pero fabulosa.

Dudó que los gemelos estuvieran en sus despachos. Era raro encontrarlos. Se dejaban caer de vez en cuando con aire despreocupado para firmar unas cuantas cartas y coger dinero para sus gastos. Un comportamiento inadmisibles en la época del viejo Samuel. Maverley, el contable jefe, había intentado meterlos en cintura en un par de ocasiones, pero ellos se habían reído en sus narices. Maverley era la única persona que siempre había inquietado a Jack, la única capaz de descubrir en qué andaba metido, y así había sucedido. Tendría que haberse ganado a Maverley, haberle hecho partícipe de su plan, haberle implicado en la ambiciosa y secreta estrategia que había urdido durante años. Pero Jack había temido mostrar sus cartas y ése, ahora se daba cuenta, había sido su error. Un hombre solo no podía llevar a cabo con éxito lo que había urdido. Debería haberse asociado con alguien.

Maverley era la opción clara, pero a Jack ni se le había pasado por la cabeza y ésa había sido su ruina. Maverley era una comadreja, pero las comadreas tienen los colmillos afilados. Resultó que el contable había estado vigilándole durante meses, controlando cada uno de sus movimientos. Jack había creado en secreto empresas fantasmas en Belfast, en Jersey, en la Isla de Man, para comprar acciones de Delahaye & Clancy, como parte de un plan audaz y brillante, aunque estuviera mal que él lo dijera. Estaba a punto de convertirse en el accionista mayoritario cuando Maverley lo delató. No había sido lo suficientemente hombre para enfrentarse a Jack, sino que había acudido a Samuel Delahaye para contárselo todo. Y el viejo cabrón, por supuesto, se lo dijo a Victor.

Jack sabía que Victor nunca le había comprendido, que siempre había dado por supuesta su fidelidad. Lo trataba igual que a sus hijos gemelos, con una especie de tolerante desdén. En las reuniones del consejo, Jack siempre acababa en el extremo más alejado de la mesa, separado por tres metros de brillante caoba de Victor, que, en

la cabecera, ocupaba la silla que antes había sido de su padre, mientras disponía el orden del día con altanera facilidad. De vez en cuando, para mantener las apariencias, Victor le pedía a Jack su opinión y, cuando éste contestaba, él se retrepaba en su silla, con el índice en la mejilla, y con una sonrisa bailándole en los labios, o por lo menos eso le parecía a Jack. Los demás miembros del consejo tamborileaban impacientes en la mesa mientras aguardaban a que acabara.

Victor le convertía en objeto de bromas ligeras, le lanzaba pequeñas pullas.

—Ah —exclamaba con acento cansino cuando un tema trivial salía a relucir—, eso es territorio de Jack, no mío, ¿no es cierto, Jack?

Jack se veía obligado a sonreír mientras se tragaba la burla, como si fuera el chico de los recados a quien hubieran llamado para consultarle algún asunto demasiado insignificante como para que Victor Delahaye estuviera al tanto.

Contempló la fachada del edificio, las brillantes y pálidas tejas, las ventanas de vidrio prensado, la enseña elegantemente pintada sobre la puerta. Supo que jamás volvería a cruzar su umbral, se dio la vuelta con rapidez y se marchó.

A Jack le hubiera gustado olvidar su último encuentro con Victor, pero le venía a la cabeza una y otra vez con tanta precisión como si estuviera sucediendo en ese preciso instante. Victor le había pedido que acudiera a la sala de juntas. Cuando entró, Victor se hallaba de espaldas junto a la ventana, mirando las chimeneas de ladrillo de la destilería. Jack estaba preparado para aguantar su ira, las acusaciones, las recriminaciones... Pero Victor no le había gritado ni amenazado. Parecía más agotado que furioso. Tenía los hombros hundidos y su espalda encorvada le recordó a Sylvia, como si le doliera igual que a ella.

—Mi padre ha hablado conmigo —dijo.

Ésas fueron sus palabras: «Mi padre ha hablado conmigo». En los oídos de Jack resonaron como un extracto de la Biblia. «Apartaos de mí, malditos...»

¿Era el culpable de que Victor hubiera hecho lo que había hecho? ¿Se había matado Victor al descubrir que su socio había estado conspirando para hacerse con el control de la empresa? En tal caso, al adelantar su destitución, Victor había realizado un gesto final de desdén hacia Jack y sus planes secretos. Ahora todo se había acabado. Los meses maquinando, planeando, poniendo las piezas en su lugar, disimulando y observando, esperando, obligándose a esperar... Todo se había acabado. Los gemelos, ese par de gandules, heredarían la compañía... Ellos y la bruja de la mujer de Victor. Lo heredarían todo y él se quedaría con nada. De eso ya se encargaría Maverley.

Se adentró en el barrio de Smithfield. Un tipo harapiento montado en un carro pasó delante de él entre el ruido seco de los cascos del jamelgo y el áspero sonido de las bandas metálicas de las ruedas contra los adoquines.

«¿Y ahora qué, Jack? —se preguntó—. ¿Ahora qué?».

Se dirigió al río y detuvo un taxi. El conductor no intentó entablar conversación; iba hundido en el asiento, con los hombros levantados y unas enormes y enrojecidas orejas sobresaliendo de la gorra. Jack se preguntó cómo sería estar en su pellejo, yendo de un sitio para otro en ese viejo coche durante todo el día, recogiendo a extraños y sin dirigirles la palabra. Quizá no estaría mal. Apenas requeriría nada, tan sólo existir. Jack nunca había dedicado mucho tiempo a pensar en los demás. Pero ahora le parecía hallarse fuera de su propia vida. Había estado a salvo, en el centro de los acontecimientos, y de repente era como si le hubiesen agarrado con brusquedad, empujado y arrojado a la calle igual que a un personaje de dibujos animados, con el cuello de la camisa levantado y un círculo de estrellas girando sobre su cabeza.

¿Por qué había hecho eso Victor? ¿Por qué? ¿Era él de verdad el causante? ¿Debían culparle a él?

Le pidió al conductor que se detuviera en Kenilworth Road, se bajó del vehículo y se dirigió andando a la plaza, como era su costumbre. Incluso cuando iba en su coche, aparcaba y hacía a pie el resto del camino hasta la residencia de ancianos. De esa manera, conseguía demorarse unos minutos y en ese tiempo podía suceder cualquier cosa, un accidente o la entrega de una repentina citación, que le obligaría a dar la vuelta y cancelar su visita. Era ridículo, desde luego; nunca sucedía nada y tenía que continuar su camino arrastrando los pies hasta que, a su pesar, llegaba a la entrada con sus cuatro escalones de granito, que bien podrían haber sido los escalones del patíbulo.

El vestíbulo siempre olía a té muy cargado y a colchones sucios. La habitación de su padre —la celda, como Jack la denominaba— se encontraba en el primer piso. Las espaciosas habitaciones de estilo georgiano habían sido divididas con tabiques en unidades más pequeñas y el resultado eran unos habitáculos angostos donde no cabía un alfiler, pero con unos absurdos techos altos que sólo conservaban las cenefas de yeso en dos paredes opuestas. Una cama, una silla y una mesita de noche eran los únicos muebles. Un haya roja se alzaba frente a la ventana alta de guillotina y oscurecía el interior de la habitación, dándole un singular aspecto acuático. El padre de Jack habitaba en ese espacio, similar a un aljibe, con la indolencia secreta de una carpa alargada y raquílica de grandes ojos. Con el tiempo había ido rodeándose de colores que le permitían pasar desapercibido, y cada vez que Jack entraba en la habitación le costaba unos instantes reconocer la figura del anciano contra el fondo pardo del papel de las paredes, la manta marrón sobre la cama y la luz herrumbrosa que entraba por la ventana.

—Hola, papá —saludó intentando mostrarse animado, pero como siempre sonó asustado y quejumbroso.

Junto a la ventana, su padre alzó la vista, frunció el entrecejo y ladeó la cabeza como si la voz de su hijo fuese un débil grito o una llamada que venía desde muy

lejos. Jack suspiró. Al tormento de esas visitas se añadía la fantasmagórica sensación de que no había nadie con él, que se encontraba solo y hablaba consigo mismo. Su padre también parecía sentir que se encontraba solo, aunque escuchaba voces. Y así pasaban de forma disparatada una penosa media hora: el hijo gritando hasta quedarse ronco en un intento de penetrar la neblina senil de su padre, mientras el padre se agitaba más y más, convencido probablemente de que los espíritus le hablaban en voz alta pero ininteligible.

Philip Clancy había sido un hombre alto y delgado, pero ahora estaba chupado y encorvado. Tenía una cabeza pequeña con una frente abombada y un rostro huesudo del que sobresalían unos cuantos pelos flotantes como hilos de una telaraña. Había decidido no ponerse más la dentadura postiza y su boca se veía delgada y hundida bajo la nariz aguileña, tan grande como la cabeza de un hacha primitiva. Los Delahaye lo habían tratado con negligencia durante toda su vida profesional y ahora que estaba consumido ninguno venía a visitarle a la residencia, donde permanecía cautivo, ausente y perdido para sí mismo y para el mundo.

Jack se aproximó a la ventana y permaneció allí mirando afuera con las manos en los bolsillos. ¿Por qué no talaban aquel maldito árbol o, al menos, lo podaban para que pudiera entrar un poco de luz? Había solicitado que solucionaran el problema en numerosas ocasiones y le habían prometido que lo harían, y por supuesto no habían hecho nada. El hombre que dirigía el lugar era un tipo empalagoso con mirada de hurón bajo su actitud servil y aduladora. Su esposa tenía un aspecto agotado y la mirada aturdida de alguien que no logra comprender cómo ha terminado dirigiendo una residencia para ancianos, enfermos y locos.

Con expresión cauta, el padre de Jack lo miraba perplejo de arriba abajo como si buscara una pista que le permitiera descubrir quién era. En algún lugar de la casa sonaba una alarma eléctrica, un zumbido insistente que parecía alimentarse a sí mismo lenta e incesantemente.

—Estoy metido en un lío, papá. He intentado hacerme con el mando de la empresa y he fallado. O más bien he sido derrotado. No es posible luchar contra un suicidio —dijo Jack sin apartar los ojos de la ventana. En silencio, movió la cabeza de un lado a otro con un gesto irascible y amargo—. En parte lo hice por ti, ¿sabes? Para vengarme de ellos por la manera en que te utilizaron durante todos esos años.

Calló de nuevo. ¿Era cierto? Sonaba falso, por mucho que quisiera que fuese verdad. Deseaba creer que había un motivo de más peso, si no más noble, para lo que había planeado, lo que había intentado. No quería pensar que lo había hecho por él, para satisfacer su propio resentimiento y sus celos.

De pie y con la vista clavada en él, su padre hizo un sonido, una especie de chasquido interrogador con la garganta. Jack se preguntó qué sucedería en su cabeza, qué fragmentos y esquirlas de pensamiento flotarían allí como restos astillados del

naufragio de su vida.

—Ah, papá —dijo, repentinamente agotado.

Algo se estaba moviendo en su garganta, en sus senos nasales, tras sus ojos. Se cubrió el rostro con una mano y los ojos se le llenaron de lágrimas y de su boca abierta escapó un sonido que era a la vez sollozo y lamento. Tendió la otra mano hacia delante y a ciegas encontró el brazo frío y huesudo de su padre y, aferrándolo, rompió a llorar.

La noche era demasiado calurosa para dormir, pero lo más probable es que ellos no hubieran dormido en ningún caso. Sentado a un lado de la cama, Quirke fumaba un cigarrillo. Estaba sudando, a pesar de hallarse desnudo. Qué extraño se le hacía encontrarse de nuevo en la casita de Portobello, en aquel dormitorio con su techo bajo, la cama estrecha, la reproducción de Fragonard en la pared y la ventanita cuadrada que daba al canal.

Aunque era algo más de medianoche, el cielo resplandecía levemente sobre los tejados. A Quirke no le gustaba esa época del año, con sus días lentos y aletargados y sus noches inquietantemente breves. El verano no le sentaba bien, sufría jaquecas, le dolían las articulaciones y padecía una leve y constante sensación de náusea. Tal vez tuviera alergia, algún tipo de polen o de polvo en suspensión que su sistema no toleraba. Debía hacerse pruebas. Cerró los ojos un instante. Había tantas cosas que debía hacer.

—Supongo que, ahora que has conseguido lo que buscabas, te irás —dijo Isabel Galloway.

Estaba sentada en la cama y recostada contra los almohadones. Llevaba la bata de seda color té con el estampado de flores rojas y amarillas que él conocía. También estaba fumando y en su regazo tenía un cenicero. Aun de espaldas, Quirke sentía sus ojos furiosos clavados en él.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó.

—Ja, ja, ni hablar —repuso Isabel con una risa amarga—, ese truco no vale conmigo. No te lo voy a poner tan fácil.

Con los ojos entornados, él contempló la noche clara a través de la ventana. La farola de la esquina proyectaba un resplandor azufrado en la quieta superficie del canal. Deseó estar allí fuera, paseando por el camino de sirga en la serena tibieza del aire, caminando entre los charcos de luz de las farolas, la larga sombra de su cuerpo acortándose a su espalda y levantándose súbitamente para caer frente a él un instante después. Estar solo. Estar solo.

—Lo siento —dijo.

—Sí, claro. Siempre lo sientes, ¿no es verdad? —la voz de Isabel se alzó con airado sarcasmo a su espalda.

—No debería haber venido.

—No, por supuesto que no. ¿Me harías el favor de darte la vuelta? Quiero estar segura de que no estás sonriendo.

Él se giró levemente y ella vio su rostro, la expresión de fatigada melancolía. Más que hacer el amor, él se había sentido inmerso en un procedimiento quirúrgico. Isabel se había entregado con rabia, toda codos, costillas y dientes. Ahora, sentada y furiosa con su bata de seda estampada, parecía una emperadora oriental a punto de ordenar que le decapitaran.

—Me hiciste daño, Quirke —dijo sin poder dominar el temblor en su voz—. Me rompiste el corazón. Intenté matarme por ti. ¡Menuda idiota! —y movió la cabeza con triste asombro.

Quirke dio unos golpecitos con el cigarrillo en el borde del cenicero.

—Debería haberte llamado. Debería haberme mantenido en contacto. Lo que hice fue imperdonable —dijo.

Los ojos de Isabel llamearon, brillantes por las lágrimas de cólera no vertidas.

—Ah, ya veo, estás pidiendo que te perdone, ¿no es eso?

Él bajó la vista. La campana de una iglesia cercana repicó una vez, señalando la media. El sonido del carillón permaneció suspendido en el aire un par de segundos, como una temblorosa perla sonora.

—Pensé que... —dijo muy lentamente—, pensé que podríamos intentarlo de nuevo, tú y yo.

Isabel clavó en él la vista durante un largo rato, luego saltó de la cama y desapareció del dormitorio a toda prisa. Quirke escuchó el golpeteo de sus pies desnudos sobre el suelo de madera pulida, luego el portazo de la puerta del baño al final del pasillo y el lejano y débil tintineo de su pis. Extendió la mano por la sábana y sintió la calidez del espacio donde había estado sentada. Ante él se abrían claramente dos posibilidades como senderos que se bifurcan: bien se quedaba; bien se levantaba, se vestía a toda prisa y se marchaba antes de que ella regresara. No se movió.

Se dirigieron al piso de abajo por las estrechas escaleras. Quirke iba descalzo, en pantalones y camisa. Se sentó en el sofá del cuarto de estar mientras ella iba a la cocina por los vasos y una botella.

—Sólo hay ginebra —levantó la botella con una sonrisa irónica—. No olvides que soy actriz. Y tampoco hay hielo, como de costumbre. El congelador sigue estropeado.

Así había sido la primera noche que él pasó allí: la ginebra caliente y la tónica sin gas en esa pequeña habitación sin espacio donde faltaba el aire.

Isabel se sentó de lado, en el extremo opuesto del sofá, para mirarle.

—Bueno, ¿hablamos de algo para romper el hielo? Tú empiezas —dijo enérgica.

Él se encogió de hombros y sonrió.

—No sé qué contarte. Nunca me sucede nada interesante.

—¿No estás haciendo de sabueso, olfateando alguna pista? Siempre te atraieron

los asesinatos y el caos, cuando les sucedía a otros, claro.

Quirke había dejado los cigarrillos en el piso de arriba. Isabel le señaló la pitillera de plata, que él ya conocía, sobre la repisa de la chimenea. Se levantó y cogió un cigarrillo, después de ofrecerle a ella. Nubes de Paso... Era la marca que Phoebe solía fumar. ¿Lo haría todavía? No lo sabía. Tal vez había dejado de fumar. Se acomodó de nuevo en el sofá. La ginebra caliente tenía un gusto a perfume, empalagoso y ligeramente viscoso.

—¿Alguna vez coincidiste con Victor Delahaye? —le preguntó.

Ella frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No. ¿Debería?

—Ha muerto. La noticia apareció en los periódicos. Se... —Quirke se detuvo.

—Se... ¿qué? —preguntó Isabel.

—Se mató.

—¿Ah, sí? No me digas —ella le miró con sorna—. Quirke, te has puesto colorado.

—Lo siento.

—No es necesario —la sonrisa de Isabel brillaba como el acero—. Ya me he acostumbrado a pensar en mí misma como una suicida fallida, así que no es preciso que te sientas incómodo y evites el tema. Háblame de ese hombre... ¿Cómo has dicho que se llamaba?

Quirke dio un largo trago a su bebida y el sabor pegajoso le hizo torcer el gesto.

—Delahaye. Victor Delahaye. Pertenece a una familia de empresarios. Delahaye & Clancy: compañía naviera, carbón, madera, talleres de coches y no sé cuántas cosas más...

—¿Y por qué se mató? —Isabel hizo una mueca con la boca—. Imagino que no sería por amor.

—Nadie parece saberlo. O, al menos, nadie lo dice.

—Ajá... Y tus pequeñas células grises están haciendo horas extra —dio un sorbito a su bebida mientras le observaba por encima del borde del vaso—. Mira que eres raro, Quirke. Dime, ¿cómo decidiste hacerte patólogo?

¿Cómo? No lo recordaba.

—No recuerdo haberlo decidido. Creo que simplemente sucedió así, igual que les pasa a los demás.

—Tu vena morbosa se impuso, ¿no es así?

—Eso es. Mi vena morbosa.

Sin que ninguno de ellos supiera muy bien por qué, aquella pequeña charla había aligerado el ambiente. Isabel extendió un pie y con los dedos acarició el tobillo desnudo del hombre.

—Pobre Quirke, ¡eres un caos! —dijo con cariño y, antes de que pudiera contestar

él, se enderezó y le dijo—: Ya sé qué me pasa. Tengo hambre. ¿Y sabes qué me apetece? Patatas fritas. Quiero una bolsa de patatas fritas y una de esas croquetas asquerosas que hacen con gaviotas machacadas.

Impulsándose con una mano, se levantó.

—Venga, ponte los zapatos, que nos vamos.

Y desapareció a toda velocidad escaleras arriba mientras cantaba *Put Your Shoes On, Lucy*.

A pesar suyo, Quirke se alegró de haberse quedado.

Tuvieron que ir hasta Ringsend para encontrar un bar que aún estuviera abierto. Isabel tenía un coche pequeño, un Fiat de un rojo vivo y brillante igual que una mariquita, que Quirke no conocía. Le conmovió ver lo orgullosa que estaba. Durante algún tiempo, él había tenido un Alvis, pero sentía un íntimo alivio por habérselo quitado de encima. Fueron por el canal bajo los árboles oscuros e inmóviles. A esa hora no había un alma en las calles. Estar en el coche les llenaba a ambos de una excitación infantil, como si hubieran escapado en la oscuridad, cogidos de la mano, en busca de aventuras.

Inclinada sobre el volante, Isabel miraba de soslayo a Quirke con las cejas enarcadas y los labios fruncidos en un gesto pícaro.

—Dios mío, Quirke, tengo que reconocerlo, me alegra que hayas vuelto —y su tono era de alegre queja.

¿Y él? ¿También se alegraba? Se obligó a devolverle la sonrisa. Se sentía como si hubiera estado escondido debajo de una piedra, que ahora había sido removida, dejándole expuesto bajo el brillo cegador del sol. No merecía ser tratado con esa amabilidad, si aquello era amabilidad. Había pasado casi un año sin que hubiera llamado a Isabel una sola vez. Ni siquiera para preguntarle cómo le iba. ¿Y ahora le perdonaba con esa facilidad? Le resultaba casi escandaloso.

El bar parecía una caja de dura luz blanca tras un gran escaparate cuadrado. El mostrador de metal llegaba a la altura del pecho. Quirke se preguntó por qué las barras de esos establecimientos estaban siempre tan altas. El dueño, un tipo adusto con un ojo perezoso y una gran panza, tenía pinta de haber sido boxeador. Su mujer, delgada como un galgo, se hallaba al fondo atendiendo las ollas de aceite hirviendo. Quirke e Isabel eran los únicos clientes. De pie tras el mostrador, esperaron a que se cocinara lo que habían pedido. A pesar de la hora y de la sordidez del barrio, había en la situación algo cómico que provocaba la risa contenida de Isabel. Ante el ojo triste y sospechoso del dueño, Quirke tuvo que hacer esfuerzos para mantener una rígida expresión de solemnidad. Cuando la comida estuvo lista, fueron al coche a dar cuenta de ella y bajaron completamente las cuatro ventanillas para que escapara el olor a frito.

—¡Dios santo! Las croquetas están asquerosas —dijo Isabel con una ancha sonrisa. Tenía una mancha de grasa en la barbilla—. ¿Ves, Quirke? No es tan difícil ser feliz a veces.

Cuando terminaron de comer, fueron en coche hasta Sandymount y, para calmar sus estómagos revueltos, caminaron por el paseo marítimo. En el silencio de la noche, una inmensa y extravagante luna colgaba algo torcida en el horizonte, dibujando una ancha estela dorada en el agua.

—Mira, parece un camino por el que se pudiera andar —dijo Isabel.

A la cabeza de Quirke vino la imagen de ella en una cama del hospital, con el rostro vuelto hacia la pared, mientras él permanecía de pie en la habitación sin saber qué hacer, sin saber qué decir. Había sucedido hacía un año.

—Deja de rumiar —le dijo Isabel, como si leyera sus pensamientos. Le cogió del brazo y se apretó contra él con un escalofrío—. Hace frío, vámonos a casa. Bueno, regresemos, quiero decir.

Cuando entraron en la casa, Isabel le pidió a Quirke que aguardara en el sofá mientras ella iba a la cocina a preparar el té. Las croquetas, con su brillante masa de carne grisácea mezclada con cereales, le habían dejado una fina capa viscosa en el paladar que no conseguía despegar. Se fumó un cigarrillo, pero ni siquiera así logró quitarse el sabor. En algún lugar cercano debía de haber una fiesta; podía oír las conversaciones, las risas y el lamento metálico de un tocadiscos.

—Háblame de como-se-llame —le dijo Isabel desde la cocina—. Delahaye.

Él se aproximó a la cocina y permaneció en el umbral con las manos en los bolsillos. Se había quitado los zapatos y sentía la agradable frescura del suelo a través de los calcetines. Isabel se había cambiado y, con su quimono de seda, vertía cucharadas de té en una tetera con dibujos chinos.

—¿Qué quieres que te cuente? —le preguntó.

—Quiero que me digas por qué piensas que en ese asunto hay algo raro... Porque lo piensas, lo sé. Conozco esa expresión en tu rostro.

Con la vista clavada en el suelo, él reflexionó.

—Por lo que sé sobre Victor Delahaye, no era la clase de persona que se suicida.

—¿Existe esa clase de persona?

Pasó junto a él con la tetera y la depositó encima de un salvamanteles de corcho sobre la mesita que había frente al sofá. Él la contempló, admirando el tenue resplandor del pálido pecho que se entreveía por el escote abierto del quimono y la curva rotunda de sus caderas contra la seda. Era una mujer muy guapa, de cuerpo estilizado, pelo caoba y largas piernas. Él deseó... No sabía qué deseaba.

—Llevó al hijo de su socio al barco con él —dijo, acercándose al sofá para sentarse.

Isabel le pasó una taza de té y le tendió la jarrita de la leche.

—¿Cuántos años tiene... el hijo? —preguntó mientras se acomodaba a su lado.

—No lo sé. Unos veinticinco.

—¿Él y Delahaye eran buenos amigos?

—Lo dudo.

—¿Por qué lo eligió entonces para que le acompañara?

—Eso es lo que le gustaría saber a todo el mundo —dijo unos sorbos a su té, pero sólo sirvió para aumentar la capa viscosa que le recubría el paladar—. Imagino que quería tener un testigo.

Sujetando el platillo con la taza cerca de su barbilla, Isabel miraba al frente con los ojos entornados.

—A la gente no le suele gustar que haya alguien mirando en esas circunstancias —dijo con voz tranquila, y soltó una leve risa—. Si hay un momento íntimo, es éste.

Quirke pensó que era mejor no decir nada y esperó unos instantes, contemplando las volutas de vapor sobre su taza.

—Delahaye era un tipo vanidoso —dijo.

—Y, aun así, se pegó un tiro. Delante del hijo de su socio.

—Eso parece.

Permanecieron en silencio. De la fiesta lejana llegó la risa aguda de una mujer y una nueva canción empezó a sonar.

—Hay algo ahí que no cuadra, ¿verdad? Hasta yo puedo verlo —dijo Isabel.

Quirke prendió un cigarrillo.

—Sí, así es.

—¿Lo hizo el joven?

—No creo.

—Entonces fue él quien se quitó la vida.

—Sí, pero lo que yo quiero saber es el porqué. Era vanidoso, engreído y pretencioso. Algo tuvo que empujarlo.

En la calle resonaba vibrante y gimiente *You Ain't Nothin' But a Hound Dog*.

Isabel tomó el cigarrillo de entre los dedos de Quirke, le dio una calada y se lo devolvió manchado de carmín.

—Perdona, estoy intentando dejarlo. Ahora dicen que da cáncer.

—La vida da cáncer.

Ella llenó las dos tazas de té y se echó hacia atrás en el sofá, mientras movía ligeramente el platillo contra su pecho.

—Bueno, doctor Quirke —dijo mientras lo estudiaba con una leve sonrisa—, ¿y qué pasa ahora con nosotros?

Él movió la cabeza.

—No lo sé.

Ésa era la verdad.

—¿Qué ha sido de tu *amour* francés? ¿Se fue para siempre?

«Françoise d'Aubigny.» Al pronunciar el nombre en su interior, Quirke sintió un chasquido de dolor, como si un huesecito del pecho acabara de romperse. A pesar de todo lo que Françoise había hecho, a pesar de cómo había revelado ser, él la había amado.

—Sí, se fue. Se fue para siempre —dijo con voz monocorde.

—Y tú has vuelto.

La sonrisa no se había borrado del rostro de Isabel, pero algo había aparecido en ella, como una grieta en un espejo.

—Sí, he vuelto —dijo él.

¿Qué otra cosa podía decir?

El inspector Hackett localizó a Quirke antes de que éste le viera. Se encontraban entre la multitud congregada bajo el sol a las puertas de St. John. Sobre la gravilla flotaba un olor a polvo caliente, a metal recalentado de los coches aparcados, al maquillaje de las mujeres y a los cigarrillos de los hombres. Flotaba asimismo un débil olor a muerte, a tierra arcillosa y lirios y madera barnizada de ataúd. A Hackett los funerales siempre le parecían acontecimientos extraños o, por lo menos, se lo parecía esa parte de los mismos: el intervalo entre la misa y el entierro, cuando nadie sabía exactamente qué hacer o cómo comportarse y todos intentaban mantener una actitud solemne, aunque se sintieran, de manera culpable, aliviados y casi alegres. Hablaban de todo: política, el tiempo, quién iba a ganar el partido, pero a esas alturas del acto ya nadie mencionaba al fallecido. Como si se hubiera concedido una dispensa para olvidar durante unos minutos la única razón de que estuvieran allí reunidos.

Hackett había llegado cuando sólo faltaban un par de minutos para que finalizara la misa porque no deseaba entrar en la iglesia. Cuando era pequeño, los curas solían decir que era pecado para un católico entrar en una iglesia protestante y, aunque él ya no creía en historias semejantes, todavía, instintivamente, obedecía. En cualquier caso, él no era un pariente, ni siquiera un amigo de la familia.

Se apartó a un lado y encendió un cigarrillo mientras contemplaba a la multitud con sus trajes oscuros, sus vestidos negros y sus sombreros negros con velo. Parecía un desfile de moda. Localizó los rostros conocidos para observar cómo se comportaban. Allí estaban los gemelos Delahaye, asombrosamente idénticos. ¿Quién era quién? Aquel que permanecía silencioso debía de ser James, mientras que el otro, que charlaba sonriente, debía de ser Jonas.

La viuda del fallecido se hallaba en compañía de alguien que no reconoció, un hombre alto y elegante con una cabellera color ceniza peinada hacia atrás como el penacho de un águila. Tal vez se trataba de su hermano, ¿o era demasiado mayor? Ella vestía un dos piezas azul oscuro, y la falda estrecha marcaba la curva de su trasero. Hackett contempló la raya vertical de sus medias y desvió la vista.

Los Clancy, los padres y el hijo, se encontraban entre la multitud, pero parecían estar aparte, aislados por una muralla invisible. Jack Clancy daba caladas a su cigarrillo como si fuese una botella de oxígeno y estuviese ahogándose. El hijo, con el ceño fruncido y más aspecto que nunca de ser un peso gallo, tenía el rostro vuelto hacia arriba como si esperara que algo bajara del cielo y se lo llevara a cualquier sitio

menos siniestro que aquel soleado y desolador cementerio parroquial. La señora Clancy —¿cómo se llamaba? ¿Celia? ¿Sylvia?—, con el bolso en la muñeca y sin mirar a nadie, aguardaba con esa pose erguida tan característica suya, «sostenida por su dignidad», pensó Hackett. Al ver a los tres, tuvo la impresión de que aquello que los mantenía unidos, fuera lo que fuese, podía romperse en cualquier momento, haciéndolos saltar en pedazos.

Y por supuesto allí estaba la hermana, la señorita Delahaye —¿Margaret?—, desconsolada, con los ojos enrojecidos y una tos constante que recordaba la bujía de encendido de un motor que estuviese defectuosa.

Problemas y más problemas, mirara donde mirase, pensó Hackett y suspiró.

Le animó ver a Quirke intentando pasar inadvertido junto a la puerta de la iglesia mientras encendía furtivamente un cigarrillo y echaba rápidas ojeadas alrededor, como si esperara que alguien le fuera a llamar la atención. Llevaba el sombrero negro ladeado sobre el ojo izquierdo. Con toda probabilidad era el único de los allí congregados que ese día no había tenido que cambiarse de ropa y ponerse un traje para el entierro.

—Por fin le encuentro —le dijo Hackett, y añadió bajando la voz—: Un gran día para sembrar.

Una media sonrisa apareció en el rostro de Quirke.

Los asistentes al funeral se encaminaban hacia el cementerio siguiendo al vicario con su sobrepelliz y estola, y tras el ataúd que llevaban a hombros James y Jonas Delahaye y cuatro jóvenes más, que debían de ser amigos suyos, bien trajeados y con expresión seca. Subidas a sus altos tacones, las mujeres daban pasitos cuidadosos sobre la hierba como si fuesen aves zancudas, mientras que los hombres, con sus cigarrillos a medio fumar escondidos en el hueco de la mano, daban sus últimas caladas furtivas. Quirke y el inspector se unieron a los rezagados.

—En un rincón del cementerio de Glasnevin hay una señal que dice: «Área reservada para los pimpollos» —dijo en voz queda Quirke. Los hombros del inspector se estremecieron de risa, pero Quirke no lo miró y añadió con suavidad—: Creo que se refiere a los árboles.

A paso lento siguieron el cortejo fúnebre.

—¡Por los clavos de Cristo! Menudo humor negro se gasta usted —dijo Hackett recuperando el aliento.

El entierro fue rápido. El vicario pronunció un monótono discurso con los ojos soñadoramente fijos en una esquina del cielo que asomaba sobre las copas de los tejos, el himno se cantó sin orden ni concierto, alguien —quizá la hermana de Delahaye— lanzó un sollozo que sonó igual que el ladrido de un zorro, el ataúd fue bajado al foso, la tierra esparcida. El vicario cerró su libro negro tras colocar en él un marcapágina de seda y, con las manos entrelazadas delante del pecho, condujo el

solemne cortejo fuera del camposanto. Hackett, muy aficionado a las herramientas, había observado con admiración las dos sólidas palas que llevaban los enterradores, que dieron unos pasos adelante en ese momento y empezaron a trabajar. Mona Delahaye sonrió a Quirke y se mordió el labio al pasar a su lado. Quirke se descubrió. Hackett observó a la joven, aunque evitó bajar la vista a las costuras de sus medias de nailon.

—Le sienta bien el luto, ¿eh? —dijo enarcando una ceja.

Los coches comenzaban a partir y uno o dos ya estaban en la puerta de la verja.

—¿Ha venido en coche? —le preguntó el inspector. Quirke negó con la cabeza—. Estupendo, hace un día perfecto para volver a la ciudad dando un paseo.

Hackett escuchó a su espalda el ruido de unos pasos sobre la grava. Al volverse, se topó con un hombre de mediana edad, pálido, con la mandíbula grisácea y seca y el cabello negro engominado y peinado cuidadosamente hacia atrás.

—¿Es usted el policía?

—Sí, soy el inspector Hackett.

El hombre asintió. Tenía una curiosa manera de parpadear, lenta e intensa, como un ave de presa. Llevaba un cuello alto almidonado; ¿alguien llevaba cuellos así todavía?

—¿Podemos hablar un momento? —dijo, lanzando una mirada de reojo a Quirke. Sus dientes estaban en mal estado y a Hackett le llegó el tufillo de su aliento.

—Le presento al doctor Quirke. Nosotros... trabajamos juntos.

Quirke le miró, pero el rostro del policía no se alteró un ápice. Hackett no solía bromear.

—Ah, sí, Garret Quirke. He oído hablar de usted —dijo el hombre.

—Quirke, a secas —subrayó éste, sin saber por qué últimamente la gente se dirigía a él con su nombre completo.

—Disculpe —repuso como una mera formalidad—. Soy Maverley, Duncan Maverley. Trabajo, trabajaba para el señor Delahaye —echó un vistazo a la multitud que empezaba a disgregarse e hizo un gesto hacia la verja—. ¿Les parece si...?

Los tres hombres atravesaron la puerta de la verja, giraron a la derecha y caminaron lentamente a la sombra de los plátanos. El coche de los Delahaye les adelantó y a Hackett le pareció ver el rostro de Mona Delahaye vuelto en dirección a Quirke. Más le valía al atrevido doctor andarse con cuidado con la flamante viuda.

—Soy el jefe del departamento de Contabilidad en Delahaye & Clancy —explicó Maverley, mientras caminaba entre los dos hombres.

Vestía un anodino traje negro, ligeramente decolorado en las solapas y los puños y con motas de caspa sobre los hombros. La viva imagen de lo que uno esperaría de un contable, pensó Quirke.

—Una lamentable pérdida la del señor Delahaye, y en esas circunstancias —dijo

Hackett.

—Cierto —asintió Maverley distraído, como si estuviera pensando en otra cosa—. Inspector, querría hablar con usted de ciertas... ciertas anomalías empresariales que he descubierto en Delahaye & Clancy.

—Anomalías —repitió Hackett como si la palabra le resultara extraña.

—Sí. En las cuentas. Ciertos movimientos, ciertas transferencias de fondos y acciones. Es un asunto complejo, que no resulta fácil de comprender para los profanos.

Quirke y Hackett, ambos profanos, intercambiaron una mirada sobre la cabeza de Maverley. Éste, perdido en sus pensamientos, no pareció advertirlo.

—¿Podría darnos una idea, un resumen de las consecuencias que han tenido esas... esas anomalías? —preguntó Hackett.

Caminaron un trecho antes de que Maverley abriera la boca de nuevo.

—La consecuencia fundamental es —dijo casi en un susurro, como si estuviera sobrecogido ante la gravedad del asunto que iba a exponer— que el señor Delahaye, el joven señor Delahaye, el señor Victor, había sido... —Maverley titubeó—. ¿Cómo puedo explicarlo? Su posición había sido socavada de forma metódica, constante y, debo admitir, muy hábilmente, de manera que ya no estaba al frente de la compañía como él creía.

—¿Quiere usted decir que había sido apartado de su puesto sin él saberlo? —preguntó Quirke.

—No había sido *apartado*, doctor Quirke: había sido *expulsado*. Aunque tal vez esa expresión es demasiado fuerte.

Habían llegado a la esquina de la calle y allí se detuvieron. A su derecha, al final de un corto tramo de carretera aparecía repentinamente el mar, una soleada visión azul. Maverley introdujo el dedo índice en el cuello almidonado de su camisa y dio un tirón.

—Déjenme explicárselo de otro modo. El equilibrio de poder en la compañía había variado..., había sido *modificado* de tal manera que el señor Delahaye, el señor Victor, que hasta entonces era el socio principal, se convierte, se *había* convertido en algo aún menor que socio minoritario. Y todo eso había sucedido sin que él lo supiera hasta que yo... —Maverley carraspeó— le informé.

Nadie dijo nada. Con los ojos entornados fijos en el mar, al final de la carretera, el inspector Hackett se quitó el sombrero y pasó la mano por la banda interior, empapada de sudor. Quirke lo observó; en momentos como ése, sin especial trascendencia ni significado, se daba cuenta de lo poco que sabía de ese hombre; desconocía cómo trabajaba su mente o cuáles podían ser sus pensamientos. Ambos eran muy distintos y, sin embargo, de nuevo estaban a punto de adentrarse juntos en otro cenagal humano de codicia y engaños.

El inspector volvió el rostro hacia Maverley.

—¿Y quién podría estar detrás de esa inteligente maniobra?

Maverley apretó sus pálidos labios.

—Inspector, no estoy en posición de decírselo —dijo lentamente.

—¿Significa eso que no lo sabe o que no está dispuesto a decirlo? —saltó Hackett.

—Significa que no estoy en posición de decírselo —repitió Maverley con frialdad. Sacó un pañuelo de la manga de su traje y se lo pasó por la frente, que a los otros hombres les pareció que estaba tan seca como el propio pañuelo—. Simplemente era mi obligación en estas circunstancias, en estas trágicas circunstancias, poner el asunto en conocimiento de las autoridades. Ya lo he hecho y no tengo nada más que añadir. Que tengan un buen día.

Se disponía a marcharse cuando Hackett le sujetó el brazo con un gesto informal. Maverley miró la mano del policía y luego se volvió hacia Quirke como si lo reclamara de testigo de aquel acto de coerción.

—La cuestión, señor Maverley, es qué pretende usted que haga con esa información que me acaba de dar en un ejemplar acto de civismo.

Separó la mano con que retenía a Maverley, pero, para consternación de éste, fue para engancharle del brazo y hacerle marchar junto a él por la carretera que llevaba al mar. Maverley giró el cuello hacia atrás para mirar a Quirke con expresión implorante, en una muda súplica de que hiciera entrar en razón al policía. Quirke se limitó a sonreír. Ya conocía los juguetones métodos de coerción del inspector.

—Vamos a ver, lo primero que quiero saber es por qué me ha contado todo esto, sobre todo teniendo en cuenta que sólo está dispuesto a pasarme una parte de la información y no toda. Como, por ejemplo, la identidad de la persona que ha estado maniobrando dentro de la compañía Delahaye & Clancy —Hackett lanzó una carcajada y sacudió el brazo que tenía enlazado al de Maverley—: ¿No será, señor Maverley, que lo que usted quiere es que adivine la identidad de cierto individuo cuyo nombre no desea mencionar?

Hackett había acelerado el paso, adelantando ligeramente a Maverley, de manera que parecía arrastrarlo en contra de su voluntad. Maverley miró de nuevo a Quirke, que iba tras ellos, con una mirada aún más desesperada.

—Doctor Quirke... —exclamó con voz lastimera.

Hackett, haciéndole caso omiso, siguió caminando.

—Creo que soy capaz de adivinar quién es ese caballero. Aunque puedo estar muy equivocado y, si es así, sin duda usted me corregirá.

Con un rudo movimiento, Maverley consiguió escapar del brazo de Hackett. Se detuvo en seco sobre la acera como si fuese un caballo y, muy indignado, se recolocó la chaqueta y se aflojó el nudo de su estrecha corbata negra. El inspector, que, llevado

por su ímpetu, había continuado andando, también se detuvo, se dio la vuelta y se aproximó a él con una sonrisa en la cara. Quirke retrocedió para permanecer en segundo término, pero Hackett le sujetó amigablemente para que fuese parte del pequeño círculo que ahora formaban los tres.

Maverley ya había tenido bastante. Alzó una mano extendida frente a ellos para marcar las distancias.

—Lo siento, inspector, he dicho todo lo que tenía que decir. Y ahora, si no le importa, he de volver al trabajo.

Giró sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas. Con una mano en el bolsillo y la cabeza ladeada, un sonriente Hackett le contempló marcharse.

—Es increíble, doctor Quirke, ese tipo es la viva imagen de un recaudador de impuestos que, cuando yo era niño, venía a incordiar a mi padre a la granja diminuta que teníamos. Le recuerdo perfectamente, aún no he olvidado su voz pretenciosa: «Señor Hackett, debo informarle de que si no rellena los impresos y paga sus impuestos, me veré obligado a llamar a los guardas» —volviéndose hacia Quirke, le preguntó—: ¿Le apetece una copa, doctor?

—No le diré que no, inspector —se rió Quirke.

Entraron en un pub que estaba en la esquina de Sandymount Green. Pidieron un vaso de Guinness cada uno y unos sándwiches de queso, que estaban duros.

—¿No le parece una desgracia el pan de molde? —observó el inspector tristemente.

Una intensa luz entraba sesgada por la puerta y desde la franja de cristal transparente que coronaba la decorada vitrina delantera. En el otro extremo de la barra, un anciano con un ejemplar del *Independent* luchaba por mantenerse despierto, pero se le cerraban los párpados mientras cabeceaba. Los dos hombres probaron sus sándwiches.

—Páseme la mostaza. Le juro que esto sabe como dos pedazos de cartón con una loncha de linóleo mohoso en el medio —dijo Hackett.

Quirke dio un trago a su cerveza negra y lamentó no haber pedido un whisky. Había procurado no excederse con la bebida en los últimos meses y se sentía orgulloso por haberlo conseguido.

—¿Qué impresión le ha causado Bartleby el Escribiente? ¿Ha logrado sacarle algo?

—¿Se refiere usted a Maverley? —el inspector masticaba su sándwich de queso con cara de asco—. No podía dejar de imaginar que yo era mi padre y que tenía que echar de la granja a ese gilipollas —dio un largo trago a su cerveza y se limpió el bigote de espuma con el dorso de la mano—. Tiene que ser el socio, Clancy, la persona de la que habla. ¿Quién más podría ser?

—¿Los hijos de Delahaye, los gemelos?

El inspector chasqueó los labios con desdén.

—Ésos no tienen suficientes luces.

—¿Está seguro?

El inspector le miró de soslayo.

—¿Es que hay algo seguro en este valle de lágrimas?

Quirke apartó su sándwich medio comido, sacó una cajetilla de Senior Service y se la tendió al policía con la tapa abierta y los cigarrillos colocados como los tubos en miniatura de un órgano.

—¿Qué pasaría si fuera Clancy quien está detrás de los chanchullos? —preguntó.

Hackett se encogió de hombros.

—Y si fuera él, ¿qué? ¿Debo pensar que lo que ha hecho contraviene la ley o que sólo se trata de un tejemaneje más de los que se urden en las empresas y los consejos de administración todos los días de la semana?

—Tiene que ser algo serio para que Maverley le haya abordado a usted y se lo haya contado.

—Sí, tiene que ser algo serio —asintió el inspector.

Quirke dio un trago a su cerveza. Cuando posó el vaso sobre la barra, la espuma amarilla se deslizó por el interior hasta fundirse con la capa principal. Era extraño, pero de hecho no le gustaban gran cosa el alcohol ni sus atributos distintivos, el tufillo jabonoso de la cerveza, la quemazón del whisky. Incluso la ginebra, a la que no consideraba realmente una bebida alcohólica, dejaba un regusto metálico en la boca que le producía escalofríos. Pero la sensación de cálido bienestar, ese vivo bienestar interior, era algo sin lo que no deseaba vivir, por mal que estuvieran su hígado o su cerebro.

La imagen de Isabel la noche anterior vino a su mente, el gin-tonic caliente, las patatas asquerosas y las croquetas pestilentes —no iba a ser fácil olvidar esas croquetas—, el ritual del té, el leve sabor de carmín en su cigarrillo y el sabor mucho más intenso cuando ella lo besó. Recordó el leve resplandor del dormitorio y a ella dormida y sintió de nuevo el peso de la cabeza de Isabel en el hueco de su brazo doblado. ¿Estaba cometiendo un error al volver con ella? Probablemente. Y, sin embargo, en un remoto rincón de lo que él llamaba su corazón brillaba como un ascua el recuerdo de Isabel. Había bastado verla para avivar los rescoldos que él creía cenizas.

Era cierto lo que todos le decían, pasaba demasiado tiempo entre los muertos. Pero ¿quién se atrevería a descender al Hades para llevarle a la luz? ¿Isabel? ¿Y por qué no? ¿Por qué no iba a ser ella tan capaz como cualquier otro? Si no era demasiado tarde.

—Creo que ahora nos toca visitar al mismísimo señor Clancy para tener una charla con él —dijo el inspector con voz reflexiva mientras apoyaba los codos en la

barra.

—¿Nos toca?

Hackett lo miró con asombro y fingida consternación.

—Vamos, doctor, no pensaré abandonarme en este punto de la investigación. Sabe que yo no sé tratar a esa gente tan distinguida. Pero usted habla su idioma.

Quirke jugueteaba con su vaso, girando la gruesa base redondeada entre sus dedos.

—Desde luego, inspector, usted tiene sobre mí algunas extrañas ideas.

Ahora que el funeral ya se había oficiado, Maggie Delahaye se planteaba volver a Ashgrove para pasar el resto de las vacaciones. Le incomodaba un poco hacer tales planes cuando el cuerpo de su hermano aún estaba caliente en la tumba, pero ¿por qué no iba a regresar a Cork? De hecho, desde la muerte de Victor, había pensado en más de una ocasión que ya nada la detenía para mudarse de una vez por todas a Ashgrove.

Cuando reflexionaba serenamente sobre la situación no podía dejar de preguntarse qué la retenía allí. Al morir la primera esposa de Victor, Maggie vendió su pequeña casa en Foxrock y se mudó al caserón de ladrillo rojo en Northumberland para cuidar de su hermano. Había sido un error. Había crecido en esa casa y debería haber intuido que no era posible volver sin reencontrar a los viejos fantasmas. Sin embargo, tras sufrir la apoplejía, el carácter de su padre se había hecho aún más difícil y los gemelos, que todavía iban a la universidad, estaban completamente descontrolados, como suele sucederles a los jóvenes cuando pierden a su madre. Victor no habría sido capaz de salir adelante solo. Pero bastaron un par de años para que anunciara por sorpresa su intención de casarse de nuevo.

Nada volvió a ser lo mismo desde el instante en que Mona puso el pie en la casa. Victor estaba loco por ella hasta un punto que, según Maggie, rozaba la indecencia. Su hermano había adorado a Lisa y adoraba aún más a su sucesora. No era correcto. No se trataba de que Maggie pretendiera que Victor pasara el resto de su vida languideciendo por su esposa fallecida, pero existía algo que se denomina moderación.

No culpaba a Victor de la situación. Después de todo, era un hombre y Mona, aunque fuese una zorra, era hermosa y probablemente... —Maggie buscó con delicadeza la palabra precisa—... probablemente era muy apasionada y eso debía de ser importante para un hombre como Victor, en la cuarentena pero aún vigoroso. En realidad, Victor era tan infantil como su mujer, aunque de forma bien distinta, desde luego. Mona era codiciosa e insaciable y con esa inteligencia instintiva de los niños para conseguir siempre lo que deseaba. El pobre Victor, por el contrario, era como los héroes de los libros que leía cuando estaba en el colegio, lleno de ideales y estúpidas

nociones románticas sobre los demás. La teatral imagen infantil que Mona daba de sí había fascinado a Victor, sin darse cuenta de cómo lo manipulaba, cómo lo tenía comiendo de su mano y cómo se reía de él a sus espaldas. Oh, sí, Maggie había calado bien a Mona. Su hermano, su encantador, valiente y tonto hermano estaba completamente echado a perder al lado de esa mujer.

Sin embargo, a pesar de que Mona le tenía el seso sorbido a Victor, Maggie estaba convencida de que él había percibido ese elemento desagradable en su esposa, algo despreciable y ruin y, de algún modo... sí, de algún modo *corrompido*. Tal vez era parte de lo que le atraía. Algunos hombres son así, les gusta pensar que las mujeres son sucias y depravadas. Maggie había sido testigo de lo posesivo que se mostraba Victor con Mona, del celo con que la vigilaba. Él disimulaba su vulnerabilidad detrás de su fachada sofisticada, pero no podía engañar a su hermana. Victor y ella siempre habían mantenido una relación muy estrecha. Habían crecido apoyándose mutuamente frente a la agresividad de su padre y la negligencia de su madre. En su escondite entre los árboles de Ashgrove habían prometido casarse el uno con el otro cuando crecieran, dijeran los demás lo que dijeren. Y, en cierta manera, Maggie siempre había sentido que *estaban* casados, aunque sólo fuera en espíritu.

Cuando Victor se casó fue un golpe duro para ella y aún más duro cuando se casó por segunda vez, aunque en ninguna de las ocasiones dijo nada. ¿Qué podía decir? Pero había sido doloroso contemplar cómo su hermano se volcaba en aquellas dos mujeres que no valían ni la mitad que él. Al menos Lisa era una chica tímida, inofensiva, un poco boba y siempre ansiosa por agradar. A todos les sorprendió su actitud cuando enfermó, la valentía con que luchó para sobrevivir, sin quejarse y, al final, sin resultado. Sin embargo, Mona no era tímida; Mona no era inofensiva.

A Maggie le había desconcertado tanto como a los demás la muerte de su hermano. No conseguía aceptar que se hubiera quitado la vida. Le habían asegurado que era lo sucedido, pero seguía sin poder aceptarlo. Al principio intentó persuadirse de que Davy Clancy lo había hecho. ¿Por qué, si no, había tirado la pistola? Sin embargo, no funcionó; Davy era un ser débil e incapaz de matar a nadie, y menos aún a Delahaye. Pero ¿por qué lo invitó Victor al barco? ¿Por qué a él? Era la forma que había elegido Victor de enviar un mensaje, de dejar un indicio de por qué había hecho lo que había hecho. Pero ¿cuál era el mensaje? ¿Y a quién iba dirigido?

Si Davy Clancy no había sido el causante de la muerte de Victor, Maggie estaba convencida de que Mona sí tuvo que ver en aquella decisión, aunque era incapaz de explicar cómo. Debía alejarse de esa casa con su atmósfera horrible y opresiva y la siniestra sensación de que en el aire flotaba un secreto que todos conocían menos ella. Sí, regresaría a Ashgrove. Allí estaría tranquila.

Puso el libro a un lado, había estado pasando las páginas sin enterarse de una sola palabra. Se encaminó a su tocador, se sentó frente al espejo y cogió un cepillo de

carey para peinarse con furia el cabello. Cepillarse el pelo tenía un efecto relajante normalmente, pero hoy era una actividad casi violenta de largas y duras cepilladas que le estiraban la piel de la frente y agrandaban sus ojos, y en el espejo parecía un poco loca. Aunque tal vez, pensó Maggie, sí estaba un poco loca. Había una veta de locura en la familia materna, y la familia de su padre tampoco estaba muy cuerda, con su fanatismo bíblico y su odio y temor hacia los católicos. Nunca habían perdonado a su padre que se trasladara al sur y que se metiera en negocios con un papista, como se referían a Phil Clancy, un paleta papista.

Dejó el cepillo y contempló su imagen en el espejo, con los ojos aún muy abiertos. Tal vez eso era lo que le había pasado a Victor, tal vez había sufrido un ataque de locura temporal. Pero no, Victor no estaba loco. Era apasionado, sí, y fantasioso, con ideas rocambolescas acerca de sí mismo y de la gente que le rodeaba, pero no estaba loco. Algo o alguien le había empujado aquel día a embarcar junto a Davy Clancy en la bahía de Slievemore y navegar mar adentro con una pistola en el bolsillo y desesperación en su corazón.

Cuando bajó, su padre estaba en el salón, hundido en su silla junto a la ventana que daba al jardín. Creyó que estaba dormido, pero al aproximarse descubrió que no era así. Comprobar que tenía los ojos húmedos la sobresaltó. Jamás había visto que a su padre se le saltaran las lágrimas, ni siquiera había llorado en el funeral de su único hijo.

—¿Te encuentras bien, papá? —le preguntó.

Él no reaccionó hasta que ella le puso la mano en el hombro con suavidad. Se apartó con brusquedad para evitar su contacto y la miró con asombro primero, y luego con furia. Hasta ese instante, había estado perdido en sus pensamientos.

No pronunció una sola palabra y ella no supo qué decirle. Sentía compasión por él, pero de forma distante, igual que la sentiría por alguien cuya desgracia le hubieran contado o hubiera leído en los periódicos. La relación con su padre nunca había sido estrecha. A él no le agradaban las confianzas, de hecho les ponía freno con su distancia, su sarcasmo hiriente, sus súbitos ataques de ira. A pesar de ello, Maggie lo admiraba. Era duro, autosuficiente, implacable. Cualidades por las que ella sentía un profundo respeto. En cuanto al amor, bueno, el amor no estaba incluido en el lote.

Llegó el té en un carrito con ruedas que empujaba Sarah, la doncella pelirroja. La primera mujer de Victor, Lisa, había instituido el té de la tarde. ¡Pobre Lisa! ¡Se sentía tan emocionada por formar parte de la magnífica y poderosa familia Delahaye! Sarah condujo el carrito hasta el ventanal. Maggie le dijo que ella se haría cargo y la doncella sonrió, se dio la vuelta y se marchó canturreando. Era una chica descarada, con muy poco respeto hacia nada, pero buena trabajadora. Maggie sirvió el té para su padre, le añadió leche y dos cucharadas de azúcar como a él le gustaba, y se lo

acercó. Con un violento movimiento del brazo, él lo rechazó.

—No quiero té. Estoy harto de beber té —gruñó.

Maggie suspiró.

—¿Te has tomado la pastilla?

—No, no la he tomado.

—Ya sabes lo que dice el doctor sobre...

—Que se vaya al infierno. ¿Qué saben los médicos? —estaba convencido de que su apoplejía se había producido por incompetencia médica—. Mira en qué estado me han dejado, atado a este maldito armatoste y conducido de un sitio a otro como un bebé.

La idea de que su padre permitiera que alguien le llevara de un sitio a otro era hilarante, pero Maggie aguardó con paciencia y a cierta distancia y luego le tendió de nuevo la taza.

—Tómate el té —le dijo.

Él permitió que le pusiera la taza y el platillo en las manos. Maggie temía que derramara el té, que se escaldara incluso, pero los doctores habían insistido en que le permitieran valerse por sí mismo siempre que fuera posible. La taza temblequeó cuando él posó el platillo en su regazo. No probó el té, ocupado en mirar el jardín.

—¿Estás seguro de que no te has tomado la pastilla? —le preguntó Maggie.

El padre giró la cabeza para mirarla con desprecio.

—¿En qué estaba pensando el buen Dios para llevarse a mi único hijo y dejarme contigo?

Se quedó observándola expectante, casi sonriendo, para ver el efecto del dardo. Medio siglo viviendo en el sur del país no había suavizado su acento, pensó Maggie. Aquel ladrido del norte era una de las cosas a las que él se aferraba sin concesiones.

—Bébetelo el té —repitió con suavidad.

Acercó una silla al carrito, se sentó y se sirvió una taza. Ambos volvieron la vista al jardín. Qué extraño resultaba contemplar aquel paisaje florecido bajo un hermoso sol. Pero ¿por qué iba a ser extraño? La muerte no aparecía tan sólo en el frío y la oscuridad. La bahía debía de estar preciosa cuando Victor se encañonó y disparó. ¿Qué miedos, qué recuerdos pasaron por su cabeza? Maggie sintió agolparse las lágrimas en los ojos, pero las contuvo a fuerza de voluntad. Su padre se había enfurecido cuando ella le sorprendió llorando; ahora no iba a darle la revancha permitiendo que la viera llorar.

—Estaba contemplando los pájaros —dijo el anciano—. Hay tordos, mirlos y un petirrojo que va y viene. El petirrojo es una criatura feroz. ¿Lo sabías? Su bravura es cien veces mayor que su tamaño. Ah, ese pájaro resiste, no se desinfla ni se rinde —el hombre cerró la mano izquierda y pegó un puñetazo en el brazo de la silla de ruedas, derramando el té.

A Maggie le pasó por la cabeza que lo que más le dolía a su padre de la muerte de su hijo era la vergüenza, la deshonra. ¿O estaba siendo injusta? Quizá él sentía tanto dolor como ella. Quién sabe si conocía lo que había empujado a Victor a hacer lo que había hecho. ¿Debía preguntarle? Una ocasión como aquella debería permitirles hablar como jamás lo habían hecho. Contempló a su padre: el marcado perfil, la plateada cabellera de poeta. No sabía nada de él, o casi nada. Él nunca le había prestado atención; una hija carecía de importancia. Y ahora había perdido a su hijo. ¿Cómo no iba a estar furioso? Y abatido, tal vez; también abatido. Quizá.

Jonas entró en la estancia. Los ojos de Maggie se deslizaron automáticamente hacia la puerta, esperando que James entrara tras él como de costumbre. Sin embargo, Jonas estaba solo. Eso era tan raro que Maggie le contempló inquisitiva, pero él la ignoró.

—¿Queda té? —preguntó.

Maggie tocó la barriga de la tetera.

—Se ha quedado frío. Voy a pedirle a Sarah que prepare otra tetera.

Jonas se encogió de hombros.

—Da igual. De cualquier manera, hace demasiado calor para beber té.

Se dejó caer en el sillón. Había cambiado el traje negro del funeral por una camisa de seda blanca, unos pantalones oscuros y unos mocasines. No llevaba calcetines y sus delgados tobillos se veían bronceados. Él tampoco había llorado en el cementerio. A veces Maggie se preguntaba si no era ella quien se dejaba llevar en exceso por sus sentimientos. La muerte de su hermano le había causado un dolor inmenso que el tiempo calmaría, sin duda, pero que permanecería para siempre en su vida como una corriente subterránea. En su interior aún se mantenían latentes dolores del pasado. Billy Thompson, un chaval por el que había estado colada cuando era joven, había muerto y, a pesar del tiempo transcurrido, todavía lo lloraba. Miró a Jonas, repantingado en el sillón, tan apuesto y aparentemente relajado. Seguro que, a su manera clandestina, también sufría por su padre.

—¿Cómo te encuentras, abuelo? —preguntó el joven.

El anciano levantó la mano y luego la dejó caer con languidez en un gesto de hastiado enojo.

—Igual que vosotros —dijo sin apartar la vista del jardín mientras movía la mandíbula.

Jonas se volvió hacia Maggie.

—¿Y tú qué tal estás, tía? —le preguntó jovial e irónico.

Siempre utilizaba ese tono medio burlón con Maggie. Como si ella le hiciera gracia, pensó Maggie sin rencor. No tenía por qué extrañarse, su vida parecía un mal chiste: la hermana solterona que seguía en la misma casa donde había crecido, despreciada por su padre, ridiculizada por sus sobrinos y ahora abandonada por su

adorado hermano. Ni siquiera la criada la obedecía. Sí, debía mudarse a Ashgrove para vivir allí sola, cuidar los gatos y convertirse en la excéntrica local.

—Por cierto, tú y yo tenemos que hablar —le dijo Jonas en voz baja.

—¿Sí? ¿De qué?

Él frunció el ceño y miró en dirección a su abuelo.

—Luego te cuento.

Mona tampoco iba ya de luto; había cambiado el negro por un vestido de seda de un oscuro azul zafiro que resaltaba su piel lechosa y los llamativos tonos bronceados de su pelo. Al entrar en el salón se detuvo unos instantes en la puerta contemplando a Maggie, a su suegro y a uno de los gemelos, los tres sentados en diferentes lugares al fondo de la iluminada y espaciosa habitación, como actores que esperaran la entrada de la actriz principal.

Se dirigió a la chimenea para coger un cigarrillo de la caja que había sobre la repisa y utilizó el voluminoso mechero para encenderlo. Era consciente de que los demás la miraban. Estaba acostumbrada a ser el centro de atención, pero ahora era distinto. Convertirse en viuda le había dado un nuevo papel. Era una sensación curiosamente agradable, casi exultante. ¡Viuda a su edad! Resultaba absurdo, algo más propio de un musical. La viuda alegre. Seguía siendo la misma, por supuesto, y, sin embargo, era otra. Era la Mona Vanderweert de siempre y, al mismo tiempo, la señora Delahaye, cuyo marido había fallecido. La hacía sentirse... bueno, la hacía sentirse adulta como nunca antes se había sentido.

—¿Llego tarde al té? —dijo.

No era precisamente té lo que le apetecía, sino una copa, pero imaginó que era preferible no pedir una. Había sido un día duro y no parecía que fuera a mejorar. Todo era tan gris y monótono. Le habría gustado invitar a la casa a los asistentes al funeral una vez finalizado el entierro, pero su suegro se había negado. Habría resultado interesante estar entre aquella gente mostrándose triste pero animosa.

Maggie se levantó de la silla que estaba junto al carrito del té.

—¿Cómo estás, querida? —le preguntó.

«Como si le importara», pensó Mona.

—Estoy bien, gracias. Tan sólo me siento un poco... aturdida.

Su cuñada la miró pesarosa con las manos cruzadas bajo el pecho, plano como una tabla. A Mona le asaltó una visión del tiempo alargándose ante ella como un túnel o, mejor, como la avenida de un cementerio alineada con árboles oscuros bajo cada uno de los cuales se erguía una persona que la observaba con idéntica pesadumbre. Un grito silencioso creció en su interior. El aburrimiento era uno de sus peores temores.

—Estoy bien, en serio —dijo, alejándose de Maggie.

Ninguno de los tres la apreciaba. Les había arrebatado a su precioso Victor y, por si eso fuera poco, ahora parecían atribuirle la responsabilidad de su muerte. Nunca lo dirían, desde luego, pero ella lo notaba. Miró al gemelo y se preguntó si sabría algo. ¿Era James? Nunca estaba segura de quién era quién, después de tantos años. Los gemelos habían estado muy fríos en el funeral, aunque nunca se mostraban especialmente cálidos con ella. Tenía que andar con cuidado. Sabía que se había comportado como una idiota, que había corrido un riesgo idiota. ¿Lo había descubierto Victor? ¿Había sido ésa la razón de...? No, no estaba dispuesta a hacer semejantes conjeturas, no lo haría, era demasiado absurdo.

Se volvió hacia el joven en el sillón.

—¿Y Jonas? ¿Dónde está? —preguntó.

Éste tensó la boca y suspiró.

—Yo soy Jonas —alzó la mano izquierda y le mostró el anillo en el meñique—. Jonas es el que lleva esto, ¿te acuerdas?

Ella se rió y se llevó la mano a la boca.

—Lo siento, es verdad, no me había fijado.

El agrio sarcasmo del joven la divirtió. ¿Esperaban en serio que les mirara los meñiques cada vez que se cruzaba con ellos? Ella no tenía la culpa de que fueran fenómenos de circo.

—Lo siento —repitió y miró alrededor en busca de un cenicero.

Samuel Delahaye permanecía hundido en su silla con la barbilla clavada en el pecho mientras miraba ceñudo el jardín. Mona se aproximó a él y permaneció a su lado; de todos ellos era el único que le interesaba. Se había esforzado en gustarle y creía haberlo conseguido, aunque, por supuesto, él no diera la más mínima señal. Menudo cascarrabias era, siempre gritando e insultando a todo el mundo. Cuando le daban sus ataques de ira, a ella le entraban unas ganas locas de reír, pero sabía que si lo hacía, él probablemente acudiría en su silla a toda velocidad y le arrearía una bofetada. Que te golpearan así podría ser interesante. El viejo Sam seguía siendo un hombre apuesto y de aspecto cruel, lo mismo que sus nietos. Pero él no era débil como ellos. Cuando sonreía, si aquella mueca era una sonrisa, dejaba a la vista los dientes de abajo, exactamente igual que Victor.

El recuerdo de Victor la entristeció. Era difícil asumir que ya no estaba, que se encontraba en una caja de madera bajo tierra empezando a descomponerse. Mona se estremeció. Victor le gustaba. Era un hombre guapo, más guapo que su padre, aunque con una belleza distinta: «Con menos aristas», pensó. Sí, eso era, con menos aristas.

Él no sabía nada sobre ella y ella lo había preferido así. Estar casada con Victor había sido como vivir en una hermosa casa, sólida y bien equipada; una casa que no era suya, pero que le proporcionaba refugio y la protegía y, además, le daba libertad para entrar y salir cuando le apetecía, con una pequeña llave de oro a su disposición.

Recordó el olor de Victor a tabaco, loción y ese jabón especial que utilizaba para lavarse las manos, pues tenía una piel muy sensible que se agrietaba con facilidad. Intentó visualizar las manos de Victor y le sorprendió no ser capaz de hacerlo. ¿Se había detenido a miraras alguna vez? ¿Había prestado atención a su marido alguna vez? No la perturbaban esas preguntas; más bien la asombraba el hecho de planteárselas. Siempre había vigilado con cuidado qué posición adoptar para mirar y para ser mirada. A veces se veía como un ente separado, un ser ajeno a quien podía contemplar a cierta distancia y evaluar, aprobar, admirar.

Victor creía que ella le amaba. No habría sido justo desengañarlo.

—Mirad —exclamó repentinamente su suegro, enderezándose en la silla de ruedas y señalando el jardín, al otro lado de la ventana, con un dedo tembloroso—, ¡un petirrojo! Ajá, el pequeño guerrero.

Era casi medianoche cuando salió de casa de Bella la segunda vez que la visitó. No habían transcurrido aún dos semanas desde la muerte de Victor, pero parecía que hubiera pasado mucho más tiempo. Bella permaneció en el umbral de la puerta de entrada viéndole marchar. Cuando iba a girar la esquina al final de la calle, él miró hacia atrás y comprobó que seguía allí: distinguía su silueta oscura contra la luz del vestíbulo. Se detuvo para contemplarla, mientras escuchaba su propia respiración. ¿Por qué continuaba allí? Hacía una noche tranquila y cálida y la suave caricia del aire le recordó otras noches de verano en el pasado y a él alejándose de la puerta de otras mujeres, aspirando el dulce olor del rocío en los setos y el acre aroma a sal del mar y escuchando los reclamos y chillidos lejanos de los pájaros en la bahía. Sintió la imperiosa necesidad de regresar a casa de Bella antes de que ella cerrara la puerta, y pedirle que le llevara dentro de nuevo y se acostara con él y le sujetara entre sus brazos. No quería estar allí fuera, solo.

Se puso en marcha y dobló la esquina.

Sobre la bahía brillaba la luna llena, un inmenso ojo dorado que parecía mirarle de soslayo. Deseó que Sylvia estuviera dormida, aunque lo más seguro es que no fuese así. Ella sabía que tenía problemas y que los problemas estaban relacionados con la muerte de Victor Delahaye. No le había acusado, por supuesto que no, ni siquiera le había hecho la más mínima pregunta. Así era su mujer, siempre prudente, siempre discreta.

Debería haberle contado qué sucedía, en qué andaba metido. Ella se merecía que fuese sincero, pero no había soltado prenda. Había actuado así, no por falta de confianza en ella, sino porque no hubiera sabido cómo contárselo. ¿Qué habría dicho? ¿Cómo lo habría explicado? «Cariño, verás, en los dos últimos años he estado moviéndome para pegarle una patada en el culo a Victor y hacerme con la dirección de la vieja y entrañable compañía. ¿Qué te parece?» Sabía bien qué le parecería. Lo

sabía muy bien. ¿Le dejaría? Ella era inglesa, y los ingleses tienen un concepto peculiar de lo que es correcto y de lo que no lo es. Podía decirle que no era nada personal, sólo negocios —¿no era así?—, pero ella se lo echaría en cara. ¿Y qué esperaba ella? ¿Pensaba que a él le daba igual pasar el resto de su vida bajo la bota de Victor Delahaye? O, para ser más precisos, bajo la suela de sus mocasines John Lobb hechos a mano.

Victor Delahaye era lo que Sylvia hubiera llamado un asno: estúpido, engreído, petulante y perezoso. Durante toda su vida había disfrutado de su posición regalada en una empresa que los padres de ambos, Samuel Delahaye y su socio Phil Clancy, habían levantado con trabajo duro, sagacidad y una crueldad constante. Si Victor hubiera tenido el control absoluto de la compañía, ésta habría quedado a la deriva. Quién sabe si hasta se habría ido a pique de no ser porque Jack mantenía el pulso firme en el timón.

¿Cuántas situaciones peligrosas había esquivado Jack? Para empezar, la huelga de los estibadores tras la guerra, esa huelga que el viejo Sam se había creído capaz de romper y que tuvo que solucionar Jack, untando bajo cuerda a los jefes de los sindicatos y rompiéndoles la cabeza a unos cuantos tipos duros que se negaban a colaborar. O cuando Clem Morrissy y sus hermanos decidieron hacerles la competencia abriendo una cadena de talleres de coches y, de nuevo, tuvo que ser Jack quien se encargara de mandar unos cuantos matones para salvaguardar el monopolio de Delahaye & Clancy. Siempre le tocaba a él hacer el trabajo sucio, mientras Victor se jactaba y pavoneaba y representaba el papel de caballero. Y, sin embargo...

Y, sin embargo, ¿quién habría pensado que Victor sería capaz de quitarse de en medio de aquella manera? ¿Quién habría pensado que descubrir que había sido arrinconado le afectaría de una forma tan devastadora? ¿Quién lo habría pensado? Tenía que haber algo más; algo distinto lo había llevado a meterse una bala en el corazón. Jack estaba seguro. Pero ¿de qué se trataba? Si lo averiguaba, tal vez todo por lo que había estado trabajando no estaría perdido, tal vez podría salvar algo.

¿Debía hacer un último esfuerzo? ¿Era capaz? Él siempre había sido un luchador, al contrario que Victor, a quien todo le había sido dado en bandeja de plata. Sí, Jack no se iba a rendir, no iba a permitir que el cabrón de Maverley y los gandules de los hijos de Victor acabaran con él. Ése sería su acicate: saber que los gemelos y Maverley usarían la muerte de Victor para derrotarle. Porque no había duda de que, si podían, se librarían de él. Ah, sí, claro que lo harían. Maverley ya había puesto en marcha la maquinaria para triturarle y arrojarle a la calle. ¿Creía que Jack no había visto cómo se quedó rezagado en el funeral para hablar disimuladamente con el policía, aquel tipo que todavía tenía mierda de vaca pegada en los zapatos, y con su compinche del traje negro? Jack podía imaginarse perfectamente al contable, con su mandíbula grisácea y su aliento fétido, enumerar sus insinuaciones como si fuesen

libras, chelines y peniques, manchando el buen nombre de Jack Clancy, acusándole con medias palabras e intentando desbaratar con sigilo todo lo que él había construido con tanto cuidado, tanta sutileza, tanto ingenio.

No había un alma en el paseo marítimo y, sin embargo, mientras caminaba tuvo la sensación de que no se hallaba solo. Se detuvo varias veces, se dio la vuelta y miró con ojos escrutadores el camino que discurría junto al mar. ¿Había visto una sombra ocultarse tras un arbusto? Con los nervios de punta, intentó ver en la oscuridad, mientras le llegaba el suave sonido de las pequeñas olas contra el malecón. No vio nada, no escuchó nada.

La hierba plateaba bajo la luz de la luna. Continuó caminando, debatiéndose entre el deseo de apresurar el paso y el temor a llegar a casa. Se imaginó en la puerta de entrada: metería la llave en la cerradura y se encogería al oír el chirrido de apertura. Luego permanecería en la oscuridad del vestíbulo, tanteando mentalmente la casa, intentando adivinar si Sylvia dormía y si Davy estaba o había salido y sintiendo, al mismo tiempo, una cálida y húmeda erección. La culpa lo excitaba, siempre lo había hecho, aunque excitarse por sentirse culpable le hacía sentirse más culpable aún. Su vida siempre había sido un caos, pero ¿quién la había enredado? ¿A quién que no fuese él podía echarle la culpa?

Tan pronto como alcanzó la casa se detuvo y, con las manos sobre la barra fría y pegajosa de la verja, contempló la ventana de su dormitorio, de la que escapaba una tenue luz. Sylvia estaría despierta, sentada en la cama leyendo o cosiendo con las gafas en la punta de la nariz. Desde la muerte de Victor, dormía mal. ¿Quién no? Sabría, desde luego, o adivinaría qué había estado haciendo. Le faltarían los datos concretos —Jack estaba seguro de que Sylvia ignoraba la existencia de Bella—, pero tampoco querría conocerlos. A veces, Jack tenía la sensación de que ella se alegraba de perderle de vista durante tanto tiempo. Tenía su propia vida. Él no era un requisito indispensable en ella.

Encendió un cigarrillo de espaldas para que la llama de la cerilla no fuese visible desde la lejana ventana y comenzó a pasear sin rumbo, pensando en su esposa, a quien, para ser sincero, conocía tan poco. Él había estado enamorado de esa pálida, delgada y distante mujer. La había deseado porque no se parecía en nada a las mujeres que había conocido antes ni a las que conoció después, a pesar de estar ya casado. Y ella le había amado... Todavía le amaba probablemente. A pesar de todo.

Pasó delante del quiosco de música. Bajo la luna, el cenador afiligranado de hierro tenía un aspecto fantasmal, silencioso y amenazador.

Se detuvo. Escuchó. No había duda, alguien le seguía.

Se quedó helado de pánico, la piel de la nuca se le erizó, no se atrevía a moverse, aun así se giró. Tampoco entonces vio a nadie, pero sabía que había alguien, el mismo que le seguía desde que salió de casa de Bella.

—¿Quién está ahí? —preguntó con voz baja y temblorosa, sintiéndose ridículo—. ¿Quién es? ¡Salga!

El silencio parecía esconder una risa burlona y sofocada. Subió a toda velocidad al quiosco de música y permaneció entre las sombras tejidas bajo la cubierta de hierro forjado. Un olor a orines y colillas ascendía del piso de cemento. Con desesperada nostalgia pensó en otra época, cuando el barco correo se preparaba para zarpar y los pasajeros se apresuraban a subir a bordo y la gente les despedía a grandes voces y los porteadores cargaban el equipaje por la pasarela y el barco dejaba oír su grave y portentosa sirena. Él podría haberse escabullido aprovechando aquel bullicio, haber escapado para ponerse a salvo.

Por la acera se aproximaba una mujer. Él retrocedió entre las sombras. ¿Por qué había subido al quiosco de música? Estaba abierto por todos los lados y no ofrecía ninguna protección. Miró a su alrededor. Las pisadas de la mujer resonaron más cerca. Le pareció oír su nombre en voz muy queda, pero creyó haberlo imaginado. Escrutó en todas direcciones, intentando sorprender algo. Al imaginarse como un muñeco de madera, con la cabeza dando vueltas y los ojos muy abiertos por el pánico, estuvo a punto de reír. Una parte de él siempre permanecía a cierta distancia, contemplando todo con escepticismo. Estaba siendo ridículo, nadie le perseguía, sus malos presentimientos y el miedo eran fruto de una mente culpable y calenturienta.

La mujer había llegado al quiosco de música. Él salió de las sombras y alzó una mano para dirigirse a ella. ¡La conocía! ¿Qué hacía allí a esas horas? Apenas había empezado a decir su nombre cuando recibió el golpe tras la oreja derecha. Sintió perfectamente el impacto, apagado y sin dolor, que le hizo pensar en un árbol talado impactando en el suelo. Mientras caía hacia delante, vio la luna deslizarse oblicuamente por el cielo y desaparecer en la oscuridad.

Los gemelos Delahaye estaban en la fiesta. Phoebe y Sinclair se toparon con uno de ellos, que bajaba las escaleras, justo cuando acababan de llegar. Iba con su novia —Phoebe la conocía, pero no recordaba su nombre— y se detuvieron a conversar, aunque oírse en aquel bullicio era casi imposible. La casa estaba en North Strand, en un callejón trasero adoquinado sobre el que pasaba un puente con las vías del tren. Era un simpático edificio desvencijado donde todo parecía hecho a escala diminuta: las ventanas pequeñas, la puerta de entrada baja, las escaleras angostas que llevaban a dos minúsculas habitaciones y a un baño apenas más grande que un aparador. Cada vez que pasaba el tren, todo temblaba y se agitaba como la gelatina fuera del molde. Breen, el dueño de la casa, había sido compañero de universidad de Sinclair. Hacía buena pareja con la casa, ya que era pequeño y corpulento, con una mata de rizos negros y unas gafas sin montura que le resbalaban sin cesar por su brillante nariz chata.

Ni Phoebe ni Sinclair eran muy amigos de las fiestas, pero habían acudido a ésta ante el temor de que nadie más asistiera, pues el pobre Breen no era precisamente conocido por su habilidad social. Les sorprendió encontrar la casa rebosante de gente y de ruido. Breen se acercó a ellos muy animado, sudoroso, con la cara brillante y entre grandes risas. Cogió la botella de burdeos que le habían traído, leyó la etiqueta con expresión complacida y les indicó que en la cocina había botellas de vino abiertas. Señaló con orgullo a la multitud que se agitaba en torno a ellos.

—El garito está que arde —dijo.

Llevaba unas zapatillas de tenis, unos pantalones de tweed a cuadros sujetos por un par de tirantes de un rojo vivo y una camisa verde esmeralda de cuello blando. Sinclair recordó cómo solía hablar de su deseo de ser pintor. Breen trabajaba en el hospital Coombe asistiendo a partos, «un niño tras otro, igual que salchichas», según decía.

Con la botella de burdeos bajo el brazo, se dio la vuelta y se zambulló en la multitud. Lo último que vieron de él, igual que si fuese un personaje de dibujos animados, fue su gordo trasero revestido de tweed. Phoebe y Sinclair se miraron con una sonrisita de consternación. Phoebe cogió de la mano a Sinclair y subieron las escaleras con la esperanza de que el piso de arriba estuviera un poco más despejado. A medio camino se encontraron al gemelo Delahaye y a su novia, que bajaban.

—No os molestéis en subir —dijo a voz en grito Delahaye—. ¡Es un caos!

Los cuatro descendieron al vestíbulo y se dirigieron al fondo de la casa. Phoebe

tiró de la manga de Sinclair.

—¿Cuál de los dos es? —le susurró en la oreja. Sinclair levantó perplejo las manos y negó con la cabeza.

En la atiborrada cocina localizaron vasos de papel, los llenaron hasta el borde de un tinto español del pub Mooney y salieron al jardín. La cálida noche les pareció un bálsamo. El jardín, en realidad, era poco más que un patio vallado que olía a cañerías y cubos de basura, con un cuadrado de tierra invadido de malas hierbas y, en una esquina, una caseta con la puerta rota. Tampoco allí había un alfiler; la gente fumaba y bebía y junto a la caseta se besaba una pareja. A lo lejos se veía la luna, apoyada en una chimenea.

—Por cierto, os presento a Tanya Somers —dijo el joven Delahaye. Llevaba un blazer negro y unos pantalones náuticos blancos con una corbata del Trinity a modo de cinturón—. Y yo soy Jonas, por si no estabais seguros. Le ocurre a todo el mundo, ya lo sé. James también está por aquí —Phoebe y Sinclair se encogieron de hombros con una sonrisa, dando a entender que ellos sí sabían quién era quién.

Tanya Somers era una belleza de aspecto ocioso y cara de aburrimiento. Llevaba el pelo largo y suelto como un resplandeciente telón negro que apartaba de sus hombros moviendo con pereza la mano. No intentó ocultar que no sabía quiénes eran Phoebe y Sinclair ni tenía el más mínimo interés por averiguarlo. En cuanto abrió la boca, Phoebe reconoció el elegante acento del barrio de Rathgar.

—Este vino está asqueroso —con un rápido giro de muñeca Tanya vació el vaso sobre las malas hierbas—. Voy a ver si hay cerveza —y se fue, con andar arrogante, mientras se echaba el pelo hacia atrás.

—Siento lo de tu padre —le dijo Phoebe a Jonas.

Él se encogió de hombros.

—Sí... Creo que muchos se han sorprendido al verme... al vernos aquí, teniendo en cuenta lo reciente que está todo. Supongo que esperaban que respetaríamos el luto durante un año y un día, como en las viejas canciones.

—Oh, seguro que lo entienden —dijo Phoebe demasiado rápido. Jonas Delahaye la miró divertido con las comisuras de la boca temblando como si contuviera una sonrisa y Phoebe se sonrojó y se alegró de que estuvieran a oscuras—. Lo que quiero decir es que las cosas ya no son como en el pasado, cuando el duelo duraba meses. Bueno, al menos eso creo yo —concluyó sin mucha convicción, al notar los pequeños codazos de Sinclair en sus costillas.

—Sí, me atrevo a decir que tienes razón —dijo Jonas con teatral acento aristocrático. Miró el contenido de su vaso, ceñudo—. Tanny tiene razón, este brebaje da asco.

Arrojó el vino a las malas hierbas, igual que antes había hecho su novia, y con una fugaz sonrisa los dejó y se fue a la cocina.

—¡Dios santo! —se lamentó en voz queda Phoebe.

—No creo que se haya molestado —dijo Sinclair, irónico.

—Y tú... Tú te quedas ahí como un pasmarote... ¡Podías haber dicho algo!
Él se rió.

—¿Para qué? Tú solita te has apañado para meterte en el charco más y más —
acarició con ternura la mejilla de Phoebe—. La verdad es que estás volviéndote igual
que tu padre.

—¡¿Qué quiere decir eso?!

—Sabes perfectamente lo que quiere decir: meter la nariz en los asuntos de los
demás, hacer preguntas y buscar pistas —se rió de nuevo y le pellizcó la mejilla—.
Nuestra Nancy Drew, la mujer detective.

Ella retrocedió un paso.

—¡Tú...!

Él se aproximó y la sujetó entre sus brazos. Phoebe le golpeó el pecho
suavemente con los puños, mientras se reía.

—¡Cerdo!

—Bonita manera de llamar a un judío.

Ella lo besó.

—Tú eres *mi* judío —dijo en voz baja, su aliento mezclándose con el de él.

Regresaron a la casa y, durante varios minutos, anduvieron por la fiesta en fila
india. Sinclair iba delante, con Phoebe de la mano, abriendo un apretado camino entre
la multitud compacta y olorosa. En alguna parte había un gramófono y un nuevo
disco empezó a sonar. Era Elvis Presley, cantando sobre sus zapatos de gamuza azul.
Phoebe no entendía nada de música pop.

Se encontraron con el segundo Delahaye en la puerta de una de las habitaciones.
Estaba charlando con una chica morena con flequillo apoyada en el quicio. Ella lo
miraba con unos ojos enormes y luminosos, mientras él, con una mano en el quicio y
la otra en la pared, la rodeaba igual que si la estuviera abrazando, inclinado sobre ella
como si fuera, al mismo tiempo, a amenazarla y a acariciarla. Tenía un vaso de papel
lleno de vino en una mano y un cigarrillo prendido en la otra. Un pañuelo de un rojo
encendido colgaba levemente del bolsillo superior de su chaqueta de pálido lino.
Sinclair le dio unos golpecitos en el hombro.

—Hola, James.

Delahaye volvió la cabeza.

—Ah, hola, Sinclair —dijo con un poco de dificultad y la mirada vidriosa—. ¿Tú
también has venido? Dios, menuda melé. Ésta es... —giró el rostro hacia la chica—,
¿cómo dijiste que te llamabas?

—No lo dije —sonrió ella.

—Da igual, eres un encanto —se volvió hacia ellos de nuevo, pero ahora se

dirigió a Phoebe—. ¿Verdad que es un encanto?

Con una sonrisa de compromiso, Phoebe se alejó mientras tiraba del pulgar de Sinclair.

—Cuídate, James —dijo Sinclair y añadió sonriendo a la chica—: Tú también.

Una de las esquinas del dormitorio estaba inexplicablemente vacía y Sinclair y Phoebe se apresuraron a ocuparla. Sobre la maraña de chaquetas y jerséis que cubría la cama yacía una pareja con las bocas pegadas. La mano del chico subía por la pierna de la chica, intentando una y otra vez meterse bajo la falda, pero una y otra vez ella le apartaba la mano de la media con cierta indolencia. Phoebe y Sinclair simulaban ignorarlos.

—Admitirás que la muerte de ese hombre es muy extraña —dijo Phoebe.

—¿Qué hombre? —preguntó con voz inocente Sinclair.

Phoebe le dio una palmotada en la mano.

—No me tomes el pelo. Sabes perfectamente que hablo del padre de los gemelos.

—Qué raro es hablar de ellos como «los gemelos», nunca relacionas gemelos con adultos, pero lo son. Nunca ves a uno sin ver, al mismo tiempo, al otro.

Phoebe se estremeció ligeramente.

—Yo odiaría tener una gemela... ¿Y tú?

Él le ofreció un cigarrillo, pero ella lo rechazó con la cabeza y él encendió el suyo con gesto pensativo.

—No lo sé, ni siquiera tengo hermanos.

—Bueno, tampoco yo.

Ninguno dijo nada. El pasado de Phoebe y sus padres era un tema delicado que no podía ser mencionado de pasada. Quirke nunca había sido un buen padre.

—La verdad es que no parecen muy... Bueno, no parecen estar muy afectados. ¿Tú habrías venido? ¿Habrías ido a una fiesta? —preguntó Sinclair.

—No lo sé.

La chica en la cama lanzó un suave gemido. El joven había logrado colar la mano bajo la falda y la movía en su regazo con brío. Phoebe les dio la espalda. Sinclair estaba medio sentado en el alféizar de la pequeña ventana cuadrada y ella sintió un súbito deseo de sentarse en sus rodillas, pero no lo hizo.

La luz de la luna se proyectaba en la ventana formando un cuadrado con dos oscuros barrotes que dibujaban una cruz descentrada. Phoebe nunca se había parado a pensar en la posibilidad de que su padre muriera, de que estuviera muerto. Hasta que cumplió diecinueve años creyó que Quirke era su tío y todavía ahora le resultaba conflictivo pensar en él como quien, en realidad, era. La palabra *padre* no le venía fácilmente a la cabeza, pero él era su padre y estaba vivo. ¿Cómo se sentiría si él muriera? No lo sabía y eso la sorprendía y la apenaba.

—Ah, ya te entiendo —dijo Sinclair haciéndose de nuevo el inocente—. Oí lo que

le dijiste a Jonas Delahaye... Estás en contra de las nociones anticuadas sobre el luto y todo lo demás.

—Para —dijo ella sin prestarle atención. No podía quitarse de la cabeza el hipotético fallecimiento de Quirke. ¿Le entristecería? Claro que sí. ¿Sufriría? ¿Lloraría su muerte? Eso ya era otra cuestión.

La chica de la cama se liberó con esfuerzo de los brazos del chico y se sentó entre la ropa revuelta, parpadeando y con una mano enredada en el pelo. El chico también se sentó, aunque más lentamente, y colocó una mano suplicante en su hombro, pero ella se movió para sacudírsela de encima y él, desinflado, la dejó caer. Ninguno de ellos parecía darse cuenta de que no estaban solos, aunque había corrillos de gente a los pies de la cama y en la puerta.

Iluminado por la luna, Sinclair, que seguía sentado en el repecho de la ventana, rodeó las caderas de Phoebe con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Perdona —dijo.

—¿Por qué? —ella le levantó la barbilla para que le mirara a los ojos—. ¿Por qué me pides perdón?

Él desvió la vista.

—Ya lo sabes: los padres, la muerte... Por todo eso.

—Sí, todo eso —dijo ella abstraída, como si estuviera hablando con alguien que no era él.

Se despertó, si eso podía llamarse despertar, en una líquida oscuridad. Bajo él todo se movía de una forma que le resultaba familiar. Se acordó de sus días de estudiante, cuando empezó a beber y tras media docena de cervezas despertaba en mitad de la noche con la boca como una zapatilla y la cabeza palpitando con una horrible jaqueca mientras la cama en la que yacía giraba lentamente a su alrededor como un carrusel roto. Además, estaba mojado. Se encontraba tumbado de lado con las piernas dobladas contra el pecho y media cabeza hundida en agua. Por su textura supo que era agua de mar. Era un barco, pues, pero algo no funcionaba en aquel barco. La habitual sensación de equilibrada ligereza estaba ausente; aquella embarcación parecía tan pesada como si fuese el tocón vaciado de un árbol al que le costara flotar.

Intentó sentarse y se imaginó haciéndolo como si estuviese en una fotografía trucada, un espectro escapando de su ser mientras su cuerpo abultado e inerte permanecía tumbado. El dolor en la parte posterior de la cabeza semejava un ruido, un rugido sordo y palpitante que hacía vibrar los huesos de su cráneo. Giró la cabeza y miró las estrellas. También parecían vibrar, zigzagueantes como luciérnagas. Lo último que había visto era la luna descendiendo en el cielo... ¿Dónde se encontraba ahora?

Con un gruñido consiguió finalmente enderezarse hasta quedar sentado. Le habían metido en el espacio entre los dos travesaños. Su ropa estaba empapada. Se pasó la mano con cuidado por detrás de la cabeza y al rozar el abultado chichón bajo la oreja hizo una mueca de dolor. ¿Con qué le habían golpeado? Algo de madera. Miró alrededor. Frente a él sólo se veía el mar oscuro y resplandeciente hasta el horizonte; detrás de él brillaban muy lejanas las luces de Dun Laoghaire. ¿Y qué era aquello?... Un barco con velas blancas y con una luz parpadeante arriba del mástil se deslizaba silencioso hacia la costa. Intentó gritar, pero no le salía la voz. Sentado en el agua estancada, tibia y cada vez más honda, empezó a temblar sin poder contenerse. Miró el mástil: no había vela, la habían quitado.

El agua estaba creciendo, cada vez más honda. Más honda.

De rodillas y sobre las manos, tanteó bajo la poza. Parecía hecho a mano, una construcción a tingladio. Era... ¿Podía ser cierto?... Era *Rascal*, su propio velero de doce pies. Palpando, rascando y golpeando, sus manos encontraron lo que estaba buscando, lo que esperaba encontrar. Alguien había utilizado una palanca para abrir entre las tablas al fondo del barco un agujero de unos quince centímetros de largo y algo más de un centímetro de ancho. Notó cómo entraba la corriente de agua, el frío flujo de seda. Lo habían agujereado. Sintió una extraña calma. «Se está hundiendo y me voy a ahogar», pensó.

Casi parecía un chiste, una broma pesada que alguien le hubiera gastado. El pánico le ahogó igual que si fuera hiel, hundiéndose ambas manos en la grieta como si así pudiera detener la entrada del agua. Pero no es posible detener el agua. El hombre gruñó y maldijo. Era un error, todo aquello era un error... Era imposible que él fuera a ahogarse. Miró por encima del hombro hacia el otro barco, pero lo único que divisó ya fue la luz del mástil balanceándose y parpadeando. Intentó gritar de nuevo... «¡Socorro! ¡Deténganse!...» Pero ni siquiera esas dos palabras salieron de su garganta inflamada. Empezó a llorar desesperado. Como si las lágrimas lo irritaran, el golpe en la nuca comenzó a martillar con tanta violencia que tuvo que ponerse a cuatro patas con la cabeza colgando.

El agua entraba con mayor rapidez ahora. Intentó ponerse en pie, pero se mareó y cayó de nuevo, provocando una gran salpicadura. El barco se inclinó peligrosamente hacia un lado y, al enderezarse, el agua se deslizó sobre sus rodillas. Se le había metido el frío en los huesos y temblaba entre escalofríos mientras le castañeteaban los dientes. Su mente volaba, pasando de una posibilidad a otra, como una rata en una trampa.

Se levantó y esta vez logró mantenerse sobre las piernas. Contempló la oscura y lejana costa con sus luces bamboleantes. La gente estaría durmiendo, soñando, haciendo el amor los que permanecían despiertos, bebiendo, peleando... Vivos y coleando. ¿Dormiría Sylvia? Tal vez se encontraba despierta en la oscuridad,

preguntándose dónde estaría él. O tal vez se habría levantado y estaría en el cuarto de estar asomada a la ventana, escrutando en la oscuridad, pendiente de que él apareciera.

El agua llegaba ya hasta el trancañil y le lamía las rodillas. El terror le había cerrado la garganta y no conseguía tragar. La luz del mástil del otro barco había desaparecido. Se sujetó la cara helada con las manos.

No, él no moriría así, no permitiría que el velero le arrastrara. Tomó una gran bocanada de aire y notó cómo le raspaba la garganta, cerró los ojos y encaramándose a la borda se zambulló.

Qué negra era el agua, como raso helado que le envolvía. Era un buen nadador, siempre lo había sido. Debería haberse quitado la ropa.

¡Madre! ¡Jesucristo bendito! ¡Oh, Dios!

La cabeza le iba a estallar. Ya tenía los brazos cansados, sus músculos empezaban a agarrotarse.

Las luces de la costa parecían más lejos que nunca.

Dejó de moverse.

Imposible. Imposible.

Convólvulo.

II

Otro funeral con los mismos asistentes que el anterior, salvo el que ocupaba el féretro. Sin embargo, Quirke percibía un ambiente distinto, aunque se le escapaba la diferencia. Tal vez se trataba del tiempo. El día del funeral de Victor Delahaye el sol brillaba como si hubiera una fiesta, pero hoy lloviznaba, una fina y cálida lluvia que apenas se sentía, pero que había calado la ropa de todo el mundo de tal manera que en el interior de la iglesia olía a oveja mojada.

Quirke estaba de pie detrás de los últimos bancos, mientras el sacerdote oficiaba con voz monótona arriba en el altar. Observó con atención las cabezas de los congregados, de espaldas a él, intentando identificarlos. Aquella con el gran sombrero flexible negro era sin duda Mona Delahaye, mientras que la mujer alta y erguida con el pelo rubio canoso debía de ser la viuda de Jack Clancy y el que estaba a su lado, el hijo. Imposible, desde luego, no reconocer a los gemelos Delahaye con sus cabezas alargadas y pajizas. En un asiento lateral, hacia la mitad de la iglesia, estaba Hackett. Sin sombrero, con el cabello brillante y la calva en la coronilla, a Quirke le pareció incompleto, como un novicio tonsurado y prematuramente envejecido.

Cerca de él, en los últimos bancos, había otra mujer rubia, aunque más joven que la señora Clancy. No llevaba sombrero, sino una boina azul marino coquetamente ladeada y un chal de seda morado sobre un vestido de pana fina escarlata. Así vestida parecía una flor de pasión en medio de una corona fúnebre.

Dos días después de la desaparición de Jack Clancy, su velero, hundido y encallado en un banco de arena a ocho kilómetros de las Muglins, se enganchó en la red de arrastre de una trainera y fue alzado. El patrón del barco localizó inmediatamente el orificio abierto entre las tablas del casco y llamó a los guardas. Pasaron dos días más hasta que el cuerpo de Jack Clancy fue devuelto por el mar a una cala pedregosa situada detrás del cabo de Howth. Quirke dejó que Sinclair realizara la autopsia. Había muerto ahogado, pero además tenía un golpe detrás de la oreja. El dilema de siempre: ¿saltó o le empujaron? ¿Fue él quien pilotó el velero en la bahía e hizo el agujero o alguien le golpeó en la cabeza, lo metió en el *Rascal* y agujereó el casco?

La noticia apareció en todos los periódicos. «Segunda tragedia golpea empresa local. El socio del primer fallecido se ahoga.»

—¡Por los clavos de Cristo! —había exclamado el inspector Hackett, quitándose el sombrero y rascándose la cabeza con el meñique—. Qué afición le tienen a la

muerte estos tipos.

Cuando acabó la misa, los encargados de la funeraria cargaron el ataúd hasta el coche fúnebre y el exterior de la iglesia se llenó de un sinnúmero de paraguas florecientes. La mujer de la boina azul estaba sola y, según le pareció a Quirke, perdida. Se aproximó a ella sin pensarlo y le ofreció un cigarrillo. Sorprendida, ella lo miró con curiosidad.

—Mi nombre es Quirke.

—¿Es usted... —ella titubeó—, es usted amigo de la familia?

Él meneó la cabeza con gesto negativo y le tendió el mechero. La mujer soltó una risita tensa.

—Yo tampoco soy amiga de la familia —inclinó la cabeza hacia la llama del mechero y al alzarla expulsó el humo hacia el cielo—. Bella Wintour. Con ¡oh!, ¡uh!

Él la miró desconcertado y ella se rió de nuevo y, luego, aclaró la broma deletreando el apellido entero.

—Ah, ya entiendo —ambos eran conscientes de que se estaban mojando. Con el rabillo del ojo, Quirke vio a Hackett abriéndose camino hacia ellos. Rozó el codo de Bella Wintour con un dedo—. Yo no voy a ir al cementerio. ¿Y usted? ¿Tampoco? ¿Le apetece una taza de té?

De camino a la salida se cruzaron con Mona Delahaye, de pie junto a la silla de ruedas de su suegro mientras sujetaba un paraguas para ambos. Sonrió a Quirke con aquel teatral y sensual gesto suyo y él se llevó la mano al sombrero y carraspeó.

—Vaya, vaya, hay viudas mires donde mires —murmuró Bella Wintour mientras seguían caminando.

Fueron al hotel Royal Marine y se acomodaron en los sillones del salón. El calabobos había cubierto la boina de Bella y los hombros de Quirke de una fina capa grisácea. Cuando se aproximó la camarera, Bella dijo que necesitaba un vodka- tonic y no un té.

—Ya es mediodía. Sol, vergas y toda esa jerigonza náutica —explicó.

Quirke pidió un whisky y la camarera se alejó con aire de reprobación.

—¿Qué son las vergas, por cierto? Nunca lo he sabido —preguntó Bella.

—Ni idea. No soy hombre de mar —Quirke sacó de nuevo la cajetilla.

—Ya lo suponía —dijo ella ligeramente sarcástica mientras lo miraba de arriba abajo.

Bella miró luego alrededor. Era consciente de que Quirke no le quitaba los ojos de encima, o eso percibía él. La luz de la lluvia daba a la estancia un aire plateado y melancólico. Bella detuvo sus ojos grises en Quirke con expresión divertida aunque algo tensa.

—Yo salía con Jack Clancy, era su amiga. Una de sus amiguitas, al menos —

Bella giró el extremo del cigarrillo sobre el borde del cenicero hasta que la ceniza pareció la brillante y afilada punta de un lápiz—. ¿Le choca?

—No, chocarme, no. Siento curiosidad —dijo Quirke.

—No hay nada de que sentirse curioso. Si conocía a Jack, sabrá que le gustaban las mujeres.

—No conocía a Jack.

—Es evidente —se apoyó contra la deslucida felpa del sillón—. ¿Es usted... es usted policía? —sonrió sorprendida de su propia pregunta.

Él negó con la cabeza.

—Patólogo.

—Ya entiendo. Debe de estar muy volcado en su trabajo para asistir a los funerales de sus... ¿Cómo se refiere a la gente a la que realiza autopsias? Seguro que no les llama pacientes.

—No creo que exista una palabra precisa. Muerto. Cadáver.

—No son personas, ya veo, sólo cosas.

Él no hizo ningún comentario.

La camarera se acercó con sus bebidas. Mientras las dejaba sobre la mesa, Bella miraba a Quirke con expresión burlona. Él pagó y la camarera soltó un bufido antes de alejarse.

—Salud —Bella alzó su vaso—. Por la vida.

Bebieron en silencio, algo cohibidos, mirando cada uno en diferente dirección. Al fin y al cabo, eran extraños.

—Así que conocía a Jack Clancy —dijo Quirke.

Ella no apartó los ojos de las ventanas, de los charcos de luz plateada.

—Sí, nos veíamos cada cierto tiempo. Él me llamaba de vez en cuando.

Al decirlo, lo miró y se encogió de hombros con una mueca de adusta tristeza y luego desvió la vista. Cuando levantó el vaso, una luz metálica se reflejó en su garganta. Quirke intentó adivinar su edad. ¿Cuarenta? ¿Más? Una mujer sola, que empezaría a preguntarse si la independencia era tan maravillosa como la pintaban.

—De hecho, se pasó por casa la noche en que... la noche en que murió.

—¿Sí? —dijo Quirke, intentando que su voz resultase lo más inexpresiva posible.

Bella asintió mientras se mordía el labio inferior.

—No dejo de darle vueltas a lo que dijo, cómo parecía sentirse, qué aspecto tenía.

—¿Y?

Ella se encogió de hombros.

—Y nada —aplastó el cigarrillo contra el cenicero para apagarlo, pero la colilla siguió ardiendo, exhalando una espiral de humo—. Algo le preocupaba. Era la segunda vez que venía a casa en un espacio de muy pocos días, cuando llevábamos sin vernos... No sé cuánto. ¿Años?

—¿Y qué le contó?

Ella le lanzó una mirada afilada.

—¿Qué me contó de qué?

Quirke abrió las manos, mostrando las palmas.

—No lo sé. Acaba de decir que algo le preocupaba.

Bella pareció súbitamente irritada.

—Sí, es cierto. Pero no me *contó* nada. No era la clase de persona que cuenta cosas —suspiró y movió la cabeza—. O tal vez lo era y simplemente no me contaba nada a mí. No teníamos tanta confianza, al menos en ese aspecto.

Una cálida sensación, débil pero creciente, surgió en el pecho de Quirke, como una luz piloto que parpadeara hasta encenderse. Él ya la conocía. Le gustaban las ocasiones ligeramente ilícitas como ésa: un almuerzo en el bar de un hotel cochambroso en un día de lluvia, el aroma del alcohol en la nariz y, sentada frente a él, una rubia de cierta edad, discreta y jovial, cuya mirada parecía abrir posibilidades que, si se actuaba de manera apropiada, podían dar un brillo inesperado a la larga tarde que se extendía ante ellos. Tenía que ir al hospital, pero Sinclair le cubriría. Pensó en Isabel Galloway. Estaba ensayando una pieza de Chéjov que se estrenaría en el Gate.

—¿Le apetece otra copa? —le preguntó a Bella Wintour.

Le gustó su casa, pequeña y luminosa. Ella preparó café y se sentaron en el sofá de la habitación acristalada que daba al jardín, frente al ventanal. Le contó que era allí donde había estado con Jack Clancy por última vez. En un momento así, otra mujer hubiera dejado caer una lágrima o lanzado un suspiro lastimero, pero no ella. Había cesado de llover y un sol mojado se esforzaba por brillar, el jardín resplandecía y un tordo virtuoso entonaba sus fluidos y melodiosos silbidos. Quirke hubiera preferido una copa, pero tomó su café a sorbitos con la mayor elegancia de que era capaz.

Bella se había quitado los zapatos y se encontraba sentada de lado, con los pies, desnudos y rosados, encima del sofá. Estaba fumando uno de los cigarrillos de Quirke y había colocado un gran cenicero de cristal entre ambos. Quirke se fijó en la descascarillada pintura carmesí de las uñas. Los pies de las mujeres le resultaban atractivos y, al mismo tiempo, ligeramente desagradables. Se obligó a mirar el jardín.

—¿Qué es aquella planta? Esa con las flores blancas en forma de trompeta.

—Es una mala hierba. No recuerdo su nombre —dijo Bella.

—Hay un montón.

—Sí, por lo visto matará todo lo demás si no pongo remedio —movió las piernas con un ligero gruñido y las dobló bajo su cuerpo—. Dime qué es exactamente lo que te interesa.

—¿Qué?

—De Jack Clancy. De su muerte.

Quirke dio unos golpecitos con el cigarrillo en el borde del cenicero sin levantar la vista.

—¿Por qué crees que podría haberse suicidado? —le preguntó.

Ella abrió los ojos con asombro.

—¿Eso es lo que cuentan, que se mató? Los periódicos sólo decían que se ahogó.

—Era un excelente navegante... Tiene premios que lo demuestran.

—Hasta los mejores cometen errores.

Él asintió, aún con la vista baja.

—En su cabeza había un moratón.

—¿Moratón? ¿Qué clase de moratón?

—En la nuca, justo aquí —se llevó la mano a la cabeza para mostrarle el lugar—. Una contusión violenta. El golpe debió de dejarle inconsciente.

—¿Se cayó?

—Tal vez. El velero no tenía la vela.

—¿Y eso?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez las corrientes la destrozaron.

—¿Eso es posible?

—No lo sé. Yo, desde luego, no soy experto en barcos.

—Tú piensas que lo mataron, ¿verdad? —ella lo miraba a los ojos, inmóvil, casi conteniendo la respiración.

—No lo sé. Alguien pudo golpearlo en la cabeza, meterlo en el velero y quitar la vela para que, si volvía en sí, no pudiese izarla y regresar a la costa.

—¿Alguien?

Quirke aplastó la colilla, se levantó y se aproximó al ventanal y allí permaneció de espaldas mirando el jardín.

—Ahí de pie me recuerdas a Jack, aunque tú eres más grande —dijo Bella.

Quirke no hizo ningún comentario.

—¿Estás segura de que aquella noche no te contó lo que le preocupaba? —le preguntó.

—Ya te lo he dicho. Jack y yo no teníamos ese tipo de relación, no éramos... íntimos.

Él giró la cabeza y la miró por encima del hombro.

—¿No lo erais?

—Ya te lo he dicho... No en ese aspecto. Y, por favor, no te quedes ahí como un pasmarote.

Quirke se acercó al sofá, pero no se sentó.

—Tengo que irme —dijo y sus palabras le sorprendieron a él tanto como a ella.

Bella lo miró, con los labios apretados y moviendo ligeramente la mandíbula como si estuviera mordisqueando una semilla dura.

—¿Por qué has venido?

—Porque tú me has invitado.

Ella entrecerró los ojos sin dejar de mirarle.

—Has venido para ver si averiguabas algo de Jack, ¿no es así?

—Sí.

En la puerta, mientras él se ponía el sombrero, Bella le preguntó si volvería otro día a verla. Quirke decidió no darse por enterado y le contestó que si había algo que quisiera contarle o preguntarle, podía llamarle al hospital. Ella le sonrió con frialdad.

—No es lo que quería decir, pero da igual.

Antes de que llegara a la verja, Bella ya había cerrado la puerta.

El inspector Hackett estaba molesto. Había notado cómo Quirke simulaba no verle a la salida de la iglesia antes de marcharse con la mujer de la boina. Intentó no darle importancia, pero le importaba. Conocía la debilidad de Quirke por las mujeres, pero así y todo.

En cualquier caso, ¿quién era la rubia? No creía que fuera pariente del fallecido. Había pasado su vida profesional estudiando a la gente, su apariencia, las actitudes que adoptaba, la manera de moverse... Y había percibido inmediatamente que aquella mujer no pertenecía al ambiente de los Clancy y de los Delahaye. Debía de ser uno de los antiguos amores de Jack Clancy; se rumoreaba que había tenido un buen puñado. Y Quirke, que era un experto asimismo en esas lides, habría adivinado quién era tan pronto como le puso los ojos encima. La rubia era perfecta para Quirke. Hackett se rió entre dientes. Pobre Quirke, siempre metiéndose en aprietos.

Tan pronto como estuvo fuera de la verja de la iglesia, se dirigió a pie al paseo marítimo y torció a la derecha para coger Queen's Road. Era un paseo muy agradable con sus frondosos árboles y las elegantes casas situadas discretamente tras ellos. Lloviznaba, pero Hackett no le prestó atención. Le gustaba el olor de la lluvia en la hierba y las hojas; le recordaba su infancia y la granja de su padre. Tiempos felices, ya muy lejanos.

Se trataba de un asunto complicado. Primero Delahaye se había suicidado y ahora Jack Clancy se había ahogado. No sabía qué conexión había entre las dos muertes; todavía no. Pero tenía que haber una conexión. Basándose en el golpe en la cabeza, Quirke estaba convencido de que Clancy había sido asesinado. A Hackett eso le parecía algo fantasioso, pero se fiaba del instinto de Quirke en tales asuntos. Quirke sabía de los muertos de la misma manera que él sabía de los vivos. Se rió entre dientes de nuevo.

Era poco más de mediodía, pero tenía hambre. Volvió sobre sus pasos, dejando el

paseo marítimo a su espalda, y se encaminó colina arriba hacia la ciudad. A mitad de camino se detuvo en un pub —Clancy's; menuda coincidencia—, se sentó en un taburete en la barra y pidió un sándwich de jamón y un vaso de Kolita. El camarero, un tipo granujiento al que le faltaba uno de los dientes delanteros, le pasó un ejemplar de *Press*. «El ministro reclama una mayor producción de turba.» Había aumentado la emigración, habían caído los robos —lo uno consecuencia de lo otro, sin duda—. «Condenado un miembro de una banda de ladrones de ganado.» Dio un sorbo a su gaseosa; el sabor almibarado le recordaba también sus días escolares. Mientras sus ojos se deslizaban por encima de las columnas de tinta, su mente retornaba una y otra vez al tema de la muerte de Jack Clancy, deteniéndose brevemente aquí y allá como si se tratara del cadáver del hombre. El hijo de Clancy estaba en el yate cuando Delahaye se disparó; su presencia seguía siendo un interrogante sin resolver. Y ahora era Clancy quien se hundía en un velero que él mismo u otros habían perforado. ¿Ojo por ojo, diente por diente? Tenía que ser eso. Venganza. Pero ¿quién era el vengador y cuál era la causa?

Sintió una ráfaga de aire y un joven pelirrojo se encaramó en el taburete vecino. Hackett suspiró. El maldito pub estaba vacío, pero el tipo tenía que sentarse justo a su lado. Ceñudo, se concentró en el periódico. «El ministro afirmó que la productividad es la clave para solucionar los problemas económicos y sociales del país.»

—Hola, inspector —le saludó el joven.

Hackett se giró para mirarlo. Pico de viuda, cara estrecha, pecas. ¿Quién era? Un periodista, claro. Jimmy no-sé-qué. ¿Del *Mail*? El joven parecía ligeramente ofendido de que no le hubiera reconocido a la primera.

—Minor, Jimmy Minor —dijo.

—Claro, uno de nuestros representantes del cuarto poder, si no me equivoco —Hackett esbozó una gran y torpe sonrisa.

Jimmy Minor sacó una cajetilla de Gold Flake, encendió un cigarrillo y volvió a guardar la cajetilla.

—No, gracias, no me apetece —dijo el inspector con sarcasmo, aunque Minor ni se dio cuenta. Hackett pegó un bocado a su sándwich.

—Ha estado en el funeral —dijo Jimmy Minor.

—¿Usted también ha estado? No le vi —contestó el inspector mientras masticaba.

—Nosotros, los del cuarto poder, nos confundimos entre la gente.

A Hackett le fascinó la manera de fumar del joven, torcía la boca y aspiraba el cigarrillo casi con violencia, como si estuviera realizando una tarea desagradable que alguien le hubiera impuesto y en la que se viera obligado a persistir, calada tras calada. El camarero le trajo el sándwich y la cerveza negra que había pedido.

—¿Le envió el periódico? —preguntó el inspector.

—No —Minor levantó una esquina del sándwich y contempló con ojos críticos la

brillante loncha naranja de queso y la delgada capa de mantequilla.

—Ah, asistió entonces por curiosidad —dijo Hackett.

Se acordó de que Minor era amigo de la hija de Quirke, Phoebe. Amigo o algo por el estilo, pues Minor no parecía el tipo de persona que cultiva la amistad. El camarero, ocioso tras la hilera de grifos de cerveza, se hurgaba un grano de un rojo furioso que tenía en la barbilla. Hackett pensó con asco en el sándwich que se acababa de comer y que aquellos dedos habían preparado.

—Bueno, ¿qué piensa del asunto? —preguntó Minor con el aire resuelto de quien ha decidido ponerse manos a la obra, mientras se limpiaba el delgado bigote de espuma que le había dejado la cerveza.

Hackett no conseguía separar sus consternados ojos del camarero y sus activos dedos exploradores.

—¿Qué pienso de qué? —preguntó distraído.

Minor se rió burlón.

—Del asunto de Clancy y Delahaye, del hecho de que los dos hayan muerto en un espacio de menos de quince días.

—Una casualidad asombrosa, desde luego —dijo el inspector con voz tranquila, y dio un sorbo a su gaseosa.

Minor le miró con un teatral gesto de incredulidad.

—¿Casualidad? ¿Usted cree que yo nací ayer, o qué?

Hackett sacó una cajetilla de Player's y con exagerada cortesía le ofreció un pitillo a Minor, que estuvo a punto de aceptar antes de darse cuenta de que ya tenía un Gold Flake entre los dedos.

—Si no se trata de una casualidad, ¿podría decirme cuál cree que es la causa de esas dos desgraciadas muertes?

—Las casualidades no existen —Minor movió el vaso vacío para atraer la atención del camarero—. Hay algo muy... ¡por favor, otra cerveza!... Hay algo muy extraño en todo este asunto. He escuchado, por ejemplo, que Clancy tenía medio cráneo hundido antes de que el velero se fuera a pique. Es difícil que él se hiciera eso a sí mismo.

Hackett suspiró. Así corrían las noticias, enturbiando el agua y ensombreciendo el ambiente.

—¿Medio cráneo hundido? La primera vez que lo oigo.

Era obvio que Minor no le creyó.

—Y aún hay más —dijo el joven mientras el camarero le lanzaba un segundo vaso de Guinness a lo largo de la barra—, he oído que algo sucede tras las gruesas y altas paredes de Delahaye & Clancy Ltd. —movió los dedos—. Como si hubieran pillado a alguien con las manos en la caja.

El inspector Hackett dio una calada a su pitillo, se echó ligeramente hacia atrás en

el taburete y miró el techo.

—¿Es eso cierto? La verdad, señor Minor, es que el día parece darle mucho de sí para enterarse de tantas cosas —se fijó en la iluminación: dos bombillas de cuarenta vatios bajo unas pantallas en forma cónica hechas con ese material color de sebo que parecía piel humana momificada. Seguro que a la señora Hackett no le gustarían—. ¿Y ha oído a quién pertenecían las manos que sorprendieron metidas en la caja?

Minor apuró su Guinness y le apareció un nuevo bigote de espuma.

—Creo que no ando muy desencaminado al pensar en el difunto señor Clancy.

—Sí, podría ser una razón para que el pobre hombre se quitara de en medio, si lo habían descubierto.

Minor lo miró de reojo.

—¿Cree que fue un suicidio? —preguntó incrédulo.

Hackett movió una mano en un leve gesto de rechazo.

—Yo no creo nada. Es usted quien está haciendo el razonamiento.

Minor permaneció en silencio durante unos instantes, mientras miraba al inspector con los ojos entornados.

—Mire, inspector, usted y yo podríamos echarnos una mano en este asunto —dijo bajando la voz.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo podríamos hacerlo?

Minor movió la cabeza con impaciencia, rechazando la pretendida inocencia del policía.

—Yo oigo cosas y usted sabe cosas —dijo—. ¿Qué hay de malo en un intercambio equitativo?

El inspector sonrió casi con indulgencia. Cogió su sombrero de la barra y se bajó del taburete.

—Ah, Jimmy, hijo, esto no funciona así. No funciona así en absoluto.

Le saludó con la cabeza, se puso el sombrero y se alejó sin prisa, silbando suavemente.

Al principio llovió, una desagradable llovizna que se pegaba como aceite al limpiaparabrisas, pero tan pronto Maggie dejó atrás Carlow el sol se abrió paso entre las nubes. A su izquierda, alargados retales de algodonosa neblina blanca se enredaban en las cimas de las montañas —eran colinas más bien, aunque no recordaba su nombre— y todo resplandecía con brillo trémulo: los árboles y los mojados campos de hierba y el asfalto de la carrera que se extendía ante ella. Ashgrove debía de estar bellísimo, su paisaje resultaba siempre espectacular cuando hacía ese tiempo. El único fallo del día era una punzada de culpa de la que no conseguía librarse. ¿Estaba huyendo? ¿Y qué si era así? Apenas se habían dado cuenta de que se iba, ni los gemelos ni por supuesto Mona, ni siquiera su padre.

Probablemente estaban contentos de quitársela de encima. Después de todo, ¿no se alegraba también ella, en el fondo, de quitárselos de encima?

Intentó pensar en otras cosas que la distrajeran de aquel tema espinoso. En su nombre, por ejemplo: Marguerite Delahaye. Era un nombre precioso. Nunca debería haber permitido que la llamaran Maggie, ¡resultaba tan vulgar! Señorita Marguerite Delahaye, de la Casa de Dublín y ahora de la Casa Ashgrove en el Condado de Cork.

El mundo parecía tan extraño. Era extraño que el tiempo transcurriera tan pausadamente como siempre; resultaba indecente. Después de todo lo sucedido, hubiera debido discurrir a otro ritmo. La muerte había irrumpido de repente en su vida, no como un ladrón, sino como un atracador brutal y violento. Había llorado tanto a Victor y durante tanto tiempo que ahora se sentía seca. Aunque la palabra exacta era *árida*: se sentía árida. La amargura no había remitido. Sospechaba que nunca lo haría. Era como un nudo en su interior. Cuando Jack Clancy murió, pensó que desaparecería, pero no había sido así. Seguía ahí: una úlcera seca y endurecida de amargura, enquistada en su corazón. Y, sin embargo, se sentía aliviada también, aligerado su espíritu. Como si le hubieran puesto una carga sobre los hombros, pero hubiera conseguido no darle importancia. Era libre. La carretera se extendía ante ella como si no tuviera fin. Todo aquel odio y horror habían quedado atrás. Sí, era libre.

Cerró los ojos un segundo y cuando los abrió, justo delante de ella, en la carretera, había una niña en bicicleta. Apretó el pedal del freno hasta el fondo y dio un volantazo a la derecha y luego a la izquierda y el coche avanzó dando tumbos en el arcén de hierba y el motor rugió, como si estuviera enfurecido, y se caló. Olía a humo de escape y alquitrán quemado. Miró por el espejo retrovisor. La niña también se había detenido, una cría de ocho o nueve años con los rizos sucios y una cara aún más sucia. Llevaba una bicicleta de adulto, demasiado grande para ella, y tenía que ponerse de puntillas para sujetar los puños del manillar. ¿De dónde había salido, de la nada? Maggie vio con una claridad aterradora lo que podía haber sucedido, la bicicleta destrozada a un lado de la carretera, la rueda delantera girando y, a su lado, una figura inmóvil tirada en la calzada como un montoncito de harapos sangrientos. «Me está siguiendo. La muerte me está siguiendo», pensó Maggie.

Se detuvo en el primer pueblo, ni se fijó en el nombre, y encontró un hotel, un sitio cochambroso que olía a repollo cocido, se sentó en una esquina del bar y se bebió una copa de brandy. Le hizo toser al principio, porque no estaba acostumbrada a beber alcohol. Apareció un hombre y se sentó en la mesa de al lado. Era un tipo grande y coloradote, de gruesos labios y ojos sobresaltados, con una chaqueta de tweed, un chaleco amarillo y polainas —ella no había visto a nadie con polainas desde que era una niña—. Se aproximó a la barra y pidió un whisky —«Un balón de malta», le oyó pedir— y volvió con andares de fanfarrón a su mesa y, al pasar a su lado, le sonrió.

Intentó ignorarle, pero había algo en él vulgar y tremendamente fascinante. Estaba despatarrado en la silla, exhibiendo su enorme y abultado paquete tras la bragueta de los pantalones. Cada vez que daba un trago, dejaba que parte del whisky volviera a la copa mezclado con saliva, que se hundía en el fondo, filamentosa y blanca. Se dirigió a Maggie para comentarle el día tan bueno que había quedado al cesar la lluvia, gracias a Dios. Ella no le contestó, tan sólo asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa formal. Él le preguntó si se alojaba en el hotel. No, le dijo ella, iba de camino a West Cork.

—¡Cork! ¡Yo soy de Bandon! —le dijo él.

Maggie asintió de nuevo con la cabeza. Tuvo un repentino acceso de calor y notó que se estaba ruborizando. El hombre le preguntó si le apetecía otra copa. «Un pájaro nunca vuela con una sola ala.» Ella se lo agradeció y le dijo que no, que debía ponerse en camino. Él le sonrió de nuevo, le deseó un buen viaje y le pidió, con una carcajada, que saludara a Bandon de su parte si por casualidad pasaba por delante.

Maggie recogió sus objetos, el bolso, las llaves del coche, el fular de gasa, y se puso en pie. Temía que él se levantara y la tocara cuando pasara a su lado, que la sujetara de la rebeca o intentara cogerle la mano. Pero de repente percibió que él la miraba de una forma extraña; su expresión había cambiado, parecía sorprendido, incluso conmocionado. Ella debía de haber dicho algo antes, aunque no recordaba qué. Últimamente le sucedía a menudo que soltaba cosas sin pensar. A veces incluso hablaba en alto sin ser consciente y sólo se daba cuenta cuando los demás se apartaban de su lado con expresión ofendida o atemorizada. Su padre la había amenazado más de una vez con encerrarla. Debía ser prudente y cerrar la boca, especialmente ahora.

Dentro del coche tuvo que permanecer inmóvil durante un minuto para calmarse, pero de repente la asustó pensar que el hombre de las polainas podía salir e intentar abordarla de nuevo. Arrancó el coche y se alejó rápidamente.

No veía el momento de llegar a Ashgrove.

Mona Delahaye le telefoneó al hospital. La chica de la centralita entendió mal el nombre y le dijo que una tal señora Delaney quería hablar con él. Aunque no conocía a ninguna señora Delaney pidió que le pasaran la llamada. Cuando escuchó la voz de Mona, sintió cómo se le cerraba la garganta y se sorprendió. Mientras hablaba con ella, imaginaba su boca carmesí, grande y fina, curvada en una alegre sonrisa maliciosa. Cuando le comentó la confusión con su nombre, ella se rió con ganas y Quirke creyó sentir cómo su aliento cálido recorría la línea hasta llegar a él. Le preguntó qué podía hacer por ella y Mona le pidió que fuera a su casa, pues había ciertas cosas de las que quería hablarle.

—Nadie me cuenta nada —dijo ella con un puchero en la voz.

Él no entendió qué quería decir. ¿Qué cosas no le contaban y quiénes eran los que no se las contaban?

Asomó la cabeza por la puerta de la sala de autopsias. Sinclair estaba dentro, preparándose para diseccionar el cadáver de una niña gitana que se había ahogado en el mar, junto a Connemara.

—Tengo que irme. Te quedas a cargo del fuerte —dijo Quirke.

Sinclair le miró. Estaba acostumbrado a cuidar del fuerte.

—La mujer de Victor Delahaye quiere verme —añadió Quirke, pensando que le debía una explicación. Sinclair tenía el don de hacerle sentir culpable.

—Tal vez desea confesar que fue ella quien mató a Jack Clancy —dijo Sinclair con el escalpelo en la mano.

—Sí, seguramente. Volveré dentro de una hora —replicó Quirke.

En Northumberland Road las calles regadas por la lluvia reciente humeaban al sol y el húmedo perfume de flores empapadas y del mojado suelo de marga flotaba denso en el aire. La criada de rizos rojizos le abrió la puerta. Su amplia sonrisa y sus ojos verdes le recordaron a una joven que había conocido en un convento hacía muchos años. Maisie se llamaba. Se preguntó qué habría sido de ella. Nada bueno, pensó. Nunca supo siquiera cómo se apellidaba.

Le condujeron al salón y aguardó frente al sofá con las manos en los bolsillos y balanceándose sobre los talones, mientras contemplaba el cuadro abstracto de Mainie Jellett. El reflejo de la ventana y del jardín soleado en el cristal del cuadro le obligaba a mover la cabeza para ver bien la pintura. No le parecía gran cosa, pero pensó que probablemente tenía algo que él no percibía. A su alrededor la casa semejaba dormir. Seguía sin tener aspecto de un hogar de luto.

Mona Delahaye entró en la habitación, cerró la puerta y se recostó contra ella, con las manos en la espalda, la cabeza ligeramente baja y una sonrisa. Llevaba unos pantalones negros, una blusa de seda verde y unas sandalias doradas. El barniz de las uñas de sus pies hacía juego con el carmín de sus labios.

—Gracias por venir. ¿Le apetece una copa? —se acercó al aparador de palo de rosa. Las botellas estaban ordenadas en hileras sobre una gran fuente de plata—. ¿Ginebra? ¿O es un hombre de whisky?

—Jameson, si es posible.

—Tenemos de todo —giró la cabeza para mirarle con su sonrisa de gata—. Le acompañaré.

Se aproximó a él con los dos vasos y le tendió uno.

—Gracias —dijo él.

—Chin, chin —Mona dio un sorbo e hizo una mueca—. Dios, no sé cómo puede beber esto, es fuego líquido —dijo con voz ronca.

Estaban muy cerca. Mona era media cabeza más baja que Quirke y el almizcle de su perfume le llenaba la nariz. Llevaba abiertos los tres botones superiores de la camisa y cuando él miró hacia abajo vio las pecas entre sus pequeños y pálidos pechos.

—Había algo que deseaba contarme.

—¿Sí?

—Eso me dijo por teléfono.

—Ah, sí —miraba distraída su corbata—. Se trata de que nadie me cuenta nada —alzó los ojos hacia él—. Su amigo el policía... ¿Cómo se llama?

—Hackett. El inspector Hackett.

—Eso es. Tiene una manera peculiar de hablar sin decir nada. ¿Se ha dado cuenta?

—Sí, me he dado cuenta. ¿Qué le gustaría que le dijera?

—Creo que ya he tenido bastante de esto, gracias —dijo ella con la vista clavada en su vaso.

Dejó el whisky sin terminar encima del aparador, cogió otro vaso y echó un poco de ginebra y una generosa dosis de tónica. Levantó la tapa de una cubitera de plata y maldijo en voz baja.

—No hay hielo, para variar —dijo.

Ciertas mujeres, pensaba Quirke, parecían estar presentes de forma doble en una habitación. Como si además de la propia mujer hubiera otra versión más intensa de ella misma, otro sí mismo invisible que emanara de ella y la rodeara como un aura. Se dio cuenta de que deseaba ver a Mona Delahaye sin ropa. Aferró con más fuerza el vaso de whisky; su marido aún estaba caliente en la tumba.

—El asunto es que la gente se cree que soy idiota —continuó ella mientras se

dirigía al sofá blanco. Le miró—: Usted, por ejemplo, piensa que no tengo una pizca de seso, ¿no es así? —él no supo qué decir. Mona se sentó con un pequeño suspiro satisfecho—. Por eso le gustaría acostarse conmigo —con una sonrisa, dio un sorbo a su gin-tonic mientras le miraba alegremente. Dio unas palmadas al asiento del sofá junto a su cadera y le dijo con suavidad—: Venga. Oh, vamos, no voy a morderle.

Él titubeó. El tono juguetón de ella presagiaba peligro. Fue al aparador y se sirvió otro whisky, intentando que el cuello de la botella no golpeará el vaso. Podía notar a su espalda la mirada de la mujer, su sonrisa. Se aproximó a Mona y se sentó en el brazo más apartado del sofá, igual que había hecho la primera vez que estuvo allí con Hackett.

—¿Qué desea saber? ¿El motivo por el que se suicidó su marido?

—Oh, no. Eso ya lo sé más o menos —cruzó las piernas y extendió el brazo sobre el respaldo del sofá. Se llevó el vaso a la boca, pero arrugó la nariz y no bebió—. La ginebra sin hielo está un poco asquerosa, ¿verdad?

La imagen de otra mujer sentada en otro sofá con un vaso de ginebra sin hielo vino a la cabeza de Quirke. Mona Delahaye le observaba como si pudiera leer su mente.

—¿Está casado, doctor Quirke?

—No.

—Tiene aspecto de hombre casado.

—Estuve casado hace mucho tiempo. Mi esposa murió.

—Qué lástima —dijo Mona con indiferencia, mientras asentía con la cabeza. Continuó escrutando su rostro con una sonrisa en sus labios delgados—. Así que ahora es un alegre soltero.

—Más o menos —hizo girar el whisky en el vaso—. ¿*Por qué* se suicidó su marido?

Mona levantó el brazo del respaldo del sofá y se inclinó hacia delante.

—No he dicho que lo sepa —se limitó a contestar. Hizo una pausa mientras fijaba la vista en el delgado anillo de oro que llevaba en el dedo corazón de la mano izquierda—. Creo saberlo. Él era muy... Bueno, era terriblemente celoso, resultaba ridículo. Le volvía loco la idea de que yo tuviera un amante —Mona sonrió—. O varios amantes, incluso.

—¿Y los tenía?

Ella ignoró la pregunta.

—Se pasaba la vida dándole vueltas al tema hasta que yo me aburría y empezaba a tomarle el pelo. Sé que es una canallada, pero no podía resistirlo —lo miró frunciendo el ceño—. ¿Usted conocía a mi esposo?

—Coincidí con él una vez en una recepción. No recuerdo dónde.

—¿Estaba yo?

—Creo que sí.

—¡Qué raro! Si yo lo hubiera conocido, me acordaría de usted —sonrió con picardía y luego volvió a fruncir el ceño y desvió la vista, ausente—. El problema era que él no tenía sentido del humor, ningún sentido del humor. Y resulta muy pesado cuando estás casada con una persona así.

Acabó su bebida e hizo rodar el vaso vacío entre sus palmas. La sombra de una nube oscureció la ventana un segundo y una luz radiante inundó de nuevo la estancia.

—Es increíble, parece que estamos en abril —dijo Mona mirando la ventana, luego se volvió hacia él—. Dejó una nota, ¿se lo había dicho ya?

—No, no me lo había dicho.

—Bueno, la dejó. Pero, mire, preferiría que no se quedara sentado ahí, tenso como un sacacorchos. Siéntese aquí, a mi lado... Vamos.

—Señora Delahaye, sigo sin saber por qué me ha pedido que viniera.

—Tampoco lo sé yo —sonrió ella animada—. Pero estaría bien que se acercara y se sentara a mi lado. Podríamos hablar de ese tema —dijo Mona parodiando un tono grave y solemne—. A usted le gusta conversar, ¿verdad?

Él se puso en pie y se detuvo indeciso. Su vaso estaba de nuevo vacío. Se sentía mareado. ¿Qué debía hacer? Sentada tranquilamente en el sofá, la mujer le contemplaba con lo que parecía una cálida y comprensiva sonrisa, como si entendiera su dilema. Alzó su vaso.

—Sirva otra ronda para los dos. Me apetece y creo que usted lo necesita.

Él se demoró en el aparador mientras servía las bebidas. Cuando las llevó al sofá, Mona saboreó la suya y sacudió la cabeza.

—No, me niego a tomar otro gin-tonic sin hielo. ¿Sería tan amable...? La cocina está al fondo del vestíbulo —con un dedo le señaló la dirección—. Sarah está allí y le ayudará.

Quirke cogió la cubitera y se alejó por el vestíbulo hacia los oscuros recovecos de la casa. Sarah, la criada, no se encontraba por ninguna parte. Él había estado enamorado de una mujer llamada Sarah, que ahora estaba muerta. La cocina, grande e impersonal, olía ligeramente a gas. La rechoncha nevera estaba en una esquina, murmurando igual que una figura arrodillada y vestida de blanco que orara en trance. Despegó con un crujido la bandeja de hielo de su compartimento, la llevó al fregadero y empezó a batallar con ella, se le pegaban las almohadillas de los dedos a los regordetes cubitos de hielo empotrados en sus celdas de metal. Al final se le ocurrió girar la bandeja y colocarla bajo el grifo abierto y todos los cubitos cayeron al mismo tiempo con gran estrépito y tuvo que cazarlos en el fondo del fregadero con los dedos, que a esas alturas empezaban a estar insensibles.

Con la cubitera llena emprendió el regreso a través de la casa. Al llegar al vestíbulo escuchó voces y mientras andaba se abrió de repente una puerta y uno de

los gemelos Delahaye, que salía, se detuvo en el umbral y lo miró con sorpresa. Como de costumbre, iba vestido de blanco —camisa deportiva blanca, pantalones blancos de resistente algodón, zapatillas de tenis— y llevaba una bandeja de madera con varios vasos. Quirke echó una ojeada a la habitación por encima del hombro del joven. Había una mesa de billar y, sentada sobre ella, una bella morena con el pie izquierdo en el suelo, la pierna derecha levantada y doblada hacia el pecho y las manos en torno a la rodilla. El otro gemelo estaba frente a ella y tenía una mano en su cadera. Los tres le devolvieron la mirada impasibles. Nadie dijo una palabra. La pequeña escena —Quirke en el zaguán, el gemelo en la puerta y la pareja en la mesa de billar— duró un par de segundos y Quirke continuó su camino con una extraña sensación de alivio, como si hubiera atravesado un sueño.

Mona Delahaye estaba recostada en el sofá. Descruzó las piernas lentamente, se inclinó hacia delante y alzó el vaso hacia él para que echara dentro un puñado de hielos de la cubitera.

—Es usted un encanto —dijo mientras contemplaba cómo chocaban los cubitos entre las burbujas de la tónica.

Quirke recuperó su vaso de whisky y tomó asiento de nuevo en el brazo del sofá.

—Así que su marido dejó una nota.

—Sí —dijo ella irritada—. La tiré. O la quemé, más bien. ¿O la arrojé a usted-ya-sabe-dónde y tiré de la cadena? Ve, soy una cabeza de chorlito —y le guiñó un ojo.

—¿Podría contarme qué decía? ¿Qué escribió?

—Nada, tonterías. Lo mucho que me amaba y lo celoso que se sentía... Esas cosas, lo típico —dio un sorbo a su bebida con expresión pensativa—. No hay nada que hacer con alguien celoso. Y siempre montan... un *spectacle*. Ellos mismos se ponen en ridículo. Es lamentable. ¿No piensa lo mismo? —dijo mirándolo.

Quirke se bebió su whisky, sacó los cigarrillos, le ofreció uno y cogió otro para él. Al inclinarse hacia ella con el mechero, fijó los ojos de nuevo en la blusa abierta. La piel de su escote era tan pálida y debía de ser tan suave.

—¿Su marido tenía celos de Jack Clancy? —preguntó.

Ella soltó una risa cantarina.

—Tenía celos de todo el mundo —avanzó ligeramente el labio inferior y le lanzó al rostro una fina bala de humo.

—¿Por eso intentó matar al hijo?

Ella frunció el ceño perpleja.

—¿Qué?

—¿Fue por celos que abandonó al joven Clancy en el barco a kilómetros de la costa para que se friera bajo el sol? ¿Para vengarse de su padre?

Ella le lanzó una extraña mirada, apretando los labios y con los ojos muy abiertos, como si él hubiera dicho algo divertidísimo y tuviera que esforzarse para no romper a

reír.

—No se me había ocurrido —dijo, parpadeando lentamente, esforzándose en mostrarle lo impresionada que estaba por su perspicacia—. Seguro que fue así. De hecho, estoy convencida de que planeaba matar a Davy, pero en el último minuto no tuvo valor y se pegó un tiro. Muy típico de Victor. En realidad, no era muy... no era muy *competente*. Tenía fama de ser despiadado en los negocios —rompió a reír casi con placer—, pero eso era un disparate. No tenía ni idea. Su padre llevaba el negocio, incluso cuando ya estaba retirado. Y cuando el pobre y viejo Sam sufrió la apoplejía, el pelota de Maverley dio un paso al frente y se hizo cargo. Sin olvidar a Jack, claro. Jack conocía el negocio de arriba abajo —dejó caer el cigarrillo en el cenicero, que había colocado en el suelo, junto a sus pies—. El problema de Victor era su madre. Tendría usted que haberla conocido... Parecía un encanto, pero era un verdadero monstruo. Lo echó a perder, le calentaba la cabeza con lo inteligente y lo importante que era, al mismo tiempo que limaba su confianza. «Oh, Victor, no intentes ser como tu padre, nunca podrás ser como él», le decía con una dulce sonrisa, mientras le daba palmaditas en la mano. Es a ella a quien Victor debería haber matado, aunque se murió solita muy oportunamente.

Sin pensarlo, él resbaló del brazo del sofá para sentarse junto a ella. Mona sonrió y por un momento pareció que iba a aproximarse para recostar la cabeza en su hombro o para acurrucarse en su pecho.

—¿Podría contarme qué decía la nota... la nota de despedida? —preguntó Quirke.

Ella le volvió a mirar como si estuviera a punto de reír.

—No he dicho que fuera una nota de *despedida*. Tan sólo una nota. A menudo escribía lo que no se atrevía a decir.

—¿Y qué escribió esa última vez? ¿Qué era lo que no se atrevía a decir?

—Ya se lo he contado: hablaba sobre sus celos.

—De Jack Clancy.

—Mmm.

Hundió un dedo en el vaso para remover la ginebra y lo que quedaba de los cubitos de hielo. Luego, mirándolo de soslayo, se llevó la punta del dedo a la boca y lo chupó. Él sostuvo su mirada. Era muy consciente de la presencia de otras personas en la casa: la criada Sarah, los gemelos, la chica morena. ¿Qué se traían entre manos esos tres en la sala de billar? Nada bueno, seguro.

—¿Sabía lo que él iba a hacer? —ella movió la cabeza, aún con el dedo en la boca. Él añadió con voz queda—: Pero no le sorprendió.

Ella cogió el vaso de la mano de Quirke, se levantó y marchó al aparador para servir un nuevo trago a cada uno.

—¿Qué sabe de mí? —le preguntó mientras se atareaba con las botellas, los

vasos, el hielo.

—¿Qué sé de usted?

—Sí. De dónde soy, por ejemplo. ¿Puede adivinarlo por mi acento? —él no había notado ningún acento—. Aunque tal vez lo he perdido.

Se aproximó con las bebidas, le dio a Quirke la suya y se sentó a su lado.

—Nos vamos a emborrachar —dijo Quirke.

Mona colocó una pierna bajo su cuerpo con la agilidad de una bailarina.

—Sí, eso es lo que intento —contestó alegremente y chocó su vaso contra el de Quirke—. A su salud.

El whisky le quemó a Quirke la garganta. Necesitaba comer algo. Empezaba a oír su respiración y eso siempre era mala señal. La bebida no parecía afectar a Mona Delahaye, tan sólo daba una expresión pícara a su rostro.

—¿De dónde es?

—¿De verdad no se nota? No sé si alegrarme o no... Quiero decir, por haber perdido mi acento. Soy de Sudáfrica. Mi apellido, mi —soltó una risilla floja—... mi apellido de soltera era Vanderweert.

Quirke asintió, aunque era incapaz de imaginarse a esa mujer de soltera.

—Nací en Ciudad del Cabo. ¿Ha estado alguna vez? Es preciosa.

—Se encuentra muy lejos de su tierra.

La expresión de Mona se hizo melancólica.

—Sí, es cierto, aunque ya no es mi tierra —le sonrió—. Supongo que está imaginando minas de diamantes y cafres azotados y cosas así, mientras yo, apoyada en la veranda al fresco de la tarde y con un vaso alto lleno de una bebida con hielo, contemplo la puesta de sol en la Montaña de la Mesa. No se corresponde con la realidad, mucho me temo que no es así para nada. Mi padre era... es un funcionario, un ciudadano de tercera, como dicen. Yo crecí en un chalé en Parow.

—¿Dónde está eso?

—Es un barrio a las afueras de Ciudad del Cabo. No es el lugar más bello de la tierra.

—¿Cómo conoció a su marido?

—¿A Victor? —preguntó como si hubiera olvidado que había estado casada—. Él había ido a Ciudad del Cabo con el pretexto del trabajo. Le encantaba viajar como un alto ejecutivo de un extremo al otro del mundo. Yo trabajaba de mecanógrafa en una de las compañías que él visitó. Me invitó a cenar, fuimos a bailar, salió la luna y por la mañana ya habíamos cerrado el negocio —ella lo observaba, irónica y divertida—. La manera en que suceden las cosas no suele tener mucho encanto. A usted podría haberle mentado, ¿se da cuenta? Podría haberle contado que soy una descendiente de De Beers y que Victor tuvo que rogarle al plutócrata de mi padre para que le concediera mi mano, y usted se lo hubiera creído. Pero he pensado que preferiría

saber la verdad. He pensado que usted *merecía* saber la verdad, por aburrida que sea —Mona se rió—. Victor se habría puesto furioso... A él le gustaba aparentar que yo era la hija de una ilustre familia colonial. Pobre Victor.

Una expresión de tristeza apareció en el rostro de Mona. Quirke deseó cogerle una mano; no debía beber más, tenía que parar.

—Lo siento. No le he dado el pésame —dijo.

A ella se le iluminó el rostro.

—¡Qué amable! No importa, de verdad. De hecho, lo que uno necesita en momentos como éste es alguien frío y distante para que te espabile —lo miró escrutadora a los ojos—. Quiere acostarse conmigo. No me equivocaba antes cuando se lo dije, ¿no es cierto?

Quirke no supo cómo contestar. La franqueza felina de su mirada le desconcertaba y le excitaba al mismo tiempo. Estaba empezando a sudar. Se sintió aliviado por la banalidad de lo que los rodeaba: la habitación, el sol en el jardín, la presencia de otras personas en la casa. Sin duda, ella le estaba tomando el pelo; estaba jugando a ser provocadora para ver cómo reaccionaba.

—Cuénteme qué opina de Jack Clancy —le pidió, por decir algo.

—¿Qué opino de él?

La mirada de Mona era ahora algo errática. Frunció el ceño como si hubiera perdido el hilo de lo que estaba diciendo y tratara de encontrarlo de nuevo. Quirke se sintió ligeramente aliviado al comprobar que la ginebra por fin le había hecho efecto.

—De lo que le sucedió en el velero —aclaró Quirke.

—¿No lo sabe usted? Yo creía que usted lo sabía todo, usted y su amigo el policía.

Quirke se inclinó hacia delante, posó el vaso cuidadosamente en el suelo y luego cruzó las manos. Podía oír con claridad el aire entrando y saliendo de su nariz, de su pecho, y supo que estaba borracho. No muy borracho, no borracho-borracho, pero borracho.

—Jack Clancy se ahogó, pero antes de que eso sucediera alguien o algo le golpeó en la cabeza —dijo.

—¿Ah, sí? —musitó Mona distraída.

Quirke dudó que le estuviera escuchando. Mona se inclinó para coger el vaso que él había dejado sobre la alfombra, entre sus pies. Quirke hizo un gesto para detenerla.

—Venga, sólo otra copa más y luego nos vamos a ver si hay algo para comer —dijo Mona.

Él cogió los dos vasos y los llevó al aparador. Su intención era dejarlos allí, pero se encontró llenándolos de nuevo. Sólo una más, como había dicho ella; la última. Sentía la piel de la frente alarmantemente tensa y velaba sus ojos una ligera neblina, que no conseguía eliminar por más que parpadeara. Llevó los vasos hasta el sofá.

Algo le pellizcaba en el fondo de su mente, pero decidió ignorarlo. Un trago más y luego pararía.

Sonriendo y bamboleándose ligeramente, se inclinó sobre Mona, que permanecía sentada. Una oleada de felicidad, infantil y vacía, le golpeó como una excitante ráfaga de viento. «Quirke, eres un maldito idiota», pensó.

Se despertó con un sobresalto sin saber dónde estaba. Aunque el sol no entraba en la habitación, el aire tenía una textura de oro viejo. Techo alto con molduras, paredes pintadas de verde manzana, dos ventanas altas. Las cortinas, de gruesa seda amarilla, estaban echadas y filtraban la luz del sol. Un armario, un tocador, un biombo articulado de seda estampada, pájaros lanzándose en picado dibujados en la seda. Quirke yacía entre sábanas arrugadas y bajo un edredón de raso. Demasiado calor. Gotas de sudor perlaban su labio superior y humedecían la concavidad sobre las clavículas. Le quemaba la lengua, áspera por el whisky. Y entonces recordó. «Oh, Dios.»

Ella estaba tumbada de lado, de espaldas a él, su cabello volcado sobre la almohada como una lustrosa mancha oscura. Roncaba suavemente. Quirke deslizó las piernas con cuidado bajo el edredón hasta que sus pies tocaron el suelo, salió de la cama y atravesó la habitación agachado buscando su ropa.

—¿Ya te vas? —dijo ella a su espalda.

Quirke se enderezó y se volvió hacia la cama, sintiendo una repentina angustia. Tumbada boca arriba, con un brazo bajo la cabeza, Mona lo miraba desde el borde del abultado y ondulante edredón.

—Déjame un cigarrillo antes de irte.

Al inclinarse de nuevo para recoger su ropa, dispersa en el suelo, empezó a sentir un martilleo en la cabeza. Se puso los pantalones, la chaqueta estaba colocada en el respaldo de la silla dorada del tocador. Encontró los cigarrillos y el mechero y los llevó a la cama. Mona no se había movido. Uno de sus pequeños y blancos pechos estaba al aire.

—Lo siento —dijo él.

—¿Por qué?

—Debería estar en el hospital.

—Por supuesto que deberías. Ocupado, ocupado, ocupado —se enderezó en la cama, apoyándose en los codos. Quirke le puso un pitillo entre los labios y sostuvo el mechero ante ella—. Ya estoy acostumbrada a que los hombres se escabullan de mi cama —soltó una pequeña carcajada—. Suena horrible, ¿verdad? Debo parecerle una furcia —le contempló en la dorada penumbra—. ¡Qué corpulento eres! Todo músculos y vello. Vuelve a la cama, anda.

Él cogió un cenicero del tocador y lo colocó sobre el edredón, cerca de ella. Sus

pálidos pechos le recordaban un animal pequeño y suave y de ojos grandes... ¿Un lémur? Se sentó y los muelles del colchón parecieron protestar con un leve chirrido. Apoyada contra un montón de almohadas, Mona lo miraba —más bien lo *vigilaba*, pensó Quirke— como si lo estuviera comparando con un modelo que tenía en la cabeza y no encajara, pero sus carencias resultaran aceptables. El cenicero llevaba la inscripción «Hôtel Métropole Monte-Carlo».

—Lo robé —le dijo ella—. Me gusta robar cosas. Nada de valor, sólo cosas que me llaman la atención. Los maridos de otras mujeres, por ejemplo.

—No estoy casado, ya te lo he dicho.

—Sí, es una lástima —Mona hizo una mueca y se retorció ligeramente—. Aj, estoy mojando la cama —al ver que él retrocedía, sonrió—. ¿Por qué te asustan tanto las mujeres? —no había en su voz ningún atisbo de acusación o de rechazo, tan sólo curiosidad—. Me imagino que la culpa será de tu madre.

—No tengo madre... No *tuve*.

—¿Murió?

Él se encogió de hombros.

—No la conocí. Ni a mi padre.

—Vaya, vaya —dijo Mona con extraña aspereza—, un pobre huerfanito. Déjame imaginarlo: el hospicio, los golpes, los cuencos de gachas y tú, un crío, trepando por las chimeneas a cambio de una moneda de dos peniques y un enjabonado.

Quirke no sonrió.

—Algo así.

—¿Y cómo has hecho para llegar desde allí hasta aquí?

—Es una historia larga...

—Me gusta oír historias largas en la cama.

—... y aburrida.

Ella dio una calada a su pitillo.

—Supongo que no deberíamos tomarnos otra copa. No, no, tienes razón, Dios sabe cómo acabaríamos —Mona se inclinó hacia delante y rodeó sus rodillas con los brazos desnudos—. Así que no has tenido una mamaíta y por eso te dan miedo las mujeres.

—¿Por qué dices que me dan miedo las mujeres?

Mona movió la cabeza simulando pesar.

—Una chica siempre se da cuenta de esas cosas. No es tan malo ser inseguro. Resulta incluso interesante —Mona deslizó un dedo por el dorso de la mano de Quirke, que se apoyaba en la sábana—. Algunas veces es muy atractivo.

Quirke, seco ya el sudor sobre su piel, sintió repentinamente frío. Buscó su camisa para ponérsela y entonces regresó a la cama.

—Dime qué está pasando.

Ella le miró fijamente.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué está pasando dónde?

—Aquí. Todo esto. El suicidio de tu marido; a continuación, Jack Clancy se ahoga. El negocio. Davy Clancy. Tu cuñada...

—¿Mi cuñada? ¿Te refieres a Maggie? —le miró incrédula.

—Sí, la hermana de tu marido.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Qué pasa con cada uno de vosotros? Aquí hay algo raro. Todo parece estar relacionado y enredado.

—Claro, ¿cómo no va a estarlo? Son dos familias que hacen negocios juntas y saben todo la una de la otra. ¿Cómo no va a estar *enredado*?

Esta mujer podía ser muchas cosas, pero desde luego tonta no era, pensó Quirke.

De repente, Mona se inclinó y lo besó en la boca con dureza, casi con violencia, casi con ira. Su boca sabía a tabaco y ligeramente a ginebra. Lo que estaba sucediendo ya le había pasado antes en circunstancias idénticas con otra mujer, otras mujeres. Sintió la frescura estremecida de los pechos de Mona contra su piel. Ella se apartó y lo miró. Sus ojos, tan cerca, parecían inmensos.

—¡Qué tonto eres! ¡Tonto sin remedio! —le dijo afectuosa.

De puntillas y con el sombrero en la mano, Quirke atravesó el vestíbulo. A su espalda, en la casa, se oían voces. Deseó no toparse de nuevo con los gemelos o la chica, ese trío tan elegante y frío. Le habían mirado de aquella manera irónica y controlada mientras se lanzaban su secreto de unos a otros como si fuera una elástica y mullida pelota de tenis. Ya descubriría cuál era su secreto, ese secreto con el que jugaban.

La criada seguía sin dar señales de vida. Mientras abría la puerta, se vio como una especie de payaso avanzando a trompicones con sus grandes zapatos y holgados pantalones entre dos risueños equipos que, vestidos de blanco, lanzaban sobre su cabeza, con burlona facilidad, la pelota que él intentaba atrapar a saltos en vano.

Sí, averiguaría cuál era el secreto.

Phoebe no conseguía quitarse a los gemelos Delahaye de la cabeza. A ella no le había apetecido ir aquella noche a la fiesta en la casita de chocolate de Breen bajo el puente del ferrocarril. No le gustaban las fiestas, le dejaban una sensación de aturdimiento y desasosiego durante días, pero pensó que debía ir pues eso es lo que hacen las novias con sus novios.

Novia. Novio. Esas palabras le chirriaban y casi le provocaban sonrojo, no por timidez o por un placer vergonzoso, sino porque le suscitaban una incomodidad que no lograba entender.

¿Qué tenían los hermanos Delahaye para resultar tan llamativos? Los gemelos siempre resultaban un poco asombrosos, pero en el caso de los Delahaye había algo más. Tenían un aura fascinante; fascinante, sorprendente e inquietante. Poseían esa presencia lívida: el cabello tan rubio, la piel nívea, como de cera y casi translúcida, y los ojos de un extraño azul plateado, casi transparentes como los ojos de las gaviotas. Pero lo que más le atraía de ellos era su actitud distante y serena, como si estuvieran posando permanentemente para su retrato, como si...

Lo que le atraía de ellos. De nuevo se sintió sorprendida. ¿Era eso lo que en verdad sentía? ¿Le atraían?

Gaviotas, sí. Eso era exactamente lo que esos dos parecían, con su pose lejana y sus pálidos ojos, siempre vigilantes, desdeñosos.

Estaba pensando en ellos el día que se topó con el inspector Hackett. Era la hora de la comida y acababa de salir de la tienda en la que trabajaba, la Maison des Chapeaux, en Grafton Street, cuando se encontró con el policía, que iba de paseo con las manos en los bolsillos de su traje azul lleno de brillos, su pequeña panza asomando entre los tirantes y el viejo y baqueteado sombrero echado hacia la coronilla. Cada vez que Phoebe coincidía con Hackett, él parecía andar despreocupado y sin rumbo. Hoy estaba claramente disfrutando del sol y, al verla, la saludó afectuoso con sus primorosos modales anticuados.

—¡Qué sorpresa, señorita Griffin! —exclamó levantándose el sombrero e hinchando las mejillas de contento.

Phoebe estaba segura de que él la apreciaba, aunque no comprendía por qué. Creía recordar que no tenía hijos; tal vez la veía como la hija que habría deseado.

—Hola, inspector. ¡Qué día tan bonito!

—Desde luego —asintió Hackett mirando al cielo con los párpados entrecerrados y simulando guiñarle un ojo al mismo tiempo. A ella le hacía gracia cómo él

exageraba su aspecto pintoresco para divertirla, comportándose como un hombre de campo recién llegado a la ciudad y exagerando su marcado acento de las Midlands. Phoebe sabía lo inteligente y astuto que era. No le habría gustado encontrarse en el pellejo de un delincuente sobre el cual Hackett hubiera fijado su mirada aparentemente inofensiva.

Fueron juntos a Bewley. No había un alfiler, como siempre sucedía a la hora de la comida. Se sentaron en un velador de mármol, al fondo del espacioso comedor rojo y negro, entre el olor a café, salchichas fritas y dulces.

Con el sombrero en el regazo, Hackett pidió a la camarera un bocadillo de jamón y «un tazón de té», bordando su papel de patán. Luego volcó su atención en Phoebe y le preguntó por su padre. Ella sabía que, en los últimos tiempos, Quirke y él se veían con regularidad por el caso de Delahaye & Clancy, así que Hackett debía de saber cómo se encontraba su padre. No obstante, le respondió que Quirke estaba bien, muy bien, de hecho. Era su manera de decir que Quirke no estaba bebiendo o, por lo menos, no estaba bebiendo destructivamente como otras veces. Hackett asintió. Dejaba caer los párpados y fruncía los labios como un viejo y gordo obispo católico, pensó Phoebe, un habitual del Vaticano, conocedor del mundo, calculador, maquiavélico.

—¿No es espantoso lo de ese pobre hombre, Clancy, el que se ahogó? Un accidente tan terrible y cuando estaba tan reciente la muerte de su socio —dijo Phoebe, simulando un asombro casi colegial. Él no era el único capaz de actuar.

Observó la reacción de Hackett. Su tono no le había engañado, por supuesto.

—Sí, terrible —asintió el policía, con la barbilla casi tocando el pecho y lanzándole una aguda mirada con los ojos entornados.

—¿Saben ya qué sucedió? —Phoebe no estaba dispuesta a que esquivara el tema.

—¿Saben? —preguntó él con candidez y gran asombro.

—La familia. Las autoridades. Usted —sonrió Phoebe.

La camarera les trajo lo que habían pedido. Para Phoebe, una taza de café y una tostada. Hackett miró el plato con ojo reprobador:

—Así no va a engordar, hija —le dijo.

Ella asintió.

—De eso se trata.

Hackett vertió leche en su té y le añadió tres cucharadas colmadas de azúcar. Tenía marcado en la frente el cerco de su sombrero y la piel, encima de esa línea, se veía rosada y tierna como la de un bebé. Llevaba el grasiento pelo negro aplastado y Phoebe se preguntó si se lo lavaría alguna vez. ¿Qué sabía de él? Poca cosa. Que estaba casado y que vivía en algún lugar de las afueras. Aparte de esa mínima información, no sabía nada.

Le recordaba al perro que tuvo cuando era pequeña. Se llamaba Ruff. Era un

chucho blanquinegro al que le faltaba media oreja. Le encantaba jugar, cogía los palos que ella le lanzaba, los dejaba caer a sus pies y se sentaba sobre sus patas traseras, mirándola con una mueca como si sonriera y con la larguísima lengua rosada colgando, para que ella se los lanzara de nuevo. Un día, durante unas vacaciones de verano en Rosslare, sorprendió a Ruff en el Burrow, la franja de arena y hierba que separaba el hotel de la playa. Había atrapado un bicho entre las hierbas, parecía una liebre pequeña, un lebrato, y Phoebe se quedó paralizada al contemplar cómo descuartizaba al pobre animal. Ruff no la había visto y a solas había vuelto a ser una criatura salvaje, todo garras y dientes. Cuando por fin lo llamó, él levantó la cabeza, la miró con gesto culpable y escapó a toda velocidad con los restos de la liebre en la boca. Cuando más tarde regresó, era de nuevo el Ruff alegre de siempre, con aquella mueca sonriente y la oreja rota flotando al viento. Esperaba, sin duda, que ella hubiera olvidado la escena en el Burrow: la piel desgarrada y la brillante sangre oscura y los afilados dientes blancos. Pero ella no lo había olvidado; nunca lo olvidaría.

No supo si había sido ella o Hackett quien sacó a colación a los gemelos Delahaye. Hablar de ellos era como una prolongación de sus pensamientos y Phoebe se dio cuenta de que le interesaban más de lo que creía. Contó que los había visto en una fiesta en casa de Breen y cuánto la había sorprendido encontrarlos allí, en una fiesta, cuando la muerte de su padre estaba tan reciente.

—¿Cuándo sucedió eso exactamente? —preguntó el inspector, mientras removía de manera mecánica su té.

—El sábado. El sábado por la noche.

—Ah.

Phoebe esperaba que siguiera hablando, pero él no parecía tener nada más que decir sobre el tema. Entonces se dio cuenta. La noche del sábado había sido la noche en que Jack Clancy murió en el mar desierto a bordo de un barco, igual que su socio.

Distinguió a Jimmy Minor, a punto de entrar. Se había detenido en la puerta del comedor para encender un cigarrillo. De manera instintiva, Phoebe se apresuró a girar la cara para que no la viera. Su propia reacción la sorprendió, pero era cierto que a menudo hacía cosas que la sorprendían. ¿Por qué quería evitar a Jimmy? Se suponía que era su amigo.

Sintiéndose culpable, se medio levantó de la silla y agitó la mano para que él la viera. Jimmy agitó también la mano y se dirigió hacia ella zigzagueando entre las mesas y dejando una estela de humo a su paso. Phoebe era incapaz de imaginar a Jimmy sin un pitillo. Parecía un barco, un carguero de vapor, con su pelo rojo igual que una bandera y una estela de humo ondeando tras él.

Al ver al inspector Hackett, Jimmy enarcó las cejas y titubeó, pero Phoebe agitó la mano de nuevo y él se aproximó.

—Hola, Pheeb. Veo que estás entre los largos brazos de la ley.

El inspector Hackett le saludó con cortesía.

—Señor Minor, nos encontramos de nuevo. ¿Nos haría el favor de acompañarnos?

Jimmy miró a Phoebe enarcando de nuevo las cejas, tomó una silla de la mesa vecina y se sentó. Vestía una usada chaqueta de tweed, una camisa blanca, o que había sido blanca hacía algunos días, y una estrecha corbata verde con el nudo torcido. Llevaba muy corto el cabello, de un rojo vivo, que dibujaba un pico en el centro de su pálida y pecosa frente. Sus manos tenían el temblor de los fumadores compulsivos. El inspector Hackett lo miraba, lo *inspeccionaba*, con expresión sardónica. La tensión entre el policía y el periodista era palpable: parecían dos luchadores moviéndose en círculo, buscando una brecha para golpear.

La camarera se acercó y Jimmy le pidió un café solo.

—¿Nada para comer? —preguntó la camarera. Era una joven delicada con un rostro de *madonna*. Jimmy negó con la cabeza y ella se alejó. Jimmy no solía fijarse en las chicas.

—Dígame, señor Minor, ¿ha escuchado algo interesante desde la última vez que nos vimos? —le preguntó Hackett.

Jimmy Minor le lanzó una mirada asesina.

—Bastantes cosas. Bastantes.

—¿Alguna que pueda contarnos?

—Inspector, dudo que pueda contarle algo que usted no sepa.

—¿Por qué no prueba?

Jimmy guiñó un ojo a Phoebe, mientras hacía girar el extremo del cigarrillo contra el borde del cenicero, desprendiendo pulcramente la ceniza que caía al fondo. Fumar tanto como Jimmy te mantiene siempre ocupado, pensó Phoebe. Quizá por eso lo hacía él.

Su padre, su supuesto padre, Malachy Griffin, fumó en pipa durante una época cuando ella era pequeña. Phoebe codiciaba todos los objetos que él tenía para jugar: la bolsa de tabaco, de un cuero maravillosamente suave, con una solapa que se cerraba con un botón, la pequeña navaja que terminaba en un atacador, los paquetes de papel con lanudos bastoncillos limpiapipas blancos y unas cerillas especiales importadas, Swan Vestas se llamaban, que sólo se podían conseguir en Fox, en College Green. A ella le encantaba el olor del tabaco que su padre fumaba, uno que había hecho preparar especialmente también en Fox, una mezcla de Cavendish y Perique. ¿Cómo era posible que recordara todos esos nombres del pasado? En más de una ocasión, cuando él dejaba la pipa y se iba a hacer algo, ella simulaba dar una chupada sin importarle la húmeda y amarga sensación de la boquilla en su boca. Era tan cálida la cazoleta en su mano, tan suave. El círculo de plata que unía la boquilla

con la cazoleta tenía un pequeño sello en la parte inferior; se parecía al anillo de plata que Malachy llevaba en el meñique y que había pertenecido a su padre...

Con el ceño fruncido, miró su taza vacía. Había tropezado con algo en su cabeza, como cuando una uña rota se engancha en una pieza de seda. Tenía que ver con los gemelos Delahaye... ¿Qué era? Se acordó de uno de ellos, James debía de ser, inclinado sobre la chica en el umbral de la puerta en casa de Breen, con un brazo extendido y la mano apoyada en la jamba de la puerta y la cabeza girada hacia Phoebe, mirándola.

¿Qué? ¿Qué era? Se le había escapado.

Jimmy hablaba de algo relativo a la compañía Delahaye & Clancy. Algo que le había dicho un empleado... ¿Qué le había dicho? Phoebe se había perdido el comienzo de la conversación.

—... un reguero interminable de transferencias, miles de acciones traspasadas de un sitio a otro y sin que nadie supiera de qué se trataba.

El inspector Hackett escuchaba y asentía lenta y distraídamente, mientras removía de nuevo el té, que a esas alturas debía de estar helado.

—¿Y va a escribir sobre eso?

Jimmy soltó una risa burlona.

—¿Bromea? ¿Usted cree que mi periodicucho publicaría siquiera una nota donde se sugiriera que algo extraño sucedía en la muy respetable compañía de Delahaye & Clancy?

—No lo sé. ¿No lo publicaría? —replicó el inspector haciéndose el inocente.

Jimmy se giró hacia Phoebe.

—¿Sabes de quién estamos hablando?

—Claro que lo sabe. De hecho, conoce a la familia, ¿verdad, señorita Griffin? —dijo el inspector.

Un ávido destello apareció en los ojos de Jimmy.

—¿Los conoces?

—He coincidido con los gemelos, Jonas y James, y con la novia de Jonas, Tanya Somers. Y Rose Griffin conoce a su tía.

Jimmy silbó, mientras movía la cabeza.

—El pequeño y promiscuo mundo de la alta burguesía —volvió el rostro hacia Hackett—. Las pulgas grandes tienen pulgas pequeñas, ¿no es cierto, inspector? Y así ad infinitum.

Phoebe sintió que le ardía la cara. Jimmy tenía un lado muy desagradable que le convenía ocultar.

—No es una imagen muy halagüeña compararme con una pulga brincando en la espalda de la gente —dijo con aspereza.

Jimmy se limitó a sonreír, y la punta granate de su lengua apareció brevemente

antes de desaparecer. Igual que un lagarto, pensó Phoebe.

—De hecho —comentó en tono informal Hackett, como si no se hubiera percatado del duro intercambio verbal que acababa de ocurrir—, la señorita Griffin estuvo en una fiesta con los chicos Delahaye la noche que murió el socio del padre.

Jimmy la miró con curiosidad. Podía ser realmente desagradable cuando iba detrás de una noticia, pensó Phoebe. Se dio cuenta de que se estaba sonrojando de nuevo y no por causa de Jimmy, sino por la mención a los Delahaye. Sintió una punzada de irritación. ¿Qué le sucedía?

—Fue en casa de Andy Breen. Me extraña que tú no estuvieras —le dijo a Jimmy.

—Me encontraba fuera de la ciudad. Siguiendo una pista —repuso, displicente.

Phoebe reprimió una sonrisa. Jimmy había visto demasiadas películas sobre curtidos periodistas. A veces hasta ponía un leve acento de Hollywood al hablar. Se lo imaginó con una gabardina, un sombrero de fieltro y una banda en el hombro con la palabra *Prensa*. La imagen le hizo gracia y por fin sintió que su rostro recuperaba su palidez habitual.

El inspector Hackett la miraba, divertido por su expresión.

—¿Estuvo bien la fiesta? —preguntó.

Phoebe le contempló. Cuanto más inocentes parecían sus preguntas, más intencionadas eran. Se encogió de hombros.

—No especialmente. Aunque la verdad es que a mí no me gustan mucho las fiestas.

—¿De verdad? —dijo el inspector y, sin mediar palabra, se puso en pie, rebuscó en el bolsillo del pantalón, sacó un florín y lo puso sobre la mesa—. Les deseo que tengan un buen día. Señorita Griffin. Señor Minor.

Y, con el sombrero en la mano, se alejó sin prisa.

Jimmy se retrepó en la silla mientras lo contemplaba alejarse.

—Menudo pájaro —dijo casi con admiración.

La vidriera filtraba la luz del sol y daba un aire de iglesia a la gran sala; las personas en las mesas vecinas podrían haber sido una congregación y el humo que flotaba en el aire enrarecido, incienso. Jimmy se bebió los posos del café y se levantó.

—¿Te apetece dar un paseo?

Phoebe le sonrió irónica.

—¿No tienes nada que hacer? Pistas que seguir, ese tipo de cosas —dijo suavemente.

El pálido rostro de Jimmy se quedó lívido. Jimmy no se ponía rojo cuando estaba furioso, sino pálido como la cera. Era un tipo bajo, casi una miniatura, con unas manos y unos pies diminutos, y se ofendía muy fácilmente.

Phoebe se levantó con energía y le cogió del brazo.

—Sí, venga, vamos a dar un paseo.

Sacó un chelín del monedero y lo colocó junto al florín de Hackett. Eso hacía una propina de tres peniques y, sin ninguna razón, le entraron ganas de reír.

Subieron a St. Stephen's Green y pasearon bajo la fresca sombra tintada de los árboles. Les llegaban voces de niños jugando en el césped. Sobre sus cabezas, un aeroplano volaba en círculos con un zumbido de insecto.

Para Phoebe era casi la hora de volver al trabajo. Levantó la cabeza para contemplar la luz verdeazulada bajo el denso dosel de los árboles. En momentos como aquél, únicos y preciados, la posibilidad de ser feliz la asaltaba con la fuerza vertiginosa de una realidad súbitamente rescatada del pasado. ¿Era su destino ir siempre por delante de su propia vida, mirando hacia atrás?

—¿Cómo son los Delahaye? —preguntó Jimmy.

—¿Por qué me lo preguntas?

Él se había detenido a encender otro cigarrillo. Parecía un bebé glotón inclinado sobre la cerilla, con el cigarrillo bien sujeto entre sus labios fruncidos en un mohín, igual que un seductor. Phoebe no le había conocido ninguna novia. Se preguntó, y no era la primera vez, si él podría... tener esa inclinación. Eso explicaría su amarga fragilidad, tras la cual ella siempre percibía una timidez, casi un anhelo. Phoebe sintió una súbita ola de compasión por ese hombrecito temible, descontento y añorado. Enlazó su brazo con el de Jimmy.

—Hay una historia oculta detrás de este asunto. Si pudiera desentrañarla —dijo Jimmy mirando hacia delante. Volvió la cabeza hacia ella—. ¿Qué piensa tu padre?

—¿Me estás preguntando si él piensa que ahí hay una historia para ti?

Jimmy miró enfurruñado la brasa del pitillo.

—Pheebbs, el humor no es tu fuerte.

—Bueno, al menos lo intento, no como otros que no quiero nombrar —replicó Phoebe con alegría.

Continuaron el paseo, Jimmy con el ceño fruncido y Phoebe mirando al suelo con una sonrisa. ¿Existían en alguna parte hombres maduros?

—Sabes que Jack Clancy fue asesinado —dijo Jimmy, y en su voz no había ninguna sombra de duda.

Una niñera con medias negras pasó a su lado empujando un cochecito negro de bebé con unas enormes ruedas y la amortiguación alta y curvada.

—¿Lo sé?

¿Lo sabía? Le asombró un poco comprobar que le daba igual Jack Clancy y la forma en que había muerto. ¿Le importaba a alguien? ¿Qué importancia tenía para su padre, para Jimmy Minor, para el inspector Hackett? Es más, a la larga, ¿qué importancia tenía para ellos si el pobre hombre se había ahogado solo o alguien le había ahogado? Todos ellos pretendían esclarecer los hechos, la verdad, la justicia... Pero lo que en realidad deseaban era satisfacer su curiosidad.

—¿Sabes a ciencia cierta que fue un asesinato? —preguntó Phoebe.

—Tengo la intuición. La historia no encaja. Están tapándolo.

—¿Quién lo está tapando? ¿Mi padre? ¿El policía?

—No lo sé —soltó una risita áspera—. Cuando era pequeño me encantaban las novelas policíacas, no me cansaba nunca de leerlas. Arthur Conan Doyle, Dorothy L. Sayers, John Dickson Carr y Carter Dickson, aunque estos dos últimos eran la misma persona, Josephine Tey, Ngaio Marsh, cuyo nombre nunca supe pronunciar y del que nunca supe si era hombre o mujer... Los adoraba. Conseguían que todo cuadrara perfectamente, como un paquete envuelto en papel de estraza, atado con un cordel lacrado y con la dirección escrita con letra de caligrafía. Había un cadáver, había pistas, había sospechosos y entonces aparecía un detective y lo reorganizaba todo en una historia, una historia real, la historia de la verdad... La historia de lo que había sucedido.

Se rió de nuevo, pero a gusto esta vez.

—Me sentía tan bien cuando llegaba al final y todo quedaba explicado, el asesino era identificado y arrestado por la policía y los demás regresaban a sus vidas como si no pasara nada, como si nada serio hubiera sucedido. Yo quería ser Sherlock Holmes y Poirot y Lord Peter Wimsey, todos a la vez. Estaba convencido de que podía conseguirlo. Estaba convencido de que encontraría todas las pistas y descubriría quién lo había hecho y, al final, señalaría con el dedo al culpable y le diría: «Usted, señorita Murgatroyd, fue usted quien esperaba detrás de las cortinas del estudio con el estilete en la mano...». Y la señorita Murgatroyd sería detenida y se la llevarían mientras me maldecía y todo el mundo me rodearía para felicitarme y la sobrina del comandante Bull-Trumington, la guapa, me cogería del brazo y me diría lo maravilloso que soy —se detuvo y lanzó una breve carcajada—. Y entonces me hice mayor.

Qué extraño era que caminaran enlazados del brazo, pensó Phoebe, cuando sólo hacía un rato, en el café, se había enfadado con él. Aunque, en realidad, no iban del brazo. Ella había enlazado su brazo al de Jimmy, pero él no había sacado la mano del bolsillo y estaba tan rígido como de costumbre, rígido y enojado y lleno de resentimiento. ¿Resentimiento por qué, con quién? ¿Con ella? Le dio una patada a una hoja. En aquella latitud había hojas caídas todo el año. La hoja —¿de un sicomoro?— parecía una mano crispada sobre el suelo. Pensó en aquellos dos hombres en el mar, cada uno en su barco, enfrentándose a su muerte. Tan innecesario, todo tan innecesario.

—Pero ¿no es justamente eso lo que tú haces? ¿Intentar averiguar cuál es la historia? Es lo que dijiste hace un minuto. Estás intentando juntar las piezas para encontrar la explicación.

—Hay veces que no se encuentra la explicación —parecía repentinamente

cansado, cansado y casi viejo—. Localizas unas cuantas piezas del rompecabezas, algunas encajan y otras las dejas a un lado, sobre la mesa. Ése era el gancho de las historias policíacas que me gustaban: no había nada que no significara algo, no había nada que no fuese una pista. En la vida real no sucede así.

—¿Qué me dices de las pistas falsas? ¿Los autores de esas historias no introducían a propósito cortinas de humo para despistar al lector?

Entonces a Phoebe le vino a la cabeza tan repentinamente que casi rompe a reír. Dos anillos en dos dedos meñiques. O uno en dos.

—Oye, tengo que regresar al trabajo. Ya llego tarde —dijo con presteza, soltándole el brazo. Le rozó la mejilla con las yemas de los dedos—. Anímate. Estoy segura de que tendrás tu historia.

Mientras se alejaba bajo los árboles, Jimmy se volvió para mirarla, una figura trémula avanzando por el sendero salpicado de luces y sombras. De nuevo percibió las voces infantiles. El avión aún seguía allí, zumbando en algún recodo del cielo. Encendió otro cigarrillo y se puso en marcha.

El inspector Hackett iba paseando hacia Pearse Street y su oficina. En el cruce entre D'Olier Street y College Green había un triángulo de cemento con césped, demasiado insignificante para ser una isleta. Aquel lugar siempre le irritaba, aunque no sabía muy bien por qué. No era por la pequeña zona de césped, ahora seco y quebradizo por el calor del verano, sino por el simple hecho de que no existía razón alguna para que estuviera allí. ¿Para qué el césped, además? Podría haber sido toda de cemento, hubiera servido para lo mismo y habría sido más apropiada para su función. Aquel pequeño triángulo sólo servía para que los perros hiciesen sus necesidades.

Sí, eso debía de ser: sentía lástima por el césped e irritación hacia aquellos que lo habían plantado allí de forma tan desconsiderada. Sin duda, algún funcionario, un maldito idiota de la Consejería de Urbanismo, tras leer detenidamente los informes una mañana lluviosa de lunes, había chupado la punta indeleble de su lápiz y había hecho una marca de consentimiento junto a la siguiente línea: «a saber, una isleta con césped en el cruce de...». Y mira el resultado: paja seca, tierra arcillosa recocida, mierda de perro, colillas, un envoltorio de chicle. Nadie se preocupaba de nada y todo se iba al infierno. Cada vez odiaba más esa ciudad, sus gentes, su suciedad, sus olores —el río estaba especialmente pestilente aquel día—, su irremediable sordidez. Algunos días añoraba los campos y arroyos de su infancia igual que un hombre perdido en el desierto anhela el agua.

Subió con paso firme los escalones de madera sin alfombrar hacia su despacho y, al alcanzar el segundo rellano, le asaltó otro recuerdo de su infancia. La cálida luz que entraba por el ventanal daba al seco aire polvoriento una fragancia que le

devolvió instantáneamente, como si no hubiera pasado el tiempo, a la pequeña escuela con dos aulas en Grange Road, a las afueras de Tulsk, donde la señorita McLaverty había sido su maestra. Él adoraba a la señorita McLaverty. Con su falda larga de tweed y sus gafas sin montura y su cabello recogido pulcramente en un apretado moño cubierto con una redecilla, tenía un aire muy severo. Pero sentía debilidad por él y, a menudo, le dejaba sentarse en sus rodillas durante el recreo, cuando todos los niños mayores comían sus dulces. Y el aroma a pan con azúcar mojado en leche caliente volvió a él. La señorita McLaverty también le ayudaba cuando no sabía hacer las sumas o cuando se atascaba en una palabra difícil durante las lecciones de lectura. Ella tenía un aroma delicado y fresco, muy diferente al de su madre, como un perfume a lilas mojadas. Se inclinaba sobre él y, con una uña maravillosamente limpia y pulida, le señalaba los números o las letras en su cuaderno de caligrafía. Lloró muchísimo cuando llegó el momento de dejar a la señorita McLaverty y le enviaron a la escuela de los Hermanos Cristianos en el pueblo de Roscommon.

Suspiró y empujó con la rodilla la puerta de madera de su despacho, que estaba alabeada y siempre se quedaba atascada. Menudo viejo tonto, pensó al mirar su mesa, lamentándose sobre el pasado perdido mientras se le acumulaban informes que llevaban meses sin ser abiertos, cubriéndose de polvo. Se quitó el sombrero y con un golpe de muñeca lo lanzó hacia el perchero, pero por supuesto falló el lanzamiento y, gruñendo, tuvo que arrodillarse para sacarlo de debajo del radiador, donde se había quedado encajado, y luego tuvo que sacudirlo ligeramente con el codo para quitarle el polvo y colgarlo en el gancho, donde se balanceó de un lado a otro como si se burlara de él. Suspirando de nuevo, se dejó caer en la silla giratoria tras la mesa y, enojado, buscó a tientas sus cigarrillos en los bolsillos.

Sabía perfectamente qué le sucedía. Le pasaba lo mismo con cada caso: en el momento en que sus ideas empezaban a aclararse, se resistían a centrarse y se escabullían para detenerse en cualquier otro asunto que no fuera el que tenía entre manos. Debía de tratarse de lo que los doctores de la cabeza llaman transferencia. Algo no encajaba en las muertes de Victor Delahaye y Jack Clancy. Él habría podido aceptar lo que aparentaban ser: uno se había suicidado por razones que sólo era posible aventurar; el otro, inquieto porque había sido sorprendido intentando engañar a su socio, había cometido algún error al navegar, había perdido el equilibrio, golpeándose la cabeza, había trastabillado hasta caer al agua y se había ahogado. Pero sabía que no era tan sencillo, no podía serlo. La sucesión de los acontecimientos resultaba impredecible, algunas veces caótica, a menudo absurda, pero siempre había un hilo lógico que uno podía comprender. Todo el asunto olía mal; humeaba como un vertedero en una mañana de invierno.

Giró la silla hacia la ventana que había tras su mesa. A través del cristal

mugriento, el reflejo de la luz del sol en los cañones de las chimeneas parecía irreal: un barniz mate de color miel.

Si la historia se hubiera limitado a Victor Delahaye y Jack Clancy, bien podría haber sido tan sencilla como parecía: la grotesca coincidencia del suicidio de Delahaye seguido por el accidente mortal de Clancy. Pero no eran los muertos quienes le inquietaban, sino los vivos. Los vivos: se detuvo en cada uno por separado como si fuesen piezas de un ajedrez.

Estaban los Clancy, la madre y el hijo. ¿Qué podía sospechar de Sylvia Clancy, alta, erguida, majestuosa como una garza, con su acento altivo y su coraza de impenetrable amabilidad? ¿Era demasiado buena para ser verdad? Y el joven Davy Clancy, el niño mimado, el hijo de su padre, esquinado, astuto, demasiado guapo sin duda, ¿qué era lo que sabía y no contaba?

Luego estaba la viuda de Delahaye, una calculadora astuta y codiciosa cuya estrategia consistía en permanecer al acecho tras una máscara de lagarta sin pizca de seso. Había visto cómo miró a Quirke en el cementerio, con su marido aún caliente en la tumba. Habría manejado a su antojo a aquel pobre tonto de Delahaye. Eso no hubiera sucedido con el viejo Samuel, el padre de Delahaye, él sí le habría tomado la medida y, es más, era probable que hubiera preferido tenerla a ella como hija en lugar de la hija que ya tenía. ¿Cómo se llamaba? ¿Margaret? No, Marguerite. Una persona bien peculiar. Guardiania de secretos, acumuladora de rencores, una mujer amarga que estaba envejeciendo y que se presentaba como la hija solterona y sufriente cuya única preocupación era cuidar a su familia y a su padre enfermo en la casa paterna. Ah, sí, él conocía bien a ese tipo de persona, resentida y triste, en quien podías confiar hasta que de repente se volvía contra ti y te mordía, y lo hacía con fiereza.

Y estaban los otros Delahaye, los gemelos. Los hijos de un hombre rico, demasiado pagados de sí mismos, demasiado seguros, despectivos, desconsiderados, poco afectuosos. Le vino a la cabeza la imagen de la isleta con su césped quemado.

Se dio la vuelta y presionó el pulsador eléctrico en la esquina de la mesa y al momento escuchó unos pasos pesados y fuertes en las escaleras. Hubo una pausa, un breve golpe en la puerta y su ayudante, el joven Jenkins, entró con estrépito. Jenkins, con su diminuta cabeza de alfiler sobre un cuello largo como un tallo, el pelo relamido sobre la frente estrecha, el uniforme de sarga azul, las botas y los ojos permanentemente ansiosos, era el tipo de ayudante que la Jefatura de Policía pensaba que merecía Hackett. O así parecía, pues persistían en enviarle reclutas recién salidos de la escuela de entrenamiento de la Garda, en Tullamore, con menos idea de qué es y qué hace un policía de verdad que un marciano.

—¿Sí, jefe? —preguntó Jenkins.

—Quiero que me traiga a dos tipos —dijo Hackett y escribió la dirección de Northumberland Road, pues siempre era preferible escribirle las cosas a Jenkins, y le

tendió el pedazo de papel.

Jenkins frunció el ceño como si estuviera ante una línea de jeroglíficos.

—¿Tengo que arrestarlos? —su cara se iluminó con expectación.

Hackett se llevó la mano a la frente y contestó con voz calmada:

—No, no, no. Sólo tráigalos aquí. Dígales que pensamos que pueden ayudarnos en nuestra investigación.

—De acuerdo —el joven salió.

—Y, Jenkins...

Asomó de nuevo la cabeza por la puerta.

—¿Sí, jefe?

—Actúe con calma, ¿de acuerdo? Así es como nos gusta trabajar aquí.

El joven asintió.

—Por supuesto, jefe.

La cabeza diminuta y el largo cuello parecían un bolo a escala mayor.

Maggie Delahaye se sentía absolutamente feliz. Absolutamente, sí, ésa era la definición exacta. La señora Hartigan había preparado todo para su llegada: había abierto las ventanas para airear la casa, había colocado flores frescas en la mesa de la entrada y le había hecho la cama. Maggie observó divertida que hasta había subido el orinal del lavabo que había junto a la escalera trasera, pues el asa de porcelana asomaba discretamente bajo el volante de la antigua colcha de encaje, que había pertenecido a la abuela de Maggie.

Se detuvo ante la ventana soleada y contempló el césped. No se veían conejos esa tarde, pero aparecerían con las primeras luces de la mañana, brincando sobre la hierba a su modo vacilante y divertido, como juguetes de cuerda defectuosos. ¡Qué sereno estaba todo! ¡Qué tranquilo! Su mirada resbaló por encima de los campos ahogados por el calor hacia las lejanas montañas que se alzaban azuladas en el horizonte brumoso. Aquél, aquél era el lugar al que pertenecía. Permanecería allí y dejaría que el gran mundo pasara por encima de ella como una ola.

Se merecía, por fin, un poco de paz, un poco de alegría. Sí, es verdad, se sentía culpable por haber dejado a su padre. Pero él se las arreglaría. Su padre siempre se las arreglaba.

La señora Hartigan había dejado preparado para ella en la mesa de la cocina un plato con ensalada y jamón en lonchas, cubierto con un trapo. En otro plato había porciones de pan de soda —el pan de soda de la señora Hartigan era famoso en la parroquia— y leche fresca en una jarra de cristal, tapada con un pañuelito de encaje para que no entraran las moscas. Se dio cuenta de que estaba hambrienta y se sentó a comer. Qué agradable escuchar tan sólo el tintineo del tenedor y el cuchillo. Le gustaba permanecer en silencio en las comidas y siempre deseaba que los demás

siguieran su ejemplo. Vertió leche en un vaso, pero estaba caliente y le supo como si estuviera a punto de ponerse agria, aunque tal vez lo único que pasaba era que no tenía la costumbre de beber leche tan fresca, recién ordeñada y tan rica en nata. La apartó, al sentirse ligeramente revuelta, fue al aparador, cogió otro vaso, lo llevó a la pila y lo colocó bajo el grifo, pero cerró la llave sin llenarlo.

Le quedaba aún en la boca un leve sabor al brandy que había bebido en el hotel. ¿Era el pueblo de Horse and Jockey donde había hecho parada? Una copa de vino podría asentarle el estómago. Además, debía celebrar con un brindis su llegada, su *vuelta a casa*, como le gustaba pensar. Un brindis por ella, ¿por qué no? Solía haber botellas de vino al fondo del antiguo establo, al que su padre llamaba humorísticamente su bodega. Lo más probable es que aún siguieran allí, a no ser que Jack Clancy se las hubiera ventilado todas. No comprendía por qué su padre había permitido que los Clancy compartieran la casa cada verano. ¿Quiénes eran los Clancy? ¿Qué significaban para los Delahaye? En el fondo, ella siempre había considerado vulgar a Jack Clancy, a pesar de sus pretensiones de caballero con sus pavoneos, sus bromas y su afectada esposa inglesa.

Salió por la puerta trasera, echando tan sólo el pestillo, y se encaminó al establo. ¡Todavía olía a caballos, después de tantos años! Se acordó de Tinsel, su poni, que murió un día cuando regresaban de dar un paseo... El corazón de la pobre criatura se detuvo simplemente con ella encima. ¿Qué edad tenía entonces? ¿Once, doce? Eran tiempos felices. Nunca volvió a tener un caballo porque no soportaba la idea de sustituir a Tinsel.

El vino estaba allí, en un largo botellero contra la pared del fondo, las botellas polvorientas con las etiquetas en jirones y desvanecidas. Cogió una al azar y apartó la suciedad. Château Montrose, 1934. ¡Dios santo! Pensar en todo lo que había sucedido desde entonces en el mundo y en su familia: la muerte de su madre; la muerte de Lisa, la esposa de Victor; la nueva y apresurada boda de Victor, y la apoplejía de su padre. Los gemelos ni siquiera habían nacido en 1934. Y ahora también Victor había muerto. Alzó la botella y sujetó sus fríos flancos entre las palmas. No iba a llorar, no, no iba a llorar de nuevo. Había regresado para ser feliz, para olvidar y para ser feliz. Aun así, ¿cómo olvidar? Durante el día no había problema, pero las noches, ah, las noches. Un escalofrío le recorrió la espalda, aunque más que un escalofrío era una premonición. Como si la muerte le pisara los talones, como decían los viejos. Como si la muerte le pisara los talones.

Mientras volvía con la botella de vino apoyada en el hueco del brazo igual que un bebé, pensó en limpiar la casa de todos los objetos de los Clancy. Ahora que Jack estaba muerto, no regresarían más. Estaba segura de que Sylvia no querría volver. Cuando llegó a la cocina, el plan se había apoderado de su imaginación y se hallaba tan excitada que estuvo a punto de tirar la botella mientras intentaba clavar el

sacacorchos en el corcho. Sí, vaciaría todos los dormitorios del ala oeste, el ala de los Clancy, como solían llamarla, y metería los objetos, los trajes, la ropa de cama y todo lo demás en cajas y cajones de embalaje y los enviaría por barco a Dublín. Sylvia les encontraría un hueco en su caserón de Nelson Terrace y daría lo que no necesitara o no quisiera a St. Vincent de Paul.

Con mucho cuidado vertió el vino en una copa, sujetando la botella con una mano y sosteniendo el cuello con la otra. El primer sorbo le supo mohoso y seco como tinta, pero tomó un segundo sorbo y otro y de repente el vino se abrió en su boca como una flor, suave y aterciopelada. Sintió que era el pasado lo que bebía, el pasado mismo, ese espacio misterioso donde ella, algunas veces, sentía que había vivido con más inmediatez e intensidad que en el presente. Se sentó y comió un poco de ensalada y una fina loncha de jamón. El vino había eliminado la sensación de hambre. Contempló de nuevo la mohosa etiqueta. ¡1934! Todo un mundo desaparecido.

¿A quién había golpeado en una ocasión con una botella? A una chica que Victor trajo a la casa. Casi estalló en carcajadas al recordarlo. ¿Qué edad tenía entonces? Edad suficiente para saber lo que hacía. Estaba cenando con toda la familia y los Clancy, y la chica le dijo algo a Victor para tomarle el pelo. Era una chica grandota y estúpida con unos pechos inmensos como dos balones de fútbol bajo la blusa; Maggie no podía quitarle los ojos de encima. Cuando la chica se rió, Maggie le vio la comida a medio masticar en su boca. Un instante después, la chica gritaba y se sujetaba la cabeza y de un corte en la oreja manaba sangre. Alguien se levantó de un salto y le arrancó a Maggie la botella de la mano. Había sido Jack Clancy, recordó. El vino se había derramado en la parte delantera de su vestido. Por lo visto era ella quien había golpeado a la chica, había agarrado la botella por el cuello, la había hecho girar y se la había estampado en un lado de la cabeza. No recordaba haberlo hecho, pero no lo lamentaba. Le enseñaría a la Señorita Pechugona a no reírse de su hermano. Qué extraño era hacer cosas y olvidar haberlas hecho.

Quedaba por decidir qué hacer con el mobiliario de los dormitorios cuando hubiera sacado todas las cosas de los Clancy. Conocía a un marchante de muebles que podría venir y aconsejarla. Todo lo que comprara para reemplazar los objetos de los Clancy no sólo tenía que ser bueno, sino que además debía ser auténtico. Tenía que encajar. No tenía ninguna intención de hacer nada que perjudicara o hiciera peligrar la delicada belleza de Ashgrove. Se sirvió un poco más de vino. Volvería a ser una gran mansión tan pronto como hubiera desaparecido toda traza de los Clancy. Y ella sería la señora de la casa.

Sonrió y las comisuras de su boca se curvaron sobre el borde de la copa. Haría imprimir tarjetas de visita con *Señorita Marguerite Delahaye, de la Casa Ashgrove, en el Condado de Cork*, escrito en itálicas. ¿Por qué no existía un tratamiento que

sucediera al nombre de una mujer, igual que existía Esquire para un hombre? Podría hacerse llamar *Honorable señorita Marguerite Delahaye*. ¿Quién se atrevería a cuestionar su derecho a un título? En cualquier caso, ella *era* honorable. En lo concerniente al honor, los hombres no tenían el monopolio. Ella había hecho lo honorable.

Los dos jóvenes llegaron a Pearse Street con aire de educado aunque hastiado interés, como si estuvieran de visita en un destino turístico de tercera categoría. Vestían con elegancia y de manera similar con arrugados trajes de lino beis y camisas blancas con el cuello abierto. Miraron con indiferencia el suelo de madera desnudo, las paredes de un verde institucional y el atiborrado tablón de anuncios, el mostrador de recepción con su portón de madera que se elevaba para entrar y salir y al sargento de guardia presidiendo el gran libro negro de registro igual que San Pedro, como a menudo pensaba Hackett. Los dos jóvenes evitaron mirarse, como si tuvieran miedo de estallar en carcajadas.

A una señal del joven Jenkins, el sargento de guardia levantó la tapa de madera y les dejó entrar, y Jenkins los guió por unas estrechas escaleras de madera que descendían al sótano. El aire estaba cargado y era húmedo y frío, y en él flotaba un olor a humo de tabaco rancio, a sudor y a orina agria y, de repente, fue como si el soleado día exterior fuera un recuerdo lejano. El inspector Hackett había ordenado que los gemelos fueran conducidos a cuartos separados para los interrogatorios, que fueran encerrados y que los dejaran a solas con sus pensamientos. No le había dicho a Jenkins sobre qué exactamente iban a ser interrogados, pero Jenkins confiaba en su jefe. Salió al patio trasero, donde se aparcaban las Marías Negras, como llamaban a las furgonetas de la policía. Prendió un pitillo y se entretuvo pensando en la promoción sobre la que llevaba semanas lanzando pequeñas alusiones a su jefe.

Ni el propio Hackett estaba seguro de qué línea de interrogatorio era la idónea para esa pareja con sus trajes caros y sus camisas de seda. Había salido de su despacho a tiempo para vislumbrar desde lo alto de la escalera a Jenkins conduciéndolos al sótano. No respondían en absoluto a los sospechosos habituales, que Hackett dividía en dos clases: los aduladores y los fanfarrones. Los Delahaye no le adularían, eso era seguro, pero tampoco fanfarronearían. Tenían aspecto de quien viene de un picnic al que está persuadido que regresará en breve. Hackett se preguntó cómo sería poseer semejante seguridad en sí mismo. ¿Cómo debía actuar para resquebrajarla?

Volvió a su despacho, se sentó con los pies sobre la mesa y le dio vueltas al asunto mientras miraba con gesto ausente a través de la ventana sucia y se hurgaba los dientes con una cerilla. Nunca había jugado al ajedrez, ni siquiera conocía las reglas, pero imaginaba que para los grandes maestros del juego los movimientos que

hacían sobre el tablero eran una torpe manifestación de las sutiles configuraciones que trazaban en sus mentes. Con él sucedía algo similar. Las personas involucradas en este caso, los Delahaye por un lado y los Clancy por otro, se turnaban y deslizaban en su pensamiento como piezas blancas y negras que ejecutaran maniobras enormemente intrincadas en una luminosa neblina.

En algún sitio había un patrón y debía encontrarlo. Estaba convencido de que la muerte de Jack Clancy había sido consecuencia directa del suicidio de Victor Delahaye. Estaba asimismo convencido de que Clancy había sido asesinado. ¿Habían sido los gemelos quienes lo habían asesinado? Y si era así, ¿por qué? ¿Había empujado Clancy a su padre a que se matara? ¿Se habían vengado de él? Estaba la cuestión de la coartada. La hija de Quirke le había dicho que vio a los gemelos en una fiesta la noche en que murió Clancy. ¿Cómo podrían en ese caso haber llevado a Clancy, en su propio velero, por la bahía de Dublín y haberlo ahogado? De alguna manera lo habían hecho. Sabía que eran ellos quienes lo habían hecho; la experiencia de toda una vida se lo indicaba.

Se levantó con gesto cansado y se subió los pantalones. El ambiente de la habitación estaba enrarecido hasta extremos insoportables, pues la única ventana que había llevaba años atascada. Lanzó un hondo suspiro; no le quedaba más remedio que descender y enfrentarse a los dos dandis.

Por supuesto, Jenkins no tenía ni idea de a quién había puesto en cada habitación.

—Son tan iguales como dos gotas de agua, jefe —se defendió con un tono lastimero que a Hackett siempre le hacía rechinar los dientes.

—Sí, es que son gemelos —dijo con sequedad, apartando a un lado al joven policía.

Jenkins enrojeció. El joven Jenkins se sonrojaba con facilidad. Descendieron las escaleras de madera, Hackett delante y su ayudante pisándole con estruendo los talones. La primera puerta que encontraron tenía clavado el número siete en cobre; nadie sabía cómo o por qué la habitación había sido numerada de tal guisa, pues era la primera del pasillo. Hackett empujó la puerta y entró con firmeza, siempre era mejor empezar con agitación y ruido. El joven Delahaye, quienquiera de los dos que fuese, estaba sentado cómodamente ante una pequeña e inestable mesa cuadrada de madera. Tenía la espalda apoyada en el respaldo recto de la silla y las piernas cruzadas, con un tobillo apoyado sobre la rodilla opuesta. Miró por encima del hombro y sonrió a los dos hombres cuando entraron, y por un instante pareció que fuese a levantarse y recibirlos calurosamente, como si estuviera en su casa y aquella celda sin ventanas y sin amueblar fuese una sala de recepción con una exquisita decoración.

—Buenos días —dijo con brusquedad Hackett mientras avanzaba con la mano tendida—. ¿Cuál de los dos es usted?

El joven lanzó una mirada escéptica a la mano tendida antes de estrecharla y, sin soltarla, en una exhibición de solemne cortesía, descruzó las piernas y se puso en pie sin prisas, como si desovillara su larga y delgada estructura, que había sido previamente enrollada en torno a la silla. Era unos centímetros más alto que el detective.

—Soy Jonas Delahaye. ¿Dónde está mi hermano? —dijo.

Hackett no respondió. Jenkins avanzó y soltó sobre la mesa con un golpe seco una carpeta rebosante que el detective le había dado para que llevara. Luego retrocedió hasta quedar con la espalda contra la puerta y los brazos cruzados.

Lo único que había en la carpeta era un buen montón de documentos caducados que nada tenían que ver con las muertes de Victor Delahaye y Jack Clancy, pero una carpeta siempre impresionaba y algunas personas se ponían nerviosas al contemplar el bulto compacto sobre la mesa. No fue, sin embargo, el caso de Jonas Delahaye, que apenas se dignó a lanzarle una mirada. Hackett se sentó frente a él en la silla libre, que, junto a la mesa, eran los únicos muebles que había en la habitación. Las paredes tenían un color verde bilioso y una fina y brillante capa grisácea de humedad las recubría, como si sudaran. Sobre la mesa colgaba una bombilla desnuda al final de un cable doble. Tres moscas volaban lentamente en círculos bajo la bombilla en una suerte de vals somnoliento.

—¿Podría decirme dónde estuvo la noche del sábado pasado? —preguntó Hackett, enérgico. Abrió la carpeta y hojeó rápidamente los documentos mugrientos antes de cerrarla de nuevo.

Inclinado hacia delante con los codos sobre la mesa y los dedos cruzados, los ojos del joven brillaron como si hubiera hecho una apuesta consigo mismo sobre cuál sería la primera pregunta y hubiera ganado.

—Déjeme pensar —dijo, mientras fruncía el ceño en una teatral muestra de esfuerzo para recordar—. Ésa debió de ser la noche que el señor Clancy murió, ¿no es cierto? —Hackett asintió—. En ese caso, estaba en una fiesta. En Stoney Road, North Strand. En la casa de un tipo que conozco, un médico. Se llama Breen, Andy Breen. ¿Por qué?

Hackett se echó hacia atrás sin decir nada. En el silencio resonó el rugido del estómago de Jenkins como el retumbar lejano de un trueno, y el joven policía tosió y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro. La sonrisa no se había borrado del rostro de Jonas Delahaye, que sostenía la mirada escrutadora del policía. De fuera llegó el sonido de una sirena que se aproximaba, un ulular agudo y lastimero sofocado por el espesor de los muros.

—¿No cree que resulta un poco extraño que acudiera a una fiesta cuando estaba tan reciente la muerte de su padre? —dijo Hackett.

El joven frunció de nuevo el ceño para mostrar que la pregunta merecía una

reflexión sensata.

—Sí, supongo que debe de ser así. No me lo pareció en aquel momento, pero comprendo lo que quiere decir.

Hackett aguardaba, pero el joven no dijo más, se limitó a permanecer sentado, jovial y atento, con las manos cruzadas, mientras esperaba la siguiente pregunta. Hacía mucho tiempo, en la época del colegio, Hackett había conocido a un tipo a quien el joven Delahaye le recordaba. ¿Cómo se llamaba? Geoffrey no-sé-qué. Alto, pálido, con una mata de pelo rubio y unos ojos de un asombroso gris pálido. Geoffrey, no Geoff. Su familia vivía en una gran casa en Longford Road. Católicos muy ricos con un apellido protestante... ¿Cuál era? Geoffrey era un chico de salud delicada y al principio de cada mes solía ausentarse del colegio un par de días para acudir a Dublín a un tratamiento médico especial del que jamás hablaba. Había algo en él, un aire de distanciamiento, de desapego, y también una sensación de que estaba al tanto de algo divertido que nadie más conocía... ¡Pettit! Ése era el apellido. Geoffrey Pettit. ¿Qué habría sido de él? Un año, al final de las vacaciones de verano, no apareció en el colegio y nadie supo nada más de él. Pero Hackett lo recordaba y estaba seguro de que lo mismo les sucedería a otros, pues Geoffrey era el tipo de persona que los demás recuerdan. Si no se equivocaba, Geoffrey Pettit también llevaba un sello en el meñique, igual que el joven indiferente, sonriente y siniestro sentado frente a él.

Para Hackett, aquél era el momento crucial de cada investigación, cuando se sentaba frente a la persona que él creía artífice de la muerte de otro ser humano. Siempre estaba el problema de la credibilidad. Los asesinos nunca parecían asesinos. ¿Qué aspecto tenía un asesino? El único rasgo extraordinario que había detectado en el puñado de asesinos convictos que había conocido era un cierto ensimismamiento, como si estuvieran ausentes, retraídos y boquiabiertos ante la inmensidad del acto que habían cometido. Esa sensación de silencioso embeleso se hallaba presente en todos ellos, hasta en los más cuidadosos y astutos. ¿Lo percibía en Jonas Delahaye? No estaba seguro de si había algo detectable tras aquella fachada radiante, amable e impenetrable. Un leve estremecimiento iluminador recorrió la columna del detective. Tal vez se encontraba ante una locura refinada y compleja.

—Así que usted y su hermano estuvieron en una fiesta. ¿Estaba también su novia? ¿Cómo se llama?

El joven asintió.

—Tanya. Tanya Somers. Sí, también fue.

—¿Estuvo bien la fiesta?

Jonas sonrió, sus dientes eran de una blancura sin mácula.

—Regular. Lo típico, ya sabe: mucha cerveza negra, salchichas carbonizadas, rebanadas de pan, chicas achispadas y la mitad de los tíos buscando una pelea. No

nos quedamos mucho tiempo.

—Ah, ¿a qué hora diría que se marcharon?

—¿Medianoche? ¿La una? En torno a esa hora —una sonrisa traviesa se dibujó en su cara—. Si estuviéramos en una película, éste sería el momento en que yo le preguntaría: «¿Adónde quiere llegar, inspector?». ¿No es cierto?

En la puerta, Jenkins hizo un ruido con la garganta que sonó sospechosamente como una risa ahogada. Hackett decidió ignorarlo. Sacó una cajetilla de Player's y la deslizó sobre la mesa, abriéndola con el pulgar como acostumbraba. Jonas la rechazó con la cabeza.

—¿No fuma? —le preguntó Hackett.

—Sí —contestó el joven amablemente y aún sonriendo.

Hackett se puso en pie y empezó a caminar de un lado a otro de la celda con el cigarrillo en una mano y la otra contra las lumbares. Se preguntó cuántas horas había pasado en aquella habitación con el culo plantado en la silla. ¿Cómo sería la vida fuera de allí? Pensó de nuevo en Geoffrey Pettit y en la casa de los Pettit, una mansión blanca y cuadrada situada en la ladera de una verde colina sobre la ciudad de Shannon y con vistas al sur, hacia el lago Lough Ree. Los Pettit y los Delahaye de este mundo lo tenían fácil.

—Vamos a refrescar la memoria. Su padre muere y una semana y pico después usted, su hermano y su novia acuden a una fiesta en casa de un amigo en North Strand, la misma noche, casualmente, en que el socio de su padre se ahoga en la bahía de Dublín. ¿Lo he dicho bien? ¿Es así la secuencia de los hechos?

El joven adoptó de nuevo una teatral pose de reflexión y luego asintió.

—Sí, es correcto —dijo con tranquilidad.

—¿Sabía su madre que planeaban ir a una fiesta aquella noche?

Por primera vez algo parecido a una sombra cruzó el rostro del joven.

—¿Mi madre?

—Su madrastra.

—Ah, Mona —soltó una risita—. ¿Quién conoce lo que Mona sabe o no sabe? Las cosas le entran por aquí —señaló una oreja— y le salen por aquí —y señaló la otra oreja— sin detenerse en el camino.

—¿No le gusta su madrastra?

El joven frunció la boca y se encogió de hombros.

—¿Hay alguien a quien le guste su madrastra? ¿No existen para ser temidas y odiadas?

Hackett se detuvo.

—¿Temidas? —preguntó sin alzar la voz.

—Bueno, ya sabe lo que quiero decir —espetó Jonas con gesto impaciente—. Blancanieves, la manzana envenenada, todo eso. Mona no es la bruja, es simplemente

Mona. No le prestamos ninguna atención.

Hackett se sentó de nuevo.

—Pero ¿será ella quien herede el negocio y lo demás?

El joven colocó las manos abiertas sobre la mesa y se inclinó hacia atrás con una gran y lenta sonrisa.

—Son asuntos personales, inspector. Casi me atrevería a decir que su pregunta es impertinente —dijo con calma.

Hackett se preguntó a qué colegio habría ido el joven, con toda probabilidad a uno en Inglaterra elegido por su abuelo unionista. También él sonrió abiertamente.

—Tiene razón, pero estamos en barracones de la policía donde se permiten todo tipo de libertades —explicó con jovialidad.

Sin borrar la sonrisa de su rostro, el joven le observaba ahora con mayor interés.

—He visto el testamento de mi padre. Está todo muy claro: Mona se encuentra bien cubierta, pero el negocio queda en mis manos y en las de mi hermano.

Hackett asintió.

—Ah, ya comprendo. Parece justo y bien pensado.

—Sí. Mi padre tenía sus puntos flacos, pero siempre fue justo. Es una tradición familiar —su sonrisa se abrió de nuevo.

—¿Y los Clancy? —preguntó con despreocupación Hackett.

Una comisura de la boca de Jonas tembló divertida.

—La señora Clancy recibirá algo de dinero. Él... Jack... era socio de manera más nominal que real. ¿Usted sabía que había estado comprando acciones de la compañía en secreto? Nos hemos asegurado de recuperarlas, por supuesto. Uno de nuestros empleados, Duncan Maverley, ha realizado ese... ¿cómo podemos llamarlo?... ese ajuste.

Hackett apagó la colilla contra el cenicero de latón que había en la mesa y una vez más tendió la cajetilla al joven.

—¿Está seguro de que no le apetece acompañarme?

Encendió un nuevo pitillo, tomó asiento y se frotó vigorosamente un lateral de la mandíbula con la mano, haciendo un ruido como de lija.

—Mucha gente debió de verlos en la fiesta y recordará que estaban allí, ¿no es cierto?

—Desde luego. De hecho, la hija de su amigo Quirke, el patólogo, fue con su novio, que curiosamente es además el ayudante de Quirke.

—Ah, la señorita Griffin y el joven doctor Sinclair. Ya veo. ¿Y habló usted con ellos?

—Me los encontré cuando llegaban.

—¿Y los volvió a ver más tarde?

—Seguro que sí. Tuve que verlos... Es una casa diminuta, está hecha para

gnomos.

—¿Y su hermano habló con ellos?

El joven se mordió el labio para evitar mostrar una expresión risueña.

—Esto tendrá que preguntárselo a él, ¿no es así, inspector?

En la puerta, el estómago del joven Jenkins empezó a rugir de nuevo.

Cada mañana al levantarse, Sylvia Clancy necesitaba adaptarse de nuevo a un mundo que se había transformado. Conmoción, desconcierto, dolor eran lo esperado tras la muerte de su marido, y cuando surgieron descubrió que podía hacerles frente con más facilidad de la que nunca hubiera sospechado. Pero aquella sensación de que todo, de repente, le resultaba desconocido la hacía sentirse desamparada y perdida. El mundo parecía estar torcido, desequilibrado; hasta la luz del día tenía un matiz ácido que nunca antes había percibido.

No sabía cómo o por qué había muerto Jack. Era un patrón de yate excepcional, probablemente el mejor navegante de su promoción allí y en Cork, aunque Victor, por supuesto, pretendiese ser quien más experiencia y destreza tenía. ¿Qué estaba haciendo Jack en la bahía aquella noche, tan tarde y solo? ¿Por qué no le había dicho que salía a navegar? Jack tenía sus secretos, pero era considerado y siempre le decía cuándo iba a estar de viaje, o navegando, aunque ella supiera que «navegar» era, a menudo, una tapadera de otras actividades. Sylvia se había esforzado en no darle la sensación de que le controlaba; él tenía su libertad y lo sabía; así había sido la relación entre ellos desde el inicio. ¿Se había equivocado ella al actuar de ese modo? ¿Debería haber exigido reglas, límites, demarcaciones? No lo sabía, ya no estaba segura de nada.

Aquella noche, la noche en que murió, ella había estado leyendo en la cama hasta muy tarde; era casi medianoche cuando dejó el libro, apagó la lámpara de la mesilla y abrió las cortinas. Siempre dormía con las cortinas abiertas, pues en la oscuridad las luces del puerto brillaban como joyas, blancas, verde esmeralda, rojo rubí, extendidas sobre una pieza de terciopelo, y le gustaba además escuchar el tintineo metálico de los cables de los mástiles en el viento. ¿Estaría despierta cuando Jack se ahogó? No había sentido ningún presentimiento, ningún repentino pavor, ningún escalofrío inexplicable, ningún suspiro o susurro en el aire. No podía soportar imaginarlo agonizando solo e indefenso, sin ninguna mano que sujetar, sin nadie a quien aferrarse, nadie para despedirle en su último viaje hacia las oscuras y silenciosas profundidades. Sabía que él la había amado a su manera, lo mejor que podía. ¿Qué le importaban ahora a ella sus queridas, sus aventuras, sus «distracciones» como decían algunas bromistas en el club, escondiendo sus sonrisas tras las manos?

Le atormentaba pensar que nunca sabría las circunstancias verdaderas de su muerte. ¿Había sido un accidente? Parecía imposible... Aunque Jack era impulsivo

en muchos aspectos, en lo relativo a los barcos nunca corría riesgos. Tal vez estaba algo borracho, había trastabillado y al caer al agua se había golpeado la cabeza. Era un nadador muy resistente y de haber estado consciente cuando cayó al mar habría sobrevivido. Era una noche de verano; el frío no pudo agarrotar sus extremidades. Pero ¿qué más posibilidades había? No le gustaba pensar en ello, aunque sabía que las opciones estaban allí, apoltonadas fuera de su mente, intentando entrar.

A pesar de ser consciente de lo sucedido, no conseguía creer que Jack ya no estuviera. Sabía, por supuesto, que estaba muerto, pero no lograba hacerse a la idea. No podía evitar pensar que a Jack le retenían en alguna parte y no le permitían regresar, y que si ella actuaba de determinada manera, ejecutaba ciertos ritos, aunque no sabía cuáles, y esperaba el tiempo que fuese preciso, él volvería. A veces, durante el día, detenía lo que estuviera haciendo y permanecía muy quieta escuchando, como si intentara sorprender el sonido de sus pasos en la entrada, como si la puerta fuera a abrirse y él fuese a entrar silbando con el periódico bajo el brazo. Por la noche especialmente permanecía muy atenta para escuchar el tenue sonido de la llave en la cerradura de la entrada, el crujir de los tablones sueltos en el primer peldaño de las escaleras, el correr del agua del grifo del baño, el sonido de la cisterna, el ligero chasquido del interruptor de la luz al ser apagada. Sabía que era absurdo esperar con tanta intensidad que lo imposible ocurriera, pero no podía evitarlo. Le confortaba imaginar que Jack volvería.

Le alegraba que Davy estuviera en la casa, por poco frecuente que fuera su presencia. Salía tanto como podía, pero cuando estaba en casa le hacía compañía de alguna forma. No hablaban nunca de su padre o de las circunstancias de su muerte. Sylvia había descubierto que la muerte incomoda a los vivos, les produce una suerte de embarazo. Lo sucedido era demasiado grande para poder hablarlo. Era como si un objeto gigante hubiera sido arrojado en medio de ellos, como si una inmensa bola de piedra hubiera caído en la casa destrozando el tejado y permaneciera inamovible entre ambos, de tal manera que tenían que acordar el modo de rodearla y, al mismo tiempo, fingir que no estaba allí.

Davy la evitaba y se esforzaba en no mirarla a los ojos. Antes de que su padre muriera, durante la semana posterior a la muerte de Victor, ya se había comportado así. A Sylvia le recordaba a lo que había sucedido cuando él era un chico. Un día, ella había entrado en su dormitorio sin llamar antes a la puerta —no podía creer que hubiera sido tan poco discreta— y lo había sorprendido tumbado en la cama, con los pantalones desabrochados y haciéndose aquella cosa que los hombres hacían. Durante varias semanas evitó mirarla y se sonrojaba de furia cuando ella se aproximaba. Ahora ocurría algo parecido, pero aún peor. ¿La creía responsable de alguna manera de la muerte de Jack? Había leído en alguna parte que cuando los niños pierden a uno de sus progenitores, culpan algunas veces al que ha sobrevivido, y en muchos

aspectos Davy todavía era un niño. Pero ¿en lo relativo a la muerte de Victor? ¿Cómo podía pensar que ella tuviera nada que ver con aquello? Era a Davy a quien Victor había invitado para aquel fatídico viaje por el mar.

¿Sabía Davy más de lo que decía acerca de ambas muertes? No es que contara mucho. Parecía un animal que se escondiera, replegado sobre sí mismo, mostrando tan sólo espinas afiladas.

Había hecho todo lo posible para que reaccionara, para que le hablara, para que le contara lo que mantenía en secreto, fuera lo que fuese. Cada día hacía que la llevara en coche a visitar la tumba de Jack. Comían juntos en la cocina, en silencio. También le guisaba la cena, pero a menudo él no volvía hasta muy tarde y ella le dejaba su plato preparado sobre los fogones. Bajar por la mañana y encontrar la cena comida y el plato lavado y colocado en su sitio le producía cierta inquietud. Su hijo le resultaba más fantasmal que el propio Jack. Sin embargo, Jack, al contrario que Davy, no era una presencia, sino una vasta ausencia. Ella podía aguardarle con esperanza inquebrantable, pero él no regresaría. Jamás.

Cuando Davy cumplió veinticinco años, lo invitó a comer al hotel Hibernian. Aunque era obvio que él no deseaba ir, Sylvia insistió en que se pusiera un traje y una corbata y ella eligió un vestido azul marino que no parecía de luto; después de todo, se trataba de una celebración. Cogieron un taxi en Dun Laoghaire y, aunque era tarde, consiguieron una buena mesa junto a la ventana que daba a Dawson Street. Sylvia pidió pescado y Davy, un filete. Ella le convenció para que bebiera una copa de vino, aunque normalmente él bebía cerveza y tampoco mucha.

Sylvia le contempló mientras comía y se le hizo un nudo en la garganta al ver cuánto empezaba a parecerse a su padre, la misma destreza, idéntico cuidado con los objetos pequeños. Era un buen chico, aunque resultara difícil algunas veces. Se alegró de que no supiera que se refería a él como un chico. Sabía muy poco de él, qué hacía, adónde iba, quiénes eran sus amigos. ¿Se esforzaba en ser reservado con ella, en mantenerla a distancia, o era simplemente lo que hacen todos los hijos con sus madres cuando crecen? Por solitaria que fuese su vida a partir de entonces, ella no debía fisgonear en los asuntos de su hijo, no debía hacerle pensar que esperaba que compartiera sus asuntos con ella. Después de todo, no era un chico, sino un hombre, y un hombre autosuficiente. Igual que su padre.

Miró alrededor y, en el extremo opuesto del comedor, sorprendió el rostro de otro comensal que le resultó familiar aunque no consiguiera ponerle nombre. Era un hombre grande y llevaba un traje negro de doble botonadura. Se encontraba con una mujer que también le resultó familiar a Sylvia, aunque estaba segura de que no habían coincidido jamás. Cuando la pareja terminó su comida, pasaron junto a ellos de camino a la salida y el hombre se detuvo y, un segundo antes de que hablara, Sylvia recordó quién era.

—Señora Clancy, ¿cómo se encuentra? Mi nombre es Quirke. Soy... Trabajo con el inspector Hackett. Estuve en el funeral de su marido. La acompañé en el sentimiento.

Ella se lo agradeció y le presentó a Davy, que dirigió a Quirke una mirada abiertamente hostil antes de volver la cabeza hacia la ventana y fijar la vista en la calle soleada. La amiga de Quirke, que se había adelantado unos pasos, se detuvo y los miró con una educada y vaga sonrisa. Sylvia la reconoció entonces, era aquella actriz... ¿Cómo se llamaba? ¿Galligan? ¿Galloway? Era guapa, de esa manera que son guapas las actrices.

Quirke seguía a su lado, junto a la mesa, como si esperara que dijera algo más, que hiciera algo más. Sylvia sentía su oscura corpulencia, inclinada ligeramente sobre ella, y de repente algo se quebró en su interior y temió que fuera a romper a llorar. ¿Qué le sucedía? No conocía a aquel hombre, sólo le había visto en una ocasión anterior, en el cementerio de la iglesia, y ahora estaba a punto de sujetar su mano, enterrar la cabeza en su manga y derramar lágrimas ardientes. Intentó decir algo.

—Me... Me pregunto si...

Se inclinó para coger el bolso del suelo, que había dejado apoyado en una de las patas de la silla. Lo abrió y rebuscó dentro para encontrar un pañuelo. ¡No debía llorar, no allí, enfrente de todas esas personas, de ese hombre, ese extraño!

Él se disponía a marcharse cuando ella se removió en el asiento y le miró con ansiedad. ¿Qué quería de él? Quirke se detuvo al observar la silenciosa llamada en sus ojos. Frunció el ceño y, como si comprendiera, sonrió. Pero ¿qué había comprendido? Ni siquiera ella sabía qué estaba sucediendo, por qué no quería que se fuera, por qué deseaba que permaneciera junto a ella.

—Ahora regreso. Un minuto —dijo él.

Se alejó hacia la actriz, le tocó el codo con un dedo y se dirigieron juntos a la salida, entre las mesas. Un instante después, Sylvia los vio fuera, en la acera, Quirke hablando y la actriz contemplándole con una sonrisa burlona y luego encogiéndose de hombros antes de darse la vuelta y alejarse. Sintiendo observado, Quirke miró hacia atrás y sorprendió a Sylvia al otro lado de la ventana y durante un largo rato se miraron el uno al otro.

Estaban en el vestíbulo, sentados en sillones ante una mesita donde una camarera había dejado una cafetera junto a tazas, platillos y unos platos con galletas y unos finos sándwiches cuadrados. Al regresar Quirke al comedor, Davy había dejado la servilleta a un lado y se había marchado enojado, o eso le pareció a su madre. ¿Por qué estaba enojado? Estaba claro que ella podía hablar con quien quisiera.

Sylvia ya no tenía ganas de llorar. Es más, las lágrimas que había retenido no eran lágrimas de dolor, sino de alivio. Sí, alivio. Había algo en el hombre sentado frente a

ella que le inspiraba confianza. Y no era porque pareciera particularmente cálido o simpático. Más bien al contrario. Cierta frialdad, cierta dureza que detectaba en él, le hacían sentir que era el tipo de hombre a quien podía hablar. Podía contarle sus secretos y él los guardaría, no por discreción o por consideración hacia ella, sino por... ¿Por qué? ¿Desinterés? ¿Indiferencia? Bueno, eso estaría bien. La indiferencia estaría bien.

—Dígame, señor... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Quirke.

—Dígame, señor Quirke, ¿por qué acudió al funeral? Usted no conocía a mi esposo, ¿no?

—No, no lo conocía.

Ella esperó, pero él no dijo nada más. Sylvia se sirvió una taza de café.

—¿Es posible que recuerde haberle visto igualmente en el funeral de Victor Delahaye?

—Sí, estuve allí —había pedido un vaso de whisky además del café. Sylvia sentía la fragancia caliente y afilada del alcohol—. Unos acontecimientos muy tristes. Primero el señor Delahaye y luego su esposo. Debe de haberle causado una gran conmoción.

Sylvia observó sus manos; eran muy delicadas, pálidas y de aspecto suave. Tenía asimismo unos pies diminutos para ser un hombre tan grande.

—Sí, claro, todos estamos conmocionados —dijo con un deje de impaciencia; no tenía tiempo para charlas triviales.

Quirke bebió de su whisky. Sylvia notaba cómo la contemplaba con disimulo. No sabía qué quería decirle, cuáles eran los secretos que podía confiarle. Pero algo presionaba en su interior, como un pequeño ser atrapado que forcejeara para liberarse.

—Su marido era un navegante con mucha experiencia —dijo Quirke.

—Sí, lo era. Muy experimentado, muy bueno. Había ganado premios... —se interrumpió, aquello sonaba tan fatuo. Con serenidad añadió—: Amaba el mar y lo conocía bien. Creo... —se detuvo de nuevo. ¿Qué demonios era lo que estaba a punto de decir?—. Creo que a mi esposo lo mataron —tragó saliva con esfuerzo—. No creo que su muerte fuese un accidente. Creo que lo asesinaron.

No estaba segura de qué reacción esperaba que él tuviera, pero él no tuvo ninguna. Permaneció sentado con los codos en las rodillas y el vaso de whisky en una mano, mirándola sin la más mínima expresión que ella pudiera interpretar. ¡Qué hombre tan peculiar era aquél!

—¿Por qué cree que lo asesinaron?

Sylvia estuvo a punto de reír.

—¿Quiere decir por qué lo asesinaron o por qué creo que lo asesinaron?

Él se encogió de hombros.

—Ambas cosas, imagino.

—¡No tengo ni idea!

Por la manera de decirlo, pareció un grito. Apenas podía creer que estuviera pronunciando esas frases en voz alta ante aquel hombre extraño en el vestíbulo de un hotel en una sencilla tarde de verano. ¿*Creía* que Jack había sido asesinado? Que ella supiera, tal posibilidad no se le había pasado por la cabeza antes de soltarla hacía unos instantes. ¿Era eso lo que forcejeaba en su interior por salir a la luz sin que ella fuera consciente? Sentía el vértigo de quien se encuentra al borde de un profundo precipicio. ¿Qué habría allí abajo, en el fondo, retorciéndose y luchando?

—Me temo que estoy dando rienda suelta a mi imaginación. Le ruego que me disculpe —la taza de café golpeó el platillo cuando Sylvia la depositó sobre él—. Debe de ser la histeria... Sin duda es lo que usted está pensando. Lo siento.

Quirke asintió; ella tuvo la impresión de que no la escuchaba.

—Señora Clancy, ¿usted sabe que soy médico y que a su marido se le practicó una autopsia?

Ella le miró horrorizada y fascinada al mismo tiempo. No debía fijarse en sus manos, no debía; pensar en lo que le habían hecho a Jack.

—Sabía que le habían realizado una autopsia, desde luego —dijo, controlándose. Él asintió de nuevo.

—Habrá una investigación y me llamarán para dar testimonio.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál será su testimonio? —el miedo estremeció a Sylvia.

—Que su marido murió ahogado.

Ella aguardaba; hablar con aquel hombre era como hacer una llamada de teléfono a larga distancia en una línea defectuosa.

—¿Nada más? —dijo.

Quirke bebió el último sorbo de su whisky y dejó el vaso sobre la mesa. Para ser un hombre tan grande, sus gestos eran curiosamente precisos, casi delicados.

—Tenía un golpe en la parte posterior de la cabeza, en el lado derecho, justo debajo de la oreja —con un dedo señaló su propia cabeza para mostrarle el lugar preciso.

—Sí, alguien me lo comentó —Sylvia estaba sin aliento, sentía cierta excitación. ¿Qué sabía aquel hombre? ¿Qué había descubierto?

—Es difícil que él se hubiera infligido ese golpe. Me refiero, por ejemplo, al caer y golpearse la cabeza con alguna parte del velero.

—Tal vez la vela, quiero decir, el mástil, el como-se-llame, la botavara se giró por lo que fuera y le impactó en la cabeza.

Él aparentó tomar en consideración sus palabras, mientras la miraba con los ojos entornados.

—¿Usted navega, señora Clancy?

—No, no. Jack me llevó con él en algunas ocasiones, pero no me gusta. Para serle sincera, el mar siempre me ha dado un poco de miedo. Debía de ser una premonición —dijo con una leve sonrisa.

Quirke también sonrió y alzó los hombros.

—Yo tampoco sé gran cosa de barcos. Pero sé que la noche que murió su esposo apenas había un soplo de viento en el aire. Tendría que haberse producido un vendaval para que la botavara le golpeara con fuerza suficiente para provocarle un traumatismo semejante.

Ambos permanecieron en silencio. Ella le miraba hipnotizada, los ojos muy abiertos.

—¿Me está diciendo, doctor Quirke, que está de acuerdo conmigo? ¿Que usted cree que a mi esposo lo mataron?

—No lo sé. No soy detective.

Aquello divirtió a Sylvia.

—Debería disculpar a quien piense que lo es.

Quirke inclinó la cabeza con irónico reconocimiento.

—Soy muy curioso. Si fuese un gato, hace tiempo que estaría muerto.

El sol ya había desaparecido y cuando Sylvia apartó la mirada de Quirke y se fijó en la puerta acristalada de la entrada descubrió que caía una lluvia de verano. Le hubiera gustado estar fuera, en la fresca humedad, con la suave lluvia cayendo sobre su rostro, en sus manos. Cerró los ojos un instante. Intentó recordar a Jack tal como lo había visto la última vez, pero no pudo. Jack, pobre y querido loco, que ahora estaba muerto.

—Dígame por qué cree que su esposo fue asesinado —le pidió Quirke.

Ella abrió los ojos.

—Ya me lo ha preguntado.

—Se lo pregunto de nuevo.

Llovía con mayor fuerza ahora y ella creyó escuchar, sin bien levemente, el siseo y tamborileo de la lluvia al caer sobre la ciudad. Cuando era pequeña, adoraba contemplar la lluvia. Se recordó asomada a la ventana de la casa de su abuela Morgan en Colwyn Bay, inclinada sobre el alféizar con la barbilla apoyada en las manos, mientras olía la cretona polvorienta de las cortinas. En aquel tiempo era una soñadora. En julio la familia subía desde Londres para pasar una semana con la abuela. Gales era bonito. La gente era muy agradable y tenía un encantador acento cantarín. La casa de la abuela Morgan estaba al final de una calle empinada, en la parte más alta, y cuando llovía con fuerza las gotas golpeaban la calle y se alzaban de nuevo y ella imaginaba un extenso cuerpo de diminutas bailarinas plateadas descendiendo la colina al tiempo que hacían piruetas.

—Creo que tenía una aventura —dijo ella.

Una vez más se sorprendió a sí misma. El hombre sentado frente a ella carraspeó y se movió pesadamente en el sillón. Sylvia bajó la vista y contempló sus ridículos y delicados piececitos, con los tobillos cruzados, y sintió deseos de romper a reír. Hacía mucho tiempo que no hablaba así con nadie, y aún menos con un hombre al que apenas conocía. ¿O es que alguna vez había hablado así?

—Lo siento. No es asunto mío —dijo Quirke.

—¿Lo sería si fuera un policía de verdad? —su tono juguetón e irónico la asombró. ¿Estaba *coqueteando* con aquel hombre? Uno nunca es demasiado viejo o está demasiado angustiado como para no hacer el ridículo—. Disculpe. No sé por qué me estoy comportando de una manera tan... atolondrada —dijo con una risa desmayada.

Quirke estaba encendiendo un pitillo y, como tenía los ojos bajos, Sylvia no pudo ver su reacción. Un relámpago carmesí de dolor le recorrió la columna y tuvo que contener el aliento. Se obligó a sentarse derecha sin moverse. Su dolor era como un bebé que llevara en su interior: tenía que atenderlo y arrullarlo para que no despertara y la desgarrara con sus diminutas y afiladas uñas.

Quirke sujetó el vaso vacío de whisky y lo hizo girar entre sus dedos. Ella lo observó.

—Lo siento. No debería haberle hablado de Jack y... y mis sospechas. Si tenía una aventura, no era la primera vez —le miró casi suplicante—. Imagino que el inspector ya estará al tanto de la reputación de mi marido. Al contrario que la mayoría de los hombres, a Jack le gustaban de verdad las mujeres. Las encontraba interesantes —soltó una risa apesadumbrada—. Para hablar, quiero decir. Un hombre resulta muy atractivo cuando las mujeres notan que muestra interés y que las escuchará. Y también sabía ser divertido. Era otro de sus atractivos. En resumidas cuentas, lo único que yo podía hacer era sonreír y aguantar. Al final siempre volvía conmigo...

Ella se dejó llevar y se rió de nuevo con mayor tristeza.

—Es lo que dicen todas las mujeres que están en mi situación, ¿verdad? Es patético —se llevó la taza a los labios; el café se había quedado frío y tenía un gusto amargo—. Descubres con el tiempo lo trillado que resulta todo. Te escuchas decir cosas de las que te reirías si las leyeras en una revista. Eso lo hace mucho más duro.

Quirke levantó el vaso e hizo una seña a la camarera. Cuando ella se aproximó le pidió otro whisky y, volviéndose hacia Sylvia, le preguntó si deseaba algo más.

—¿Otro café?

—No, gracias —la camarera empezó a alejarse—. Espere, sí, tomaré algo más —pensó un instante—. Un jerez, por favor. Seco.

Tan pronto como la camarera desapareció, Sylvia sonrió a Quirke algo avergonzada.

—No debería, la verdad, ya me he tomado una copa de vino en la comida. El alcohol se me sube inmediatamente a la cabeza. Me emborracharé y usted pensará que soy una solemne idiota.

Quirke se acomodó en la silla y la contempló. El humo del cigarrillo ascendía en volutas por su mandíbula y le obligaba a entornar un ojo, dándole un aire de malo de película. Sylvia se mordió el labio para no sonreír.

—Que su marido tuviera... una relación con alguien, ¿cree que guarda relación con la manera en que murió? —preguntó Quirke.

—No lo sé —exclamó Sylvia—. Tal vez un marido furioso le persiguió; tal vez se pelearon.

—¿Hay alguien que usted conozca que pudiera haber estado tan furioso con él?
Ella meneó la cabeza.

—Por razones obvias, Jack nunca hablaba de la gente con la que salía. Y por las mismas razones, nunca le pregunté —cerró un puño y golpeó con él la palma de su mano—. ¡Dios mío! ¿Por qué todo tiene que ser tan banal, tan... sucio?

Les trajeron sus bebidas. Sylvia probó el jerez; estaba dulce, por supuesto. No se atrevió a pedir que se lo llevaran. En la calle la lluvia había cesado y el sol surgió de repente, como si hubieran apartado una cortina de un golpe, y el asfalto brilló y los tejados de los coches lanzaron amplios y lánguidos destellos como burbujas gigantes de luz que se formaran y estallaran. El rostro de Quirke estaba ahora en sombra, pero Sylvia podía ver sus ojos pensativos fijos en ella.

—¿Su esposo le hablaba alguna vez del trabajo? —preguntó.

—¿Del trabajo? ¿Se refiere a la oficina y todo eso? Apenas —ella se rió—. No creo que los negocios de Delahaye & Clancy ocuparan un lugar prioritario en su cabeza.

—¿Así que nunca le habló de que existieran conflictos... ese tipo de cosas?

—¿A qué se refiere al decir «conflictos»? ¿Con el personal de la empresa? ¿A huelgas?

—No, no —Quirke titubeó—. Parece que algo sucedía dentro de la compañía. Movimiento de acciones, manejos con las mismas...

—Acciones —dijo Sylvia sin comprender—. ¿Se refiere a acciones de la compañía? —se detuvo y cuando comenzó a hablar lo hizo muy lentamente—. ¿Me está diciendo...? ¿Está diciendo que mi marido estaba... no sé... desfalcando dinero de la empresa?

—No, desfalcando no.

—Entonces ¿qué? —bajo las mangas del vestido sintió un hormigueo en el interior de los brazos.

—¿Conoce a un hombre llamado Maverley?

—¿Duncan Maverley? —Sylvia hizo un gesto amargo con la boca—. Claro, ¿qué

sucede con él?

—En el funeral, el funeral del señor Delahaye, ese hombre, Maverley, habló con el inspector Hackett y conmigo. No fue muy claro, quiero decir que no nos dio mucha información, pero pareció insinuar que su marido estaba planeando, de hecho ya estaba llevando a cabo, la adquisición total del negocio para sustituir a Victor Delahaye al frente de la empresa.

Sylvia alargó la mano y casi a tientas se apoderó del vaso de jerez y tomó un trago de la bebida dulce y viscosa. Había pensado que el alcohol calmaría sus nervios, pero la estaba agitando aún más. Todo aquello era una locura, una locura. ¿Qué daño buscaba hacer ese horrible tipejo, Maverley?

—No sé qué decir, me parece una acusación descabellada. Jack no tenía ese tipo de ambición. Estaba satisfecho con ser el Segundo Jefe, así le llamaban todos y así se refería él a sí mismo a menudo, y con navegar en su velero y ver a sus amigos en el club náutico y... —se detuvo y no dijo lo que estaba en su cabeza: «Y jugar al amor con sus amigas».

Y, sin embargo, ¿quién sabe lo que hay dentro de la cabeza de los demás? Había estado casada con Jack Clancy durante más de un cuarto de siglo, pero ¿podía jurar con la mano en el corazón que lo conocía? ¿Cómo era cuando estaba con una de sus «distracciones», por ejemplo? Si le hubiera visto retozando con una fulana, cosa que gracias a Dios nunca había sucedido, ¿le habría reconocido? Sabía que él se sentía molesto y despreciaba a Victor Delahaye, pero sin duda hacía ya mucho tiempo que se había resignado a ocupar una posición secundaria en la empresa Delahaye & Clancy. Sin embargo, ¿y si no era así? ¿Y si las acusaciones que había hecho el cizañero Maverley eran ciertas? De repente sintió compasión. Pobre Jack, intrigando y maquinando como un niño, planeando durante años probablemente derribar a los Delahaye y convertirse en el Primer Jefe, y eso sin decirle una palabra a nadie, ni siquiera a ella. ¿De modo que su vida no había sido más que vergüenza y humillación mientras ardía de furia bajo el desdeñoso patronazgo de un hombre por quien sólo sentía desprecio? ¿Era ésa la razón de que anduviera siempre tras las mujeres, para tener éxito en alguna parte de su vida? ¿Le habían proporcionado ellas la admiración y comprensión que todos los demás le negaban? Todos los demás, incluida ella. Sí, sin duda era así. ¿Cómo no se había dado cuenta? Si lo hubiera comprendido antes, habría podido ayudarle, habría podido hacer algo para mitigar su vergüenza y frustración, la rabia que sentía hacia sí mismo y hacia el mundo.

Pero no, no era así, ella lo *sabía*, claro que lo sabía. Lo sabía y había decidido ignorar que lo sabía. Justo lo que siempre había despreciado en secreto de los irlandeses, su capacidad para engañarse, su ambigua manera de relacionarse con el mundo. Ella era tan deshonesto, tan hipócrita como los demás, y no tenía más remedio que admitirlo.

Se levantó y miró en derredor con expresión extraviada. Los labios le temblaban. Necesitaba ir al lavabo con urgencia. Quirke se puso también en pie y ella retrocedió casi con pánico, pues había olvidado que él estaba allí. Quirke dijo algo, pero Sylvia no lo escuchó. Negó con la cabeza y dio un paso atrás.

—Tengo que irme. Lo siento, tengo que... —dijo con voz ahogada y, dando media vuelta, huyó.

Lo primero que le sorprendió a Phoebe fue el hecho de que supieran dónde encontrarla. ¿Cómo lo habían averiguado? Había adquirido la costumbre de ir al café dos o tres tardes a la semana de camino a casa cuando salía del trabajo. Era un lugar donde podía estar sola; no había revelado su existencia ni siquiera a David Sinclair. El dueño del café, el señor Baldini, un italiano maduro con unos maravillosos y dulces ojos y una sonrisa melancólica, ya la conocía bien y cuando aparecía la saludaba cálidamente y la conducía a su mesa favorita, junto a la ventana, como si ella fuera un cliente habitual de un elegante restaurante y él, el *maître*. Ella se acomodaba ante la mesa de plástico y, en el retal de sol de la tarde, leía el periódico mientras bebía un café con mucha leche y comía uno de los empalagosos pastelitos que la mujer del dueño preparaba en la cocina, situada en la trastienda, de donde salían los cálidos aromas a vainilla y chocolate y café tostado que flotaban en el local. Ella adoraba esas parcelas de soledad y se quedó más que sorprendida cuando los gemelos Delahaye entraron aquella tarde y, sin mediar invitación, se sentaron a su mesa.

Phoebe sintió el mismo asombro que siempre ante su inquietante parecido. Al verlos allí, sentados amigablemente uno al lado del otro, tuvo de nuevo la irritante sensación de ser víctima de un truco endemoniado y complicado en extremo con espejos y sillas giratorias y paredes que sólo parecían serlo. Iban vestidos igual, con pantalones de pana marrón y camisas grises de manga corta hechas de lana fría, y ambos llevaban un jersey de críquet colgado a la espalda con las mangas anudadas sobre el pecho. A Phoebe no le hubiera sorprendido que le hablaran al unísono, como dos personajes salidos de los libros de Alicia.

—Hola —dijo, procurando sonar segura e informal—. Creía que yo era la única persona que conocía este sitio.

—Ah, ya ves, somos muy buenos averiguando secretos —dijo el de la izquierda. Se presionó entre las manos la cara sonriente y empezó a resoplar por la nariz, igual que un cerdo buscando trufas. Levantó entonces una mano y le mostró el sello que llevaba en el meñique—. Por cierto, soy Jonas, así te ahorras preguntar.

El otro, James, se rió. Ella se fijó en él. Ya había notado antes lo extraños que resultaban sus ojos, velados y, al mismo tiempo, ansiosos, como si James estuviera siempre a la espera de algún acontecimiento brutal e hilarante que podía producirse en cualquier momento. Phoebe se preguntó inquieta si estaría bien de la cabeza.

—¿Dónde está tu novio? —preguntó con juguetona belicosidad.

—Es verdad, ¿dónde está? —dijo Jonas—. Pensábamos que era imposible veros a uno sin el otro, igual que James y yo.

James soltó una carcajada, como si el comentario fuera increíblemente divertido.

—Estará en el trabajo, supongo —dijo Phoebe. Últimamente Sinclair parecía estar siempre trabajando, no importaba la hora que fuese. Por eso ella estaba hoy allí, para acortar la larga noche que tenía por delante.

—*Mit ze* cadáveres, *ja?* —dijo Jonas parodiando un acento alemán, mientras trazaba con la mano un amplio gesto de corte, como si tuviera un escalpelo—. El profesor Frankenstein en su laboratorio.

Ella no supo qué decir. Apartó la taza de café con la mano, recogió el bolso y el *Irish Times* e hizo ademán de levantarse, pero Jonas extendió el brazo sobre la mesa y con el índice le presionó con fuerza el dorso de la mano y Phoebe volvió a sentarse despacio.

—No te vayas, acabamos de llegar —dijo Jonas amigablemente.

El señor Baldini se aproximó para preguntar a los gemelos qué deseaban. Había nacido en una ciudad montañosa de la Toscana, según le había contado a Phoebe. A ella le intrigaba cómo había acabado allí, pero no quería preguntarle. Los gemelos pidieron lo mismo que ella, un café y una tarta. El señor Baldini asintió sin sonreír. Volvió sus cálidos ojos castaños hacia Phoebe como si quisiera advertirle de algo. ¿Habían estado los gemelos allí antes? ¿Sabía algo sobre ellos que Phoebe desconocía?

—¿Y para usted, *signorina?* ¿Le apetece otra cosa? —le preguntó.

Phoebe negó con la cabeza y él se giró con desgana, como si no deseara alejarse, mientras la miraba con aquella extraña y precavida expresión.

—¿Te gustó la fiesta? —preguntó Jonas.

—¿En casa de Breen?

—Sí, donde nos encontramos.

—Estuvo bien. Un poco ruidosa para mí.

Jonas trazó con los dedos una figura en la esquina de la mesa.

—El bueno de Breen, ¿verdad? El bueno de Breen.

Miraba a Phoebe con suave aire calculador. Ella se preguntó en qué estaría pensando, aunque probablemente era preferible no saberlo.

—Breen está muy bien dotado —dijo James más alto de lo necesario—. En todos los sentidos.

—A James le encantan los juegos de palabras —Jonas le guiñó un ojo, sonriendo.

El señor Baldini trajo los cafés y las tartas.

—Veintiocho peniques —dijo.

Jonas lo miró y el italiano le devolvió la mirada sin inmutarse. Algo flotaba en el aire, la sensación de un asunto que estaba pendiente. Al final, Jonas se encogió de

hombros.

—Págale, Jamesey —dijo con voz tranquila, mientras sonreía a Phoebe, y luego empezó a tararear en bajo la melodía de *'O sole mio*.

James le tendió un billete de diez chelines al señor Baldini y éste se alejó.

Jonas apartó el café y el plato con la tarta, extendió los brazos hasta casi rozar el rostro de Phoebe, entrelazó las manos, las giró y las empujó con los dedos hasta que los nudillos crujieron. Entonces sacudió ligeramente el cuerpo como si tuviera un escalofrío y resopló con los labios cerrados como si fuese un caballo.

—¿Has quedado luego con tu novio? —preguntó.

Phoebe asintió.

—Estupendo —dijo Jonas y de nuevo la miró con aquella expresión intensa e inquisidora—. Y mientras tanto, ¿por qué no vienes con nosotros?

Ella le devolvió la mirada.

—¿Ir con vosotros adónde?

—Al hogar de nuestros ancestros. Una copa, algo de comer, música en el viejo gramófono... Una típica tarde de relax *chez Delahaye*. ¿Qué dices? La madrastra está en casa y apuesto a que le encantará conocerte. A ella también le gustan las fiestas, aunque no lo dirías al verla con su atuendo de viuda.

Ella los miró detenidamente: Jonas sonriendo con indolencia y James con aquella ávida luz en sus ojos. Era una locura aceptar esa invitación, pero para sorpresa suya una aguda vocecita en su cabeza la animó a hacerlo.

—De acuerdo, pero sólo me quedaré una hora —se escuchó decir con una despreocupación que no sentía en absoluto.

—Decidido entonces —exclamó Jonas y golpeando la mesa con las palmas de la mano se levantó. Llevaba una corbata del Trinity como cinturón—. *Avanti!*

Abrió el camino con Phoebe detrás y James a continuación. Phoebe sintió la mirada de este último en su espalda y un ligero temblor estremeció sus escápulas. En la puerta, miró hacia atrás y sorprendió al señor Baldini, junto a la gran máquina plateada de *espresso*, contemplándola con aquella expresión grave y melancólica.

Hacía una tarde bochornosa. Anduvieron a lo largo de la verja de St. Stephen's Green, Phoebe entre los dos hombres con su andar ocioso y las manos en los bolsillos, hacia el coche de Jonas. El vehículo, un Jaguar rojo de dos puertas y con el suelo bajo, estaba aparcado bajo los árboles.

—¿Ves esa tienda? —dijo Jonas, mientras señalaba Smyth, al otro lado de la calle—. Una vez compré allí un tarro de miel con abejorros muertos. Y una caja de hormigas cubiertas de chocolate.

—¿Para qué? —preguntó Phoebe.

Jonas estaba abriendo la puerta del conductor.

—Regalos de boda para nuestra nueva mamaíta cuando papá decidió volver a

casarse.

—¿Y le gustaron a tu madrastra? —Phoebe no estaba segura de si debía reírse.

—Se partió de risa. Deberías haber oído cómo crujían las hormigas entre sus dientecitos de perla.

James subió al estrecho asiento trasero, mientras Jonas se sentaba al volante y Phoebe a su lado. El coche rugió al arrancar y salieron disparados en medio de una nube negra de llanta quemada. El corazón de Phoebe latía enloquecido. ¿En qué estaría pensando? ¿Cómo se le había ocurrido?

En Northumberland Road, las aceras arboladas se hallaban sumergidas en la luz dorada de la tarde y nubes de mosquitos se desplazaban velozmente como burbujas en una copa de champán. Sin reducir la velocidad, Jonas introdujo el coche por la puerta de la verja mientras la grava salía disparada en todas direcciones. El vehículo se detuvo dando sacudidas junto a la escalinata delantera.

Mientras subían hacia la puerta, James se quedó de nuevo rezagado y Phoebe supo que era para mirarla. La expresión *aproximarse a popa* le vino a la cabeza y una sonrisa sombría se le dibujó en la cara. ¿Le contaría a David la aventura en la que se había metido? Mejor no. Podía imaginarse su expresión al escucharla, la mirada de sus ojos, de un castaño líquido, con la cabeza inclinada con escepticismo y la barbilla hacia abajo.

El vestíbulo estaba agradablemente fresco. Un parche ardiente de sol se coló por la puerta abierta y se depositó por un instante sobre el parque.

—Bienvenida a la Casa Usher —dijo Jonas con tono jovial y James soltó otra de sus carcajadas.

A Phoebe le gustó, a su pesar, sentirse como la joven inocente en peligro de un cuento gótico. Una criada pelirroja de gruesos tobillos apareció al fondo del vestíbulo y, al ver a Phoebe con los gemelos, esbozó una media sonrisa y regresó al lugar de donde venía.

—Como puedes ver, el servicio carece de modales —dijo Jonas. Se inclinó en una profunda reverencia y extendió un brazo—: Bienvenidos a la feria, damas y caballeros. Por aquí, por favor.

La luz del jardín teñía de verde el aire del salón. Phoebe se fijó en el amplio sofá blanco, el Mainie Jellett colgado en la pared, el aparador con las botellas, las licoreras de cristal tallado, el sifón de soda. Sobre la mesa, en un jarrón chino, había un gran ramo de rosas rojas y amarillas.

—¿Una copa, querida? ¿Qué te apetece tomar? —dijo Jonas dirigiéndose al aparador.

Phoebe titubeó. ¿Debía tomar una copa? Era obvio que no.

—Ginebra. Un gin-tonic —dijo con firmeza.

—¡Ésta es mi chica! James, sé amable y ve a por hielo a la cocina. Y mira si hay

alguna lima, ¿vale? —Jonas sonrió a Phoebe—. Los limones son tan vulgares, ¿no te parece?

Phoebe se aproximó a la ventana y se quedó mirando el jardín. Era consciente de sí misma como si estuviera posando para un retrato. *Mujer joven en la ventana*. Ella había crecido en una casa similar, no tan grande ni tan lujosamente amueblada, pero con el mismo aire sosegado, los mismos techos altos, la misma fragancia a rosas y suelos encerados. Sin embargo, allí se percibía algo más. ¿Qué era? Un débil rastro de algo enfermizo, como en una habitación donde ha vivido un inválido, una tenue huella que ni siquiera el perfume almizclado de las rosas conseguía enmascarar.

James regresó con el hielo y con una lima que lanzó muy alto y recogió con destreza en la palma con un golpe seco.

—Por cierto, nos ha interrogado la pasma. ¿Lo sabías? —dijo Jonas mientras echaba unos cubitos de hielo en el vaso de Phoebe y se lo tendía.

Ella creyó que le estaba gastando una broma hasta que se dio cuenta de que hablaba en serio.

—No. ¿Qué querían saber? —dijo precavida.

Jonas ignoró su pregunta.

—Un tercer grado en toda regla. ¿Nos sentamos?

Se acomodaron en el sofá: Phoebe en el centro, Jonas cómodamente sentado a su derecha y James, demasiado pegado a ella, a la izquierda. Ahora que los veía de cerca y podía contemplarlos con detalle, Phoebe se dio cuenta de que, lejos de ser idénticos, eran del todo distintos. El hecho de parecer iguales era el resultado de una ingeniosa imitación, la puesta en escena de una especie de camuflaje tras el cual se escondían para espiar el mundo. Jonas era el más brillante; era listo y rápido y divertido a su manera punzante, mientras que James, con aquella risa y aquel aire de ávida expectación, resultaba claramente alarmante. Y, sin embargo, Phoebe sintió que, si había que tener cuidado con ellos, era a Jonas a quien más debía temer.

—Fue como en las películas —prosiguió Jonas—. Nos llevaron abajo, al sótano, nos encerraron en cuartos separados para que no pudiéramos hacer coincidir nuestras historias y nos preguntaron de todo —con un movimiento de mentón, señaló el vaso de Phoebe—: ¿Quieres más hielo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué os preguntaron?

—Idioteces. Era aquel amigo de tu padre, el inspector... ¿Cómo se llama?

—¿Hackett? —preguntó sorprendida.

Al escuchar el nombre, James, que estaba a su izquierda, se rió. Phoebe se acordó de la casa de los monos en el zoo.

—Sí, eso es, Hackett. Buen nombre para un detective. Un diamante en bruto. Un paleta listo, te lo garantizo, pero no lo que llamaríamos brillante. «¿Podría decirme,

joven, dónde estuvo la noche de luna llena y si tiene algún testigo que pueda probarlo?» —dijo Jonas, imitando con una precisión asombrosa el tono y acento de Hackett. Sonrió a Phoebe y añadió en un susurro—: Y ésa eres tú, querida. Nuestro testigo.

—¿Yo?

—Sí. La noche de la fiesta en casa de Breen. De eso hablamos antes.

—¿Por qué quiere saber dónde estabais? ¿Por qué esa noche en concreto?

Los hermanos intercambiaron una mirada. Jonas se rió.

—Querida, porque ésa es la noche en que Jack Clancy cayó de su velero y se ahogó.

Ella desvió la vista. Sí; sí, claro.

Jonas se levantó repentinamente del sofá.

—Música. Vamos a poner música —dijo.

En la pared opuesta había una radiogramola, un enorme mueble de caoba que sostenían cuatro diminutas patas reforzadas. Jonas abrió las puertas del armario y se acuclilló para leer los lomos de las fundas de los discos.

—Pinto, pinto, gorgorito... —murmuró—, esconde la mano que viene la vieja — y sacó un álbum, se dio la vuelta y les mostró la funda del disco: un sofisticado retrato del cantante con sombrero, un cigarrillo y una melancólica expresión, de pie en la esquina de una calle por la noche—. Frankie, el sueño húmedo de todas las quinceañeras. Ahí vamos.

Extrajo el disco de la funda y lo colocó en el plato. Se escuchó un leve siseo y sonaron las primeras notas de la melodía como gotas sobre un acaramelado fondo orquestal. Jonas se colocó en una pose, la cabeza hacia atrás, las aletas de la nariz abiertas, los brazos rodeando a una pareja invisible, y entonces trazó un par de amplios pasos de baile, mientras cantaba al mismo tiempo que el disco. Phoebe no tuvo que mirar a James para saber que se estaba riendo, aun sin hacer ningún sonido. Sin dejar de cantar, Jonas inventó su propia letra:

¿Dónde estaba, joven, aquella noche fatídica?

¿Puede demostrar su paradero?

Si pregunto a la señorita Griffin si le vio,

¿respaldará ella su excelente coartada?

Se aproximó bailando al sofá y sin detener los pasos agarró la muñeca de Phoebe, la hizo alzarse, la sujetó, tambaleante, entre sus brazos y bailó con ella alrededor de la habitación a tal velocidad que los pies de Phoebe apenas tocaban el suelo. Su hermano se desplomó sobre el sofá, dando palmas y riendo con tal fuerza que más parecía que relinchara.

El corazón de Phoebe le martilleaba las costillas y la habitación empezó a girar en torno a ella. Mareada, sentía el olor del hombre que la sujetaba, una mezcla de sudor, colonia y algo más, afilado y agrio, un leve tufo ácido. Mientras giraban por segunda vez en torno a la estancia, vislumbró sobre el hombro de Jonas que la puerta se abría y alguien, una mujer, entraba. Por un instante, el rostro pálido y delgado de la mujer se convirtió en un punto estable en el torbellino general, pero Jonas prosiguió bailando y girando a Phoebe con él. Pasaron junto a James, despatarrado en el sofá y con los brazos extendidos sobre el respaldo, que la contemplaba con enorme regocijo. Y entonces, en rápida sucesión, pasaron la ventana, el aparador, el sofá y James sentado, la pintura abstracta de Jellett y de nuevo la mujer en la puerta.

Jonas también la había visto y viró hacia ella y, soltando la mano izquierda de Phoebe, atrapó la muñeca de la mujer y la arrastró a bailar con ellos. Y allí fueron los tres ahora, dando vueltas y más vueltas. La mujer parecía tranquila, simplemente divertida, como si estuviera acostumbrada a ese tipo de situaciones. Sonriendo, no separaba los ojos de Phoebe. Repentinamente, Jonas las soltó y se lanzó con una estentórea y jadeante risa al sofá, donde se derrumbó al lado de su hermano. Phoebe tropezó y habría caído si la mujer no le hubiera rodeado la cintura con un brazo y sujetado con firmeza. Bailaron juntas y la mujer, igual que Jonas, perdía continuamente el compás. Llevaba una blusa de seda verde y una falda negra con una enagua de vuelos.

—Soy Mona, Mona Delahaye, y tú eres Phoebe, ¿verdad? Conozco a tu padre. Un poco.

Cuando la canción terminó se detuvieron y Phoebe, jadeando, sonrió a la mujer y pensó que no parecía una viuda. Los gemelos las contemplaban con mucho interés. Mona les ignoró, se dirigió al aparador de palo de rosa y se sirvió una ginebra a la que añadió un ligero toque de tónica.

—Vosotros dos habéis acabado de nuevo con el hielo —dijo acusadora mirando por encima del hombro a los gemelos.

Jonas miró de reojo a su hermano y James, colocando las manos en las rodillas y con un teatral suspiro, se levantó con esfuerzo.

—Vale, de acuerdo, ya voy yo —dijo.

Cuando se fue, Mona se acercó al sofá y ocupó el lugar donde había estado sentado, mientras aplastaba sin cuidado con la mano la parte de arriba de su falda y su voluminosa enagua de volantes. Sonrió a Phoebe y dio unos golpecitos en el espacio a su lado.

—Ven, ven y siéntate —giró la cabeza hacia Jonas—: Échate a un lado.

Phoebe obedeció y se sentó al lado de Mona. Se sentía eufórica y también mareada; algo más que mareada —¿cuánta ginebra había bebido?—, tenía la lengua gorda y le costaba enfocar la vista. Mona cogió el vaso de Jonas y metió los dedos

para pescar los cubitos de hielo que aún quedaban y echarlos en su propia bebida.

—¡Eh! —gritó Jonas mientras intentaba recuperar su vaso entre risas—. Serás pécora.

—Y tú, un cerdo —contestó Mona en el mismo tono.

Parecían dos hermanos malcriados luchando por un juguete. La imagen le resultó a Phoebe profunda y divertida, al mismo tiempo. Parpadeó repetidas veces; ¿aún no se le había pasado el efecto de la bebida?

Mona se volvió hacia ella. Tenía unos impresionantes ojos violetas que se afilaban en los extremos, achinándose. El carmín subrayaba la palidez de su rostro. Era muy hermosa, aunque tenía unos labios finos. Phoebe se preguntó qué sentiría si fuera un hombre y besara aquella boca. Como si hubiera leído sus pensamientos, Mona separó los labios y Phoebe vislumbró en la boca entreabierta la afilada punta de su lengua, de un rosa intenso. Eso es lo que haría Mona cuando la besaran: separaría los labios levemente y entre ellos asomaría la punta de la lengua.

—Menudo aspecto tienes —dijo Mona—. ¿Qué te han hecho esos dos salvajes?

—Sólo bailar —dijo Phoebe. Sintió repentinamente la cabeza embotada y se recostó contra el sofá, con los hombros caídos.

—Baila muy bien —dijo Jonas con tono sobrio y juicioso.

—Sí, es verdad —asintió Mona, mirando escrutadoramente a Phoebe y sin dejar de sonreír.

—Tiene alas en los pies —Jonas se había inclinado para observarla.

—No me digas. ¿Tienes alas en los pies? —preguntó Mona a Phoebe.

Bajo esos dos pares de ojos clavados en ella, Phoebe se sentía como una criatura exótica expuesta en una jaula. ¡Qué rostro tan afilado tenía Jonas! Un rostro afilado y una boca carnosa, que le daba un aire vagamente cruel.

James regresó con el hielo y Jonas insistió en que todos tomaran otro gin-tonic. Con voz débil, Phoebe dijo que no quería beber nada más, pero nadie le hizo caso. Seguía con la cabeza contra el respaldo del sofá y las manos desmadejadas sobre el regazo. A su lado, Mona le observó con más detenimiento aún los ojos mientras le acariciaba el pelo.

—Jonas, ¿no le habrás dado nada?

Jonas, que estaba junto al aparador preparando las bebidas, la miró con expresión ultrajada.

—Como si yo hiciera tales cosas —y se aproximó con los vasos.

A Phoebe le costó sujetar el suyo, aunque estaba maravillosamente fresco. Lo alzó hasta colocarlo ante sus ojos y contempló fascinada cómo una gota se desprendía de la condensación del cristal y descendía en brillante zigzag por el vidrio empañado. Le pareció mágico, algo nunca visto antes. Quiso contárselo a los demás, pero no se creyó capaz de encontrar las palabras.

—Seguidme —exclamó Jonas, tendiendo una mano hacia cada una de las mujeres y cogiendo el vaso de Phoebe—. Disfrutemos de la música, queridas, ¡y a bailar!

Las dos mujeres se levantaron. A Phoebe le temblaban las rodillas y tuvo que alargar un brazo en busca de apoyo. Mona le dio la mano, le enlazó la cintura de nuevo y lentamente empezaron a bailar. James y Jonas se unieron a ellas y también enlazados bailaron. Ambas parejas se alejaron girando en direcciones opuestas en torno al salón. Cada vez que se cruzaban, Jonas les hacía una elaborada reverencia dieciochesca y James lanzaba su extraña risa.

Con la cabeza dándole vueltas, Phoebe sintió cómo se deslizaba a una especie de trance. Sus pies parecían muy lejanos y, al bajar la vista, descubrió con sorpresa que se movían solos, siguiendo su propio ritmo, trazando pasos al compás de la música. Su brazo rozó un lateral del pecho de Mona, que no pareció darse cuenta. La blusa de seda verde escarabajo de la mujer tenía un tacto eléctrico, como si la cruzaran corrientes.

En el disco, la voz de Sinatra velaba un pequeño sollozo.

Fuera del salón alguien dio una patada a la puerta, que se abrió de golpe, y un anciano de abundante cabello gris irrumpió en su silla de ruedas. Al ver a las parejas que bailaban, la furia ensombreció su rostro y de su pecho surgió un gruñido, como si se le agolparan las palabras, y alzando el puño derecho golpeó el brazo de su silla.

—¡Ésta es una casa de luto! —bramó y su voz tronante era la de un predicador que amenazara con el fuego eterno.

Los bailarines se detuvieron. Phoebe se tambaleaba, pero Mona aún la enlazaba de la cintura. A Phoebe le pareció oírla reír quedamente.

—Hola, abuelo. ¿Te apetece un trago? —le dijo Jonas, risueño.

El anciano le contempló desde la silla de ruedas, con la cabeza temblando y los ojos llameantes.

—¡Mocoso! —exclamó, medio atragantándose.

Todo oscilaba delante de Phoebe. Sentía la cabeza pesada, tan pesada. Dio un paso y apoyó la frente en el hombro de Mona.

—Creo... —la lengua se le trababa y casi no podía hablar—. Creo que me voy a...

Isabel se retrasaba, como de costumbre. A Quirke no le importó. Estaba en McGonagle, en el reservado del fondo conocido como «la Casbah», donde sólo entraban los clientes más asiduos entre los asiduos. Sobre la mesa tenía el *Evening Mail* doblado en cuatro, como le gustaba leer el periódico, y un generoso vaso de whisky junto al codo. La Casbah, acogedora y pequeña, tenía un aire náutico. Podría haber sido la cabina de una trainera: mucha madera oscura que siempre estaba ligeramente húmeda y pegajosa al tacto y, en el tabique de madera que separaba el

reservado del resto del pub, había una hilera de pequeñas ventanas de vidrio esmerilado que parecían ojos de buey. Por algún resquicio entraba un hilo del resol de la tarde en la atmósfera umbría y cargada de humo, e iluminaba un círculo dentro del vaso de whisky como una pequeña joya.

Quirke estaba leyendo un artículo sobre un caso de conversación criminal, en el que un hombre había demandado a su socio por tener una aventura con su mujer. «Conversación criminal». ¿A quién se le ocurrirían tales términos? Tal vez era una traducción literal del latín. Se trataba de un caso desagradable con testimonios, no sólo de las tres personas implicadas, sino de empleados del hotel, de camareras de las habitaciones y hasta de un conductor del tranvía de Howth. ¿Cómo se sentiría la esposa? Quizá debería preguntarle a Isabel.

Sabía que no debía beber whisky a esa hora temprana de la tarde. De hecho, no debía probar una gota de alcohol. Le había prometido a Phoebe que sólo bebería vino y sin excederse; pero ahí estaba, rompiendo su promesa. Aquella leve sensación de vergüenza en su interior le resultaba familiar.

A lo largo de los años, algunas evidencias, la mayoría malas, habían quedado grabadas en su interior y ya no podía imaginarse la vida sin ellas. La primera y fundamental era la repulsa que él mismo se causaba, un desagrado moderado pero irremediable hacia lo que hacía y lo que era. En sus mejores momentos, sus escasos momentos de autoindulgencia, consideraba casi virtuoso ese estado permanente de reprobación. Pues la crítica ¿no debía de provenir de una parte mejor de sí mismo, por recóndita que estuviese? Los auténticos malvados no se paraban a pensar en su maldad, ni siquiera eran conscientes de la misma y, cuando lo eran, se enorgullecían, como Yago o el Satán de Milton. Por supuesto, era evidente que la mala opinión que tenía de sí mismo le daba excusa para comportarse como le viniera en gana, sin pensar en nadie más que en él. Ser malo, como era, y saberlo, aligeraba su alma de responsabilidad. «Yo soy así y no puedo ser de otra manera», ése era un lema con el que podía vivir un hombre.

Isabel apareció por fin como la encarnación del verano con un vestido suelto de lino blanco y unos zapatos rojos de tacón alto y con tira en el talón. Dejó caer el bolso de cuero encima del *Mail* plegado, y empezó a rebuscar dentro.

—Toma uno de los míos —le dijo Quirke, mientras le tendía su cajetilla de Senior Service.

—Gracias —Isabel cogió un cigarrillo y se inclinó sobre la llama del mechero—. Sé bueno y pídemelo algo de beber. Un vodka con hielo. Tengo la cabeza que me va a estallar.

Tomó asiento en la banqueta frente a él y exhaló con enojo el humo del cigarrillo, que salió disparado igual que un cono. Tenía problemas con el director de la obra que estaba ensayando. Quirke, preparado para la parrafada, se aproximó a la entrada de la

Casbah y le hizo una seña al barman. Isabel rompió a reír cuando él regresó a la mesa.

—Lo siento. No voy a empezar, te lo prometo —aspiró una larga calada—. ¡Pero te juro que es un cabrón... un maldito cabrón!

—¿Qué ha hecho ahora?

Isabel abrió la boca, pero la cerró sin decir nada y se echó a reír.

—No, he dicho que no iba a empezar y no lo haré. Hace una tarde preciosa, voy a tomar una copa contigo y luego vamos a coger un taxi para ir a casa y tú vas... Bueno, ya sabes lo que vas a hacer porque eres un caballero siempre dispuesto a poner una mano encima de la frente de una chica calenturienta. Quiero decir, en la frente calenturienta de una chica. ¿O no es eso lo que quiero decir?

Se inclinó sobre la mesa y lo besó. El camarero asomó su redonda cara de luna y carraspeó.

Dieron un sorbo a sus bebidas, con los meñiques de sus manos libres entrelazados encima de la mesa. Quirke contempló fascinado el luminoso círculo de oro que aparecía en el fondo de su vaso cada vez que lo posaba en la mesa. ¿De dónde venía la luz? No lo veía. Tampoco le importaba. Tal vez Isabel era la persona que le salvaría. ¿De qué? De sí mismo, para empezar.

Decidida a no quejarse del director, Isabel se quejó de la obra.

—¡Dios mío! Está llena de tópicos. Sobre el amor, la vida, la muerte... No se le escapa ni uno. ¿La vida es así? —Isabel alzó la vista al techo con una expresión que a Quirke le pareció una versión cómica de un rostro de El Greco.

—Sí, en la mayor parte de los casos —contestó él.

—¡Y las bromas! Todas sobre las vacas... La obra transcurre en algún lugar perdido del interior. ¿La gente del campo es así?

Él se rió.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ya sabes... Estúpidos y cómicos.

—Todos somos así.

—¡Yo, no! —replicó indignada Isabel—. Tú, tampoco. Bueno... —su boca tembló de risa—. Yo, por lo menos, no lo soy. ¿Te he dicho que hago de madre? La que hace de hija, mi supuesta hija, asegura tener cuarenta años. Desde luego, tiene cuarenta pero desde hace mucho tiempo. Y mi marido debe de rondar los dieciocho y tiene acné.

Quirke le apretó con más fuerza el meñique. Disfrutaba oyéndola despotricar, le divertía y le relajaba. Contempló su rostro alargado, vivaz y pálido. Aún era muy atractiva. A Isabel le preocupaba ser ya quizá demasiado mayor para tener niños; se lo había confesado una noche tras la función, mientras cenaban en el Trocadero, con los ojos llenos de lágrimas y la boca temblorosa. Estaba un poco bebida y Quirke no

estaba seguro de que lo recordara. A ambos les preocupaba el tema de los bebés, pero por razones diferentes.

Intentó imaginarse con un crío mojado y maloliente sobre las rodillas.

—Tómame otra copa —le dijo.

Isabel se puso en pie.

—No, ya dije que sólo una. Venga, vámonos, tengo que estar en el Gate a las nueve y media... Aparezco en el segundo acto.

Acababan de salir del reservado y se abrían paso hacia la salida entre los cuerpos en penumbra de los bebedores tempranos cuando el camarero llamó a Quirke por su nombre.

—Una llamada para usted, doctor —y levantó el auricular del teléfono, instalado junto a la caja registradora.

Quirke frunció el entrecejo. ¿Quién le llamaba? ¿Quién podía saber dónde encontrarle?

Cogió el auricular y curvó el cuerpo sobre el mostrador. Isabel le esperó, dando golpecitos con el pie contra el suelo. Se sentía incómoda, notaba las miradas que se clavaban en ella desde las sombras intentando ver a través de su vestido. Le había pedido a Quirke que se encontraran en el Gresham, pero por supuesto él había preferido McGonagle. No entendía qué veía en aquel sitio. Se lo imaginó sentado en la penumbra como los demás, con su bebida y su cigarrillo, al acecho, mirando a la mujer de otro. Borró esa imagen de su cabeza, mientras continuaba golpeando el suelo con el pie. Por fin, Quirke devolvió el auricular al camarero, se aproximó y sujetándola por el codo la llevó hasta la puerta.

—Era Sinclair. Algo le ha pasado a Phoebe.

La metió en uno de los taxis de la parada en la esquina del Green. En la ventanilla, el rostro de Isabel estaba blanco de ira. Quería saber qué era ese «algo» que le había pasado a Phoebe, pero él le había dicho que no lo sabía, que todo era muy confuso, que la línea telefónica era mala y no había escuchado con claridad a Sinclair y lo que había escuchado no tenía mucho sentido.

Todo eso, o la mayor parte, era mentira. No había mencionado a Mona Delahaye. Mona le había llamado al hospital y la mujer de la centralita había pasado la llamada al laboratorio de Patología y Sinclair había contestado. Y a continuación Sinclair le había llamado. Phoebe estaba en casa de los Delahaye y parecía que no se encontraba bien y necesitaba que fueran a buscarla. Sinclair se hallaba en medio de una autopsia, no podía interrumpirla y acabaría tarde. Tendría que encargarse Quirke. Sinclair le dio la dirección. Quirke le contestó que conocía la casa y se hizo un silencio en la línea telefónica. ¿Qué sabía Sinclair sobre él y Mona Delahaye? Su ayudante poseía el inquietante don de olerse cosas que nadie más sospechaba. Quirke aguardó hasta

que el taxi de Isabel desapareció en el horizonte y entonces subió al siguiente taxi de la fila.

Mona le abrió la puerta.

—Ah, hola —dijo, como si su aparición fuese una inesperada y agradable sorpresa.

—Vengo a recoger a Phoebe —dijo Quirke.

—Sí, claro, por supuesto.

Ella permaneció inmóvil, con la mano en el pomo de la puerta, mientras le miraba detenidamente de arriba abajo, igual que las veces anteriores, como si estuviera tomándole medidas para una prenda entallada.

—Eres la viva imagen de la preocupación paterna —dijo con una sonrisa.

Él dio un paso adelante.

—¿Dónde está? ¿Qué le ha ocurrido?

—Ha bebido demasiada ginebra, eso es todo —seguía sin quitar la mano de la puerta, como si estuviera decidiendo si dejarle entrar o no. Con un encogimiento de hombros, se echó a un lado—: Por lo que más quieras, te ruego que hables bajo. Mi suegro ha desenterrado el hacha de guerra.

Le condujo hasta el salón. Phoebe estaba tumbada sobre el sofá blanco, con un cojín bajo la cabeza y otro bajo los pies. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Con su vestido negro y su blusa blanca de cuello de encaje parecía el cadáver de una joven y santa doncella tendida en un féretro. Quirke le alzó la muñeca y le tomó el pulso. Era muy lento. Olió su aliento.

Mientras estaba inclinado sobre ella, Phoebe abrió de repente los ojos y le miró fijamente con expresión de alegre incredulidad.

—Papá —dijo con voz queda y sus párpados se cerraron de nuevo.

Nunca le había llamado «papá». Debía de haberle confundido con otro.

Se volvió hacia Mona, que estaba apoyada en el quicio de la puerta, con los pies cruzados. Fumaba mientras le contemplaba con sonrisa burlona.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó Quirke de nuevo.

—Ya te lo he dicho... Bebió demasiado y cayó inconsciente.

—¿Qué ha bebido?

—Ginebra, ¿no me has oído antes?

Quirke miró alrededor y vio los vasos vacíos y las puertas abiertas de la radiogramola.

—¿Quién estaba aquí?

—Yo.

—¿Y quién más?

—Los gemelos. Quirke, pareces realmente furioso... Si sigues mirándome así, me asustaré.

Quirke movió la mano con gesto despectivo.

—¿Por qué vino Phoebe? ¿Qué hacía aquí?

Mona soltó el humo del cigarrillo con un suspiro de exasperación.

—Yo qué sé. Entré al salón y ella estaba aquí, bebiendo ginebra como si fuese agua y bailando. Menuda fiesta tenían montada.

—¿Una fiesta? ¿Había más gente?

—¿Qué gente?

—Otras personas.

—Los gemelos. ¡Ya te lo he dicho antes!

—¿Nadie más? ¿Tú, esos dos y Phoebe? ¿Qué ha ocurrido aquí?

—¿Puedes parar de preguntar siempre lo mismo? Pareces un disco rayado.

—Mi hija está comatosa en tu casa y a mí me han llamado para venir a recogerla. Tú eres quien ha llamado. Creo que me debes una explicación.

Mona suspiró de nuevo y le lanzó una mirada de conmiseración mientras movía la cabeza ligeramente de un lado a otro.

—Ya sé lo que te pasa a ti. Crees que estás en una película —y ahuecando la voz, lo imitó—: «Mi hija, en tu casa, ¿qué ha ocurrido aquí?». ¿Es que la gente joven no puede celebrar una fiestecilla de vez en cuando?

—Si le han hecho algún daño a Phoebe...

Se interrumpió y Mona estalló en carcajadas.

—¿Quieres decir si la han «mancillado»? ¿Si han «arruinado» su vida? Ahora que estás interpretando a un padre victoriano, necesitarías un bigote para retorcerlo.

Él sacudió la cabeza como si hubiera algo en el aire que le molestara.

—¿Podrías pedirme un taxi, por favor?

—Puedo llevaros a donde me digas... A cualquier sitio, de hecho.

—Prefiero un taxi. Si me indicas dónde está el teléfono, yo mismo haré la llamada.

Ella sonrió con el gesto torcido.

—Realmente estás siendo muy cargante. No ha sucedido nada. Bebimos, bailamos y ella se mareó.

—Un taxi —repitió Quirke.

Ella alzó el rostro al cielo, se dio la vuelta y se alejó con aire desenfadado. Un instante después, él escuchó cómo llamaba por teléfono desde el vestíbulo. Cuando regresó, Mona se detuvo en el umbral de la puerta con su cigarrillo, exactamente igual que antes.

—¿Te apetece una copa? —le preguntó.

Phoebe gimió débilmente en el sofá.

La llevó a su piso en Mount Street. Le costó trabajo subir con ella las escaleras:

las piernas de Phoebe no respondían, se cruzaban y amenazaban continuamente con doblarse y caer. Cuando entraron en el piso, la tumbó en su cama y echó las cortinas. Ella farfulló algunas palabras ininteligibles, lanzó una pequeña carcajada burbujeante y cayó inconsciente de nuevo.

Quirke fue a la cocina y se sirvió un whisky de la botella que tenía escondida al fondo de uno de los armarios. Con el vaso en la mano, se encaminó al salón, encendió un cigarrillo y se sentó junto a la ventana. El resol de la tarde dividía la calle en una mitad de luz y otra de sombra. Junto al bordillo de ambas aceras se extendían dos hileras de coches aparcados en línea como dos bancos de peces, sus tejados refulgentes como el lomo de los delfines. Permaneció así largo tiempo, pensando, luego fue al teléfono y llamó a Sinclair.

Había acabado su whisky y le apetecía otro, pero decidió preparar una cafetera, la puso sobre el fuego y aguardó a que hirviera. Se preguntaba qué podría haber tomado Phoebe, además de la ginebra. En su aliento no había olor a droga. Algún barbitúrico, probablemente. ¿Luminal? Debían de haberlo echado en su bebida sin que ella lo notara. Ésa era la idea de diversión de los gemelos. Un nervio empezó a temblar en la esquina de su ojo derecho.

Cuando Sinclair llegó, Quirke estaba tomando la segunda taza de café, sentado junto a la ventana. Le contó cómo había encontrado a Phoebe inconsciente en casa de los Delahaye. Le comentó que los gemelos habían estado con ella y luego se arrepintió de haberlo hecho. A Mona Delahaye no la mencionó.

—¿Qué sucedió allí? —preguntó Sinclair desconcertado.

—No lo sé.

—¿Qué hacía allí, en aquella casa, bebiendo?

Por un momento, Quirke no respondió. Se sentía enojado con Sinclair y no sabía muy bien por qué.

—Necesita que la cuiden, ya lo sabes.

—No es una niña —contestó Sinclair con suavidad y la vista clavada en la punta de sus zapatos.

—En algunos aspectos sí lo es.

—A ella no le agradaría escucharte decir eso.

—No espero que le agrade.

Ninguno añadió nada más. Quirke cogió una pitillera de plata de la repisa de la chimenea y ambos encendieron un pitillo y fumaron en silencio evitando mirarse.

—No sé qué podría haber hecho —dijo Sinclair—. La mujer que llamó, la señora Delahaye, hablaba como si el asunto fuese divertido y no tuviera importancia. No me di cuenta.

«Podrías casarte con ella», pensó Quirke y al hacerlo se sorprendió. ¿Quería ver a Phoebe casada? ¿No sentía ciertos celos hacia Sinclair? ¿Para quién era buena la

boda de su hija: para ella o para él? ¿No buscaba tan sólo quedarse tranquilo? ¿No quería simplemente librarse de su hija, librarse de la responsabilidad de ser su pariente más cercano?

Le dio la espalda a Sinclair. Recordó a Mona Delahaye en la puerta del salón de Northumberland Road con su blusa verde y su falda de vuelo igual que una niña pequeña. No había pasado mucho tiempo desde la tarde en que la estrechó en sus brazos en aquel dormitorio en sombra y ella enterró su boca en el hombro de él para ahogar los gemidos y Quirke pensó que estaba enamorado. Se maldijo por ser un completo idiota.

La puerta del dormitorio se abrió y apareció Phoebe sin zapatos, sólo con las medias, con ojos somnolientos y una mano en la frente.

—He oído voces —dijo aturdida. Al ver a Sinclair frunció el ceño—. ¿David? ¿Qué haces aquí?

—Le he llamado yo —aclaró Quirke.

Ella parpadeó varias veces.

—Debo... Debo de haberme desmayado. Me siento muy rara.

—Voy a preparar un té. Te hará bien —dijo Quirke.

Fue a la cocina, puso la tetera a hervir y preparó las tazas y los platillos encima de la bandeja. Cuando regresó al salón, Phoebe y Sinclair estaban en el sofá, muy juntos, y Sinclair sujetaba la mano derecha de Phoebe entre las suyas.

Phoebe observó a Quirke mientras él le servía el té.

—Me invitaron a tomar una copa. ¿Por qué fui? —miró alrededor con expresión de impotencia—. Tengo la cabeza completamente embotada.

—¿Recuerdas haber tomado algo? —le preguntó Quirke.

—¿Qué quieres decir?

—Comprimidos, pastillas... Algo así.

—No —Phoebe frunció el ceño con gesto de concentración y luego sacudió la cabeza—. No, no había nada de eso. Bebimos ginebra. No sé dónde tenía la cabeza —colocó la mano que tenía libre encima de las de Sinclair—. Lo siento. Lo siento muchísimo —dijo como si fuese a romper a llorar.

Sinclair miró a Quirke sin decir nada.

—Tómame el té —dijo Quirke.

Phoebe deslizó la vista a la taza y el platillo, en equilibrio sobre el brazo del sofá.

—Me dijo que yo era su coartada —los dos hombres la miraron, mientras esperaban a que continuara. Ella sacudió la cabeza de nuevo y lanzó una risita incrédula—. Lo cantó.

Los dos hombres intercambiaron de nuevo una mirada.

—¿Cantó qué? —preguntó Sinclair.

—Que yo era su coartada. Dijo que la policía le había interrogado —miró a

Quirke—. Tu amigo, el inspector Hackett, hizo que le llevaran a los gemelos para preguntarles sobre la noche en que murió aquel hombre, ese tal Clancy. Eso dijo Jonas. Yo creo que está loco —miró a uno y luego al otro—. De verdad creo que está loco. Los dos lo están, los gemelos.

Quirke acercó una silla, la colocó frente al sofá y se sentó en ella, inclinado hacia delante y con los dedos de las manos cruzados.

—¿Cuál de los dos habló de la coartada?

—Jonas —Phoebe se giró hacia Sinclair—. Mencionó la fiesta en casa de Breen, ¿te acuerdas? Los vimos allí a los dos. Sólo que...

Se detuvo.

—¿Sólo que qué? —preguntó Quirke.

—Sólo que aquella noche me di cuenta de algo. Sabéis que tienen esa broma de que Jonas lleva siempre un anillo en el meñique porque es la única forma de que la gente los distinga. Pero esa noche en la fiesta ambos llevaban anillo. Yo lo vi. Jonas se cruzó con nosotros cuando llegamos, ¿te acuerdas de que iba con Tanya Somers? Y poco después vimos a James en el piso de arriba hablando con una chica delante de una puerta. Ambos llevaban el mismo sello en el meñique de su mano izquierda.

Sinclair la miraba perplejo.

—No te entiendo.

Quirke miró a Phoebe.

—¿Cómo iban vestidos?

—Uno llevaba un blazer negro y el otro..., no recuerdo, algo pálido, un traje de lino o una chaqueta.

—¿Y Tanya Somers estaba allí con uno de ellos?

—Sí.

El silencio se había adueñado de la habitación. En algún punto lejano de la ciudad sonaba el pesado tañer del ángelus.

—Sólo estaba uno de los gemelos. Quisieron hacer creer que estaban los dos, pero sólo estaba uno —dijo Quirke.

—Pero ¿para qué? Habrían tenido que cambiarse de ropa y Tanya Somers habría tenido que seguirles el juego —preguntó Phoebe.

Quirke se puso en pie.

—Uno de ellos necesitaba estar en otra parte. Por eso el truco. Y por eso tú y cualquiera que estuviera en la fiesta y los conociera seríais su coartada. Sólo estaba uno de los gemelos, actuando como si fueran los dos.

Se aproximó a la repisa de la chimenea y sacó otro cigarrillo de la pitillera de plata, lo encendió e inhaló el humo hasta el fondo de los pulmones. Phoebe y Sinclair lo observaban desde el sofá.

—Todavía no entiendo adónde queréis llegar —dijo Sinclair.

Quirke se giró hacia ellos y permaneció con la espalda apoyada en la chimenea, envuelto en el humo del cigarrillo como si fuese un mago a punto de desaparecer.

—Ya lo ha dicho Phoebe. Aquella noche, la noche de la fiesta, fue la noche en que murió Jack Clancy. La noche en que fue asesinado.

Las luces que salían de los ventanales de la planta baja ensombrecían la débil claridad crepuscular. En el jardín delantero, al otro lado de la verja, las sombras se arracimaban entre los lechos de flores y bajo las grandes ramas de la imponente haya, que crecían desde la calle hacia la casa como tentáculos. Ante la puerta de la verja, Quirke titubeó. ¿Qué les diría a los gemelos en caso de que estuvieran allí? ¿Qué le diría a Mona Delahaye? ¿No debería haber telefoneado a Hackett para contarle la historia de Phoebe sobre el anillo?

Pero sabía que ninguna de esas razones era la causa de que estuviera allí, merodeando al anochecer frente a la casa de un muerto. Se quitó el sombrero y lo colocó frente a su pecho, como si fuese un escudo para protegerse.

Ella se sorprendió al verle.

—¿Tan pronto de vuelta? —le preguntó con su sonrisa maliciosa. Llevaba un quimono verde oscuro, verde de nuevo, y sus delgados y pálidos pies estaban desnudos. Descalza parecía aún más delicada y pequeña, apenas llegaba a la barbilla de Quirke. Su cabello, bajo la luz de la lámpara, tenía la textura del bronce martillado—. Ven a la cocina. Me estaba preparando una bebida caliente. La criada tiene la noche libre. Estoy solita —le dijo riendo.

—¿Dónde están los gemelos? —preguntó Quirke mientras la seguía a través del vestíbulo. Era evidente que no llevaba nada bajo el quimono.

—Han salido —dijo jovial—. Lo mismo que mi suegro. De hecho, él está en el hospital. Ha sufrido otra apoplejía esta tarde. Parece que esta vez es bastante seria.

En la cocina flotaba un denso aroma amargo y dulce al chocolate caliente que cocía a fuego lento en una cazuela pequeña.

—¿Te apetece una taza? Lo hago con chocolate de verdad, no con ese horrible preparado en polvo —cogió una cuchara de madera y, con el rostro sobre el vapor, removió el chocolate en la cazuela.

—Por cierto, mi hija ya está bien. Te lo digo por si te preocupaba —dijo Quirke.

—Debe de tener una buena resaca —se aproximó al armario de las tazas y cogió dos blancas—. A su edad es mejor evitar la ginebra. Lo digo por experiencia.

—Debió de tratarse de algo más que ginebra.

Ella le miró de reojo antes de centrar su atención en servir el chocolate caliente en las tazas.

—Los chicos sólo estaban jugando, como de costumbre. Me parece que tu hija no está muy acostumbrada a ese tipo de juegos. Da la sensación de ser muy puritana.

Viste como una monja. ¿Es verdad que tiene novio?

—Sí, mi ayudante.

Mona hizo un gesto despectivo.

—Mmm. Es judío, ¿no? Bueno, estoy segura de que siempre será el ojito derecho de su papá. No permitas que los judíos la conviertan en una de ellos —se aproximó a él para darle su taza y chocó la suya contra ella—. Por los buenos ratos.

—¿Qué droga le dieron? —preguntó Quirke.

—¿Le dieron droga? Ya te lo he dicho, lo único que vi que tomaba era ginebra.

—Ha tenido muchos problemas en su vida —dijo con la vista clavada en la sombra humeante de la taza.

—Sí, se nota.

—Debo protegerla.

Ella sonrió.

—No parece que estés haciendo muy buen trabajo. ¿No vas a tomarte el chocolate? Es muy relajante. Me parece que necesitas relajarte.

Estaba tan cerca de él que Quirke podía oler su pelo tras la pesada fragancia del chocolate.

—Dime qué decía la nota que dejó tu marido.

Ella lanzó un suspiro de irritación.

—No existe ninguna nota —se aproximó a la cocina y llenó su taza de nuevo y dio un sorbo a su chocolate, con la taza abrazada entre las manos—. Sólo lo dije para complacerte porque parecías encantado de jugar a los detectives.

—¿Tuviste una aventura con Jack Clancy?

—¿Con Jack? Ni hablar —se rió—. Jack Clancy... ¡Dios santo! ¿Qué crees que soy? Con Jack no.

Quirke percibió algo en su voz.

—¿Con quién entonces?

Ella le miró con expresión contenida.

—¿Por qué quieres saberlo?

Él no dijo nada. Mona dejó la taza junto al escurridor.

—Dame un cigarrillo —se inclinó sobre la llama del mechero—. ¿Sabes? He pensado mucho desde que murió Victor. Te lo puedes imaginar. Era una persona tan atormentada que me pregunto si no es preferible que haya muerto. ¿Crees que soy horrible por decir algo así? —se apoyó contra el fregadero, con un brazo bajo el pecho y el otro sujetando el cigarrillo a la altura de la boca. La abertura del quimono dejaba al descubierto su pierna derecha hasta el muslo—. La gente no le conocía. Daban por buena la imagen que él tenía de sí mismo: el exitoso hombre de negocios, el experto navegante, el amante marido y padre responsable. Pero en realidad era un desastre. Me llevó tiempo darme cuenta. En el fondo, él no se gustaba. Normal, sabía

cómo era.

—¿Y cómo era?

Ella lo pensó unos instantes.

—Débil. Pusilánime.

—Tuvo coraje suficiente para suicidarse.

Aquel comentario pareció interesar a la mujer.

—¿Crees que eso requiere coraje? A mí me parece que fue un acto de cobardía. ¡Qué desastre! —murmuró mientras movía la cabeza con tristeza.

Quirke dejó su taza encima de la mesa. No había probado el chocolate.

—¿Puedo tomar una copa?

Se encaminaron al salón, Mona encendió las lámparas, fue al aparador y sirvió un vaso de whisky. Quirke contemplaba la aterciopelada oscuridad del jardín contra la ventana.

—¿Eres alcohólico? —le preguntó Mona con suavidad.

—No lo sé —dijo él. Cogió el vaso, se bebió el whisky de un trago y se lo devolvió para que lo llenara de nuevo—. Probablemente.

Ella sonrió arqueando una ceja, como si encontrara divertida su respuesta y, dándose la vuelta, levantó la botella de whisky.

—Te acostaste conmigo una vez —dijo Quirke.

—Sí, soy curiosa, igual que tú.

—¿Sentías curiosidad por mí?

—Sí, la sentía, ya no.

Mona se sentó en el sofá y cruzó las piernas. Las alas del quimono se abrieron a ambos lados, dejando al aire su pulida rodilla desnuda.

—¿Recuerdas que te comenté que los demás piensan que soy una tarada? Lo piensan porque yo quiero que lo piensen —con una mano, se apartó el cabello bronceado de la cara hacia un lado—. Cuando era pequeña jugaba a tumbarme en el suelo y hacerme la dormida, pero abría un poco los ojos, una rendijita, para observar a los demás sin que lo supieran: mis padres, mis hermanos, mi odiosa hermana. Ahora que soy una chica grande sigo jugando a lo mismo, pero en lugar de hacerme la dormida me hago pasar por estúpida.

Quirke dio un trago a su whisky.

—¿Por qué me cuentas a mí tu secreto?

—No lo sé. Supongo que porque tú también simulas ser otro.

—¿Y qué otro simulo ser?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, igual que un mirlo, mientras le miraba detenidamente.

—Finges que eres un ser humano. ¿Estoy en lo cierto?

Quirke encendió un cigarrillo. Al ver temblar la llama del mechero, se dio cuenta

de que su mano no estaba firme.

—¿Sabías que Jack Clancy planeaba hacerse con el negocio de tu marido?

Ella asintió.

—Sí, me lo dijo Victor.

—¿Cuándo lo descubrió él?

—El día antes de suicidarse.

Él la miró en silencio. Ella sostuvo su mirada.

—¿Por eso se mató?

—En parte.

Lentamente, Quirke dejó el vaso en el aparador junto a la botella de whisky. Iba a beber otro, pero todavía no.

—¿Qué más descubrió? —preguntó.

Ella movió una mano.

—Ah, él era imposible, le devoraban los celos.

Quirke aguardó, mientras ella le observaba con el rostro ligeramente hinchado, como si estuviera conteniendo la risa.

—¿Quién era? —preguntó Quirke.

—¿Quién era quién?

—¿De quién estaba celoso?

—¿No lo adivinas? —ahora sí se rió ella, con un gritito—. No de *Jack Clancy*, pero estabas cerca.

Él la miró durante largo rato sin decir nada, luego se giró para coger la botella de whisky y servirse medio vaso.

—Del chico. ¿Cómo se llama? —le dijo mirándola de nuevo.

—Davy. Y no es un chico, aunque es tan guapo que lo parece, ¿verdad? Y tan... tan *activo*, con esa clase de vigor juvenil que alegra el corazón de una chica, te lo aseguro.

Quirke dio un trago. El cristal golpeó uno de sus dientes delanteros.

—¿Todavía... le ves? —le sorprendió la firmeza de su voz.

—¡Por el amor de Dios! —Mona soltó otra carcajada—. Soy la sufriente viuda... Me resulta difícil ir por ahí acostándome con otros.

—Te acostaste conmigo.

—Ya te he dicho que soy curiosa —dijo con expresión enfurruñada.

Un súbito agotamiento invadió a Quirke. Con los ojos cerrados, se pellizcó la piel sobre el puente de la nariz. Notaba una sensación de desgarramiento en el pecho, como si un animal estuviera despedazándolo con las zarpas.

Abrió los ojos.

—La muerte de Jack Clancy —dijo.

—¿Qué problema hay ahí? Yo doy por sentado que como se descubrió su plan de

desbancar a Victor, decidió seguir su ejemplo. Rivales hasta el final.

Quirke movió la cabeza.

—No, Jack Clancy no se suicidó —notaba la fatiga en su voz—. ¿No lo sabes? ¿No sospechas lo que pasó?

Mona levantó la vista y puso un dedo irónicamente en su barbilla, como si fuese una colegiala ante una pregunta difícil.

—¿Alguien lo hizo por él?

—Sí, alguien lo hizo por él.

Mona se enderezó de golpe en el sofá, se golpeó la rodilla con una mano y rompió a reír.

—No... no puede ser Maverley. No ese conejito blanco. Adoraba a Victor, ya lo sé, pero no me lo imagino matando a alguien para vengar su muerte.

—No, no fue Maverley.

—Entonces ¿quién?

Él se aproximó al sofá hasta quedar frente a ella con el vaso de whisky bien aferrado en una mano. Ella se inclinó hacia atrás y cerró el quimono sobre sus rodillas. Una ligera alarma cruzó su rostro.

—¿Estás simulando ahora? ¿O es que, después de todo, eres una imbécil? —dijo Quirke. Apuró el whisky y le tendió el vaso vacío. Mona lo dejó sobre el brazo del sofá—. ¿Dónde están los gemelos?

—Ya te he dicho que han salido —Mona lo observaba con atención, preparada para prevenir cualquier movimiento que él pudiera hacer.

Sus recelos eran fundados. Quirke estaba furioso; metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, cerró el puño y se clavó las uñas en la palma.

—Adiós —dijo y se dio la vuelta abruptamente, salió de la habitación, recorrió el vestíbulo silencioso, abrió la puerta de entrada y salió a la noche fragante. No sentía nada; tan sólo cómo algo helado se derretía en su corazón.

Cuando salieron de la ciudad caía una ligera llovizna, pero pronto perdió cuerpo y paró y un sol mojado apareció arrancando un brillo cegador a la carretera que se extendía frente a ellos. Remontaron el canal, esclusa tras esclusa, y a medida que avanzaban los barrios que se extendían a la izquierda se volvían más mustios y miserables. Giraron para incorporarse a Naas Road; los árboles a ambos lados de la carretera parecían apartarse a su paso, como si miraran a otra parte.

—Me encantaría que no fumaras en el coche. Preferiría respirar —dijo Rose Griffin.

Quirke bajó un poco la ventanilla y tiró el cigarrillo a medio fumar por la rendija. Permanecieron en silencio durante un largo tramo hasta que Rose preguntó si sabía de algún sitio cerca donde pudieran detenerse a comer. Quirke se removió en el asiento y dijo que no había pensado en la comida. Pero había un hotel en Cashel que tal vez fuera aceptable.

—¡Aceptable! —dijo con desmayo Rose y suspiró.

Hablaron de Malachy Griffin. Rose comentó que le preocupaba lo sedentario que se había vuelto.

—¿Por qué no os animáis a jugar al golf? —preguntó ella.

Quirke la miró de reojo.

—No, ya veo que no. Lástima —se lamentó, melancólica.

Estaba muy intrigada por el objetivo de aquel viaje, pero Quirke no parecía dispuesto a aclararlo. Para sorpresa de Rose, que no le hubiera creído capaz de estar aún más taciturno de lo que era habitual, se mostraba extremadamente hermético. Daba la impresión de estar sufriendo, atormentado por alguna herida interior.

—El problema de Malachy es que le falta empuje.

Quirke soltó un gruñido que bien podía ser una risa.

—¿Empuje para qué?

—¡Venga, Quirke, ya sabes a qué me refiero! Mi Mal tiene muchísimo que ofrecer, pero se retiene. Es una maldita pena.

Quirke no estaba muy seguro de qué era lo que Mal tenía para ofrecer, pero calló.

El húmedo verdor de los campos en verano se deslizaba a lo largo de las ventanillas. Era mediodía y prácticamente estaban solos en la larga carretera del sur. Atravesaron aldeas melancólicas, pueblos destartalados. En varias ocasiones tuvieron que disminuir la velocidad y avanzar como tortugas tras un granjero que llevaba sus vacas. En las afueras del pueblo de Kildare se toparon con un carnero de asombrosos

cuernos curvados y apelmazadas greñas lanudas que le colgaban por todos los lados, plantado en medio de la carretera. Rose tocó la bocina con impaciencia, pero el carnero permaneció inmutable con la cabeza baja y los ojos fijos en ellos. Al final, Quirke tuvo que salir del coche y hacer aspavientos y dar unos cuantos gritos para que la bestia se moviera. Cuando volvió al coche, Rose reía a carcajadas.

—¡Ay, Quirke, tenías que haberte visto!

La carretera parecía no terminar nunca. Campos, árboles, afueras descuidadas, largas calles con pubs y tiendas de paños y tiendas de comestibles y de nuevo afueras y de nuevo árboles y de nuevo campos bajo el inmenso cielo de las Midlands. Cruzaron un puente sobre un río ancho y lento punteado de plata con juncos en las riberas y un cisne solitario en los bajíos. En una curva muy cerrada, una criatura diminuta, una rata o una ardilla, salió corriendo desde el arcén y se abalanzó bajo las ruedas. Rose dio un grito al notar la sacudida.

—Quirke, dime por qué vamos a Cork —se quejó mientras golpeaba el volante con las manos.

Se detuvieron en Cashel, en el hotel Cashel Arms, que olía a repollo cocido desde la entrada. Con los ánimos por los suelos, se dejaron guiar hasta el comedor, donde les asignaron una mesa junto a la ventana, que daba a un patio empedrado.

—Por el amor de Dios, pide una botella de vino —dijo Rose.

Comieron un pescado de aspecto dudoso con puré de patata y repollo recocado, el mismo que llevaban oliendo desde que llegaron. Pero el vino era bueno, un lustroso Meursault que a Quirke le supo a monedas de oro y melón.

Rose empezó a sentirse más animada.

—Cuéntame cómo está esa amiga tuya, la actriz.

—Está muy bien —dijo Quirke, rehuyendo su mirada—. Muy bien.

—¿Es serio?

Quirke ahora sí la miró.

—¿Qué es serio?

—Qué va a ser, lo tuyo con tu amiga.

—Haces que suene como si fuese una enfermedad.

Rose sacudió la cabeza.

—Quirke, Quirke, Quirke, ¿qué vamos a hacer contigo?

—No sabía que era preciso hacer algo.

—Pues sí, has dado en el clavo.

Continuaron comiendo en malhumorado silencio.

—¿Este viaje tiene que ver con esos dos hombres que murieron? —dijo Rose en un nuevo intento—. El hermano de Maggie y luego su socio. ¿A qué conclusiones llegó la investigación?

Quirke se tomó medio minuto antes de responder.

—Aún no existe ninguna conclusión.

—¿Por eso quieres hablar con Maggie?

—Por eso quiero hablar con Maggie.

—Sabes que quiere quedarse a vivir para siempre en... ¿Cómo se llama el lugar?

—Slievemore.

—Eso es. Un pueblo pesquero. Debe de ser como Scituate —había sido en Scituate, al sur de Boston, donde Quirke había visto a Rose Crawford, como entonces se llamaba, por primera vez—. ¿Por qué querrá enterrarse allí? Probablemente para estar lo más lejos posible de su familia, sobre todo de Mona Delahaye.

Rose se rió pero enseguida calló. Al mencionar el nombre de Mona, sintió que algo sucedía, como un ligero temblor enfrente de ella, y miró a Quirke con atención. Mona Delahaye. Así que se trataba de eso, Mona le había puesto las zarpas encima. Era eso lo que le escocía. Su expresión se suavizó. Pobre Quirke, nunca aprendería.

Fuera, la tarde se había suavizado y el aire, cargado de polvo y mosquitos, tenía el mismo suave matiz dorado que el Meursault que se acababan de beber. Sin ganas de partir, estuvieron remoloneando por la calle principal del pueblo. Sobre un risco y contra el cielo, de un azul pálido como el huevo de un pájaro, la mole grisácea de un castillo en ruinas se cernía sobre ellos. Tal vez a causa del vino, Rose sintió un súbito impulso de hablar seriamente con Quirke y decirle que estaba desperdiciando su vida con asuntos que no merecían la pena. Pero Quirke no toleraba que le hablaran de aquella manera y Rose, contrariada, tuvo que morderse la lengua. Si había tenido un lío con Mona Delahaye y eso se había convertido en un quebradero de cabeza, se lo tenía merecido. Hacía muchos años, Rose y Quirke se habían acostado juntos. Fue sólo una ocasión y no funcionó muy bien, pero Rose lo recordaba con melancólica ternura. Ahora, Scituate parecía muy, muy lejano.

Se detuvieron de nuevo en Fermoy para que Quirke comprara tabaco. Mientras él estaba en el estanco, Rose permaneció en el coche. Ante ella pasó un hombre sobre una carreta tirada por un caballo al que golpeaba con un palo. El tipo, de aspecto grosero, parecía sacado de la revista de humor *Punch*: tenía un rostro enrojecido con una frente prominente y una mandíbula desmesurada, y vestía un viejo abrigo con una tira trenzada de paja a modo de cinturón. El caballo, entre los dos listones del carro, aguantaba los golpes con la cabeza gacha y sin un solo estremecimiento. «Ay, Señor, este pobre país ignorante», pensó Rose.

Slievemore era una colina verde sobre la bahía turquesa. Cuando llegaron por la serpenteante carreta del norte, la luz primera de la tarde era de un ámbar tostado y corría la brisa y el aire sabía a sal y el agua azul estaba moteada de irregulares fragmentos blancos. Ashgrove, la casa de los Delahaye, se encontraba en el extremo más apartado de la colina, y tuvieron que atravesar el puerto y conducir otros

dieciséis kilómetros por otro tramo serpenteante de la carretera que ascendía. Ninguno de ellos había estado antes en la casa y les costó encontrarla. Cuando por fin llegaron a la verja, la casa se alzó ante ellos: una mansión de granito gris con ventanas de arco y un tejado a dos aguas muy pronunciado con múltiples tejadillos abuhardillados y hasta con torrecillas. Lo único que faltaba, pensó Quirke, era una bandera o un gallardete en un alto mástil flameando al viento sobre las chimeneas.

La casa parecía estar vacía. Ninguna puerta se abrió, ningún rostro se asomó a alguna de las ventanas, ninguna voz los saludó.

—Válgame Dios, me parece que nuestra excursión ha sido en vano. ¿Dónde puede estar Maggie? —dijo Rose.

Llamaron a la puerta principal, aguardaron, llamaron de nuevo. Recorrieron entonces un sendero de grava que rodeaba la casa hasta detenerse en uno de sus lados. Había grandes ventanales que estaban abiertos. Intercambiaron una mirada y entraron.

A Quirke le afectaba el ambiente de las casas antiguas. Despertaba una memoria instintiva, enterrada en lo más profundo de sus huesos, de Carricklea, la escuela de artes y oficios que también era reformatorio, en el oeste de Irlanda, donde había pasado su infancia. Recordaba los sonidos, el golpe sordo de los tacones en los suelos encerados, el eco vacío de puertas lejanas que se cerraban, los susurros en la oscuridad.

—Deberíamos haber llamado. Maggie es peculiar y tiene reacciones peculiares — dijo Rose.

Recorrieron las habitaciones de la planta baja. Todo parecía tan limpio y ordenado como si nadie viviera allí. Entonces escucharon un sonido en el piso de arriba como de un objeto al ser arrastrado por el suelo de madera. Se detuvieron para escuchar. El vestíbulo donde se encontraban parecía respirar lenta y profundamente. En el alto espejo de marco dorado que había sobre la mesa se reflejaban el perchero y dos cornamentas montadas sobre una placa colgadas en la pared opuesta. Quirke comprendió que ni Rose ni él eran bienvenidos, las casas tenían su forma de mostrar rencor.

La planta superior era un caos. Los muebles se amontonaban en los pasillos: sillas, mesas de tocador, cómodas altas, un biombo con paneles pintados, un espejo de pie con el cuerpo de caoba. En muchas habitaciones las camas estaban deshechas y los colchones puestos de pie contra las paredes. También habían quitado las cortinas, que se apilaban en montones desordenados sobre la estructura desnuda de las camas. Los cuadros habían sido descolgados y colocados en el suelo, dados la vuelta y apoyados contra la pared. Encima de un escritorio había un orinal con una rosa marchita dentro, como una parodia de una ofrenda votiva.

Encontraron a Maggie en uno de los dormitorios principales al final del pasillo.

Llevaba una camisa de hombre a cuadros, unos viejos y holgados pantalones de pana y una badana roja en la cabeza. Había estado arrastrando con mucho esfuerzo un antiguo y pesado arcón de madera. Se enderezó y se sacudió las manos. Rose no se había fijado antes en que su amiga tenía un ligero bigote y unos cuantos pelos grises y largos en la barbilla. Los miró con una mezcla de asombro y alarma, como si no supiera qué eran. Por un instante a ambos les pareció que Maggie iba a lanzarse a la puerta, dejándolos atrás, y que bajaría corriendo las escaleras para escapar por los ventanales abiertos.

—Estaba cambiando las cosas de sitio... Ordenando —dijo.

En la cocina les preparó un café y colocó unas galletas saladas en un plato. No había mantequilla.

—Tengo la despensa casi vacía. Habría bajado al pueblo de haber sabido que vendrías —les dijo.

Quirke y Rose Griffin estaban sentados ante una inmensa mesa de madera. Los años habían labrado surcos y crestas en su superficie, como si fuese de arena cuando baja la marea.

Rose había presentado a Quirke, que aclaró que era médico, pero sin especificar su especialidad.

—Ah, sí. Usted estuvo en el funeral de mi hermano. Lo vi allí —dijo Maggie. Mientras se movía por la cocina, le miraba de reojo de la misma manera que un perro observaría a un extraño que le resultara sospechoso. Quirke pensó que, como era médico, tal vez ella creía que había acudido a llevársela a alguna parte. De hecho, aún no les había preguntado qué les había llevado allí sin avisar antes, y se comportaba con ellos como si fuesen visitantes de paso a quienes no deseara ver especialmente.

—Maggie, querida, el doctor Quirke quiere hablar contigo de un asunto —le dijo Rose.

Maggie se giró con presteza hacia el fuego, pues la cafetera había empezado a hervir.

—¿Ah, sí? ¿De la muerte de mi hermano? —giró la cabeza hacia Rose—. ¿Ha descubierto algo?

—No quiero hablarle de la muerte de su hermano, señorita Delahaye, sino de... de Jack Clancy.

Maggie vertió el agua hirviente en la cafetera mientras movía los labios sin decir nada.

—Eso es justamente lo que estaba haciendo cuando llegasteis. Estaba quitando de en medio las cosas de los Clancy y preparándolas para que las recojan los hombres de la mudanza. Llamé a una empresa en Cork y les pedí que enviaran una de esas furgonetas grandes... ¿Cómo las llaman?... Un camión de portes. Qué expresión tan

extraña para algo tan sencillo. Fueron muy amables por teléfono. Hablé con una chica encantadora que anotó todos los detalles y me dijo que cuando yo quisiera que acudieran debía hacérselo saber con veinticuatro horas de antelación. No me di cuenta del trabajo tan agotador que supone. Me parece que tendré que llamarles de nuevo para pedirles que me envíen algunos hombres que me ayuden. Creo que no soy capaz de bajar sola por las escaleras todos esos trastos. Hay tantas cosas... Parece mentira que tres personas necesitaran tantos muebles.

Acercó el café a la mesa.

—Por favor, doctor Quirke, si está demasiado fuerte, dígamelo. Sé que a Rose, al menos, le gusta muy fuerte.

—¿Le importa si fumo? —preguntó Quirke.

—No, por supuesto que no, por favor, siéntase en su casa. Yo no fumo, pero Victor fumaba algunas veces Balkan Sobranie y me encantaba el olor.

Quirke dio un sorbo a su taza y descubrió con gran consternación que no era café sino caldo de carne o salsa gravy en polvo. Vio que Rose se llevaba la taza a la boca. Hizo una mueca y le miró asombrada.

—Señorita Delahaye —Quirke apartó con un dedo su taza—, ¿la noche que murió Jack Clancy vio usted a sus sobrinos, los gemelos, Jonas y James?

Maggie permanecía junto a la mesa con la cafetera en las manos. Parecía aturdida y Quirke, inseguro de que le hubiera escuchado, estaba a punto de preguntarle de nuevo cuando ella parpadeó y se movió ligeramente.

—¿Si los vi? ¿Qué quiere decir?

Se aproximó al aparador, cogió una taza y un platillo y se sirvió café. Al probarlo, frunció el ceño.

—¡Válgame Dios! Esto no es café —murmuró y miró a Rose y Quirke con impotente desconcierto—: ¿Qué he hecho? He debido de echar salsa en polvo Bisto en la cacerola en lugar de café —soltó una risita y se mordió el labio.

Rose se aproximó, le cogió la taza y el platillo y vertió el contenido en el fregadero.

—Ven, querida —dijo, sujetándola del brazo—, ven a sentarte con nosotros. No deberías estar aquí sola. No es bueno para ti.

—Ah, pero me encanta este lugar. Ahora es mi hogar. No pienso regresar a Dublín —dejó que Rose la guiara hasta la mesa—. ¡Qué elegante estás! El azul te sienta muy bien.

Se sentó en la silla que Quirke había colocado para ella, frente a la suya.

—Siempre he sido feliz aquí —le dijo como si hablara a un niño—. Y ahora me voy a quedar. Tal vez cultive la tierra. Hay cincuenta acres, o más. Es una tierra buena, muy rica. Podría tener ganado, ovejas. Y abejas, me encantaría tener abejas. Hace tiempo había panales en Long Meadow, me acuerdo muy bien. Y podría tener

cosechas. ¿Usted sabe algo de cultivos, doctor Quirke?

—No, me temo que no.

—No importa, puedo contratar a alguien. Siempre hay hijos de granjeros que buscan trabajo —comprendió que Quirke estaba buscando un cenicero—. Utilice el platillo, luego fregaré. Siempre dejo para el final lo de lavar los platos. Es muy relajante. Mientras lo hago, escucho la radio —Maggie señaló el gran transmisor de madera sobre una repisa, junto a la nevera.

—¿No tienes a una mujer que venga? ¿Una mujer del pueblo que se encargue de la limpieza? —preguntó Rose.

—Sí, la señora Hartigan. Pero la he despedido. A partir de ahora quiero ocuparme personalmente de la casa.

—Pero... Pero necesitarás ayuda. En el invierno. Necesitarás combustible y... —la imaginación de Rose no daba más de sí; hacía mucho tiempo que no se ocupaba personalmente del funcionamiento diario de una casa.

Quirke finalizó su cigarrillo y encendió otro.

—¿Cuál de los dos gemelos estaba con usted aquella noche? Porque uno de ellos estuvo con usted, ¿no es cierto? —le preguntó.

Maggie le miró de nuevo con expresión ausente y la cabeza inclinada. Él notó que una de las comisuras de su boca estaba caída, como si hubiera sufrido una leve apoplejía. Tal vez el paño rojo que llevaba en la cabeza era una venda.

—Siempre he sentido debilidad por James —dijo sonriendo nostálgica—. Jonas era el favorito de todos, tan inteligente y encantador, pero yo me encariñé con James. Supongo que porque él no es como los demás, y yo tampoco.

Se inclinó repentinamente sobre la mesa y, colocando las dos manos sobre ella, miró con atención a Quirke:

—¿Cree que mi cabeza no funciona bien, doctor? No me siento bien desde que murió Victor. Se me ocurren las cosas más extrañas, los pensamientos más raros. Desde que estoy aquí tengo momentos en que me resulta difícil saber si estoy despierta e imaginando o si estoy dormida y soñando. ¿Alguna vez ha tenido esa sensación? —se giró hacia Rose—. ¿Y tú?

Rose colocó su mano sobre la de Maggie.

—Claro, querida. A todos nos pasa algunas veces. La vida puede resultar muy desconcertante.

—Sí, sí —contestó Maggie con presteza, mirando a Rose a los ojos—. Eso mismo creo yo, que la vida es... es desconcertante. Ésa es la palabra exacta. Desconcertante y despilfarradora, ¿no crees? Piensa en Victor, en su muerte. Fue una pérdida —la mujer se volvió hacia Quirke—. ¿No es así? ¿No fue una pérdida?

Rose miraba con atención a Quirke, intentando hacerle una seña. Él imaginó que no quería que le hiciera más preguntas a aquella pobre criatura angustiada, que

deseaba que la dejara tranquila. Pero no podía hacer eso.

—Cuéntenos lo que sucedió aquella noche —le pidió a Maggie.

Ella sonrió con una triste mueca y sus ojos volvieron a quedarse vacíos.

—Dun Laoghaire. James y yo fuimos en coche hasta allí para buscarle, para buscar a Jack Clancy. Hacía una noche preciosa. Había luna llena, ¿se acuerda? Inmensa, la luna más grande que nunca he visto. Habría podido leer el periódico a la luz de la luna.

Se detuvo, retiró las manos de la mesa y las colocó en su regazo. Se quedó sentada, sonriendo.

—Siga —le dijo Quirke con suavidad.

—¿Qué? —Maggie le miró y frunció el ceño como si no le hubiera visto en su vida.

—Cuéntenos qué sucedió.

—Qué sucedió. Sí —se quedó ausente de nuevo y Quirke estaba a punto de insistir cuando ella empezó a hablar—: Jonas se lo había sacado a Mona, ya sabe.

—¿Le había sacado qué? —preguntó Quirke.

Maggie le miró con lástima.

—Qué va a ser, que le era infiel. A Victor.

—¿Con quién?

—Ella no quiso decirlo, pero nosotros lo sabíamos, por supuesto.

—¿Lo sabían?

—Lo adivinamos. Tenía que ser él. Ya sabe cómo era Clancy —ella sacudió la cabeza con repulsa—. Jack no podía tener las manos lejos de las mujeres. Y en cuanto a Mona... Bueno.

Rose miraba a Maggie como si estuviera hipnotizada.

—Siga —le dijo Quirke—, siga con el relato de aquella noche.

Maggie se echó hacia delante en la silla igual que un pájaro, ansiosa por continuar su historia.

—James sabía dónde encontrar a Jack Clancy, le había estado siguiendo. Clancy había estado con otra de sus... —una expresión amarga se dibujó en su cara—... de sus amiguitas, en Sandycove. James tenía un bate de béisbol... —Maggie rompió a reír—. James, siempre tan deportista —frunció el ceño pensativa y los miró como pidiendo disculpas—. ¡Pero dije que os preparararía un café! ¡Válgame Dios! No tengo remedio. No quiero pensar lo que habría dicho mi madre. Mi madre era una maniática de las formas. A la hora de las comidas, colocaba una regla en su regazo, una de esas antiguas de madera, y nos golpeaba con ella en los nudillos si Victor y yo utilizábamos el cuchillo equivocado o no ofrecíamos las cosas a los demás antes de servirnos. Ah, sí, una verdadera maniática.

Quirke aproximó su silla hacia ella.

—Por favor, prosiga.

—¿Qué? —Maggie parpadeó.

—Nos estaba hablando de aquella noche de luna llena en Dun Laoghaire.

—Ah, sí. Le pillamos en el quiosco de música... —se giró hacia Rose—. ¿Conoces el quiosco de música que hay en el puerto? Se había escondido allí. Debí de notar que James le perseguía. Me vio acercarme, yo quería estar allí cuando sucediera. Y entonces escuché el golpe. Sonó muy fuerte. Pero él no soltó un quejido, tan sólo se derrumbó como un animal en el matadero.

En el silencio que siguió se escuchaba la respiración de Maggie, profundas y pequeñas aspiraciones como un niño dormido. Le brillaban los ojos y dos chapetas habían aparecido en sus mejillas.

Quirke se inclinó más hacia ella.

—¿Y eso fue por Mona, por Mona y él? ¿Por eso usted..., por eso James le golpeó en la cabeza?

—Sí, por eso y por el otro asunto.

—¿Qué otro asunto, Maggie?

Ella le miró a la cara, con la misma expresión de lástima que antes, como si fuera un niño tonto.

—Jack Clancy había estado planeando hacerse con la empresa y expulsar a Victor. ¿No lo sabía? Los chicos no podían aceptar algo así. Se pusieron furiosos cuando el señor Maverley se lo contó. Jonas, James y yo tuvimos una pequeña reunión. Bueno, en realidad, la tuvimos Jonas y yo. James no razona igual que Jonas. Él no es inteligente como su hermano.

Quirke sacó la cajetilla del bolsillo, pero temió que el temblor de las manos le impidiera encender un pitillo. Estaba algo mareado y le embargaba una extraña sensación, como de euforia.

—¿Y fue entonces cuando usted y Jonas decidieron qué hacer con Jack Clancy?

—Sí. Entonces decidimos que Jack Clancy no tenía derecho a seguir vivo si Victor estaba muerto.

—Así que James y usted le siguieron aquella noche, James le golpeó y luego le metieron en el velero y uno de ustedes navegó con él mientras el otro los seguía en otro barco.

—Sí, eso es —dijo Maggie, casi jadeando—. James lo metió en su propio velero, el velero de Jack quiero decir, el *Rascal*, y yo los seguí en uno de los nuestros, el *Maggie Querida*. Mi padre le puso mi nombre. Siempre me he sentido muy orgullosa al navegar en él con mi nombre en el casco. *Maggie Querida*.

—¿Estaba todavía vivo? —preguntó con suavidad Quirke.

—¿Qué?

—¿Jack Clancy estaba vivo cuando lo metieron en el barco?

—No lo sé. No lo... No lo miré. James se encargó de todo. Siempre ha sido muy amable y muy atento conmigo, James. Me dijo: «Déjalo todo en mis manos, tita Maggie». Parecía tan contento como cuando era pequeño —se detuvo como si reflexionara—. Me sentí conmocionada, por supuesto. Jack Clancy era un hombre despreciable y se merecía todo lo que le ocurrió, pero aun así...

Se llevó la mano a la frente y, al tocar la badana, deshizo el nudo en la parte posterior de la cabeza y se la quitó.

—¡Ah! ¡Qué alivio! Me había olvidado de que la llevaba puesta —dijo con una enorme sonrisa.

—Así que James hizo un agujero en el velero, el *Rascal*, y usted y él regresaron en su barco, en el *Maggie Querida*.

Ella asintió rápidamente.

—Sí, sí, regresamos juntos —miró sus manos posadas sobre la mesa, delante de ella—. Aún recuerdo la luna brillando en el agua, su larga y dorada estela extendida hasta perderse en el horizonte.

Con la cabeza inclinada y la espalda encorvada, Rose Griffin permanecía inmóvil.

—Ay, Maggie —murmuró.

Maggie la miró.

—¿Crees que fuimos muy malos al hacer lo que hicimos? —le preguntó y luego miró a Quirke—. ¿Y usted?

—Mataron a un hombre. Cometieron un asesinato —dijo él.

Ella asintió lentamente, como si reflexionara sobre lo que había oído.

—Sí, le matamos. Pero no creo que fuera un asesinato. Fue más como algo de la Biblia, ¿sabe? A mi padre le encantaba citarnos la Biblia cuando éramos pequeños —levantó un dedo, señalando el cielo—: Fue un acto de justicia.

—No, señorita Delahaye. Fue un acto de venganza —dijo Quirke.

—Bueno —replicó ella, con tono petulante—, piense lo que quiera. «Mía es la venganza, dice el Señor»... Pero también está escrito: «Ojo por ojo, diente por diente».

Quirke sacudió la cabeza.

—No, está escrito: «Amarás al prójimo como a ti mismo». Está escrito: «A quien te abofetea en la mejilla, preséntale también la otra».

La mujer le miró con expresión airada y la boca fruncida.

—Usted es un idiota. Jack Clancy intentó arrebatarle a mi hermano todo lo que tenía: su negocio, su esposa... —murmuró.

—No, a su esposa no —dijo Quirke.

Maggie echó hacia atrás la cabeza.

—Se acostaba con esa mujer. Lo sé —las aletas de su nariz vibraban.

—No, el padre no —dijo de nuevo Quirke.

—¿El padre no? ¿Qué quiere decir?

—El padre no. El hijo.

—¿Qué? —Maggie alzó las manos para golpear de nuevo la mesa con fuerza—. Pero ¿qué está diciendo?

—Digo que Jack Clancy no se acostaba con Mona Delahaye. Lo hacía su hijo.

—¡Oh, Señor! —gimió Rose Griffin, que se levantó con su taza, se acercó al fregadero para aclararla y la llenó de agua. Se la bebió entera y permaneció de espaldas a ellos, mirando el jardín por la ventana.

Maggie luchaba por asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Davy? ¿Davy y Mona? —dijo incrédula—. Pero Jonas me dijo que Mona le había contado que...

—Le dijera lo que le dijese, era mentira.

Maggie tenía la vista clavada en él.

—El chico, no el padre... —dijo con voz queda—. El chico.

—Sí, su hermano descubrió lo que sucedía entre él y Mona al mismo tiempo que descubrió que Jack Clancy estaba maquinando apoderarse de la empresa. Por eso invitó a Davy al barco y lo abandonó a la deriva. Era la venganza que planeó su hermano. Imagino que deseaba matar a Davy, pero no se atrevió a hacerlo con sus manos. Tal vez pensó que Davy moriría de insolación o ahogado.

—Está mintiendo.

—No estoy mintiendo, señorita Delahaye.

—¿Cómo sabe...? ¿Cómo sabe que no fue Jack?

—Ella me lo dijo.

—¿Mona?

—Sí, Mona.

Maggie desvió la vista.

—¡Esa pequeña furcia!... ¡Qué bestias inmundas los dos!

De repente y como si no se diera cuenta, empezó a llorar, brillantes lagrimones descendían por sus mejillas y resbalaban de su barbilla a la mesa. Apoyando las manos en la gastada superficie de madera para no perder el equilibrio, se puso en pie.

—Tengo que... Me siento... —sacudió la cabeza enojada, se dio la vuelta y salió de la habitación envarada, con la cabeza muy recta y los brazos rígidos a ambos costados.

Quirke contempló la venda teñida de sangre sobre la mesa.

—Deberías habérmelo dicho —dijo Rose, volviéndose hacia él.

Él asintió.

—Sí, debería haberlo hecho. Lo siento.

—Quirke, hay veces que no te comprendo en absoluto. No entiendo qué tienes en la cabeza —le dijo, mientras se aproximaba lentamente a la mesa.

Él alzó la vista hacia ella.

—Yo tampoco.

Del exterior les llegó el sonido del motor de un coche arrancando. Quirke se levantó y se asomó a la ventana a tiempo para ver una camioneta girando sobre la grava para meterse en el camino y dirigirse a la verja de entrada. Rose se acercó a su espalda.

—Es Maggie. Se ha ido.

—Sí.

—¿No la seguimos?

Quirke se encogió de hombros.

—No, mejor no.

La última luz del día poseía un intenso resplandor de un rosa dorado sobre las aguas inmóviles de la bahía. Un barco de pesca de langostas entraba en la bocana del puerto y en el muelle dos pescadores recogían las redes, que habían estado al aire todo el día para secarse. Un hombre lanzaba una pelota al mar para su perro. El perro corría por las escaleras de piedra del embarcadero hasta lanzarse al agua, chapoteaba con energía, atrapaba la pelota con la mandíbula y resollando regresaba con su amo.

En media hora todo estaría oscuro. La mujer dudó si aguardar hasta entonces. Pero no, cuanto antes lo hiciera, mejor. Lo que sentía sobre todo era una furiosa impaciencia, impaciencia por alejarse, por acabar con el asunto.

El bote de remos estaba amarrado al final del embarcadero. Lo soltó y lo arrastró hasta las escaleras. El hombre llamó a su perro, le puso la correa y se despidió de ella con un buenas noches. Ella no contestó.

Victor y ella navegaban en ese bote cuando eran pequeños y estaban en Slievemore. Ella siempre había sido la más fuerte de los dos y más de una vez se había peleado con chicos mayores para protegerlo. No permitía que nadie le pegara a su hermano. Era extraño pensar que algo de Victor permanecía allí, el recuerdo de su mano en el remo, la huella de sus dedos en la caña del timón. Una parte de él, indetectable pero real, aún persistía.

La pequeña embarcación se balanceó de un lado a otro cuando ella subió, como si estuviera contenta, como si la hubiera reconocido y se alegrara de sentir su peso familiar. Se sentó en la bancada y cogió los remos. Siempre le había gustado el tacto fresco y húmedo de la madera barnizada; para ella era la esencia de los barcos y los paseos en barca. Con el suave chapoteo de los remos contra el agua se alejó del embarcadero. Cada vez que alzaba los remos, pequeñas cascadas de oro fundido caían de las palas. El hombre del muelle no apartaba los ojos de ella. Iba vestido con una gorra de visera, un chaleco de fieltro verde y un chaquetón de cazador. Sentado a su lado, el perro también parecía observarla con una oreja gacha y la otra, puntiaguda,

disparada hacia arriba.

A su derecha, un cormorán irrumpió súbitamente en la superficie del agua y se sacudió; el silencio era tal que la mujer pudo escuchar el golpeteo de sus húmedas y aceitosas alas. Una afilada luna con forma de hoz colgaba sobre la colina y cerca de ella destellaba Venus con un brillo asombroso. El cielo, muy bajo, tenía ahora un color azul verdoso y parecía tan frágil como la cáscara del huevo de un pájaro. Todo era tan hermoso. El cormorán se sumergió de nuevo y las ondas que dejó al desaparecer se expandieron, cada onda deslizándose suave y rápidamente como una anguila. La mujer impulsó los remos con mayor brío y la barca se lanzó hacia delante con presteza.

El hombre y su perro habían desaparecido del muelle, el barco de pesca de langostas había atracado. Débiles ráfagas de música de baile llegaron hasta ella; los pescadores debían de haber sintonizado una estación inglesa en su radio. Veía la cabina iluminada y las sombras de los hombres que se movían. Nunca había percibido con tanta viveza los sonidos e imágenes de aquel mundo acuático. Se adentró más y más en la oscuridad creciente.

Paseaban juntos por St. Stephen's Green, como habían hecho tantas veces. El día era cálido bajo el cielo cubierto. Hackett afirmó que se aproximaba la lluvia, podía sentirla en el aire y, en ese mismo momento, la esquina de una nube tan negra como la venganza apareció en el oeste, detrás de los árboles.

Se detuvieron a contemplar a un grupo de niños que hacían navegar sus barquitos de juguete en el estanque de los patos. En el agua parda flotaban trozos de pan que ni siquiera los patos encontraban apetecibles. Hackett comenzó a hablar de la luz fluorescente. Le preguntó a Quirke si la utilizaban en la sala de autopsias y, si era el caso, qué le parecía, y cuando Quirke comentó que era muy dura para los ojos, Hackett asintió.

—Mi mujer me está volviendo loco con las luces del salón. Ahora ha decidido que sean fluorescentes. ¿Son esos tubos largos con gas dentro igual que el neón?

—No estoy seguro de cómo funcionan. Supongo que será con gas.

—Creo que tienen dentro una especie de filamento que hace que el gas resplandezca —Hackett sacudió la cabeza—. Le voy a decir que no es buena para la vista.

Los niños habían empezado a pelear; uno había volcado el barco de otro y tuvieron que intervenir las madres. Los dos hombres prosiguieron su paseo. Cruzaron el pequeño puente curvo. La fragancia de las flores, alhelíes en su mayoría, se extendía desde los numerosos arriates dispuestos alrededor. Un terrier había saltado dentro del pilón de una fuente y nadaba en círculos, rompiendo las cortinas de agua que caían en torno a él y ladrando enloquecido. En el quiosco de música, la Banda de Metales del Ejército acababa de finalizar un concierto. Los músicos guardaban sus instrumentos mientras el público empezaba a dispersarse, alejándose por el césped en todas direcciones.

Encontraron dos tumbonas vacías junto a un parterre de aster y Hackett sugirió que se detuvieran. Apenas habían tomado asiento cuando un empleado del parque surgió de la nada con su cartera de cuero y un rollo de tiques y les cobró tres peniques a cada uno.

—Mejor nos hubiéramos quedado en un banco —gruñó Hackett. Removió el trasero contra la tela y las juntas de las patas de madera chirriaron—. Nunca estoy cómodo en estas sillas.

Un cuarto del negro nubarrón ya asomaba en el cielo.

La barca de Marguerite Delahaye había sido localizada a la deriva en la bahía de

Slievemore la mañana anterior. De la mujer, no se sabía nada. Desaparecida, probablemente ahogada.

—¿No le parece raro que los tres, Delahaye, Clancy y la hermana de Delahaye, hayan muerto en un barco? ¿Usted ha navegado alguna vez? —le preguntó Hackett.

—No, el mar me pone nervioso —dijo Quirke.

—Como a cualquier hombre sensato. A mí tampoco me gusta mucho. ¿Cree que se tiró al agua? —Quirke no respondió. Miraba la nube con expresión recelosa. Ambos tenían el sombrero en el regazo—. Una desgraciada pérdida de vidas.

Quirke le ofreció un cigarrillo, pero Hackett era un hombre de Player's y prefirió coger uno de los suyos. Fumaron en silencio. Apenas se alzaban las espirales de humo, la brisa las lanzaba a un lado.

—¿Qué ha sucedido con los Delahaye? Con los gemelos —preguntó Quirke.

—Menudo par de bribones. Debería haberlos vigilado con más atención desde el principio. Los expulsaron de la escuela, el Clongowes College, cuando eran adolescentes por atar a un árbol a uno de los niños pequeños y abandonarlo allí toda la noche. El pobre crío era asmático, tuvo un ataque y murió. El abuelo los sacó de aquel embolado.

—¿Cómo lo hizo?

—El comisario era masón. No se presentaron cargos.

Quirke asintió; cosas así sucedían.

—Drogaron a mi hija.

—¿Qué? —Hackett giró el rostro hacia él—. ¿Por qué hicieron tal cosa?

Quirke se encogió de hombros.

—Me imagino que fue un aviso porque querían que ella les sirviera de coartada. Pero creo que fue, sobre todo, para divertirse. Les encanta la diversión —echó una ojeada al cielo—. ¿Dónde se encuentran ahora?

—Estamos tras los pasos de uno de ellos. ¿Es James? Huyó a Cork a buscar a su tía. Demasiado tarde, su tía ya no estaba. Él sigue en la casa, los polis de la zona le han visto y les he pedido que lo detengan.

—¿Y el otro?

—Ni rastro de él. Supongo que estará en algún lugar de Inglaterra o tal vez en América —se rió—. Estoy pensando en involucrar a la Interpol. Estaría bien, ¿no cree?

—¿Y la chica? ¿Cómo se llama? ¿Somers?

—Ay, Tanya Somers. Tuve una conversación con ella. Está limpia.

—Pero tenía que saberlo. Ella les siguió el juego la noche de la fiesta, cuando sólo asistió uno y pretendieron hacer creer que estaban los dos.

—Dice que le contaron que era una apuesta. No es la persona más inteligente del mundo, esta señorita Somers. Tiene una fachada estupenda, pero muy poco aquí

arriba —Hackett se dio unos golpecitos en la frente.

—¿Y no sabe dónde puede estar Jonas?

—Si lo sabe, no lo dice.

—¿Cree que lo sabe?

Hackett sacudió la cabeza.

—No, él no se lo habría dicho. Ya lo tenía planeado, se había dado cuenta de que su hija sospechaba. Sacó del banco un montón de dinero y reservó un billete para Londres. Es el último rastro que tenemos de él —se removió incómodo en la tumbona, maldiciendo en voz baja—. Aparecerá antes o después. Por inteligente que sea, no tenía previsto ese futuro. Estar huyendo no es vida. En algún momento se descuidará, cometerá un error y lo cogeremos. O simplemente se sentirá solo y regresará... Le sorprendería saber cuántos lo hacen —miró de reojo a Quirke y lanzó una pequeña tos—. He oído que la viuda, la señora Delahaye, está liquidando todo.

Quirke no apartó el rostro de la nube.

—¿Liquidando todo?

—Está vendiendo la casa... las casas, y se marcha a Sudáfrica. Creo que nació allí —tosió de nuevo—. Es un pájaro de cuenta.

Quirke no dijo nada. Empezó a llover y notaron las primeras gotas.

—Bueno, ahí van tres peniques tirados a la basura —dijo Hackett, forcejeando para levantarse de la tumbona. Se puso el sombrero, pero Quirke no se movió—. Un asunto muy feo —dijo y tamborileó los dedos contra su boca.

—Sí —contestó Quirke.

El detective le contempló con la cabeza inclinada.

—¿Se encuentra bien?

Quirke alzó la cabeza.

—Sí, bien, estoy bien.

Hackett asintió con una sonrisa torcida.

—Hasta la vista entonces —se llevó un dedo al ala del sombrero y luego se alejó.

Quirke se puso en pie y caminó en dirección contraria. La lluvia caía con más fuerza.

Era una tormenta de verano. La lluvia torrencial golpeaba el asfalto, martilleaba el techo de los vehículos y se precipitaba en las alcantarillas. Estaba empapado cuando por fin localizó una cabina de teléfono. El agua había calado las hombreras de su chaqueta y Quirke sentía la fría humedad en los hombros. Se quitó el sombrero chorreante, pero como no había dónde dejarlo, se lo puso de nuevo. Levantó el auricular y rebuscó en los bolsillos algo de calderilla. El empleado del parque se había quedado con sus últimas monedas. Marcó el cero y le dio a la operadora el número de Isabel Galloway.

—Lo siento, señor —dijo la mujer con frialdad—, ha de introducir tres peniques si desea que le conecte.

De nada sirvió que Quirke le dijera que se trataba de una emergencia, que él era médico y que debía pasarle la llamada.

—Lo siento, señor —dijo ella con la misma melodiosa frialdad.

Quirke pegó un suave puñetazo en la gran carcasa de metal negro del teléfono.

—Escuche, por favor, le digo que se trata de una emergencia, un asunto de vida o muerte.

Fue inútil; la operadora no le creyó y cortó la comunicación.

Quirke permaneció escuchando los breves tonos en la línea vacía. La lluvia golpeaba los paneles de cristal de la cabina. Colgó el auricular y salió a la tormenta dando tumbos.



BENJAMIN BLACK es el seudónimo de JOHN BANVILLE (Wexford, Irlanda, 1945). Banville ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Fue finalista del Premio Booker con *El libro de las pruebas* (1989), premio que obtuvo en 2005 con la novela *El mar*, consagrada además, por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre sus novelas destacan también *El intocable*, *Eclipse*, *Imposturas* y *Los infinitos*. En 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado la antesala del Premio Nobel. *Antigua luz* (Alfaguara, 2012) fue aclamada por la crítica como su mejor novela. Bajo el seudónimo de Benjamin Black, ha publicado en Alfaguara, con gran éxito, *El lémur* (2009) y la serie de novela negra protagonizada por el doctor Quirke —*El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), elegida como una de las mejores novelas del año por *Qué Leer*, y *Muerte en verano* (2012)—, que próximamente será llevada a la televisión por la BBC británica, con guión de Andrew Davies y Gabriel Byrne en el papel de Quirke. En la actualidad, escribe una novela protagonizada por el mítico detective Philip Marlowe por invitación de los herederos de Raymond Chandler, su creador.

Notas

¹ Fuerza de Reserva de la Real Policía Irlandesa, alentada por el gobierno británico.
(N. de la T.) <<

² Alusión a un poema sobre el amor de Francis Thompson. (N. de la T.) <<